

X-6146833-Y

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



6160598361





1774  
COMPENDIO  
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA  
DE TODAS LAS NACIONES,  
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA  
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias  
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,  
*Clérigo Reglar de San Cayetano.*

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1801.





# COMPENDIO

## DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

### TROYANOS.

**B**axando de la alta Frigia hácia el Helespon-  
to nos hallamos en los lugares que hizo cé-  
lebres el ingenio de Homero. El monte Olim-  
po, habitacion de los dioses: el monte Ida,  
en el que el pastor Páris dió á Venus la pre-  
ferencia en la hermosura: el estrecho de Ses-  
tos y Abydos, famosos por los amores de Lean-  
dro y Hero: el Escamandro y el Simois, que  
son grandes rios en la guerra de Troya, y  
apenas merecen ahora este nombre; y por úl-  
timo la misma Troya, ó por mejor decir sus  
ruinas.

Hablando de la baxa Frigia es preciso  
repetir lo que diximos de la alta: que es un  
pais delicioso y de agradable temple, con la  
diferencia de que el ayre, refrescado con los  
vientos de mar que se levantan á sus tiempos  
regulares, es mas saludable. El monte Ida,  
que mas bien es una cadena de montañas, que

una altura aislada, está sembrado de valles en los cuales, con la sombra que hacen las alturas, se respira un ayre embalsamado.

En punto de religion, costumbres y caracter los habitadores de la Troada debieron diferenciarse de los otros Frigios en ser mas belicosos, y puede ser la causa la vecindad del mar, que introduxo entre ellos colonias Griegas, con las que se mezclaron. Esta misma situacion pudo comunicarles el gusto del comercio y su exercicio.

Teucro, hijo de Escamandro y de Ida, esto es, nacido en la Troada en donde reynó, apenas es conocido sino por Dárdano su sucesor, que era su yerno, y no su hijo, á quien Teucro hizo venir de Samotracia, en donde reynaba, con la noticia de su virtud. No engañó este Príncipe sus esperanzas. Fue hombre justo é inclinado al culto religioso: porque traxo consigo el paladion, que era una estatua de Minerva, en cuya conservacion vinculaba el oráculo la salud de la ciudad en donde la colocasen. Edificó Dárdano un templo, y la puso en él.

Ericton su hijo le sucedió, heredando sus virtudes y su felicidad. Tros, hijo de Ericton, fue el padre de Ganimedes, jóven de

singular hermosura , á quien envió con presentes á Júpiter , que era un Rey poco distante. Para llegar á sus estados era preciso pasar por los de Tántalo ; y este , enamorado de la hermosura de Ganimedes , le conservó en su corte ; pero Júpiter le reclamó. Por la negativa de Tántalo se siguió una guerra entre los dos Reyes , en la que Tántalo fue vencido y condenado á ver siempre los objetos que mas deseaba sin poder jamas gozarlos. Tros fue fundador de Troya : de este descendió Anquises , que gustó á Venus ; y de sus amores nació Eneas. A Tros le sucedió Ilo , que tuvo dos hijos famosos , Memnon , cuya estatua herida de los rayos del sol daba un son armonioso ; y Titon el amante de la Aurora. De él dicen que se visitaba con esta Diosa , porque siendo gran cazador se levantaba muy de mañana. La Aurora le consiguió el privilegio de ser inmortal ; mas no privilegio para no envejecer , lo qual hacia por lo menos inútil el presente de la inmortalidad.

La ciudadela de Troya debe su fundacion á Laomedonte , hijo de Ilo. La edificó con el auxilio de Apolo y de Neptuno : esto es , con las riquezas que halló en sus templos. En su tiempo abordáron los Argonautas á la Troada,

y fuéron en ella bien recibidos. A Laomedonte le mató Hércules por la imprudencia de haberle él provocado. Estos diferentes Príncipes y sus aventuras nos llevan como por la mano á la guerra de Troya.

Esta guerra (1750), segun el Poeta Homero, tuvo por causa el robo de Helena, á la que Páris, hijo de Priamo Rey de Troya, quitó á su esposo Menelao, en cuya casa habia recibido buen hospedage. La reclamó su marido; pero el Rey de Troya no se la quiso restituir. Menelao armó toda la Grecia á favor de su causa; y los Príncipes coligados juráron la ruina de Troya, y el no separarse hasta haberla enteramente destruido. Mucho admira la obstinacion de Priamo en no restituir á Helena, aunque consagrada por el modo de contarla Homero. Pero los Historiadores añaden una circunstancia que el Poeta omitió, y justifica la defensa porfiada de Priamo.

Tenia este Príncipe una hermana llamada Hesione, casada con Telamon, Rey de una isla pequeña del mar de Grecia, á la que mas trataba como concubina, que como á legítima esposa. Priamo, sofocado de verla tan injuriada la pidió. Resolvió el esposo remitirla: preguntó á los Reyes de las islas vecinas,

y decidieron estos que no debia Telamon restituir la hermana de Priamo; y decidieron tambien, sin duda porque amenazaban con represalias, que si Helena, muger de Menelao, llegaba á serle quitada, se reunirian todos contra el robador. Por último, Hesione no fue restituida al hermano, y Helena fue robada. Esta recíproca injuria nos explica de qué principio nació un odio que, como de ordinario sucede, se agrió á proporcion que hubiera sido fácil extinguirle si se hubieran hecho mutuamente justicia.

Bien se necesitó el pincel de Homero, y su imaginacion brillante y fecunda para pintar de modo que merezca la atencion una guerra entre Príncipes, cuyos estados no se extendian cada uno de ellos mas que á una isla, y aun á sola una ciudad, para ennoblecer sus piraterías y robos, y dar á sus carnicerías el ayre de heroismo. Las conferencias, marchas, estratagemas, treguas, combates, accion y descanso todo es en su pluma maravilloso. Sus dos poemas, sobre lo que tienen de agradables, han llegado á ser útiles como fundamento de la Historia; porque cuenta el origen de muchos pueblos, sus costumbres, sus emigraciones, sus mezclas, y hasta su situacion geográfica.

Llevaron las naves griegas cien mil hombres delante de Troya, y se presume que los nueve años primeros del sitio se pasaron en escaramuzas ó pequeños combates. Se vieron los Griegos acometidos del hambre, y les fue preciso recorrer las islas vecinas, y de estas volvíeron con víveres y esclavos. Se restituyéron delante de Troya, y experimentáron peste, ocasionada por la infeccion del ayre, que es la consecuencia de las inundaciones. Ellos se iban reclutando en sus mismas correrías; y á los Troyanos los ayudaban los Reyes de tierra firme con grandes socorros. De una y otra parte pereciéron muchos xefes, *Patroclo*, *Aquiles*, *Hector*, y el mismo *Páris*. Ya en el último y décimo año hiciéron los Griegos un esfuerzo general: conquistáron á Troya, y la arruináron enteramente.

Hoy permanecen dos ruinas, una á distancia de media legua de la otra: la primera mas distante de la ribera del mar se cree que sea la de la antigua Troya: la segunda y mas cerca del mar se supone ser la de otra nueva Troya edificada por los Romanos, que persuadidos á que descendian de allí, miráron como punto de honra construirla. De los Troyanos que escapáron de los Griegos unos se

refugiáron en los países vecinos y se confundieron con sus habitantes, y otros llevaron lejos de allí los restos de su fortuna, y los efectos mas preciosos que pudieron salvar del pillage y el incendio, grabando en los corazones de sus descendientes la memoria de su patria, dando á los lugares en donde se establecieron los nombres amables de los que vieron en su infancia.

Muchos de los vencedores no fueron mas felices que los vencidos; porque restituidos á sus reynos, despues de diez años de ausencia no encontraron mas que confusion, anarquía y conspiraciones. Las mugeres se habian olvidado de sus maridos: los hijos ya no conocian á sus padres; y aquellos Príncipes, unos rechazados de sus pueblos, y otros mal recibidos, se alejaron de aquellas ingratas tierras, y fueron á fundar colonias, á las que con la lengua griega comunicaron su religion, leyes y costumbres.

#### M I S I O S.

Los de Misia, vecinos de los Troyanos, fueron durante el sitio á socorrerlos; pero al fin ya eran neutrales; y quedando la Troada desierta con la victoria de los Griegos, la ocu-

páron como mas cercanos sin tener que conquistarla. Uno y otro pais eran muy semejantes en el temple y la fertilidad. Los habitantes sin duda fuéron belicosos en los muy remotos tiempos; porque en los tiempos posteriores, para decir de un hombre que era cobarde se explicaban así: *Ese es el mas infeliz de los Misios*. Su religion era la de los Frigios; pero sus Sacerdotes no se mutilaban; solo se debe notar que se obligaban á no casarse si querian conservar el sacerdocio. Entre los Misios se honraban las artes, y aun nos han quedado pruebas de su habilidad. La ciudad de Cizico se llamaba *la Roma del Asia*, y tenia un templo todo de mármol pulimentado. Las columnas, maravillosas por su grueso y su proporcion, sirviéron para adornar á Constantinopla quando un temblor de tierra arruinó á Cizico. La moneda de esta ciudad estaba tan bien trabajada, que la tenian como un prodigio del arte.

En Pérgamo se hicieron los primeros tapices; y Eumerio, Rey de esta ciudad, tuvo la noble ambicion de formar una biblioteca igual á la que juntó Tolomeo en Alexandría; y así hacia copiar todos los libros de que tuvo noticia, sacando para este fin de Egipto

mucho papel; pero Tolomeo, que no queria que ninguno le excediese, ni aun igualase en el amor á la ciencia, prohibió la salida del papel; y Eumenio descubrió el secreto de preparar las pieles para escribir en ellas, y el pergamino que inventó se llamó *papel de Pérgamo*. Hizo trasladar hasta doscientos mil volúmenes.

Lampsaco fue famosa por el desenfreno de sus habitantes, y por el culto infame de Príapo. Eran tantas las abominaciones de este culto, que se horrorizó Alexandro, y resolvió destruir aquella cloaca detestable. Lo juró, y viendo que se llegaba Anaxîmandro pidiendo gracia para aquella ciudad, exclamó: „Lo que yo prometo á los dioses es no concederla nada de lo que pida. Justo y poderoso Monarca, le dixo discreto el orador, los habitantes de Lampsaco, habiendo incurrido en la desgracia de tu indignacion, y deseando expiar los enormes delitos que provocan tu cólera, te suplican que destruyas su ciudad infeliz.” Alexandro, atado con el juramento, concedió gracia. Desde las riberas del Granico, rio de la Misia, empezó este conquistador sus hazañas contra los Persas. Solo se cuentan quatro Reyes de este pequeño país, y ni aun se

conocen sus acciones , ni las épocas de sus reynados.

L I D I O S .

La extension de la Lidia ha sido varia como la de todas aquellas partes del Asia menor , que ya fuéron provincias y ya reynos. La Lidia tuvo por capital á Sardis, situada al pie del monte Tmolo, sobre el rio Pactolo, que llevaba oro en sus arenas. Era esta ciudad tan importante á los Persas, que habiéndola tomado los Griegos, mandó Xerxes que todos los dias, hasta que volviese á recobrarla, le dixesen á la mesa en alta voz: *Los Griegos han tomado á Sardis.* Todavía se ven bellísimas ruinas de esta ciudad, como de otras muchas de la Lidia, que fue por largo tiempo campo de batalla de los Griegos y Persas, y despues de los Romanos. Dicen que los Lidios descendian de los Egipcios; pero su mitologia toda era Griega. En este pais señalan los fabulistas parte de los trabajos de Hércules, y aseguran que le hizo hilar Omfala, Reyna de Lidia. En esta tierra dicen que nacióron ó viviéron Marsias, Tántalo, Pélope, Niobe, Aragne, y casi todos los heroes y heroínas de los metamorfóseos.

El dote de las Lidias era lo que habian ganado en la prostitucion.

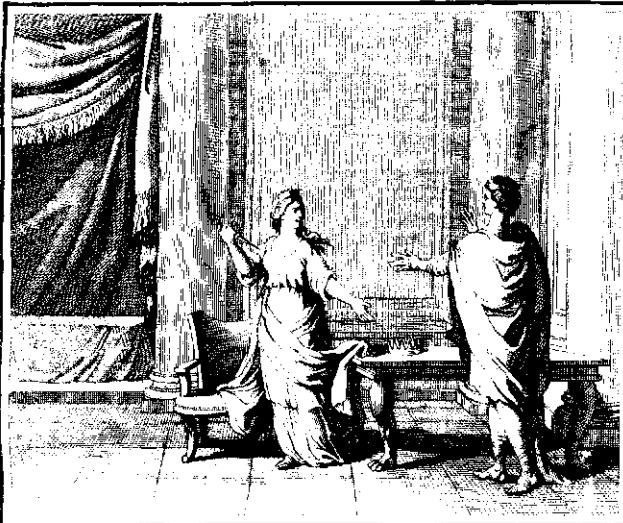
A los niños se les acostumbraba á una vida dura y laboriosa, y se castigaba la holgazanería como un crimen. Los Lidios fuéron los primeros que hicieron moneda de oro y plata para facilitar el comercio, y los que tuvieron las primeras hosterías. Los hacen inventores de los juegos de dados, de la danza, y de toda suerte de instrumentos, y dicen que los inventaron para divertir el hambre en una grande escasez que experimentaron: con esta provision pasaron un dia sin comer, y otro sin jugar ni tocar instrumentos. Solo el comercio pudo poner á un particular de Lidia en estado de presentar á Xerxes un plátano y una vid de oro macizo, de regalar á todo su ejército, y poderle dar ademas una suma inmensa para los gastos de la guerra. Este negociante se llamaba Pitio.

Diez y seis Reyes precedieron á los tiempos conocidos. El primero se llamaba Manes. Era este un esclavo, y por lo mismo le eligieron los Lidios, imaginando que un hombre que habia gemido en la opresion temeria hacérsela sentir á los otros; pero este discurso, tan mal fundado, no se sabe que tuviese

buenos efectos. De Caneble se dice en estos tiempos fabulosos, que era tan gloton, que devoró dormido á su muger, y no lo advirtió hasta que despertando se halló con una de sus manos en la boca. Estas anécdotas se ponen aquí de paso para que ninguno eche menos las crónicas antiguas.

Una indiscrecion (2281) costó á Candaulles el trono y la vida. Entre él y Giges, su favorito, hubo una especie de desafio sobre la hermosura de la Reyna; pretendia Candaulles que su esposa excedia en este punto á todas las demas mugeres. Para convencer á Giges le colocó en parage de donde pudiese ver á la Reyna al salir del baño: supo esta la imprudente indecencia de su marido, y llamando á Giges le dixo: Es preciso que te cases conmigo, ó que mueras. A Giges le hacen el honor de alguna resistencia; mas al fin prefirió el trono y una muger hermosa á la muerte. De este dicen que tenia aquel famoso anillo que hacia invisible á quien le llevaba.

Los tres Reyes siguientes (2330) fuéron guerreros y conquistadores. Aliates hizo la guerra contra los Medos y los Escitas con vario suceso. Quando estaba ya para llegar á las manos con estos últimos se asustáron tanto los



### Gíges y su Reyna.

*Convidaba la Reyna de Lidia de que por disposi-  
cion de su esposo Cambaulo, al salir del baño  
la hubiese visto Gíges. llamó á éste, y le dixo:  
Pecado es que tu crimen le castigue la muerte, ó  
le restituya el trono con mi mano. Algo vaciló  
Gíges, pero al fin no encontrando en la muerte  
los atractivos que en la Reyna y el cetro: mató á  
Cambaulo, en su vuélta con su mano y el trono le  
premió el desvanecido de su poder.*



dos ejércitos por haber sobrevenido un eclipse de sol, que hicieron la paz sobre la marcha.

Creso, su hijo y sucesor, cuyo nombre se pone por signo de la opulencia, adelantó tanto sus victorias, que su imperio fue casi igual al de Babilonia. Se complacia en sus aciertos, y creía que no había felicidad igual á la suya. Sin duda merecería su corte las miradas de un sabio, pues no se desdeñó Solon, legislador de Atenas, de detenerse en ella en su viage. Desplegó Creso á sus ojos sus tesoros, su fausto y toda la pompa de su poder. „¿Qué te parece, dixo al Ateniense, has conocido hombre mas feliz que yo? Sin duda, respondió el sabio. ¿Y quién es ese? Un hombre de bien, padre de muchos hijos virtuosos, que acabó su vida en el seno de la victoria que ganó contra los enemigos del estado. ¿Conoces otros? insistió Creso. Os citaré, replicó Solon, dos jóvenes de Argos, coronados en los juegos olímpicos, y célebres por su piedad filial. Viéndose su madre, que era sacerdotisa de Juno, con prisa de llegar al templo, y tardando los bueyes que habían de llevar el carro, se unciéron estos hijos y tiráron de él. El pueblo, testigo de esta accion, los llenó de bendiciones; y la madre no cambiando en sí de gozo, pidió á la diosa que

concediese á aquellos hijos lo que tuviese por mas ventajoso para ellos. Inmediatamente despues del sacrificio durmiéron el sueño de una muerte pacífica en el mismo templo." Concluyó Creso de estas dos historias ó apólogos, que Solon queria darle á entender que en esta vida no habia mas verdadera felicidad que la que la muerte sellaba, y muy presto lo experimentó en sí mismo.

Por este tiempo dilatava Ciro sus conquistas por toda el Asia. Creyó Creso que debia oponerse á este torrente, que tambien podria arrastrarle á él. Antes de acometer consultó al oráculo, y le respondió: *Si haces la guerra á Ciro, será destruido un grande imperio.* Fiado en esta respuesta, que no advirtió era ambigua, marchó contra los Persas, y vencido y prisionero le cargáron de cadenas, y le condenáron á morir en las llamas. Al subir á la hoguera exclamó dolorosamente: ¡Ah Solon, Solon! Y advirtiendo Ciro su exclamacion le hizo traer á su presencia, y le preguntó por qué invocaba á Solon. Le refirió Creso la leccion que le habia dado el legislador de Atenas. Se compadeció Ciro, y en consideracion de la inconstancia de las cosas humanas perdonó á Creso, se acompañó con él,

y le trató siempre como amigo; pero sin restituírle la corona, según algunos Autores. Otros dicen que le restableció en el trono; mas de todos modos en él acabó el imperio de los Lidios.

### LOS LICIOS.

La Licia es muy fértil, aunque expuesta á inundaciones quando las nieves se derriren: su ayre es muy sano. Como el mar baña la Licia por la mayor parte de su longitud, y por detras la cierran los montes, se presume que pudieron muy bien poblarla los isleños Cretenses ú otros. Los de Licia tenían cierta aspereza de costumbres muy contraria á las modales dulces de los Frigios y otros habitantes del Asia menor sus vecinos. Fueron famosos en la pirateria, y les atribuyen la invencion de los barcos chatos, propios para el corso y el abordage. Parece que tenían aquel valor feroz que se adquiere en la vida y combates de mar. Esto se puede juzgar por el hecho siguiente.

Arpago, General de Persia, acampaba en la Licia con un fuerte ejército. Los habitantes de Xanto, que era una de las principales ciudades, no siendo mas que un puña-

do de hombres, le atacaron con intrepidez: fueron batidos y rechazados á sus murallas, y allí los sitiaron. Les faltaba todo recurso y esperanza, y así tomaron la resolución desesperada de morir vendiendo caras las vidas. Empezaron por encerrar sus mugeres, hijos, esclavos y riquezas en la ciudadela, y poniéndola fuego diéron ciegos sobre los batallones de los Persas, é hicieron una grande carnicería; pero todos sin quedar uno murieron.

En este pais ponian el monstruo *Quimera*, con cabeza de dragon que vomitaba llamas, con cuerpo de cabra, y remataba en leon. Quando dicen que la mató *Belerofonte* significan que limpió al monte *Quimera* de las bestias feroces que le infestaban, y así hizo útiles para el pasto las varias cuevas que hacia en el medio, y dió corriente á las lagunas que abaxo se formaban, y en que se criaban serpientes, dragones y otros animales venenosos.

Los de Licia eran tenidos por sobrios y justicieros. Vivieron sujetos á Reyes cuyas acciones y aun los nombres ignoramos; mas al fin formaron república. Todos los años iban tres diputados de las ciudades grandes, dos de las menores, y uno de las pequeñas, á for-

mar un senado que juzgaba de los asuntos civiles y militares, y aun de otros particulares de alguna importancia; mas no se sabe si esta junta duraba todo el año hasta formar otra, ó si cesaba despues de algun tiempo determinado.

Los hijos no tomaban de su padre el estado ni el nombre, sino de la madre: de suerte, que una muger libre que se casaba con un esclavo daba á la patria un hijo tan libre como ella; y si un padre libre se casaba con esclava, no tenia hijos que no fuesen esclavos como su madre.

#### CILICIA.

Parecerá que en Cilicia habia dos diferentes pueblos: el uno pacífico, cultivador, laborioso, y honrado negociante, que vivia en las llanuras en donde algunas veces se formáron grandes exércitos: el otro guerrero, turbulento, corsario por gusto y situacion, que vivia en las alturas y montes escarpados, como son el monte Tauro y el Immao.

Tres entradas tiene la Cilicia á qual mas difíciles, y muy pocos hombres, pero resueltos, estaban prontos á defenderlas contra exérci-

tos enteros. Las costas con muchas ensenadas adonde poder retirar las embarcaciones, y con promontorios para protegerlas, dan grande facilidad para la piratería. Los de Cilicia pues infestaban los vecinos mares, iban á Grecia y á Italia, y hacian esclavos, y los llevaban á vender á Chipre, á Egipto y por toda Asia. Muchas veces se armáron los Romanos contra ellos; pero arrojados fuera del mar estos piratas, se refugiaban á sus cavernas; y quando las armadas desaparecian, salian á correr el Archipiélago, el mar Jónico y todo el Mediterráneo. Pompeyo no tuvo por inferior á su valor una expedicion contra los de Cilicia; y atacándolos con quinientas naves, en que iban ciento y treinta mil hombres, tuvo por grande victoria haber destruido las guaridas de aquellos ladrones.

Los Cilicianos de las llanuras eran un agregado de Frigios y otros pueblos del Asia menor, que huyendo del furor desolador de los conquistadores Babilonios, Persas y Egipcios, se refugiáron en este país rodeado de fortificaciones naturales y de fácil defensa. En él tuviéron Reyes cuyas acciones ignoramos. Los Cilicianos marítimos eran una mezcla de todas las naciones. Los malhechores, los ban-

didados, los aventureros hallaban allí asilo, y se mantenian de robar. A esta parte de la nacion se deben sin duda aplicar las calificaciones de embusteros, crueles y falsos que se decian de toda la Cilicia. Su lengua, mezclada del siriaco, el griego y el persa, era tan grosera como sus costumbres.

El golfo de Isso es uno de los mejores de la Cilicia. Alexandro, para perpetuar la memoria del triunfo que ganó en aquel sitio, edificó una ciudad en tan proporcionada situacion, que fue por largo tiempo la escala de todo el comercio de Oriente. Esta ventaja la perdió con el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza; no obstante que todavia freqüentan esta ciudad conocida con el nombre de Alexandreta, diminutivo conveniente al estado de decadencia en que se halla. Quando llegan á ella navíos envian á Alepo la noticia, despachando palomas que llevan debaxo de las alas el aviso.

#### G R I E G O S.

La Grecia es por lo general buen país: está en un clima templado, y nada la falta de quanto es necesario á la vida. Los

mares que la rodean la proporcionan con abundancia aun lo superfluo. Se conjetura con bastante fundamento que la Grecia fue habitada pocos siglos despues del diluvio por los descendientes de Javan, nieto de Noe. Al paso que se vaya escribiendo la historia de sus diferentes cantones, se irá viendo cómo se levantáron los Griegos poco á poco de un estado de ignorancia y rusticidad al de una habilidad superior en las artes, ciencias, leyes, guerra y gobierno. Esta transformacion con que en el seno de una nacion bárbara salió un pueblo civilizado, duró casi novecientos años. Las tinieblas de este periodo, que por sí mismo es obscuro, estan mas confusas con las fábulas de la imaginacion de los Poetas, y la ignorancia y vanidad de los Autores Griegos; pero entre las mismas fábulas salen algunos rayos de luz de que se aprovecha la historia.

Las costumbres de los primeros habitantes de Grecia fuéron tan selváticas, que se sustentaban de yerbas, frutas y raices. Se nota como el primer tiempo de civilizacion aquel en que empezáron á hacer provision de bellotas para el caso de necesidad, y á vestirse de pieles y edificar chozas. Hasta enton-

ces dormían al ayre libre ó en algunas cavernas. Eran corpulentos, endurecidos y robustos, y así no conociéron otra ley suprema por largo tiempo sino el derecho del mas fuerte. Se nota que los mas débiles se retiraban á los lugares de menos amenidad, para que no los persiguiese la envidia: de este modo se pobló el pais de Atica. Los fabulistas probáron si podrian señalar la época de los que enseñáron la agricultura, y de los primeros que se aventuráron á viages de comercio. De su cronología resulta que tardáron mucho tiempo estas artes en establecerse. Con los viages y con las expediciones militares penetráron muchos Griegos por los paises mas adelantados en ciencias y conocimientos. Traxéron el alfabeto de Fenicia; y la geometría, la astronomía y la magia de Persia y de Babilonia.

A falta de leyes se gobernáron los Griegos mucho tiempo por los oráculos; porque toda religion buena ó mala sirve á lo menos para contener los pueblos ignorantes. El oráculo mas famoso fue el de Delfos, en el que creían que el mismo Apolo daba las respuestas por el órgano de una Sacerdotisa llamada Pitia. Al principio debia ser esta una

doncella, mas con el transcurso del tiempo la substituyó una muger. Esta se sentaba en un tripode colocado sobre una abertura, de donde se exhalaba un vapor que causaba en la Sacerdotisa lo que ellos llamaban *santo furor*. En este acceso pronunciaba con tono y gestos de maniática unas respuestas casi siempre anfibológicas y enredadas, cuyo sentido averiguaban despues del suceso. Aquí se debe notar que los heroes, los Reyes y aun los sabios daban á entender grande confianza en los oráculos, y los consultaban con solemnidad. El que piense que todo era afectacion de credulidad, debe confesar por lo menos que miraban como muy necesario inculcar en los pueblos la religion con su exemplo.

#### S I C I O N E.

Sicione seria la primera monarquía, sin exceptuar las de Egipto y Asiria, si fuera verdad, como pretenden algunos cronologistas, que tuvo exístencia aun antes de la muerte de Noe: y aun quieren apoyar este cálculo con una sucesion de veinte y seis Reyes, que hermosteáron este pequeño pais, como ellos dicen, con templos, altares, estatuas de dio-

ses y estatuas suyas. Estas magnificencias debieron durar todo el tiempo en que la Grecia permaneció agreste, y acabarse quando se empezó á adornar.

#### ARGOS.

Todo es célebre en la Argólide, bosques, rios, montes y ciudades: no hay en ella lugar alguno que no sea señalado por algun famoso suceso, y por consiguiente que no merezca que se conserve su memoria. El rio Innaco, llamado así por el nombre de su primer Rey, veia en su ribera la ciudad de Innaco, capital del reyno. Pirro, Rey de Epiro, fue muerto en esta ciudad en medio de su triunfo con una teja que le arrojó una muger anciana. Allí se veia la torre de bronce en que Júpiter transformado en lluvia de oro engañó á Danae, y las praderas de Argos, en donde saltaban rebaños numerosos, y se criaban los caballos de Neptuno: la rica Micenas obscureció la memoria de la ciudad de Innaco, y llegó á ser la capital. El leon de la selva Nemea fue el que dió lugar á la institucion de los juegos Nemeos. El Epidaurro estaba soberbio con su magnífico templo

de Esculapio; y Naplia, que despues se llamó Nápoles, en una situacion encantadora. Desde los mas remotos tiempos tuvieron Reyes los Argivos; y todavía se conocen sus dinastias. Los Apisios, descendientes de Apis, los Pelópidas, que venian de Pélope, y los Heráclidas de Hércules. Estos reynados duraron mil y cien años poco mas ó menos despues del diluvio, y acabáron en república.

El primer Rey despues de Innaco se llamaba Castor, que transfirió su trono á Mice nas. Apis, tirano bárbaro y cruel, se vió precisado á huir á Egipto, en donde le adoraron con el nombre de Sérapis. Argos fue el Rey que fundó la capital de su nombre, y honró la agricultura, que hasta su tiempo estuvo muy despreciada. Crotopo tuvo una hija que era de muy tierno corazon, se enamoró de Apolo, parió un niño, y ocultándole entre los juncos, le comieron los perros del Rey, y he aquí la grande cólera del dios. Envió un monstruo que arrancaba los niños del seno de sus madres y los mataba. Mató Corebo al monstruo, y aquí se irrita de nuevo la cólera de Apolo, que envió una cruel peste. Consultáron al oráculo, y respondió: „Toma en la mano un trípode, y en

donde este caiga, edifica un templo á Apolo." Halláron el trípode, le paseáron, cayó en Delfos, le edificáron allí un templo, y cesó la peste.

Danao, arrojado de Egipto por haber rehusado dar sus cincuenta hijas en matrimonio á los cincuenta hijos del Rey Egipto, su hermano, llega á Argos, y solicita hacer valer su derecho, como descendiente de Innaco, contra el de Estenelo que estaba en posesion. Se pusieron los dos rivales en manos del pueblo, y mientras este delibera en la junta, mata un lobo á un toro que estaba paciendo en medio de las vacas baxo las fortalezas de la ciudad. He aquí decidida la cuestión. El toro, dixéron, es el Príncipe reynante, que no puede resistir al lobo ó al Príncipe extranjero, y así este será el que se lleve el centro. Supo Egipto este suceso, y pensó desde luego que su hermano podría dar sus cincuenta hijas á cincuenta Príncipes vecinos, y hacerse con su alianza fuerte para declararle la guerra. Vuelve á pedir las cincuenta hijas para sus hijos. Danao se vió en precision de darlas; pero al mismo tiempo las mandó matar á sus esposos en el dia de las bodas. Quarenta y nueve le obedeciéron: sola Hi-

permenestra salvó la vida de su marido Linceo, y aun le reconcilió con su padre, que le dexó la corona. Sus quarenta y nueve hermanas estan eternamente en los infiernos, trabajando por llenar de agua un cántaro con infinidad de agujeros por donde el agua va saliendo conforme va entrando.

Los dos hijos de Linceo y de Hipermenestra habian luchado desde el vientre, y toda su vida continuáron en perseguirse por el trono. En las guerras inventáron los escudos: venció Preto y casó con Estenobea, que se enamoró de Bélerofonte, Príncipe extranjero, que estuvo en su corte de paso. Le hizo ella ciertas proposiciones, y por haberlas despreciado le maltrató el crédulo marido, que dió fe á las quejas de su muger. Tuvo de ella sola quarenta y tres hijas; y no se sabe si fue en castigo de su calumnia el haberla sobrevenido una enfermedad que llamáron *el furor de Baco*, y todavia no sabemos sus síntomas. Pero si fue castigo, ¿qué pecados cometieron las otras mugeres Argólicas que tambien la padecieron? Por fortuna se halló un médico que las curó, y le diéron en premio por esposa una de las mas hermosas enfermas con la tercera parte del reyno.

Perseo, hijo de Danae y de Júpiter, á quien la lluvia de oro abrió las puertas de la torre de bronce, fue un heroe á quien no llegan los mas famosos. Temido de su abuelo Acrisio, por haberle dicho un oráculo que su nieto le quitaría la vida, se vió expuesto á todos los peligros, en que Acrisio creyó que podría deshacerse de él, y así le mandó ir á la Africa á matar á Medusa, que con sola su vista transformaba en piedras á los que la miraban. Le obedeció, y en el camino montado en el Hipógrifo, que era un caballo con alas, libró á Andrómeda, hija de un Rey de Fenicia, expuesta á un monstruo marino que ya iba á devorarla, y la tomó por esposa. Quando volvía salvó á su madre Danae de las nuevas violencias que contra ella meditaba su padre. Descubriendo Perseo la cabeza de Medusa, le convirtió á Acrisio y á sus cómplices en piedras. De este modo no pudo el abuelo evitar el infeliz destino de que su nieto habia de ser el instrumento.

Quanto mas adelante vamos, tanto mas hechos extraordinarios va dando la fábula á los Reyes de Argos. Alcmena, muger de Anfitrión, es engañada por Júpiter, que pro-

longó la noche tres veces mas que lo regular para hacerla madre de Hércules. Este heroe da principio á sus trabajos despues de un acceso de mania furiosa, en que quitó la vida á su muger y á doce hijos. Tieste deshonra con violencia la muger de su hermano Atreo, y este le da á comer su propio hijo en un festin. Agamenon, el mas poderoso Monarca de los Griegos, los envia al sitio de Troya, en él sacrifica á Ifigenia su hija, le mata su muger Clitemnestra, y le venga su hijo Orestes. No puede pronunciarse este nombre sin acordarse de Pilades. Estos dos heroes, tan celebrados por su amistad, se disputáron en Táuride la ventaja de morir el uno porque el otro no muriese. A ambos los perdonó el tirano movido de ver su afecto recíproco.

Los reynados que se siguen no presentan mas que sucesos muy ordinarios en aquellos tiempos, como son raptos, traiciones, venganzas, asesinatos, y sobre todo muchos oráculos, á los que corrían sin causarse, por mas que su ambigüedad fuese muchas veces causa de funestos errores. Debía el suceso estar ya preparado, y el oráculo fundado en precauciones tomadas de antemano; ó es preci-

so que la casualidad fuese algunas veces favorable; pero se necesitaba destreza para aplicar el acaso á la profecía. Dixo el oráculo de Delfos á los Argólicos: *Vencereis, pero os ha de mandar un General que tendrá tres ojos.* Mientras buscaban este prodigio acertó á pasar un tuerto montado en su mula. Ya se ve que entre él y la mula solo tenían tres ojos. Diéron á aquel hombre el mando, y salieron con victoria. Cansados los de Argos de las perpetuas querellas que tenían entre sí los Príncipes por estar demasíadamente vecinos, no quisieron mas Reyecillos, y se formaron en república.

#### A T E N A S.

El nombre de Atenas nos trae á la memoria un pueblo aficionado á las ciencias y á las artes, famoso en la guerra, é inventor del buen gusto; pero es necesario separar estas brillantes ideas si se le considera en su cuna y habitando en un país estéril; porque entonces era tan simple, que creyó haber nacido de la tierra que pisaba, como las langostas; pero se distinguió presto por su mala fe en el comercio: este fue el manantial de las riquezas con que pudo levantar grandes

ejércitos. Sus comandantes generales eran nacidos en Atenas; y no hubo ciudad, sin exceptuar á Roma, que tuviese tantos y tan hábiles.

Cécrope edificó la ciudad de Atenas, deificó á Júpiter, instituyó el matrimonio, y prohibió sacrificar á los dioses ningun animal viviente. El primer Sacerdote que violó esta ley se horrorizó, y dado el primer golpe arrojó el hacha, y él mismo se desterró. Erictonio, viéndose incomodado de los pies, inventó los carros. Aquí se pasa una multitud de Reyes hasta llegar á Egeo. Este no tenia hijo alguno de sus mugeres; por lo que se burlaba de él su hermano Palante, que tenia cincuenta hijos sin contar las hijas; y entristecido Egeo con sus chanzas, acudió al recurso ordinario de consultar al oráculo, el qual le prescribió, que no tuviese comercio con muger alguna; y pareciéndole muy singular este medio de tener hijos, fue á consultar á Piteo, Rey de Tracia, famoso por su talento de explicar oráculos, el qual le dixo: „El oráculo habló de mugeres; pero yo tengo una hija doncella, tomala por esposa, y entenderás el sentido del oráculo.” En efecto, tuvo de este matrimonio al famoso Teseo.

Este imitó á Hércules en sus trabajos, limpió como él la tierra de monstruos y salteadores, con lo que hizo á los Atenienses un señalado servicio. Minos, Rey de Creta, les pedía todos los años siete jóvenes y siete doncellas, y los entregaba al Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro, fruto de los bestiales amores de Pasifae su hija. Resolvió Teseo librar su patria de este vergonzoso y cruel tributo: se embarcó para ir á Creta, determinado á matar el Minotauro, para que con su muerte cesase el tributo. Estaba este monstruo encerrado en un laberinto, en que era como imposible no perderse. Ariadna, muger de Minos, dió á Teseo aquel hilo tan famoso con que se gobernó para llegar adonde estaba el monstruo; y habiéndole vencido salió sacando consigo á su libertadora, á la que abandonó en una isla desierta; pero entrando en ella Baco la consoló. Egeo, padre de Teseo, habia dado al piloto de su hijo dos banderas, una blanca y otra negra, con órden de que si vencia pusiese la bandera blanca á la vuelta. Con el deseo de llegar y el gozo de la victoria se olvidó de la precaucion el piloto: y Egeo, que subia á las cumbres de los montes para otear la vuelta de su hijo, vien-

do la bandera negra , se precipitó en el mar, que por su nombre se llamó mar Egeo.

Teseo, viéndose Rey por la muerte de su padre, se entregó con ardor al gobierno para poder darse despues enteramente á las hazañas militares. Dividió el pueblo en tres órdenes, nobles, labradores y artesanos: prescribió leyes, estableció magistrados, y solo reservó para sí, de la autoridad real, el mando del ejército. Entre sus hazañas se cuentan, ademas de la victoria contra el Minotauro, la muerte del toro de Maraton, formidable por sus cuernos y pies de bronce, y porque arrojaba llamas por las narices: la destruccion del Centauro Neso: su baxada á los infiernos para robar á Proserpina á súplicas de su amigo Piritoó. Despues de estas hazañas volvió á Atenas, y halló á sus compatriotas poco reconocidos á los servicios que les habia hecho, porque ya empezaba entre ellos á fermentar el carácter republicano. Estaban para entregarse á un enemigo que les ofrecia la paz á este precio; y viéndose Teseo precisado á huir de una patria tan ingrata con toda su familia, murió en el destierro.

Le sucedieron muchos Reyes, y gobernaron con habilidad: así debia hacerlo el xe-

fe de un pueblo espantadizo y difícil de regir. El último se llamaba Codro, que los había gobernado con tanta justicia, que quando murio tomaron una resolución que no tiene exemplar en la historia, y fue no tener por lo mismo Rey, temiendo que no hallarian otro semejante. Mas adelante veremos que Atenas fue uno de los pueblos mas ilustres de la tierra.

*B E O C I A.*

El ayre de Beocia es grueso, y con esta calidad influia en sus habitantes de tal modo que pasaban por poco entendidos. De estos solamente se sabe una costumbre, y es que en llevando á la recién casada á la casa de su esposo, quemaban delante de la puerta el timon del carro que la habia conducido, para que entendiese que no debia ya salir. En este pais está el paso de Termópilas y la cueva de Troionio, que era una especie de caverna, y los que habian entrado en ella salian tan aturdidos que no volvian á reir en su vida.

Cadmo, uno de sus primeros Reyes, les llevó de Fenicia el alfabeto: estableció escuelas: enseñó el comercio, la navegacion y

el modo de trabajar el cobre. De este dicen que edificó á Tebas al dulce sonido de la lira de Anfion.

La familia de Layo se hizo delinçiente é infeliz por causa de un oráculo. Habia este pronosticado que el hijo de Layo y Jocasta su esposa habia de matar á su padre ; y por salvar su vida determinó exponer la de su hijo. Le criáron unos pastores que le halláron en el campo, y por desgracia mató á su padre sin conocerle. Oedipo explicó aquel famoso enigma de la Esfinge : „¿Qué animal es el que por la mañana camina en quatro pies, durante el dia en dos, y anda con tres hácia la noche?“ Esto, dixo, se verifica del hombre, que anda de niño valiéndose de sus manos y sus pies, en la robustez de la edad solo necesita de sus dos pies, y en la vejez tiene que añadir otro, que es el báculo. En recompensa de su explicacion, de la que se siguió la muerte del Esfinge, cruel bestia, leon y muger, que devoraba los Tebanos, hiciéron empeño con Jocasta su Reyna para que se casase con Oedipo. De este matrimonio, cuyo incesto ignoraban, nacióron Eteocles y Polinice, que se aborreciéron desde la cuna. Los vió Tebas estremecida combatir baxo sus mu-

ros, caer recíprocamente con la espada el uno del otro, y espirar, metiéndose ademas de esto un puñal por el pecho. Quando Oedipo descubrió su nacimiento se arrancó los ojos, y Jocasta se quitó la vida. Desde estas catástrofes no hubo mas Reyes de Beocia.

#### A R C A D I A.

Los Arcades decian que eran ellos los pueblos mas antiguos de la tierra, y anteriores á la luna. Al principio viviéron como salvages esparcidos por los bosques. Pelasgo, uno de sus Reyes, los juntó en sociedad, los enseñó á edificar cabañas; y como hacian una vida en extremo frugal, sin delicadezas ni necesidades, esta misma sobriedad los hacia pasar por invencibles. Suplicáron los Lacedemonios á la Píria les dixese el modo de subyugarlos, y ella respondió: „Aunque tuviérais á vuestro favor á Júpiter y todos los dioses, no os lisonjeis de poder vencer un pueblo guerre-ro, cuyo alimento principal es el fruto de las hayas.” Iban las mugeres al ejército acompañando á sus maridos, y algunas veces las debiéron la victoria. Por su carácter belicoso iban á buscar la guerra entre los vecinos,

y les servían de soldados, como los Suizos. Pasando los Arcades de la vida agreste á la pastoril, fuéron excelentes en las ocupaciones del campo. Los hombres trabajaban, sembraban, ponían colmenas y texían la lana: las mugeres sacaban la miel y la cera, ordeñaban la leche, é hilaban el lino. De este modo se veía todo en accion en un país que puede ser que sea el mas hermoso del mundo; y así la Arcadia presentaba el quadro mas animado y risueño: llanuras fértiles, valles frescos, montañas de hermosos árboles, vistas encantadoras, fuentes limpias, verdes prados cubiertos de ganados que en ellos retozaban; por último, todas las riquezas de la naturaleza, y por consiguiente sus placeres.

Los Arcades los gozaban y cantaban. Sus fiestas campestres en honor de Pan, dios de los pastores, sus poesías sencillas, sus danzas ingenuas han sido las delicias de los Poetas que las describiéron con mucho gusto; porque era una felicidad habitar aquel país encantador, y aun acordarse de sus delicias. Estos dos sentimientos los expresó felizmente un pintor representando el sepulcro de una pastora jóven, situado en un sombrío bosque, con estas palabras, que sin duda grabó el dolor

de alguna madre: *Tambien yo he vivido en Arcadia.*

Nos ha quedado una larga lista de los Reyes Arcades; pero de ninguno se dice cosa que merezca la atencion ni interese la curiosidad, sino del último, que se llama Aristócrates. En una guerra entre Lacedemonios y Mesenios cometió la torpeza de hacer traicion á sus aliados entregándolos á sus enemigos. Sus vasallos, indignados por tan negra perfidia, arrastraron su cadáver, sacándole de su territorio, le arrojaron á las fieras, y levantaron en un bosque vecino una columna con esta inscripcion: *El cobarde que hizo traicion á los Mesenios llevó por último su merecido: en vano se lisonjea la perfidia de quedar sin castigo.*

#### TESALIA Y LA FÓCIDE.

La Tesalia goza de las mismas ventajas que la Arcadia vecina; esto es, pureza del ayre, fertilidad y vistas pintorescas. Allí está el delicioso valle de Tempe, que los Poetas se han divertido en hacer teatro de sus escenas pastoriles. Situada agradablemente entre los montes Ossa, Pelion y Olimpo, la tenian por el jardin de las Musas. En los campos de

este país se dió la famosa batalla de Farsalia. Era abundante en bueyes y excelentes caballos. Los manejaban con destreza los Tésalos, y de aquí nació la fábula de los Centauros, que los coloca en esta tierra, y por esta habilidad buscaban su caballería, estimada por la mejor de la Grecia. Este país se inundó en tiempo de Deucalion, y se ahogaron todos sus habitantes, sino él y Pirra su esposa. En el conflicto de no saber cómo reproducir con prontitud el género humano, destruido con la inundacion, acudiéron á los dioses, y estos les dixéron, que levantasen piedras y las arrojasen hácia atras. Las que arrojaba Deucalion se convertian en hombres, y las de Pirra en mugeres. Mas no fue tan pronto este modo de repoblar como el que Júpiter dictó á Caco, Rey de los Mirmidones en la misma Tesalia. Viéndole muy triste, porque una peste cruel le habia llevado todos sus vasallos, le dió otros por su orden, porque en un instante se conviertieron las hormigas de aquel territorio, segun su sexô, en hombres y mugeres, que inmediatamente ocupáren las casas de los antiguos habitantes. Despues de otro diluvio habia tambien repoblado Cadmo la Arcadia de un modo muy

extraño. Un enorme dragon fue el origen de esta generacion; porque Cadmo le mató, trabajó un campo, y sembrando en él los dientes del dragon, vió que de los surcos salian hombres armados, que empezaron á pelcar entre sí. Eran tantos los que caian, que Cadmo contaba por perdido su trabajo; mas al fin quedaron siete, que hicieron la paz, y ayudaron á Cadmo á repoblar, aunque no se dice de donde llevaron mugeres.

De Pegasa, ciudad y puerto de Tesalia (1714), salieron los Argonautas á conquistar el bellocino de oro, que custodiaban un toro de pies de bronce que vomitaba llamas, y un horrible dragon. Jason, sobrino de Pelias, encargado de esta conquista, construyó una nave, á la que llamó Argos; y de aquí tomaron el nombre de Argonautas los valientes aventureros que la montaron. Jason, llegando á Cólquide, se presentó al Rey Aeta, en cuyo huerto estaba el tesoro, y le dijo, que llevaba orden de llevarse el bellocino. „Está bien, respondió Aeta; pero le llevarás con estas condiciones: ahí estan los dientes del dragon de Cadmo: uncirás el toro que guarda el bellocino, labrarás la tierra, y en ella sembrarás esos dientes: de estos nacerán

guerreros; y si consigues vencerlos y matarlos, solo te restará adormecer la monstruosa serpiente que guarda el bellocono, y entonces será tuyo.”

Mucho inquietáron á Jason tan extrañas condiciones; pero la magia y el amor le sacáron del paso. Inspiró una violenta pasión á Medea, hija de Aeta, habilísima maga, y esta le dió los medios de domar el toro, y de deshacerse de los hombres armados, arrojando piedras; y para adormecer al dragon le dió tambien el medio. Robó el bellocono, y Medea huyó con él. La perseguia su padre, y ella iba sembrando por el camino los miembros de Absirto, pequeño hermano suyo que consigo llevaba. El padre, deteniéndose á recogerlos, como Medea habia previsto, la dió tiempo para ponerse en salvo.

Medea halló en Tesalia dos ancianos, Aeson, padre de Jason su esposo, y Pelias su tío, que ocupaba por usurpacion el trono, y con la esperanza de que Jason moriria en la conquista le habia enviado á robar el bellocono. Suplicó Jason á Medea que remozase á su padre; y haciéndole cortar en pedazos, los echó en una vasija de bronce con algunas yerbas cuya virtud conocia: todo lo hizo cocer,

y añadiendo ciertas palabras salió Aeson de la vasija sano, robusto y con todas las gracias de la juventud. Viendo las hijas de Pelias esta especie de resurreccion, pidiéron el mismo beneficio para su padre. No dudó Medea en concedérsele : picáron á su padre, le pusiéron á hervir ; y la maga las dexó con la pesadumbre de haberle sacrificado sin efecto. De este modo vengó á su esposo Jason, y le colocó en el trono que su tio le habia usurpado. La expedicion de los Argonautas pasa por un viaje de comercio que produjo grandes riquezas á Tesalia ; bien que adquiridas con muchas dificultades ; y es un precioso monumento en la Historia por ser de una data cierta.

Aquiles fue Rey de Tesalia. Supo su madre Tetis que iba al sitio de Troya ; y sabiendo como diosa que en él habia de morir, y que sin él no habia de tomarse la ciudad, y conociendo que los Griegos coligados querian llevarle consigo, le envió á la corte de Licomedes, Rey de Esciros, vestido de doncella ; pero no se pudo ocultar de Ulises, porque fue este disfrazado de mercader á vender joyas á las hijas de Licomedes, y puso entre sus mercaderías algunas armas. Apenas las vió

Aquiles quando se arrojó á tomarlas ; y en esto le conoció.

Los Tésalos y los Foceos eran encarnizados enemigos. Los primeros superiores en la caballería ; pero quando los Foceos los podian atraer á las montañas tenian segura la victoria. Parece que la tenacidad era el caracter ordinario de los Foceos , porque no sabian ceder jamas. En una ocasion, viéndose estrechados , encerráron las estatuas de sus dioses con sus mugeres é hijos en una ciudad , y diéron orden á sus esclavos de que todo lo incendiasen si eran vencidos. Esta resolusion llegó á ser famosa con el nombre de *desesperacion focea*. En otra ocasion se resistiéron contra toda la Grecia que los habia condenado á una multa por haber arado una tierra consagrada á Apolo. Fuéron vencidos , y volviéron á la carga ; y vencidos otra vez , quisieron mas los Griegos dexarlos en paz , que experimentar de quanto serian capaces unos desesperados.

Apolo, sin embargo de que respetaban poco sus propiedades, tenia en Delfos su ciudad el principal templo. Al principio no tuvo mas origen que una caverna de donde salia una exhalacion , que fue notable porque excitaba extraordinarios movimientos en las ca-

bras que se acercaban á su entrada Los pastores se fuéron acercando por curiosidad, y sobrecogidos de una especie de arrebatamiento saltaban como insensatos, decian cosas extraordinarias; y porque algunos se arrojaron á la caverna cubriéron para quitar este inconveniente aquella abertura con una máquina en forma de tripode ó tres pies, que no impedía la salida de la exhalacion, y llegó su virtud á ser muy célebre. Fuéron refinando sobre los medios de recibir el vapor que producía efectos que ellos tenían por divinos, y las frases poco inteligibles de la Sacerdotisa que iban á consultar se recibían como oráculos, despues que levantáron el templo. En la Fócide estaban los montes Parnaso y Citeron, habitacion de las Musas, y la regaba el rio Cefiso, celebrado por los Poetas.

#### CORINTIOS.

El estado de Corinto no era mas que una montaña coronada de una ciudadela. La capital estaba abaxo, y á cada lado del istmo habia una ciudad por donde el promontorio continuaba con la tierra firme. Esta admirable situacion hacia á Corinto el centro del

comercio, y por consiguiente de las riquezas de Grecia. Allí llegaron las artes al mas alto grado de perfeccion, y el órden mas elegante de arquitectura se llama todavia órden Corintio. Con las artes reynaban el luxo y las torpezas, en términos que las cortesanas franqueaban á precio excesivo sus correspondencias, y aun hallaban compradores. No obstante, hubo hombre á quien proponiéndole esta vergonzosa mercadería, respondió: *No compro yo tan caro el tener que arrepentirme.* De la dificultad de conseguir aquellos favores vino aquel proverbio: *No es para todos ir á Corinto.*

Este pequeño estado se hizo temible á toda la Grecia; porque con sus riquezas podian tomar á su sueldo muchos soldados. Daban el mando á sus ciudadanos, y salieron de esta escuela excelentes Generales. No siempre estuvo el cetro en la misma familia, y no siempre tuvo la misma autoridad. El primer Rey fue Sisifo, á quien mató Teseo, y le condenó despues Júpiter á hacer esfuerzos incesantes para subir al alto de la montaña una grande piedra, que quando iba á tocar la cumbre rodaba otra vez, obligándole á empezar de nuevo su fatiga.

Aquí volvemos á encontrar á Jason y á Medea huyendo de la Tesalia, de donde los habian arrojado. Se enamoró Jason de Glauca, hija del Rey, y la maga furiosa quitó la vida á los hijos que tenia de Jason, abrasó el palacio; y burlándose de la colera de su marido escapó en un carro tirado de serpientes. Belerofonte, hijo de un Rey de Corinto, es celebrado por dos hazañas. Venció á las Amazonas, y quitó la vida á la Quimera. Por esta última accion le dió Minerva el caballo Pegaso, y le enseñó á manejarle. Quiso elevarse con él hasta los astros, pero fue precipitado, y murió ciego.

La ciudad de Corinto estaba adornada de templos, palacios, pórticos, teatros, baños, fuertes, sepulcros y otros soberbios edificios. Las aguas, elevadas con grande costa á las montañas, volvian á caer por canales de mármol que las iban distribuyendo en la ciudad. La ciudadela era tan fuerte que pasó mucho tiempo por inexpugnable. Se nota que los Corintios no hicieron conquistas, y así parece que solamente estuviéron armados para mantener la balanza entre sus vecinos, y precisarlos á conservar el equilibrio. Las grandes riquezas adquiridas con el comercio fuéron eclipsando

entre ellos el esplendor del trono. De este modo acabáron en aristocracia con magistrado anuales.

*LACEDEMONIA.*

El nombre primitivo de los habitadores de este pais fue el de Lacones: el segundo de Espartanos por Esparta su capital: el tercero el de Lacedemonios, tomado de uno de sus primeros Reyes. Tenia en la costa excelentes puertos, y el rio principal Eurota era navegable hasta Esparta. El pais es montuoso, fértil en pastos; pero poco favorable á la agricultura. Eran los Lacedemonios un pueblo valiente, que sabia hacer la guerra por tierra y por mar: aborrecian el ocio y el lujo: eran muy zelosos de su honor y libertad, rezelosos del poder de sus vecinos.

Al principio los gobernó un solo Rey. Por intereses de familia establecieron dos Soberanos, que ni mandaban alternativamente ni en diferentes porciones del reyno, sino que ocupaban juntos el mismo trono. No obstante este gobierno tan expuesto á disensiones, duró por tiempo de mas de cincuenta Reyes; pero las turbaciones fuéron continuas, precisado cada Principe á grangearse la benevolen-

cia del pueblo para quitársela á su compañero. Habia llegado la anarquía á su auge, quando Licurgo se vió empeñado en arreglar el gobierno. No se atrevió ó no pudo impedir que hubiese dos Reyes; pero estableció un senado superior á ellos que los mantuviese en equilibrio.

Entre los antiguos Reyes de Lacedemonia se leen los grandes nombres de Tíndaro, padre de Castor y Polux, de Helena y de Clitemnestra. Se sabe que no tuvo motivo de gloriarse de la virtud de estas dos hijas, pues la una se dexó robar, y la otra mató á su marido para casarse con su amante. A Tíndaro sucedieron Castor y Polux, célebres por sus hazañas; y Menelao, hermano de Agamemnon, que suscitó la guerra de Troya. Amicleo, aunque menos conocido, edificó la ciudad de Amiclea, y en ella sucedió que se oía muchas veces durante la noche un ruido semejante al de la gente de guerra que entra en una plaza. Se inquietaban los ciudadanos, y marchando adonde se oía el ruido, nada encontraban. Cansados de alarmas falsas prohibieron por ley, que en semejantes ocasiones se pusiesen en una defensiva que tenian por inútil; pero los Dorios, con quienes estaban en guer-

ra, los desengañaron: pues bien sea que supiesen la causa de estos ruidos, ó que la ignorasen, se aprovecharon de la ley, y los sorprendieron sin defensa. Bien merecian esta desgracia los Amicleos, pueblo tan supersticioso y crédulo, y gentes tan adheridas á la doctrina de Pitágoras, que prohibian matar todo animal, y hacian escrúpulo de destruir las serpientes que los despedazaban con sus crueles mordeduras.

Sou, uno de los últimos Reyes de Lacedemonia en estos tiempos fabulosos y heroycos, se hallaba encerrado con su ejército en un parage seco y árido. Ofreció este al enemigo darle quanto le habia tomado, si permitia que él y su ejército bebiesen de una fuente vecina. Aceptada la condicion, juntó Sou sus soldados, y propuso dar su corona á quien se abstuviese de beber: no presentándose ninguno, quando ya todos habian bebido, tomó el Rey agua en el hueco de la mano, y no hizo mas que bañarse el rostro. Esta victoria, que logró de la ardiente sed que le devoraba, anuló el tratado, y así conservó su botin y sus conquistas. Entonces no tenian los Lacedemonios mas que un Rey. Se ignora el tiempo en que empezaron á tener dos, y quando

pasáron á estado republicano, en el que fuéron tan famosos.

*E L I D E.*

A los habitantes de Elide los hacen descendientes de Elise, hijo de Javan, nieto de Jafet. Generalmente todos los habitantes de los distritos que rodean al Peloponeso pasaban por originarios, ú hombres que se habian fixado en aquel lugar desde el diluvio sin mezcla de extrangeros. En sus costas se hallaba una concha que daba púrpura tan hermosa como la de Siria. En las llanuras olímpicas se celebraban los juegos de este nombre, que fuéron tan famosos en Grecia, y diéron á la cronología época y datas ciertas. Los Elidos y los Pisenos peleáron entre sí sobre el derecho de celebrar estos juegos. Venciéron los primeros, en cuyo territorio estaba la ciudad de Olimpia, y el templo dedicado á Júpiter Olímpico.

En Elide limpió Hércules las caballerizas del Rey Ugías, y este era uno de los trabajos, y no el menor de los que le habian impuesto, si hemos de formar juicio por la cantidad de sus ganados, que se dice haber subido á cien mil piezas; bien que el heroe

ó semidios solo tuvo que extraviar un rio, que pasando por allí se llevó las inmundicias.

### Æ T O L I A.

Sobre las riberas del Ebena, rio de **Æto-**lia, mató Hércules al Centauro Neso, que le llevaba á Niobe su esposa. Este pais es desigual y sembrado de montañas, algunas de las quales eran tan escarpadas, que sin murallas ni fortificaciones servian en tiempo de guerra de asilos adonde cada uno llevaba lo mas precioso que tenia. Necesitaban de estos refugios para ocultar el botin que hacian en las correrias contra sus vecinos. Rara vez estaban en paz, pero sus guerras principales eran esta especie de expediciones. Los habitantes de Pleuron, una de sus ciudades, se rapaban por delante la cabeza para no dar presa á sus enemigos; pero dexaban crecer el cabello por detras para darles asidero si alguna vez incurrian en la cobardía de huir.

### LOCRIA Y DORIDE.

El ayre de estos pequeños paises es sano y benigno: el territorio propio para la agri-

cultura, pues aunque tiene muchas montañas, tiene tambien vastas llanuras. Los Dorios fuéron conquistadores, y se hicieron temibles en las tierras que estaban mas allá de sus vecinos.

*A C A Y A.*

Para concluir con lo que nos ha parecido suficiente acerca de los tiempos fabulosos de la Grecia, que algunos llaman heroycos, se dirá, que la mayor parte de los Reyes que hemos dicho, y con mas fuerte razon los que hemos omitido, no eran mas que pequeños xefes de algunas poblaciones, y muchas veces cabezas de salteadores. La imaginacion de los Poetas y las lisonjas de los Historiadores hermoseáron sus hazañas, las que miradas de cerca no fuéron en la mayor parte sino injusticias y violencias. Nada nos ha quedado acerca de los Reyes de Acaya; y solamente se sabe que este pueblo prudente, en medio del delirio general se gobernaba por asambleas regulares, que en lo sucesivo llegaron á ser el centro de las deliberaciones de toda la Grecia.

## A T E N I E N S E S .

Despues de haber dibuxado á la ligera los tiempos fabulosos y heroycos de las repúblicas de la Grecia, vamos á presentar el quadro de las principales. Ya vimos que los Atenienses, juzgando que no hallarian otro Rey tan bueno como Codro, tomaron la singular resolucion de mudar de gobierno; pero en reconocimiento pusiéron en su familia la dignidad de primer magistrado con el nombre de *Arconte*, fixando la duracion de este cargo por diez años en la misma persona. Extinguida que fue la familia de Codro hicieron anual esta magistratura, y en lugar de uno eligieron nueve Arcontes, á los que repartiéron un departamento separado. Los elegia el pueblo; pero siempre del cuerpo de la nobleza. Por entonces no tenian los Atenienses leyes escritas, y el magistrado juzgaba segun la idea que tenia de lo justo é injusto. Se presentó Dracon, y escribió un código. Era este Arconte y de ilustre nacimiento. Le acusan de severidad y aun de crueldad, diciendo que sus leyes estaban escritas con sangre. No obstante, tomó por basa es-

tos principios ya venerados de los Atenienses, y que bien aplicados podían ser suficientes: *Honrad á vuestros padres: adorad á los dioses: no hagais dano á los animales.* Condenaba sin remedio á muerte á todos los que violaban las leyes, y confió la execucion á unos magistrados llamados *Efetos*: hasta las cosas inanimadas no estaban libres de su severidad. A una estatua, que cayendo sobre un hombre le mató, la condenó á destierro, y nadie se atrevió á guardarla. Bien fuese por mantener sus instituciones con demasiada constancia, ó por otras razones, el mismo Dracon fue desterrado, y se retiró á Egina; pero mas funesto le fue el favor de los Egínetas que el odio de los Atenienses; porque espiró sofocado con tantas ropas, vestidos y gorros como le echáron encima en testimonio de su estimacion, segun el uso de aquel tiempo.

Se advertirá que en Atenas casi siempre habia guerra dentro y fuera; que los inquietadores del pueblo rara vez le dexaban tranquilo; y que ya le asustaban con siniestros presagios, y ya le embriagaban, por decirlo así, con placeres y fiestas públicas, acompañadas de sacrificios, expiaciones y ceremonias,

que eran una especie de sortilegios dispuestos para embelesar á la multitud.

Necesitaba el pueblo de Atenas de cosas extraordinarias : bien lo sabia aquel grande legislador Solon ; y así dió principio por una accion que podia pasar por locura. Los Megarenses habian tomado la ciudad de Salamina á los Atenienses ; y estos , cansados de inútiles tentativas para recobrarla , decretáron pena de muerte contra el que hiciese la proposicion. Solon , ó porque conocia la importancia de esta plaza , ó porque necesitaba dar un golpe ruidoso con que se hiciese conocer , va corriendo á la tribuna de las arengas con desaliño , y con el gorro de dormir en la cabeza. El pueblo , al ver este espectáculo , le siguió de tropel. Habia compuesto en verso una pieza , cuyo asunto era la reconquista de Salamina : la representó con mucho fuego : comunicó su entusiasmo á los oyentes , y resolvieron el ataque de Salamina : encargaron la expedicion á Solon , y logró el buen éxito. Aunque otras victorias le consiguieron la reputacion de buen guerrero , la calidad que le ha merecido una fama inmortal es la de legislador de Atenas.

Esta ciudad , que siempre estaba en disen-

siones, se hallaba por entonces atormentada de la mas peligrosa de todas; esto es, de la insurreccion de los pobres contra los ricos. Estos prestaban el dinero con grandes usuras, exigiendo tan rigurosamente la paga, que los deudores que no podian cumplir, se veian obligados á venderse ellos mismos á sus acreedores, ó los vendian á pesar suyo, y los llevaban fuera de su patria. Desesperados con esta dureza declaráron los deudores que pretendian reformar el gobierno, poner en libertad á los que los acreedores habian reducido á la esclavitud, y hacer nueva reparticion de las tierras. Buscaban para esto un xefe, y se les vino Solon á la memoria. Su moderacion y dulzura le grangeáron el amor y estimacion de los dos partidos. Una palabra que repetia muchas veces, y que cada partido se aplicaba para sí, le habia ganado la confianza: *En donde hay igualdad no debe haber division.* Decian los ricos: esta igualdad es la del poder; decian los pobres: esta igualdad es la de las riquezas; y de este modo todos de comun acuerdo le eligiéron para arreglar sus intereses: los ricos porque era rico; y los pobres porque era justo.

Muchos le exhortaban á que se hiciese

Rey; pero solia decir despues á sus amigos: „Mas gloria es para mí no haber manchado mi nombre con esa ambicion. Bien pudiera yo haber dado un golpe mortal á los Atenienses; pero así no tengo ahora de que avergonzarme por no haber hecho lo que otros hubieran executado si se hubiesen visto en mi lugar.” Se contentó Solon con la dignidad de Arconte, que todos unánimes le confiriéron sin eleccion.

Su primer cuidado fue calmar la efervescencia, concediendo á los pobres una satisfaccion que no fuese muy onerosa para los ricos. Se cree que fue una especulacion de hacienda, que él llamó alivio de carga, en lo que solo tuvo que hacer dos cosas, que fuéron disminuir el interes del dinero, y levantar el valor de la moneda. Con la disminucion del interes halló el pobre que debia menos; y con la subida de la plata le fue mas fácil desquitarse con su trabajo, y el rico no padeció grande golpe en su fortuna.

Este expediente, que en el momento fue suficiente remedio, no destruyó todas las pretensiones del pueblo: siempre tenia en su razon la igualdad en la posesion de las tierras; y Solon tuvo que componerse con él,

por decirlo así. Pronunció pues la abolición de todas las deudas con la condición de que las tierras fuesen de los propietarios, como ya las poseían. Tres amigos suyos, á quienes había confiado su proyecto antes de proponerle á la asamblea del pueblo, cometieron la infidelidad de tomar prestadas grandes cantidades y comprar tierras. Quando esto se advirtió creyeron que Solon caminaba de inteligencia con ellos, y corrió mucho riesgo; pero le hicieron justicia, y admiraron mucho mas su probidad viendo que él perdía gruesas sumas que tenía puestas á interes; que hubiera podido sacarlas para comprar tierras antes de reembolsarlas; y que por último se quedaba casi arruinado por su misma ley. „Es cierto, dixo al pueblo, que me habeis hecho grande favor. ¿Ahora me mirais con ojos airados? ¿Es esta la paga que yo debía esperar por mis servicios?” Reconocieron su falta los Atenienses, é instituyéron un sacrificio solemne para perpetuar la memoria de que se habían conformado con la institución de Solon. Al mismo tiempo le confiriéron el cargo de Legislador, autorizándole para hacer nuevas leyes, y modificar con su prudencia las ya establecidas.

Las leyes gubernativas de Solon son breves y claras : la soberanía estaba en la totalidad del pueblo , y la execucion de las leyes en los principales. El pueblo se dividia en quatro clases : las tres primeras separadas, y fixadas á proporcion de las riquezas : la quarta era compuesta de los que nada tenian. Estos no podrán poseer cargos ; pero darán su parecer en la asamblea del pueblo. Procuró Solon dexar en las leyes alguna obscuridad, para que la obligacion de consultar al pueblo diese á la última clase suficiente influencia , para de este modo contenerla. El consejo del Areópago , compuesto de cien hombres beneméritos de las funciones públicas , tenia á su cargo vigilar en la conservacion de la constitucion de la república ; y un consejo de quatrocientos hombres, elegidos de cada clase, exâminaban las demandas antes de presentarlas al pueblo , y decidian si debian ser presentadas. De este modo refrenaba Solon con el Areópago la ambicion de los ricos , y con el consejo la excesiva libertad del pueblo ; por lo que se gloriaba de haber sentado estas bases en su gobierno ; y á la verdad estan sentadas con mucha prudencia. „He dado al pueblo , decia él , la suficiente autoridad. Nada

he concedido á ninguno con mis leyes que sea demasiado: nada he quitado de lo justo: he contenido en los razonables límites á los que excedian á los otros en poder ó riquezas: de este modo he conservado á cada uno lo que le pertenecía, sin hacer injusticia á los grandes ni á los pequeños.”

Dió Solon una ley, que se debe mirar como el Paladion de su edificio político, y aunque parece á la primera vista injusta, en la realidad es de la mas profunda sabiduría. Esta ley se estableció en estos términos: „Si el pueblo, por desgracia, se divide en dos facciones, tomando una ú otra las armas, y llegando al hecho hubiere alguno que no tome partido para remediar las calamidades en que ve á la patria, será condenado este hombre á destierro perpetuo, y á perder todos sus bienes.” Aunque parece esta ley un desatino, la ha justificado la experiencia de todos los siglos; porque los que por temor ó indiferencia, absteniéndose de pronunciar su opinion, han obedecido sin resistencia al movimiento que se les ha inspirado, siempre se han arrepentido de su indolencia, aunque tarde, viendo arruinado el gobierno, y que el partido vencedor les imprime en la frente

el anatema de la proscripcion y la muerte.

Arreglada la forma general de la república, dió Solon á los Atenienses un cuerpo de leyes, y han merecido tanta estimacion, que los Romanos enviáron embaxadores á copiarlas para el uso de su república; y pasando de los Romanos á las otras naciones, han llegado á ser como el código del universo. Citarémos aquí algunas de las mas propias para dar á conocer quales eran las costumbres de aquel pueblo.

El pariente mas cercano de una heredera puede pedirla por esposa, y esta tiene el mismo derecho por su parte. Negándose el varon, el qual por entonces debia pagar una especie de multa, podrá recurrir al pariente que se sigue; y el que la tomase por muger tendrá obligacion de tratarla maridablemente por lo menos tres veces cada mes. El Legislador pensó sin duda que el que la tomaba por obedecer á la ley, no se creia dispensado en el particular de sus obligaciones. Una doncella, sin duda no heredera, solo podrá llevar á su marido tres vestidos, y algunos muebles de poco valor, para que así el matrimonio no degenera en tráfico. El casado y la casada serán encerrados en un

apósito, y en él comerán un membrillo; porque esta fruta da suavidad al aliento; y era advertirles que solo se dixesen cosas agradables. Prohibia hablar mal de los muertos. Arregló los funerales, que eran ruinosos, quitando el luxo. Las mugeres no acompañarán á los difuntos á la sepultura, si no tienen por lo menos treinta años. No se arañarán el rostro como no sea por sus padres. Se podrá en adelante hacer testamento; pero los adoptados no dispondrán de los bienes que pertenecian á la familia en que fuéron incorporados.

Prohibia severamente decir cosas que chocasen al oído, en los templos, en los lugares en donde se administra justicia, y en los teatros durante los juegos, para no alterar el respeto y atención debidos á la alegría pública y á las leyes. Las mugeres no andarán de noche sin llevar una antorcha. No tendrá el hijo obligación de alimentar á su padre, si este no le hizo enseñar algun oficio. Cuidará el Areópago de informarse de los medios de que cada uno se vale para su subsistencia. Se permite á todo hombre acción contra otro por el delito de ociosidad; y el que por tres veces se hallaba culpado era declarado infame. El marido podía matar al que

sorprehendia con su muger, y la muger sorprendida quedaba privada del gusto de ponerse adornos; y si se los ponía era permitido arrancárselos, y aun el castigarla. Solo ponía multa para el que prostituía las doncellas; pero no era sentenciado á esta multa el padre que antes habia hallado á su hija con el galan.

Las leyes respectivas á conservar su propiedad, y no invadir la de otros ni causarles daño, estaban circunstanciadas de modo que se prevenia ó se reprimia toda infraccion. El disipador que por su culpa llegaba á estado de no poder ayudar á sus padres, era declarado incapaz de algun empleo. A la verdad, el que no supo gobernar su hacienda, mal podria gobernar la del estado. A los que frequentaban mugeres de mala vida se les prohibia arengar en público. ¿Qué confianza podia tener el pueblo en un hombre sin vergüenza? Demóstenes reclamó con esfuerzo la execucion de esta ley contra un orador cuya eloqüencia temia.

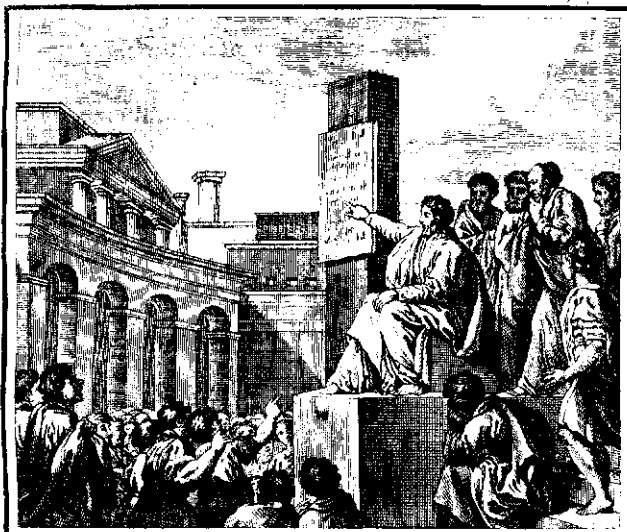
El tutor no podrá casarse con la madre de su pupilo: el grabador no podrá guardar la figura de los sellos que vende, para que no pueda contrahacerlos. El ladron de dia se-

rá entregado á la justicia: al de noche se le podrá matar persiguiéndole. Se castigaba de muerte el hurto en el liceo, la academia y los puertos, en donde se juzga que los efectos estan confiados á la fe pública. Si apareciese embriagado en público un Arconte, que era el supremo magistrado, pierda la vida, porque ¿para qué serviría despues de haber sido el objeto del desprecio? Un hombre que continúe en vivir con su muger habiéndola cogido en adulterio, será declarado infame. El que no quiera ir á la guerra, se escape del ejército, ó se porte en él con cobardía, no llevará corona ni guirnalda, ni podrá ser admitido en ninguna asamblea solemne. Si un ciudadano agravia á otro, qualquiera Ateniese puede aprehenderle y acusarle en justicia, aun quando el agraviado que recibió el daño se haya compuesto, y ya no se queje. Se harán pocas leyes acerca de la religion; pero se obligarán los magistrados con juramento á hacerlas observar. No hizo ley contra el parricida, porque decia Solon: ¿Como será capaz un Ateniese de cometer semejante delito?

Este es el breve diseño de las leyes de Solon, las que sin duda manifiestan grande jui-

cio, y grande conocimiento de los hombres. No obstante, preguntado qué pensaba de ellas, respondió: „No me lisonjeo de haber dado á los Atenienses las mejores leyes posibles; pero les he dado las mejores que estaban en estado de recibir.” Las hizo ratificar en la asamblea del pueblo para cien años: compró una embarcacion con pretexto de comercio: consiguió permiso de ausentarse por diez años, y dexó á Atenas.

Pocas ciudades habrán conservado monumentos tan enteros de su antiguo esplendor como los que presenta Atenas. Es muy agradable para los viajeros poder decir al pasar por entre aquellos augustos restos: este templo de tan bello mármol hecho con tal arte, que ha resistido á los ultrajes del tiempo, es obra de Pericles, dedicado á Minerva, protectora de Atenas: este otro que está cerca y tan bien conservado es el de Neptuno. Todavía parece que se estan viendo los jóvenes Atenienses correr al de Teseo para sus ejercicios, y que los esclavos buscan asilo en él contra la crueldad de sus amos. Admirando el panteon se echan menos los dos caballos que adornaban la entrada, y eran obra de Praxíteles. Baxo estos pórticos, cuyas ruinas inspi-



### Leyes de Solon.

*Die Solon á sus compatriotas si ne las metera  
leyes posibles, como el dize, las que estaban en es-  
tado de recibir; pero les conecia bastante para  
desconfiar de sus pasiones apasionas; y así habien-  
dolos hecho ratiicar en la asamblea del pueblo,  
deuvo permiter para ausentarse por diez años de  
Atenas, y los dexó para ne ser testigo de la viola-  
cion que se haria inmelitara de aquellas mismas  
leyes.*



ran respeto, los Estoycos, los Académicos y los Peripatéticos oían las lecciones de Aristóteles, las de Zenon, las de Platon y Sócrates. Aquí Demóstenes descubria y confundia los proyectos de Filipo contra la libertad: allí contaba Alcibiades sus victorias: mas allá se juntaba el Areópago, que á todos los juzgaba.

Admira los muchos Atenienses que habia empleados en la administracion y la policia. Todos eran pagados del tesoro público, mas no tanto que pudiesen pasar sin algun otro medio de subsistir; de suerte, que todavia se halla con dificultad qué principio tenia el bien estar de las tres primeras clases. No podia ser la agricultura; porque el terreno de la Atica era ingrato, y socorreria quando mas las necesidades; pero no haria ricos, á no ser que tomasen dominios en los paises vecinos conquistados, como los Venecianos en la tierra firme. Sus riquezas principales eran el fruto de las contribuciones y el botin, y así no debe admirarnos que estuviesen casi siempre en guerra. Solon no tocó este artículo: en ninguno prescribe la justicia que se debe á los extrangeros, ni los motivos que deben autorizar ó prohibir la guerra.

Quando volvió de sus viages halló el edificio, que tanto trabajo le habia costado, temblando y para arruinarse. Se habian renovado las antiguas facciones; pero todas le hicieron la corte, y le manifestáron el mayor respeto, pidiéndole que volviese á tomar su autoridad y sosegar las turbaciones. El no quiso aceptar esta comision alegando su avanzada edad. No obstante, visitó á los xefes, y en los términos mas patéticos les suplicó que no diesen el golpe mortal á su comun madre, sino que prefiriesen la utilidad pública á sus particulares intereses.

Entre todos los Grandes (2439) Pisistrato era el que al parecer penetraba mas los discursos de Solon. Eran los dos parientes, amigos íntimos, y tenian muchos rasgos de conformidad en su carácter. Pisistrato era honrado, afable y generoso: siempre tenia al rededor de sí dos ó tres esclavos con sacos de dinero, y quando encontraba pobres ocurría á sus necesidades. A los que la miseria parecia sumergir en la tristeza, les daba para que pudiesen ganar el pan; mas no lo suficiente para que viviesen en ociosidad. Tenia todas las calidades convenientes á un Grande. Su jardin y sus huertas estaban abiertas para

que todo el mundo pudiese pasearse en ellas y tomar frutas. Se mostraba muy zeloso defensor de la igualdad de los ciudadanos: se declaraba contra toda innovacion; y en su conducta manifestaba moderacion y benignidad. Solon descubrió el objeto de sus artificios; mas no quiso romper con él, esperando atraerle á la razon. *Si no fuera por tu ambicion, le decia, serias el mejor ciudadano de Atenas.* Viendo Solon que no hacian efecto sus discursos en Pisistrato, los comunicó á otros, para que estuviesen prevenidos contra él, no fuese que tan buenas calidades llegasen á ser funestas á su patria.

Por este tiempo se presentó Tespis, á quien se tiene por inventor de la tragedia. Corrian los ciudadanos á su espectáculo, y como el teatro siempre es útil para las facciones, Solon, que concurrió como los otros, le dixo á Tespis al salir: „¿No te da vergüenza vender tantas mentiras? ¿Y qué mal hay en eso? respondió Tespis. ¿No se sabe ya que estas son ficciones poéticas, y que es una pura diversion?” „Sí, replicó Solon, dando un golpe en el suelo con su báculo; pero si sufrimos esa diversion, presto pasará á nuestros asuntos mas serios.”

No dexó de suceder lo que Solon habia previsto en Pisistrato. Este politico fino advirtiendo el afecto con que le miraba el pueblo, resolvió aprovecharse para ocupar el trono. Se escapó un día al lugar en donde estaba todo el pueblo junto, como si le persiguieran, y manifestó algunas ligeras heridas que él mismo se habia hecho, como si las hubiera recibido de otros. Pidió guardia, y se opuso Solon diciendo quanto pudiera abrir los ojos á los Atenienses sobre las conseqüencias de la peticion. Habló despues Pisistrato, y fue recibido su discurso con grandes aplausos. Se contentó Solon con decir: *No hay cosa mas dulce que sus palabras.* Se iba calentando el pueblo, nada decian los ricos, que veian bien el término en que habia de parar el negocio; y Solon se retiró.

Al punto que se ausentó concedieron á Pisistrato quatrocientos hombres de guardia, y él no tardó en servirse de ellos para apoderarse de la soberanía con la astucia siguiente. Indicó una asamblea, y convidó al pueblo á que viniese con sus armas. Quando ya estaban juntos empezó á arengar en voz baja; y como el pueblo se quejase de que no le oia, dixo: Consiste en el ruido de las ar-

mas; y les suplicó que las depositasen en un templo vecino. Las tomaron sus guardias, y se hizo proclamar Rey soberano. Solon hizo tambien resistencia, y tanta que se admiró Pisistrato, diciéndole: *¿Quién te ha inspirado tanto atrevimiento?* Y él respondió: *Mi vejez.*

No puede verse mas honradez que la que observáron entre sí Pisistrato y Solon. Es verdad que este dexó á Atenas; pero el otro intentó lo imposible para hacer que volviese. Procuró justificarse con un hombre que estimaba, y le hizo patente que muy lejos de destruir sus leyes, miraba como obligacion sostenerlas: le empeñó con la mayor ternura á que viniese á acabar sus dias en su patria. „Vuelve, que Solon no recibirá agravio alguno de Pisistrato; y esto no necesito jurarlo. Mis enemigos, los mas declarados, no osarán inspirarme desconfianzas en este punto. Si quieres ser del número de mis amigos, tú serás el primero: si estás determinado á no tener conexiõn conmigo, vive en Atenas como mejor te parezca, con tal que yo no sea la causa de que nuestro pais sienta la desgracia de no poseerte.” La respuesta de Solon no es menos afectuosa. En aquel tiempo se daba á los Reyes el nombre de tiranos, sin que lo tu-



### La supuesta Minerva.

*Desterrado de Atenas Pirrostrato, se atrevió á intentar y logró que sus emisarios hiciesen creer al pueblo que Minerva misma le restituiria: y habiéndose disfrazado á una hermosa joven con el traje y atributos de la Diosa, atraxó con ella en un soberbio carro de triunfo por la Ciudad, cuyos habitadoras la adoraron, y recibieron con aclamaciones al que poco antes habian arrojado con aprobrio.*

Minerva por sí misma venía á traer á Pisistrato á la ciudadela; y con efecto, al dia siguiente se presenta en un carro triunfal una doncella de mas magestuosa talla que la ordinaria de su sexô. Tenia todos los atributos de la diosa, y atravesó con ellos la ciudad, llevando á su lado á Pisistrato. La adoró el pueblo, y no le quedó duda alguna. Por poco que hubiera pensado hallaria que la supuesta diosa era una doncella sin nobleza ni fortuna, aunque de gran belleza, á quien habia instruido para hacer este papel, y que por haberle representado bien la casáron con Hiparco, hijo del que acababan de exáltar de nuevo.

No duró mucho el triunfo de Pisistrato, porque otra faccion le hizo dexar la ciudad y abandonar la soberanía; pero si en las dos primeras veces procedió como raposa astuta, en la tercera se portó como leon. Le diéron sus amigos tropas: con su manejo le favoreció un partido en la ciudad: sorprendió á los Atenien-ses, que hacian la guerra con negligencia y sin efusion de sangre; y volvió á entrar en la ciudad, precediéndole una amnistía ó perdon general. Entonces, mezclando el rigor con su antigua benignidad, desterró algunos de los demócratas mas obstinados; y sabiendo por ex-

perencia que la ociosidad, las juntas y la comunicacion son las que engendran y mantienen las facciones, dió ocupacion á los Atenienses. Envió la mayor parte que pudo al campo; y por otros medios que juntan la utilidad con la suavidad se procuró un reyno tranquilo.

Pagaban los Atenienses la décima de sus rentas, y aunque este impuesto se empleaba en el servicio del estado, hacia odioso á Pisistrato que obligaba á pagarle. Le sucedió que paseándose por el campo vió un anciano que arrastrando por un sitio pedregoso arrancaba alguna cosa. „¿Qué es lo que te produce tu trabajo?” preguntó Pisistrato. „Mucha pena, y algunas plantas de salvia silvestre, y aun de esto hay que dar la décima á Pisistrato.” Al dia siguiente hizo venir al anciano á su presencia, y le declaró exento de todo tributo para siempre.

Se vió en una ocasion muy embarazado sobre lo que debía hacer con unos jóvenes insolentes, que viendo en la calle á su muger la habian faltado con grosería al respeto. Fueron al dia siguiente á pedir perdon á Pisistrato; pero era peligroso exemplar el dexarlos sin castigo. No obstante, los oyó con be-

nignidad, y les dixo: „Yo os aconsejo que en adelante procedais con mas modestia; pero en quanto á mi muger, no salió ayer de casa en todo el dia.” Así como paliaba las faltas de los otros, sabia hacer con destreza excusables las propias. A algunos ciudadanos los habia enojado: estos se retiráron á la ciudadela muy picados; y al dia siguiente fue á desagruararlos cargado con una baliya. Le preguntáron ellos: ¿Qué significa eso? „Esto quiere decir, les respondió, que quisiera yo llevaros conmigo á Atenas, ó quedarme con vosotros; y así si os quereis quedar, aquí traigo mi equipage.” Todos se volviéron con Pisistrato.

Dexó su poder á sus dos hijos Hípías y Hiparco; mas no se sabe si le disfrutáron juntos. Se conjuró contra su vida el partido contrario, y solamente matáron á Hiparco, que era un hombre de genio dulce, y cuya conducta representaba bien la de su padre. Hípías, que hasta entónces habia manifestado las mismas propiedades, irritado con la muerte de su hermano, se hizo feroz y aun cruel. Mandó poner á questão de tormento á Aristogiton, uno de los principales conjurados; y este infeliz, como si no pudiera resistir al dolor, nombró á los partidarios del Rey, y es-

te sin más exámen los mandó matar. „Ahora, le dixo Aristogiton, ya no conozco á ninguno que merezca morir sino á ti.” En la misma ocasion una dama cortesana llamada Laceda, temiendo rendirse con la fuerza del tormento y descubrir á su amante, se cortó la lengua con los dientes, y se la escupió á Hípias en el rostro.

Estas crueldades alborotáron contra él á los Atenienses. Le arrojáron del trono, y juráron un odio irrevocable á él y á toda su familia. Hípias por su parte no dexó piedra por mover para suscitarles enemigos. Ya estaba sembrada la semilla de rivalidad entre Atenas y Lacedemonia; pero esta rivalidad la convirtió Hípias en recíproco furor. Pretendian los Lacedemonios que los Atenienses no debian volver á la democracia; porque siendo un gobierno tumultuario y variable, no daba confianza á sus aliados, y que ya en adelante no se podria tratar con ellos. A los Atenienses les pareció mal que quisiesen los de fuera darles leyes. Se encendió pues una guerra encarnizada entre los dos estados rivales con acciones muy sangrientas, en que se distinguia Hípias: este fue hasta Persia á buscar enemigos contra sus antiguos vasallos. Contaba prin-





### Batalla de Maraton.

*Sele, sin secreto alguno, y con un pequeño exercito los Atenienses, debian resistir en Maraton al inmenso exercito de los Persas. Milciades sin embargo vota que se dé la batalla, sus generosos colegas le ceden el mando, sirven á sus ordenes, y derrotando completamente á sus enemigos, que precipitadamente se reembarcan, hizo ver Milciades que la habilidad y el valor pueden triunfar de la multitud.*

principalmente con el buen éxito , porque sus maniobras tenían á los Atenienses en guerra con sus vecinos ; y los que no se habian declarado enemigos estaban tan indiferentes ó tibios, que los de Atenas solamente podian contar con sus propias fuerzas , quando el que habia sido su Principe traxo contra ellos los Persas á las llanuras de Maraton.

Mandaba en esta expedicion Milcíades, auxiliado de Arístides y Temístocles , todos tres recomendables por sus grandes prendas y por los servicios hechos á su república ; pero todos tres mal recompensados. Desde luego consultáron entre sí sobre qué seria lo mejor, si atacar á los Persas ó esperarlos. Prevaleció el parecer de Milcíades , que fue el de atacarlos. Alternaban en el mando , y era el dia de Arístides ; pero cedió el mando generosamente á Milcíades , reservándose él y Temístocles el honor de dar exemplo á los demas. El atrevimiento de los Atenienses , que en tan corto número atacáron á los Persas , admiró á estos , y algo los desordenó. El fiero continente de sus enemigos y su disciplina , junta con su constancia , decidió de la victoria. De un Ateniense llamado Cinegiro se cuenta esta accion notable. En el momento que los Persas

empezaban á desordenarse advirtió que una de sus naves, cargada de fugitivos, procuraba separarse de la ribera. Quiso Cinegiro detenerla con la mano derecha, y se la cortáron de un hachazo: la agarró con la izquierda, y tambien se la cortáron: por último, cayó muerto de las heridas. Autores hay que dicen, que viéndose sin manos quiso detener la nave con los dientes, y entonces le cortáron la cabeza.

Se embarcaban los Persas precipitadamente para tomar á Atenas por sorpresa, pues todas sus fuerzas las habia enviado al ejército; pero Milcíades, que advirtió su desig- nio, llegó á marchas forzadas á tiempo de salvar la ciudad. Erigieron en el campo de batalla arcos triunfales á honra de los vencedores. Los Atenienses, los aliados, y hasta los esclavos, que hicieron patria propia la de sus amos, y diéron la vida por ella, tuvo cada uno su distinto monumento. Esta batalla fue representada en las paredes de los pórticos de Atenas; y Milcíades logró por premio ver allí escrito su nombre.

Se aprovechó de aquel momento del favor popular merecido por su victoria para pedir que le dispusiesen una armada para destinarla á una expedicion secreta. La empresa,

decía, nos traerá grandes riquezas. Ninguno se informó de si era injusta; y Milcíades la dirigió contra la isla de Paros; pero defendiéndose los isleños con valentía, fue peligrosamente herido, y volvió triste con las reliquias de la armada á sus puertos. Le hicieron causa de haber abusado de la confianza de la república para empeñarla en una empresa ruinoso y de poco honor; pero los mismos Atenienses pudieran haberlo examinado antes. A esto se añadió imputarle que habia sacrificado el interes de la república al personal, y que habia atacado á los Parios sin otro fin que vengarse de una injuria que pretendia haber recibido de ellos. Tanto se recalentaron los espíritus, que no le concedieron tiempo para sanar de su herida y defenderse por sí mismo. Le diéron un abogado, y se pleyteó este asunto con tan grande solemnidad en presencia del pueblo, que este juzgó que Milcíades no merecia pena capital; pero le condenaron á una multa equivalente á los gastos del armamento; y no pudiendo pagarla, le pusieron en la cárcel, en donde estuvo algun tiempo consumiéndose, y al fin murió.

Contento el pueblo porque le dexaban exercer algunos actos de soberanía, no pen-

saba en que solo era el juguete de los Grandes y el instrumento de sus pasiones. Siempre habia en la ciudad dos partidos: uno por el gobierno aristocrático, otro por el democrático. Al primero le autorizaba la probidad de Aristides: el segundo se apoyaba sobre la habilidad de Temistocles.

Estos dos hombres se habian criado juntos, y desde su primera edad reynaba entre ellos una emulacion que era la causa de la oposicion perpétua en sus modos de pensar. Con la edad se fue aumentando la disposicion á contrariarse; y si uno hacia una proposicion, siempre estaba el otro pronto para contradecirla; pero esta inclinacion se manifestaba especialmente en los negocios públicos. Uno y otro tenian amor á la patria, y no podian menos de conocer el peligro de semejante conducta. Saliendo un dia de la asamblea del pueblo, se le escapó á Aristides decir: „No hay salud para los Atenienses mientras á los dos no nos arrojen en el bátrato.” Así llamaban el lugar adonde precipitaban los reos condenados á muerte.

Aristides era de un genio inflexible, y por poco que se interesase la justicia, no conocia parentesco ni amistad. Era incapaz de prestar

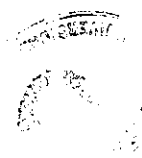
se á ninguna condescendencia: y por esto le diéron el sobrenombre de justo. Temístocles admitia respetos y guardaba atenciones. ¡No quiera Dios, decia él, que yo me vca sentado en un tribunal, en caso de que mis parientes y amigos no tengan mas crédito que los extraños! Era naturalmente impetuoso, sutil, atrevido, y propio para revestirse de toda suerte de formas por conseguir sus intentos. Aristides por el contrario solo conocia el camino derecho sin rodeos. Era de una de las primeras familias de Atenas sin mezcla de sangre extranjera: hacia mucha estimacion de las leyes de Licurgo, cuyo rigor se acomodaba á su caracter; y á fuerza de meditar en los principios de aquel legislador, llegó á ser gran partidario de la aristocracia. Temístocles por el contrario se declaró por el partido del pueblo, con el qual tenia conexión por su madre, que no era de nacimiento muy distinguido.

En el intervalo de reposo que lograron los Atenienses, despues de la victoria de Maraton, volviéron de nuevo las querellas sobre el gobierno. Siempre se hallaba Temístocles con Aristides al frente, porque á cada paso le detenia en su proyecto de dominar con la influencia del pueblo; pero el ostracismo dió

á Temístocles el medio de libertarse de un rival tan incómodo.

El ostracismo desterraba por diez años á los que por sus distinguidas prendas podian poner en peligro la libertad pública. De este modo era un castigo del mérito, inventado, segun lo creia el público, para disminuir el excesivo poder de algunos particulares; pero en realidad era el medio mas seguro para que un partidario diestro se deshiciese de un hombre prudente y constante que se opusiese á sus perniciosos fines. El ostracismo se practicaba así: cada ciudadano escribia en una conchita el nombre del que queria desterrar. Se contaban todas; y si no llegaban á seis mil, no habia ostracismo; pero si excedian de este número, aquel á quien condenaban debia dexar el pais por diez años, aunque le daban facultad para disponer de sus bienes á su arbitrio.

Temístocles consiguió su intento esparciendo la fama de que Arístides, valiéndose del nombre de justo, y procurando que le eligiesen árbitro en la mayor parte de las diferencias, se habia formado insensiblemente una monarquía sin guardias y sin el aparato de la soberanía. Porque, decian los emisarios, ¿qué es lo que constituye al Monarca sino el pres-





### Destierro de Aristides.

*Se hacia el escrutinio para el destierro de Aristides, y un rustico presentó su conchilla al mismo Aristides pidiéndole que escribiera en ella el nombre de Aristides. Este le preguntó: ¿Te ha hecho algun agravio ese hombre? Ni aun le conocí, respondió; pero este enfadado de verle llamarle continuamente "El Justo", Aristides sonriéndose tomó la conchilla, escribió su nombre, y la volvió al rustico.*

cribir leyes? Bien preparados los espíritus con este sofisma, quando menos se esperaba se esparciéron por la plaza el pueblo y gentes del campo pidiendo el ostracismo; y fue preciso proceder al escrutinio. Un paisano de los arabales de Atenas, que no sabia escribir, fue con su conchita á Arístides y le suplicó que le escribiese en ella el nombre de Arístides; y este exclamó: *Está bien; ¿pero qué tienes que decir de ese hombre? ¿te ha hecho algun agravio? ¿A mí agravio?* dixo el paisano: „*ni siquiera le conozco; pero estoy cansado y enfadado de oírle llamar por todas partes el justo.*” Se sonrió Arístides; y tomando la conchita escribió su nombre. Quando los magistrados le intimáron la sentencia se retiró modestamente; y levantando los ojos al cielo, dixo: „Pido á los dioses que no vean jamas los Atenienses el dia en que tendrán que acordarse de Arístides.” Aquí debe advertirse que cesó despues de algun tiempo el ostracismo en Atenas con el motivo de haber condenado en esta forma á un hombre perverso, y desde entonces se miró esta especie de castigo como mancha y deshonra, y así no le volviéron á usar.

No pasáron quatro años sin que se cumpliese lo que habia previsto Arístides. Pre-

paraban los Persas una invasion formidable en Grecia, y su principal objeto era Atenas. Temístocles, que ya se habia hecho el dueño, pero siempre con la precision de guardar muchas atenciones con el pueblo, aunque sabia poco mas ó menos el partido que debia tomar, consultó al oráculo, y este respondió, que no se salvaria el estado sino con murallas de madera. La obscuridad de esta respuesta la ilustró Temístocles, diciendo á los Atenien-ses, que no tenian otro recurso que el de abandonar su ciudad: montar la armada que él tenia dispuesta, é ir á pelear con la de los Persas, antes que esta inundase su patria con la multitud que iba á vomitar en Grecia.

Abandonar la ciudad y dexar sus casas, los templos y los sepulcros de sus mayores, ¡qué dura extremidad! ¿Y qué habia de ser de las mugeres y los niños? El orador, que se esforzaba en tono patético por dar valor á estas razones, é impedir el decreto, fue apedreado en medio de sus arengas; y las mugeres, para que no se creyese que estaban menos determinadas que los hombres, apedreáron á su esposa. ¿Cómo habian de resistir á la explicacion de Temístocles? Los Sacerdotes anunciáron que el sagrado dragon no queria co-

mer, y acababa de desaparecerse; que sin duda huía de una ciudad que debía abandonarse; y que la misma diosa le habia precedido. Algunas mugeres lo aseguraban, diciendo que la habian visto salir. ¿Cómo era posible que con esto se quedase ninguno? Distribuyéron dinero á los ciudadanos pobres para que hiciesen sus preparativos; y como no habia bastante en el tesoro público, y los ciudadanos no se daban prisa á suplirle, esparció Temístocles la fama de que el escudo de Minerva, en que estaba grabada la cabeza de Medusa, habia sido robado. Ordenó pues que se visitasen todas las casas, lo que se executó sin obstáculo: no encontráron el escudo; pero sí mucho dinero con que gratificar á los menos acomodados.

En este extremo desconsuelo (2519) empezó el pueblo á echar menos á Arístides: el mismo Temístocles tenia tanta confianza en la virtud de su rival, que le hizo llamar con los otros desterrados. Arístides á su vuelta trató con mucha atencion á Temístocles, y este executó lo mismo, sacrificando uno y otro con generosidad sus resentimientos al público interes.

Las armadas Persiana y Griega se avistá-

ron cerca del Peloponeso , no lejos de Salamina. Salamina , nombre de buen agüero , insertado como tal en el oráculo explicado por Temístocles. Al acercarse el peligro que amenazaba á los Atenenses , conoció el resto de la Grecia , que toda ella corria el mismo riesgo : y así cada uno se dió prisa á enviar socorros. Se distinguieron los Lacedemonios , y diéron la comandancia general á Euribiades. Este no era de parecer de que se pelease en el estrecho. Temístocles , que habia formado su plan , le sostuvo con fuerza , y tal vez con demasiado calor. Euribiades levanto el baston , y el Atenense dixo : *Da enhorabuena ; pero escucha.* Esta moderacion desarmo al Lacedemonio : adoptó la opinion de Temístocles , y se decidió que se diese la batalla en el estrecho. Pero se ofrecia otra dificultad. No querian los Peloponesios la batalla tan cerca de sus tierras , porque si eran vencidos quedaban expuestos á una desolacion inevitable. Se opusieron pues ; y durante la noche hicieron sus preparativos para retirarse de la armada el dia siguiente. Temístocles , asustado con una desercion , cuyo exemplo pudiera ser contagioso , envió en la misma noche un hombre de su confianza , que suponiendo ser desertor advirtió al Ge-



### Temístocles y Euríbiades.

*Propuso Temístocles a los otros Generales griegos que se diese en Salamina el combate naval a los Persas; se opuso Euríbiades, Comandante general de la Grecia insistió Temístocles; Euríbiades alzó el bastón para darle; Temístocles sin alterarse le dixo: Dá; pero escucha; y siguiendo en fundar su voto, convinieron todos, se die el combate, y como la victoria el voto de Temístocles.*



neral Persiano, que una parte de los Griegos, contando por seguro que serian vencidos, se disponia á salvar sus vidas; y que si los Persas no impedian aquella fuga, perdian un botin considerable. Quando los del Peloponeso se quisieron hacer á la vela el dia siguiente, hallaron á los Persas preparados para cortarles el paso. De este modo se vieron en la necesidad de esperar como los otros el combate.

Antes de este, Arístides, que habia examinado con atencion las acciones y movimientos de Temístocles, fue á verse con él, y le dixo: „Si somos prudentes renunciaremos á nuestras disputas, y pelearémos con noble emulacion á qual mejor servirá á la Grecia, tú como Comandante, y cumpliendo la obligacion de un valiente Capitan, y yo obedeciendo y ayudándote con mi persona y mis consejos. Veo que tú has juzgado con razon, aconsejando que se pelee quanto antes en el estrecho: nuestros aliados son de contrario parecer; pero los mismos enemigos parece que dan fuerza á nuestro plan, rodeándonos con sus naves por todos lados; de suerte, que hasta los que quieren evitar la batalla se verán en la precision de pelear por no poder huir.” „Aver-

gonzado estoy, Aristides, le respondió Temístocles, al considerarme vencido en generosidad. Me esforzaré quanto pueda por ver si puedo hacer mas que tú, ó por lo menos igualar, si es posible, con mis acciones este noble paso que acabas de dar." Entonces le dió parte de la estratagema que habia usado para contener á los del Peloponeso, y Aristides la aprobó.

El suceso de esta batalla, ventajosa á los Griegos, los libró del presente peligro; y la destreza de Temístocles, con otra nueva estratagema les quitó el temor de los proyectos que pudiera haber formado Xerxes con las tropas que le quedaban. Hizo saber secretamente á este Príncipe que los Griegos se disponían para cortar el puente que habia hecho construir sobre el Helesponto. Al punto se puso en fuga, y se dispersó su grande ejército. La envidia de la agena gloria, y el amor propio nacional no permitiéron á los Lacedemonios proceder con tanta justicia que no diesen el premio del valor á su General Euribiades; pero diéron el premio de la prudencia á Temístocles con una corona de oliva. Le regaláron un hermoso carro, le colmáron de todas las honras que podian expresar su esti-

macion. Hubo una fiesta general en el istmo del Peloponeso , á la que asistiéron todos los capitanes. Uno de los principales motivos de la asamblea era que señalasen unos y otros quienes fuesen los dos que mas se habian distinguido en Salamina, y la eleccion de estos dos dependia de su testimonio. Escribiéron cada uno dos nombres en un billete ; y quando los abriéron se advirtió , que cada qual se daba á sí el primer lugar , y el segundo á Temístocles , con lo que se probó que Temístocles merecia el primero.

Durante estos triunfos experimentaba Atenas la infeliz suerte que la habian anunciado, y fue destruida. La castigáron los Persas por las pérdidas que habian padecido , en las que creian que los Atenienses habian tenido la mayor parte. A la verdad mucho contribuyéron para la victoria de Platea, mandados por Arístides. Sus naves favoreciéron muy poderosamente á los esfuerzos de los otros Griegos en Micala , en donde la flota persa quedó casi destruida. El furor y la venganza traxéron otra vez de nuevo á los Persas contra Atenas, que ya empezaba á levantarse, é hicieron quanto pudieron por borrar hasta sus ruinas; pero renació de sus cenizas, y no tardó en

recobrar su fuerza y esplendor. Los ciudadanos llevaron á ella sus familias, que se habian dispersado por toda la Grecia: Temístocles reparó las pérdidas del tesoro público por un medio poco delicado, y del que los mas fuertes no hacen escrúpulo contra los mas débiles: pues recorrió las islas y las costas, sacando fuertes contribuciones de los que no habian querido tomar partido en la guerra, y haciéndoles pagar bien cara la neutralidad que habian afectado. Estas excursiones reforzaron la marina Ateniese, hasta el punto de dar zelos á los Lacedemonios.

No solo se repoblaba y hermoseaba Atenas, tambien se fortificaba con buenas murallas. Un puerto seguro y capaz de contener una grande armada, se iba formando en el Pirco, juntándole con la ciudad por medio de un muro. Bien advirtiéron los Lacedemonios que si dexaban concluir estas obras perdian el dominio que exercian sobre la Grecia, y pasaria este á los Atenieses. Enviaron pues diputados encargados de interrumpirlas, y, como es regular, no hablaron de sus particulares intereses, cubriéndose con el pretexto del interes general. „Si haceis á Atenas, decian, una plaza fuerte con la ventaja de un

puerto bueno y capaz, y los Persas llegan á conquistarla, se harán fuertes en ella como en una plaza inexpugnable, y darán desde ahí la ley á toda la Grecia." Les suplicáron por consecuencia, que cesasen en una empresa tan perjudicial; despues de suplicar insistieron, y despues de haber insistido mandáron. Los Atenienses querian oponer la valentía á la insolencia, y romper antes que ceder; pero Temístocles hizo presente que no era favorable el momento para hablar con altivez: que esta podria servir para excitar á los Lacedemonios á algun esfuerzo violento, cuyo suceso seria destruir lo que estaba empezado: que mejor seria remitir el punto á la negociacion; y se ofreció á manejarla por sí mismo.

Partió pues con los diputados de Lacedemonia, tomó el camino mas largo, y los fue por él divirtiéndolo. No obstante, á pesar de estas lentitudes llegó antes que sus colegas de embaxada. En Esparta quisieron que se empezase á tratar del asunto; pero hizo presente que nada podia hacer sin sus compañeros. Mientras los esperaban trabajaban los Atenienses de dia y de noche en sus construcciones, poniendo mano todos con la mayor aplicacion. Llegan por último los

colegas, y con ellos la noticia de que ya las obras estaban casi acabadas. Culpan todos á Temístocles; pero él niega, y dice, que no lo puede creer. Precisado á ceder á las pruebas que le daban, todavia duda, y dice, que el asunto merece el cuidado de asegurarse positivamente, y que así era preciso enviar comisarios á informarse en los mismos lugares. Quando llegaron estos, reconocieron quanto se habia abusado de la buena fe de los Lacedemonios; y quando quisieron partir, como ya Temístocles habia prevenido la conducta que se habia de observar con ellos, los detuvieron, sin permitirlos regresar, hasta que ya Temístocles estaba de vuelta. Siempre que le hablaban de esta superchería, acompañada de tantas mentiras, respondia: *Eso era bien de la patria, y no hay cosa que no debemos hacer por ella.*

Arístides con tenerla tanto afecto, no se hubiera valido de semejantes medios, aunque Atenas hubiera sacado de ellos las mayores ventajas; y así lo hizo ver bien en la ocasion siguiente. Temístocles, siempre ardorosamente empeñado en aumentar el poder y riquezas de los Atenienses, habia concebido el proyecto de hacerlos dueños del mar, y

de este modo únicos poseedores de los tesoros del comercio. Para esto pensó en quemar las naves de los otros estados, y tenia pensados los medios. Se presenta al pueblo, y le anuncia una empresa en extremo útil; pero que pedia el secreto. Pide que le autoricen para ejecutarla. Respondió la asamblea que podia comunicarla con Arístides, y si este la aprobaba se executaria. Escucha Arístides, y dice despues á la asamblea: „Lo que Temístocles propone es una cosa ventajósísima para los Atenienses; pero tambien es la mas injusta.” Al oir estas palabras despreció el pueblo el proyecto: y sin duda tuvo presente que habia sido demasiado condescendente á una proposicion de Milciades, semejante á esta. Bello espectáculo es un pueblo arrepentido de haber sido injusto.

La guerra con que á los Griegos amenazaban siempre los Persas les hizo tomar la resolucion de mantener á expensas del comun un cuerpo de ejército, siempre pronto para acudir al peligro mas urgente; pero ¿cómo se habia de determinar justamente qué dineros y qué tropas debia dar cada estado? Todos los Griegos unánimes pusieron los ojos en Arístides para que hiciese esta reparticion;

él cumplió este encargo con una equidad que contentó á todos los interesados, y la inviolable fidelidad en la distribucion y custodia de los caudales, le mereció las alabanzas de toda la Grecia. Temístocles impaciente, como envidioso por estos elogios, dixo un dia: „Y bien, ese es el mérito de una arca fuerte.” „A lo menos, le dixo Arístides en otra ocasion, lo es el tener las manos limpias, y no ser esclavo del dinero.” De este modo dos hombres, por otra parte tan apreciables, no se podian contener en la pequeña satisfaccion de zaherirse. Por entonces mandaba Temístocles en Atenas, haciendo reynar la democracia; lo que le conciliaba el amor del pueblo. A pesar de Arístides habia conseguido que los Arcontes, ó primeros magistrados de la república, que antes se elegian de entre los ciudadanos distinguidos, pudiesen en adelante tomarse en el pueblo sin distincion. Llevó Arístides con paciencia este triunfo de su rival, que fue el último.

No podian los Lacedemonios perdonar á Temístocles el haberlos burlado en el negocio de las fortificaciones de Atenas. Ya por otras ocasiones en que se habia opuesto con razon á sus injustas empresas y los habia ven-

cido, conociéron que tenían en él un enemigo, de que no podrian desembarazarse sino perdiéndole. Fue tanto lo que enredáron en Atenas, suscitaron tantas quejas contra él, y ganáron á tantos Atenienses, que este mismo pueblo, en donde era el ídolo, no solo le abandonó, sino que le desterró por el ostracismo. Se retiró á la corte de Admeto, Rey de los Molosos, y allí le persiguieron los Lacedemonios. Considerándose el Rey con poco poder para defenderle, le dió dinero para que se salvase en Asia; pero él se refugió en Persia, á la que habia hecho tantos males, y fue bien recibido; porque el Emperador le dió una muger Persiana, tierras, y grandes privilegios para sí y sus descendientes. Arístides muy lejos de triunfar de la desgracia de su rival, no quiso juntarse á sus enemigos; antes bien se opuso á la pena de muerte á que le querian sentenciar, y siempre habló de él con mucha estimacion.

Habia educado á un jóven llamado Cimon, hijo de Milciades el vencedor de Maraton, y digno de tal padre, á quien igualó en la constancia y valor; pero el hijo fue mas dichoso. Le comparaban á Temístocles en la energía del juicio, y á Arístides en la pro-

bilidad. Hizo Cimón los primeros ensayos militares en Salamina, y á poco tiempo le hicieron comandante en jefe. Mientras mandó no conocieron los Atenenses sino la victoria. En un mismo día ganó dos contra los Persas, una en el mar y otra en la tierra. En esta persiguió á los soldados de la armada que se habían juntado con los del campo, los derrotó enteramente, y así en tierra como en mar logró un botín inmenso. Con solos quatro navíos atacó una armada y la venció, haciéndose dueño del Quersoneso: se apoderó de las minas de oro de Tracia, que era el objeto principal de su expedición: volvió con sumas prodigiosas para el tesoro público; y no se olvidó de sí mismo. Con sus riquezas pudo satisfacer á su generosidad característica, porque daba liberal aun antes que le pidiesen. Nunca de Cimón se retiró descontento ciudadano pobre. Era familiar sin baxeza, y reservado sin altivez.

Al mismo tiempo se presentaba en la escena pública un hombre, cuyo carácter hacia en muchos puntos contraste con el de Cimón: este era Pericles, descendiente de los que habían expelido de Atenas á los Pisistratos. Sola esta ventaja le daba ya un grado

de favor en el pueblo; al mismo tiempo que la franqueza de Cimon, que no ocultaba su afecto á la aristocracia, le hacia mala obra respecto de la multitud que miraba con sospechas su generosidad. Gustaba Cimon de presentarse: en su rostro se observaba cierto ayre de serenidad, y en sus modales una afabilidad que encantaba. Pericles rara vez se daba al público, y solo como forzado de la obligacion de sus empleos. Siempre le veian con la gravedad de magistrado severo ó de juez: ocultaba su talento para la eloquencia, aunque la poseia en supremo grado, por no despertar la envidia. Si hubiera podido habria mudado su fisonomia, que era algo parecida á la de Pisistrato, porque habia advertido que se notaba en él esta semejanza, y que los zelosos de la democracia sacaban de ella funestas inducciones. ¡Tan espantadizos son los que se llaman republicanos!

Se estableció una lucha entre varios rivales, y cabezas de dos facciones, que suponian no mirar á otro interes que al del público. Los zelosos demócratas decian: „Si dexais á los Grandes las dignidades militares y civiles, los cargos de judicatura y los empleos lucrativos, se verá el pueblo tratado como

esclavo, y oprimido de impuestos para sostener el fausto de los ricos." Estos defendiendo sus prerogativas replicaban: „El pueblo ocupado en sus diarios trabajos no puede adquirir las calidades necesarias para mandar y juzgar, y muchas veces le impedirán sus necesidades que maneje con integridad los caudales de la república. Por su propio interes es preciso quitarle los medios de pretender empleos que serian para él peligrosos." En consecuencia de esto se combinaban las formas de eleccion, el modo de recibir los votos, las prohibiciones, las exclusiones: en una palabra, todo quanto podia dar al pueblo mas ó menos preponderancia en las elecciones: en esto consistia el grande arte del gobierno. Con esta mira estaban los xefes rodeados de emisarios, que se esparcian por la plaza pública para dirigir los votos y la eleccion del pueblo.

Tenia Pericles grande habilidad en esta especie de manejo. Se presentaba siempre solo; pero tenia multitud de partidarios activos y bien instruidos, que agitaban al pueblo del modo necesario para el buen éxito de sus proyectos. Subia á arengar siempre con cierto ayre de timidez y de circunspeccion: bien se pudiera decir de hipocresia. „No permitan

los dioses, decia, que se me escape palabra que pueda comprometer los intereses del pueblo." Hablaba, y se ausentaba. A pesar de todos estos artificios vencia el partido de los Grandes, porque Cimon era mas rico, y podia dar mas. Pericles hallo medio de reparar esta desigualdad distribuyendo el dinero del público, y de este modo se llevaba el pueblo á su propia costa.

Estuvo indecisa la victoria por algun tiempo entre los dos partidos, hasta que se decidió con una acusacion pública contra Cimon. Le acusaban á este de haber recibido presentes de los Macedonios porque no entrase en sus estados, despues de haber quitado á los Persas las minas de oro de Tracia. „Yo no lo hice, respondió Cimon con valentia, porque no soy enemigo del género humano: y así respeté una nacion distinguida por su justicia, y cuyos beneficios, dignos de reconocimiento, fuéron de grande utilidad para mi ejército y para mí, mientras estábamos sobre sus fronteras. Si mis conciudadanos tienen por delito lo que me oponen mis enemigos, sufriré su juicio; pero sin advertir en qué he faltado." Se sabia por tan cierto que esta acusacion era provocada y dirigida por Pericles,

que recurrieron á él para suspender los efectos. El era uno de los acusadores nombrado por el pueblo, y tal vez el mas temible. El pinice, hermana del acusado, fue á solicitar su favor, y él la recibió con una sonrisa, que no era tan picante como la respuesta, porque la dixo: ya no eres tan jóven para que te emplees con buen éxito en semejantes negociaciones. Dicen que esta respuesta tan poco obsequiosa ocultaba la impresion que la negociadora habia hecho en él, por los efectos que despues se viéron.

En el curso del proceso sola una vez habló Pericles, y con las mayores atenciones hácia Cimon. Pasó tan ligeramente por el punto que se trataba, que parecia no tenerle por culpado; pero sin duda contaba con otros oradores menos condescendientes; y no se engañó: pues Cimon salió desterrado por el ostracismo. Eran tan severas las leyes de este destierro, que en una guerra contra los Lacedemonios no pudo conseguir Cimon que le permitiesen pelear. Se presentó á su tribu, y pidió que le recibiesen en las filas como simple soldado; y se lo negáron. Sus amigos le suplicáron que á lo menos les dexase sus armas, como prenda y señal de la vic-

toria; pero nada hizo esta prenda, porque fuéron vencidos los Atenienses. Echáron menos á Cimon, y les permitió Pericles que le llamasen. Se cree que hubiese entre ellos algun convenio por mediacion de Elpinice; y este era que Cimon no se mezclase en los negocios, y Pericles le dexaria mandar los exércitos.

Aquellos bellos exércitos (2550) siempre victoriosos quando los mandaba Cimon, eran obra suya. Ya hemos visto que los estados de la Grecia se empeñáron en tiempo de Aristides en proveer dinero y soldados para un cuerpo de exército que siempre debia subsistir. Este zelo se fue insensiblemente resfriando: los cuerpos de muchos distritos ya no reclutaban, y los Atenienses querian precizarlos á enviar sus contingentes de hombres. Cimon fue de opinion de que era mejor recibir dinero; porque este es el medio, decia, de desacostumbrarlos de la guerra, y con este dinero levantaremos tropas que solo dependan de nosotros. Se dice que sobre un exército bien pagado, y que no pendiese de la inconstancia del populacho de Atenas, concibió un proyecto que parecia insensato si despues no le hubiera realizado Ale-

xandro el Grande. Era este llevar á Persia la guerra con la intencion de no dexar las armas hasta haber conquistado aquel imperio. Conociendo que los Atenienses eran codiciosos del botin, empezo por atacar la isla de Chipre, en que habia muchas riquezas, para que con este cebo aprobasen su proyecto; pero murió en el seno de la victoria. Ya volvian los Atenienses de nuevo á cansarse de él; porque el alma noble y generosa de Cimon no podia acostumbrarse á las miras interesadas y baxas de sus compatriotas. Reprehendia altamente sus disposiciones á sacrificar la virtud al interes, y el honor á la ambicion. En este punto hacia Cimon entre Esparta y Atenas una comparacion odiosa para su ciudad. Quando los Atenienses se permitian alguna cosa semejante solia decir: *Los Lacedemonios no harian eso.*

El destierro de Cimon (2553) habia establecido el poder de Pericles, y su muerte le confirmó; bien que le conservó con mucho trabajo y disgustos de toda especie. Vió desde luego á Atenas atacada por los Lacedemonios y muy estrechada. La libró ganando con dinero al Consejero del Rey de Lacedemonia. Entonces todavia gozaba de una

autoridad respetada generalmente : en términos que dando sus cuentas se contentáron sobre este artículo con esta nota : *Diez talentos empleados á tiempo*. Se vió precisado á consentir en una expedicion mal dispuesta, que consiguió de los Atenienses un Capitan mas ardiente que diestro. Esperaba Pericles que se olvidase la empresa suspendiéndola, diciendo : *El tiempo es el mas sabio consejero* ; pero no fue oido , porque contaban los Atenienses con el pillage ó saqueo , y esto fue bastante para ir contra los de Beocia. Los agresores fuéron vencidos , y su codicia bien reconocida les suscitó muchos enemigos. Entonces se hizo un censo de los ciudadanos de Atenas , y no pasaban de catorce mil y quaranta personas. Lo que causa notable admiracion es , que en medio de tantos enemigos se atreviese esta ciudad , con tan poca gente , á pensar en fundar colonias , humillar sus vecinos , y aun subyugar á los extrangeros.

No siempre era dueño Pericles de templar aquel ardor guerrero , y por entonces tenia que prestarse á él , y ordinariamente con buen éxito : pues no se ve que sufriese derrotas , siendo así que se le cuentan

muchas victorias. Pero lo que gustaba mucho al pueblo de Atenas era su zelo en propagar la democracia, estableciéndola quanto le era posible en sus conquistas. Este zelo por la democracia le tenia, solo porque esta le era favorable, es decir, que si sostenia el poder del pueblo era para mantener el suyo. Tucídides, hombre de distinguido mérito, se vió sujeto al ostracismo por manejos de Pericles. Entonces se notó que se habia mudado en el modo de mandar; porque afectaba un ayre de Principe, y tomó con altivez la administracion de todos los negocios como una cosa que se le debia.

Mientras gozaba de su autoridad con una satisfaccion que parecia desafiar á la envidia, vió de repente una nube de enemigos, que no atreviéndose á él, cayó sobre sus mas queridos amigos. Habia Pericles encargado á Fidias, célebre escultor, que hiciese la estatua de Minerva. Por una lisonja que Pericles sufrió, le habia representado el escultor en el escudo de la diosa combatiendo con una Amazona. No se detuviéron en esta adulacion; pero acusáron al artista de que se habia apropiado parte de la plata y oro que le habia dado el tesoro público para la estatua. Fidias,

previendo sin duda la calumnia, habia empleado el oro y la plata con tal destreza que podran quitarle y pesarle. Hecha la experiencia, declaráron á Fidias inocente: mas no por esto dexáron de ponerle en la cárcel, donde murió envenenado; y cometiéron la torpeza de hacer que la sospecha de este delito cayese sobre Pericles.

Dermipo, acusador de profesion, acusó de impiedad á Aspasia, famosa cortesana, presidenta, llamémosla así, de la tertulia de Pericles: se dedicaba á complacerle, y á seducir para él las mugeres y las hijas de los ciudadanos. Diófito, otro acusador, hizo declarar por ley, que seria delito no informar al Areópago de los que enseñasen cosas contrarias á la religion del pais, y aun á los que estableciesen sobre ellas disputas con pretexto de dar lecciones de física y de astronomía. Este golpe iba contra Anaxágoras, preceptor de Pericles, y contra Pericles mismo. En consecuencia de esto fue citado Anaxágoras á juicio. Dracontides, tercer acusador, para enredar por todas partes á Pericles propuso que se le tomasen cuentas; pero él se desenredó de todos estos lazos. Defendió Aspasia misma su causa con tal eficacia, que la absolviéron. Au-

tores hay que dicen que esta mas debió su justificación á sus gracias que á su eloqüencia: que el mismo Pericles la presentó al tribunal cubierta de un simple manto; y dexándole caer á sus pies hizo tan grande efecto su hermosura, que los jueces á una voz la declararon inocente: bien que esta anécdota es indigna de la gravedad de Pericles y de la seriedad del Areópago. En quanto á Anaxágoras, persuadido su discípulo á que no podría salvar á un hombre cuyo delito consistia en un mérito superior, le aconsejó que dexase la Atica, y le fue acompañando hasta cierta distancia para darle un testimonio de su estimacion. Por último, no se negó Pericles á dar sus cuentas, y confundió á sus enemigos, probando que nunca habia hecho gastos inútiles del tesoro público; y que por otra parte no poseía mas bienes que los que le había dexado su padre. Esta incorruptibilidad, generalmente reconocida, dicen los Historiadores que fue el verdadero fundamento de su grandeza.

Los tiros contra el crédito, si no se aciertan, le aseguran mas; y así le sucedió á Pericles. Tuvo la entera confianza de los Atenenses; pero no sin críticas, sin observaciones malignas.

nas y murmuraciones. ¿Qué gobierno está libre de ellas? Por entre los obstáculos que le oponian á sus pasos, asegurado Pericles del pueblo, iba constantemente á su objeto; y á pesar de sus enemigos lograba quanto proponia. Bien necesitó de esta preponderancia en la guerra que entonces tuviéron que sostener los Atenienses, conocida por la guerra del Peloponeso, porque este pequeño pais fue el teatro principal. Expresar las causas que preparáron esta guerra seria entrar en una larga enumeracion de querellas de familia, envidias de ciudades vecinas, animosidades excitadas con las trabas del comercio, negativas de los derechos de las ciudades entre sí, y violaciones de la hospitalidad. Se verian pillages, traiciones, latrocinios y atrocidades. Por último, los Atenienses y los Lacedemonios, naciones rivales, que hasta entonces por sus recíprocas pretensiones habian fomentado estas enemistades parciales, y hecho que rompiesen en un odio general, que se dividió en dos grandes cuerpos baxo las banderas Espartanas y Atenienses, motiváron la guerra del Peloponeso, que duró como treinta años. Me ha parecido conveniente escribir los sucesos de todo este tiempo en estilo de sumario,

para que sea mas facil tomar el hilo, y representar con distincion los motivos que ocasionáron la decadencia de Atenas.

Primer año. Asoláron los Lacedemonios el territorio de Atenas, y llegóron hasta el pie de sus muros. Creyendo Pericles que Archídamante su xefe, que era amigo suyo podria perdonar á sus tierras, declaró que en este caso hacia donacion de ellas á su patria. Quisiéron los Atenienses salir contra sus enemigos, que tenian mas fuerza que ellos; y se opuso Pericles diciendo: Los árboles quando los podan retoñan con mayor fuerza; pero los hombres una vez perdidos se pierden para siempre. ¡Buena leccion para los Generales que son pródigos de las vidas de los hombres! Hizo salir las armadas, y estas causaban á los enemigos los males que de estos recibian los Atenienses. Durante este tiempo fue divirtiéndose á los ciudadanos con distribuciones de dinero tomado del tesoro público, con una ley sobre el repartimiento de las tierras, y con exêquias fúnebres para honrar á los muertos.

2º año. Continuáron las desgracias. Se vió la Atica infestada de una horrible peste, al mismo tiempo que los enemigos la desolaban. Contuvo Pericles á los Atenienses dentro de

sus murallas contra los deseos que tenían de salir. Entró la peste en la armada, por lo que no pudo obrar. Desmayáron con esto los Atenienses: pidieron la paz, y les fue negada. De despecho quitan á Pericles sus dignidades, y le condenan á una multa. Xantipo su hijo, libertino y pródigo, porque su padre no le daba el dinero que queria para sus excesos, dexa su casa, y acusa á su mismo padre de que tenia comercio con la muger del mismo Xantipo. Este hombre desnaturalizado muere de la peste. Pierde Pericles su hermana, casi todos sus parientes y amigos; y por último se le murió su último hijo, que se llamaba Pericles como su padre. Entonces fue quando le faltó la constancia; y queriendo poner la corona de flores, segun la costumbre del pais, sobre el sepulcro de este hijo desgraciado, no pudo sufrir tan cruel espectáculo, y manifestó su dolor con gritos y sollozos. Desde entonces hizo una vida muy retirada, y se abandonó á la melancolía.

Los Atenienses, reconvenidos por Alcibiades, se arrepienten de su injusticia para con Pericles. Vuelven á entregarle el timon del gobierno, y el pueblo manifestó su alegría de verle con aclamaciones de gozo. A un Em-

baxador de los Lacedemonios al Rey de Persia, que cayó en manos de los Atenienses, le quitáron la vida en represalias de otra igual muerte cometida por los Espartanos. Los mismos Atenienses sitiáron á Potidea, y reduxéron á sus habitantes á tal extremo de hambre, que muchos de ellos comiéron carne humana; mas al fin se rindiéron. Los sitiadores los echáron de su ciudad, y no permitiéron que los hombres sacasen mas que un vestido y las mugeres dos.

3<sup>o</sup> año. Alternan las felicidades y los reveses. Muere Pericles de la peste que le iba insensiblemente consumiéndolo. Estando para morir conversaban algunos amigos suyos cerca de su cama; y ponderando su mérito recorrían sus hazañas y contaban sus victorias. No creían que los oía el moribundo, hasta que rompiendo el silencio les dixo: „Me admiro de que tanto ensalceis unas cosas en que la fortuna tiene tanta parte, y son en mi comunes con las de tantos guerreros; al mismo tiempo que os olvidais de lo que me es personal, y mas glorioso que todo, y es, que por mí ningun ciudadano ha tenido que ponerse luto.” Sin duda contaba por nada la muerte lenta de los que oponiéndose á sus proyectos, ó negándose

á recibir su yugo, desterrados, arruinados ó fugitivos habian muerto de miseria, tristeza y desesperacion, y ninguno se habia atrevido á ponerse de luto por ellos. Ademas de esto por gobernar el pueblo no hizo escrúpulo de corromperle. Justa reprehension que dan á su memoria, y que puede marchitarla por mas excelentes calidades que en él por otra parte se reconozcan.

4.º 5.º 6.º 7.º y 8.º año. Se ocupáron los Lacedemonios y Atenienses, los primeros en establecer la aristocracia, y los segundos la democracia en las ciudades que tomáron. En ellas forman partidos, fomentan divisiones, y ponen las armas en los ciudadanos unos contra otros. Los infelices habitantes de Corcira son funesto exemplo de los excesos á que se llega en las guerras civiles. En esta isla era el gobierno democrático. Los Corintios, aliados de los Lacedemonios, que estaban por la aristocracia, imbuyéron en sus principios á gran número de prisioneros, y los remitiéron á Corcira para establecerlos. Al principio vencieron á los partidarios del poder popular, y matáron á muchos; pero estos viéndose dueños de la accion con el auxilio de los Atenienses, se vengáron con crueldad. En vano

imploraban los infelices la piedad de sus compatriotas, y abrazaban los altares de los dioses; porque de allí los arrancaban y les quitaban la vida. Algunos escapáron; pero los Corcirenses los persiguieron, y degolláron á muchos. Solo restaban sesenta que cayéron en manos de los Atenenses: les suplicaban los desgraciados que no los entregasen á sus compatriotas, sino que antes les quitasen la vida. Rezelando los Corcirenses de la piedad de los de Atenas, rodeáron el lugar en donde sus conciudadanos estaban con guardia, y procuraban pasarlos con sus flechas; pero los desterrados, reducidos á la desesperacion, se matáron unos á otros.

9.º y 10.º año. Propositiones de paz y tregua. Se celebra un tratado entre Lacedemonios y Atenenses; pero dificultándose su execucion por las condiciones, estando mal arregladas las pretensiones de sus pequeños aliados, continuan las hostilidades, haciendose auxiliares las principales potencias.

11.º 12.º y 13.º año. Se presenta en la escena Alcibiades, que era sobrino de Cimon, descendiente por linea recta paterna de Ajax, y por la materna de los Alcmeonides. Era de extraordinaria hermosura: mas rico que la ma-

yor parte de los nobles Atenenses: sabio, eloquente, infatigable, afable y magnífico, y sobre todo hábil en acomodarse á las circunstancias; esto es, sabia quando era preciso manifestar estas bellas calidades; pero quando soltaba la rienda á sus pasiones era indolente, lascivo, disoluto, dado á mugeres, intemperante y sin religion. Por último, excedia á todos sus conciudadanos así en los vicios como en las virtudes. Se aficionó á Sócrates, célebre filósoto, y las costumbres disolutas de Alcibiades han dado á esta aficion cierto ayre equivoco: tanta verdad es que la misma virtud es reprehensible si se acerca demasiado al vicio. Con esta comunicacion de Sócrates ganó Alcibiades las luces que otro no pudiera darle; y así este sabio fue causa de que los Atenenses concibiesen grandes esperanzas de Alcibiades, y le perdonasen muchos vicios de la juventud.

Habia en Lacedemonia algunas familias afectas á la democracia, y en Atenas otras que eran aristócratas, las cuales se correspondian entre sí. La de Alcibiades siempre habia mostrado afecto á los Espartanos; pero fuese poca estimacion de sus talentos en punto de negociacion, ó desconfianza de su crédito, los em-

baxadores Lacedemonios , que fuéron á Atenas á tratar de un asunto importante , se dirigieron á Nisias , de quien Alcibiades tenia zelos. Su primer paso , por consejo de Nisias , fue decir en el senado que tenian plenos poderes. Alcibiades , que queria que se arrepintiesen de haber dado la preferencia á Nisias , los convidó á cenar. Ellos aceptáron en consideracion de las conexiones de Alcibiades con su patria , y de la libertad y franqueza del convite. Les reconvino amigablemente de no haberse dirigido directamente á él , pues los hubiera dado buenos consejos para el buen éxito del negocio ; y sobre todo que nunca les hubiera aconsejado que dixesen que tenian plenos poderes ; porque con esto se les precisaria á condiciones desagradables para los que los enviaban , y que así no tenia esta falta otro remedio que el de retractar su declaracion.

Conviniéron en la substancia y forma de la retractacion , y al dia siguiente se presentaron en la asamblea del pueblo proponiendo su asunto. La primera pregunta de Alcibiades fue : *¿Teneis plenos poderes?* Respondiendo ellos *que no* : exclamó Alcibiades : „ Ya veis la buena fe de estos Lacedemonios , que hoy niegan atrevidamente lo que ayer afirmáron en

el senado." Irritado el pueblo no quiso oír á los Embaxadores, que sin duda hubieran descubierto el fraude, y se inclinó sobre la marcha á concluir con los Argivos una liga que los Lacedemonios tenían interes en impedir. Sobrevino un temblor de tierra que rompió la asamblea; y consiguió Nisias que el negocio se tratase en Lacedemonia, adonde él se hizo enviar. Pero el partido democrático de esta ciudad estaba prevenido, y Alcibiades tuvo el gusto de impedir que Esparta se opusiese á la liga con Argos, la que podia ser el principio de una dilatada guerra, en que él lograria ocasiones de distinguirse.

Los habitantes de Patras, en la Argólida, mas cercanos á Esparta que á Atenas, quisieran que los Atenienses no entrasen en su país, y decian á Alcibiades: „Si nosotros os damos la facilidad de entrar que nos pedis, podrian algun dia tragarnos vuestros compatriotas. De eso no sé nada, respondió con libertad; pero si lo hacen, tendrán que empezar por los pies; y si vosotros no os valeis de nuestro socorro contra Lacedemonia, empezarán por la cabeza, y os devorarán de un golpe." ¡Bella alternativa para aquellos infelices!

14.º 15.º 16.º y 17.º año. Se declararon los Argivos por Esparta, aboliéron la democracia, y establecieron el gobierno aristocrático; pero despues se cansaron: arrojaron de su pais á los Lacedemonios: desterraron sus aristócratas, y llamaron á los Atenenses. Fue Alcibiades á favorecer la democracia: hizo desterrar á los sospechosos, y auxilió á Lacedemonia; y muchos habitadores de la pequeña isla de Melos fueron castigados todavia con mas crueldad por su afecto á Esparta. Los Atenenses quitaron la vida á los que podian llevar las armas, y llevaron las mugeres y los niños cautivos.

17.º 18.º y 19.º año. Hicieron de la Sicilia los Lacedemonios y los Atenenses un nuevo campo de batalla. Querian los segundos conquistarla, y decia Alcibiades su General: „Pasarémos á Africa, sujetarémos á Cartago y la Libia, y á su tiempo subyugarémos la Italia.” Mientras se preparaban á la expedicion, y casi en el momento de la partida se hallaron en una noche mutiladas todas las estatuas de Mercurio. Buscáron los autores del sacrilegio; pero fueron inútiles las pesquisas. Por haberse publicado que todos sin distincion de estados serian admitidos á deponer, decla-

raron los esclavos que unos jóvenes que tenían por cabeza á Alcibiades habian en algunas circunstancias, recalentados con el vino, ridiculizado las ceremonias religiosas. De este modo sospecharon de Alcibiades, y este pidió que le juzgasen; y tal vez no tuvieron por seguro ponerle en justicia en presencia de la juventud escogida que iba á entrar con él en campaña. Lo dilataron pues con el pretexto de que urgia la partida; pero quando le tenían ya lejos se intentó la accion, y despacharon orden á un General, su colega, para que le enviase á Atenas con buena guardia con los compañeros mas notados. Tuviéron buen viento, y se escaparon. Anduvo Alcibiades errante por algun tiempo en Grecia, y despues se entró en Lacedemonia. En algunas semanas este libertino que, por decirlo así, estaba fundido en el molde del regalo, se convirtió en un grave y severo Espartano. Ganó la confianza de los Lacedemonios, así con la conformidad de sus costumbres, que supo tomar en un instante, como por revelarles los proyectos de Atenas, manifestando contra esta ciudad el ardor del Lacedemonio mas declarado.

Los Espartanos fortificaron por consejo de

Alcibiades, cerca de las fronteras, una plaza que ponía freno á los Atenenses. Esta ventaja de los Espartanos, y las derrotas que Atenas sufrió en Sicilia, determináron á los Atenenses á hacer alguna mutacion en el gobierno. Todo lo decidia el pueblo; pero en este influian, le engañaban y arrastraban oradores, vendidos á las facciones, ó dominados por sus particulares intereses. Establecieron un consejo de ancianos para tratar los negocios antes de presentárselos al pueblo. Tambien se decidió cercenar gastos superfluos, y tratar á los aliados con mas suavidad.

20º año. Hizo Alcibiades un grande servicio á los Lacedemonios, negociándoles la alianza de los Persas; pero seduxo á la muger de su Rey Agis, el qual quiso quitarle la vida. Se salvó en casa de Tisafernes, General de los Persas, y al punto el severo Espartano se transformó en un Asiático sensual, preceptor del gusto, y árbitro de los placeres. Sus galantes ocupaciones no le impidieron, sin embargo, hacer y seguir planes políticos. Le habian servido los Lacedemonios para vengarse de los Atenenses, y se sirvió de estos para castigar á los otros, y por el mismo medio, esto es, por una alianza con los Persas,

de que daba esperanzas á sus compatriotas. Escribió pues á los principales Oficiales del ejército Ateniese que estaba en Samos: „Pero, añadió, los Persas solo prometen su alianza y grandes socorros á los Atenienses si abjuran á la democracia, y substituyen la aristocracia ó el gobierno de pocos (la oligarquía); y yo digo que no entraré en esa ciudad hasta que esté hecha esta mutacion.”

21º año. Saliéron diputados del ejército para hacer esta proposicion; y de antemano les habian servido tan bien sus partidarios, que estaba casi concluida la mutacion proyectada, ó lisonjeando al pueblo, ó asesinando ocultamente á los partidarios de la democracia. Viéndose la faccion dominante desembarazada de estos obstáculos, propuso que solamente se quitase la autoridad al populacho, y se confiase el poder supremo á cinco mil de los mas ricos ciudadanos, considerándolos como constituyentes del pueblo; pero como esta forma no daba á los xefes todo el poder que deseaban, pusieron la batería para introducir un gobierno que no fuese de los Grandes, qual es la aristocracia, ni del pueblo todo, qual es la democracia, sino el de xefes elegidos de entre los mas ricos del pueblo, esto es, *oligarquía*.

Un orador llamado Autifon, tan enredador que el pueblo le habia prohibido hablar en público, se presentó no obstante, y propuso elegir diez hombres que se encargasen de establecer leyes conformes á las circunstancias. Los eligieron, y convocando al pueblo, quando este esperaba un cuerpo de leyes, solo pidieron que fuese permitido á cada ciudadano decir libremente su parecer. *No hay cosa mas justa*, exclamaron todos. Autifon, que estaba preparado, pero no se habia querido exponer sin ser autorizado á proponer un plan que abolia enteramente el antiguo gobierno, explicó su sistema por el órgano de Pisandro, diputado del ejército.

Se elegirán cinco prítanos ó cabezas de columna que nombrarán cien hombres, entrando ellos en este número. Estos ciento asociarán cada uno tres, componiendo quatrocientos hombres, á los quales se dará poder absoluto, y presentarán el asunto de que se trata á los cinco mil quando les parezca. Recibió el pueblo esta forma con aclamacion, sin advertir que le despojaban. Hácense las elecciones en presencia de la asamblea. Separada esta entran los quatrocientos hombres en el senado, armados de puñales, y acompañados

con guardias, y echan fuera á los Senadores; bien que despues de pagarles lo que se les debia de sus sueldos.

Este plan, que por sus alteraciones era en todo diferente del que se habia enunciado al ejército, no le agradó. Habia asistido Alcibiades recibido de sus antiguos camaradas con los mayores aplausos, y sostenia este entusiasmo por las victorias que les hacia ganar. Un gobierno que excluia á los nobles casi tanto como la democracia, no podia ser de su gusto: declaró el ejército que jamas reconoceria á los quatrocientos: que queria mas la democracia; y empezó á restablecerla ó reforzarla en todos los puntos en que la habian destruido ó debilitado. Los quatrocientos por su parte tomaban las medidas posibles para sostenerse: enviaron comisarios al ejército para que este entrase en sus miras, y procuraron el apoyo de los Lacedemonios, proponiendo, ó, por mejor decir, pidiendo la paz. Su fin era mantener toda su autoridad en toda la Atica y sus dependencias; y si no podian conseguirlo, conservarla á lo menos en la ciudad, antes que acceder á la democracia, y á caer en manos de los que tenian ofendidos: estaban determinados á conseguir de los Lacede-

monios las mas favorables condiciones, y á entregarles la ciudad de Atenas. Empezáron tambien á construir nuevas obras en el puerto de Pireo, para oponerse á la armada en que viniese el ejército, en caso que se acercase.

No vió el pueblo estos preparativos con tranquilidad; y conociendo los soldados que se hacian contra sus camaradas, se opusieron. Sobre esto hubo una conmocion mas ruidosa que arriesgada. No obstante, temieron los quatrocientos, y prometieron hacer quanto el pueblo quisiese. Se contentáron pues con obligarlos á reunirse á los cinco mil, cuya asamblea habia suspendido. Ordenó esta que se escogieran otros quatrocientos de los cinco mil; y una nueva ley abolió la autoridad de los quatrocientos, y restituyó el poder supremo á los cinco mil. Estos por último llamáron á Alcibiades.

Este era (2588) el que desde el seno de sus victorias y conquistas movia en Atenas todos los resortes, cuyo efecto debia ser procurarle el poder absoluto. Estaba muy seguro de su ejército; porque su afabilidad, su valor, y mas que todo su fortuna, le habian ganado todos los corazones. Los llenaba de gloria y de riquezas, que son los dos medios

mas poderosos para tener de su parte á los soldados. En un mismo dia , lo que á ninguno habia sucedido sino á su tio Cimon , ganó dos victorias , una en el mar , y otra en la tierra , y partió á Atenas á la cabeza de su armada triunfante , cargada de mas despojos que quantos se habian visto en esta ciudad despues de la guerra de los Persas.

Dexó el pueblo desierta la ciudad por ir al puerto á ver á Alcibiades. Se mandó arrojar al mar el decreto de su destierro , y que los Sacerdotes de las deidades infernales le absolviesen de las maldiciones pronunciadas contra él. El pueblo le nombró General de mar y tierra sin limitar su poder ; y á fuerza de beneficios procuró que se olvidase de sus injurias ; pero conociendo que con un pueblo tan ligero no podia sostener su crédito sino con reiteradas felicidades ; volvió al mar , y rebatió á los Lacedemonios. Por desgracia , mientras él se habia ausentado del ejército por algunos dias , fue vencido el comandante que habia dexado en su lugar. Atribuyéron esta pérdida á la indolencia y desarreglo con que Alcibiades se habia mantenido en tierra por divertirse. Con esto se mezcláron sospechas de inteligencia con los Lacedemonios , y se vió

depuesto el defensor de Atenas y el restaurador de sus pérdidas. Se retiró pues á Tracia, en donde se hizo como un pequeño principado, y edificó un castillo, desde el qual podia desafiar á la mala voluntad de sus enemigos.

Le reemplazaron diez Almirantes, los que ganaron una grande victoria, que fue muy disputada, y costó bien cara á los Atenenses. Teramenes, uno de estos Generales, acusó á sus compañeros de que no habian mandado sacar los muertos despues del combate para hacerles las exêquias. Con esta simple denunciacion se horrorizó el pueblo; pero los acusados respondiéron, que no se lo habia permitido la tempestad. Teramenes hizo entonces un discurso patético, pronunciándole á propósito, haciendo varias pausas para que se oyesen los gemidos y sollozos de los parientes y amigos de aquellos que habian perecido en el combate. Concluida su arenga presentó un hombre que suponía haber oido decir á los infelices que se ahogaban, que la única gracia que pedían á los Atenenses era el castigo de los Generales. En el instante condenó el pueblo á muerte á los vencedores sin oírles.

Solamente dos no habian querido exponerse al riesgo del juicio, y se habian pues-

to en salvo: los otros estaban presentes; y uno de estos, Diomedon, pidió que le oyesen, y dixo „Atenienses, no quisiera que el juicio que contra nosotros acabais de pronunciar recayese sobre la república. La única gracia que os tenemos que pedir es cumplir con los dioses los votos que hemos hecho, á los quales debemos la victoria ganada contra nuestros enemigos.” Despues de la accion de gracias fuéron castigados, y todos sufrieron la muerte con admirable valor y tranquilidad. Por entonces el gobierno de Atenas era puramente democrático.

Tenia Alcibiades noticia de estos excesos allá en su asilo; y acercándose al ejército vió por sí mismo la mala eleccion que hacia el populacho de sus Generales. Quiso darles consejo; pero les chocó tanto esta libertad de un desterrado y de un vago, que le amenazaron con que le enviarian á Atenas si le volvía á suceder. Estaban ellos tan seguros de la victoria, que todos sus pensamientos eran sobre el modo de tratar á los prisioneros, y sobre si les cortarian la mano derecha para no dexarlos útiles al remo. Mientras se divertian con estos proyectos, y descuidaban de la disciplina, dió sobre ellos el General Lacedemonio, y

los derrotó completamente. Por un juicio unánime de los confederados degollaron á tres mil prisioneros con sus oficiales.

Continúan los Lacedemonios sus victorias: toman las ciudades de Atica: cercan á Atenas, y la envían todos los prisioneros, no por compasión, sino para que hubiese mas bocas que consumiesen los víveres, proponiéndose ellos tomar la ciudad por hambre. Les salió bien este proyecto: se vió Atenas precisada á rendirse; y los Espartanos, que habían deliberado si la arruinarían toda, se contentaron con decidir que fuesen arrasadas las largas murallas y las fortificaciones del puerto; que los Atenienses entregasen todas sus naves á excepción de dos; que recibiesen todos sus desterrados, y siguiesen en adelante la fortuna de los Lacedemonios. Lisandro, General de estos, hizo demoler las fortificaciones al son de tambores y pífanos en un día correspondiente á aquel en que los Atenienses habían ganado la famosa batalla de *Salamina*. Antes de dexar la ciudad nombró por gobernadores treinta hombres, que fueron llamados *los treinta tiranos*, por el abuso que hicieron de su poder.

Desde luego debían hacer leyes; pero empezaron por establecer un senado y magis-

trados, esto es, executores de sus voluntades. Los empleáron en castigar á los delatores, por cuyas acusaciones falsas habian perdido la vida muchos hombres de bien; pero ganando primero al comandante de la guarnicion laacedemonia, dexáron á los malos en paz, y convirtiéron su furor contra los buenos que eran ricos. Habia entre los treinta dos hombres que en nada se parecian: el uno era Criacias, ambicioso y cruel sobremanera: el otro Terámenes, compasivo y opuesto á las acciones sangrientas.

Se propuso en el consejo de los treinta que era cosa ridícula pretender gobernar una multitud sin otro auxilio que la guarnicion que constaba de un puñado de gente. A esta reflexion, que no tenia otro objeto que autorizar á los treinta para llevar satélites, se siguió una deliberacion, en que se determinó elegir tres mil hombres que representasen al pueblo, dándoles el privilegio singular de que ninguno de estos pudiese ser condenado á muerte sino por sentencia del senado, que era lo mismo que decir, á excepcion de los tres mil podemos quitar la vida á todos los demas ciudadanos sin forma de proceso. Con efecto, empezáron al punto las execuciones arbitrarias:

se opuso á esto Teramenes, y Cricias le acusó ante el senado de hacer traicion á la causa pública. Entre tanto que él se defendia envió Cricias á juntar gente armada, y entró de repente en la sala del senado comandándola, y gritando: „Yo he quitado el nombre de Teramenes de la clase de los tres mil, y así ya no pertenece al senado el conocimiento de su causa.” Lo que era dexarle sin recurso en manos de los treinta. Bien lo advirtió Teramenes: y quando ya iban á agarrarle, se arrojó al altar que habia donde se celebraban las sesiones: le abrazó, y dixo: „No busco aquí refugio por la esperanza ó deseo de escapar de la muerte, sino con el fin de que mis impíos homicidas apresuren, arrancándome del altar la justa venganza de los dioses, y por este medio ellos mismos vuelvan la libertad á mi patria.” Los satélites le arrancáron del altar, y le lleváron al suplicio. Allí bebió con intrepidez la cicuta, y dixo al morir: „Me pasmo de que los hombres prudentes no vean que es tan fácil borrar su nombre de la lista de los ciudadanos inviolables como el de Teramenes.” Este habia sido uno de los que mas deseáron el gobierno cuya víctima fue.

Andree Tramma, avocate per causas de ha-  
 ber a la causa publica, u bernado su mentor de  
 la casa de los tres mil a quince de el Senado  
 pedu embiar a muerter cono mestrado ha-  
 suta u cono a abruar de otros puros ha-  
 ber pua de maldade fijas de tres armat de  
 apud ligat sapate u conuato a ser en el su-  
 pho victimas de apud muros pterone que ha-  
 ber deerte.

Prison de Termones.





Con su muerte se desenfrenó la ferocidad de los treinta, y llenáron de homicidios la ciudad. Los Lacedemonios, que tuviéron noticia de estas crueldades, veian con grande satisfaccion que los Atenienses, sus antiguos rivales, se destruyesen unos á otros. Mandáron por decreto que los que huyesen del dominio de los treinta fuesen otra vez llevados á Atenas. Muchas ciudades de sus aliados miráron con horror esta barbaridad, y diéron asilo á aquellos infelices.

Juntó Trasíbulo en Tebas un corto número de gente determinada á exponerse á todo, mas bien que vivir desterrados para siempre de su patria. Como hábil General tomó desde luego en el Atica un punto de apoyo, adonde fuéron en grande número los desterrados. Se apoderó del Pireo, que estaba destruido, y se fortificó en él bastante bien para rechazar la guarnicion lacedemonia que enviáron contra él los treinta. Diputando estos un heraldo para pedirle los muertos, arengó al pueblo que acompañaba al heraldo, y le dió á conocer con tal viveza la tiranía baxo que suspiraba, que desengañado arrojó de la ciudad á los treinta, y confió el gobierno á diez magistrados. Saliéron los tira-

nos de la ciudad, pidiéron socorro á Esparta, se armó esta en su favor, y todo se reduxo á negociacion entre Trasíbulo y los Lacedemonios. Hizo establecer que volviesen todos los ciudadanos, á excepcion de los treinta, á la posesion de sus casas y privilegios. Tambien quedáron exceptuados los diez que sucediéron á la tiranía, y otros once, que en el tiempo de la oligarquía de los tres mil habian sido constituidos comandantes del Pireo. Se determinó tambien que á ninguno se le inquietase por lo pasado; y si alguno no se fiaba en este acuerdo, fuese libre en retirarse á Eleusis, donde estaban los treinta y sus partidarios. Entró Trasíbulo en Atenas á la cabeza de su gente, y ofreció, con todos los demas conciudadanos, un sacrificio en el templo de Minerva.

Los de Eleusis enviáron á Atenas sus emisarios con el encargo de renovar las conexiones que allí tenian, y de sembrar los zelos y la discordia; pero fuéron descubiertos y castigados. Propuso Trasíbulo un perdon general de buena fe, le aceptáron todos, y así tuvieron término las diferencias, y se restableció la pura democracia. Habian quitado los tiranos la vida á mil y quatrocientos ciuda-

danos , y condenado á destierro hasta cinco mil. Tambien se sospecha que tuvieron mucha parte en la muerte de Alcibiades.

Sabian que los desterrados fundaban en su capacidad grandes esperanzas si los quisiese dar la mano : mas parece que Alcibiades cansado de las agitaciones de su vida, con no tener todavia mas que quarenta años, solo pensaba en gozar de un pacífico reposo en compañía de Fimandra , muger que le profesaba grande afecto ; pero en su mismo retiro le perseguian los zelos de una faccion espantadiza. Ericias, xefe de los treinta, que habia sido amigo suyo, insinuó á los Lacedemonios que habia mucho que temer aun del reposo de aquel leon, y enviaron soldados para quitarle la vida. No osando estos atacarle en persona, pusieron fuego á su casa. Dió sobre ellos Alcibiades con espada en mano envuelto su brazo derecho en su capa ; pero ellos se retiraron , y le mataron desde lejos con flechas. De este modo pereció en la fuerza de su edad un hombre cuyas acciones hubieran podido ilustrar muchas vidas, sacrificado al temor de sus enemigos, no tanto por el mal que les hacia, quanto por el que pudiera hacerles.

Poco despues de esta muerte sucedió la de Sócrates, su maestro y amigo, valiente en la guerra, dulce y tratable en la sociedad, y estimado por su probidad y sabiduría. No podia menos de ser desagradable á los tiranos, y así procuráron desde luego hacer sospechosas sus costumbres y doctrina por una prohibicion que solo con él se ha hecho, y era mandar que pena de muerte no conversase con hombres que tuviesen menos de treinta años. Tambien pretendiéron envilecerle con una accion injusta, ó hacerle reo de desobediencia, mandando en pleno senado que fuese á prender á un hombre llamado Laon, cuyas riquezas excitaban la codicia de los tiranos. „No obedeceré, dixo, porque estoy resuelto á no ayudar voluntariamente jamas á hacer una accion injusta.” Uno de los treinta le dixo: „¿Piensas, Sócrates, que siempre has de hablar tan resueltamente sin que te suceda mal alguno? Y él respondió: Estoy tan lejos de eso, que solo tengo que esperar padecer mil males; pero ninguno llegará al que hay en hacer una injusticia.” No hubo género de persecucion que no se emplease contra él; y sobre todo la del teatro, tan poderosa y tan usada en el tiempo de faccio-





### Muerte de Sócrates.

*No pudiendo sufrir los treinta Tiranos de Atenas á Sócrates por su probidad y firmeza, nada empujaron para desacreditarle, y que se le imputasen delitos. Lograron por fin que se le acusara de que no reconocía los Dioses de la República; y desatendiendo sus defensas, le condenaron á muerte. Bebió sin alterarse la cicuta, y continuó discutiendo tranquilamente con sus amigos hasta que expiró.*

nes y partidos, para infamar y desacreditar. Aristófanés le introduxo en la escena vendiendo sofismas para hacer con ellos mala una causa de suyo buena, introduciendo nuevos dioses, y burlándose de las cosas mas sagradas. Asistia Sócrates á la representacion, y le preguntó un amigo si esto no le causaba pena. „Ninguna, le respondió: me parece que estoy en un convite regalando á muchos.” Por último, le acusaron en forma, de que no reconocia los dioses de la república. El mismo Sócrates defendió su causa victoriosamente; pero no hay razones para los que estan determinados á condenar; y así le condenaron. Platon, que todavia era muy jóven, quiso defender á su maestro, y subiendo á la tribuna de las arengas empezó por estas palabras: „Aunque yo soy el mas mozo de quantos suben á este lugar; y el pueblo dixo: *De quantos baxan*; y le fue preciso hacerlo así.” Bien podia Sócrates redimir su vida con una multa, y sus amigos se ofrecieron á pagarla; pero dixo: „No quiero, porque eso seria confesar que estoy culpado; y el motivo de mi sentencia mas merece premio que multa.” Bebió la cicuta sin manifestar la menor repugnancia, y continuó la conversacion

con sus amigos con tranquilidad y serenidad hasta su muerte.

Al ver la ingratitud de los Atenienses para con los grandes hombres, es preciso confesar que no hubo pueblo que menos mereciese tener por ciudadanos hombres zelosos de la patria; no obstante, ninguno los tuvo mas amantes que Atenas, porque á los Generales victoriosos y mal tratados los reemplazaban otros que con los mismos talentos no lograron mejor premio; porque sus acciones se exponian á la censura de un pueblo ocioso y maligno, que las condenaba fácilmente, y pocas veces perdonaba. Bien puede ser por otra parte que algunos Capitanes debiesen sus bellas calidades á esta vigilancia zelosa de sus conciudadanos: Conon, v. gr., su obstinada perseverancia en las empresas: Cabrias su talento y astucia para aprovecharse de las circunstancias: Ificrates aquel espíritu de precaucion y vigilancia. Sus soldados, á quienes fatigaba tanta cautela, llevaban mal que siempre se atrincherase; pero él les decia: Lo hago así, amigos, para no tener que usar esta frase que á ninguno conviene menos que á un General. *¿Quién lo pensara?*

A pesar de la paz de Altácides (2610),

así llamada por haberla este negociado, siempre estuvo ardiendo la Grecia. Con el tratado general hecho con el Rey de Persia se pretendió arreglar los intereses de toda la Grecia. Le admitieron los Lacedemonios y los Atenienses; mas á poco tiempo suscitaron las dos repúblicas querellas que sobreviniéron entre los mismos que pensaron poder concordar. Se habia estipulado la libertad de algunas ciudades, y estas no la querian: se habian agregado otras á ciudades mas populosas, como á una especie de capitales; pero no querian sufrir esta agregacion, y de la disputa llegaban á las armas. Las mismas ciudades regidas alternativamente por democracia y aristocracia expulsaban á sus ciudadanos; y recibéndolos sus vecinos, daban motivo al descontento y la guerra. Tal vez se vió obrar de concierto y con buena fe á los Lacedemonios y Atenienses para restablecer la paz; pero la codicia ateniense y la ferocidad espartana volvian á suscitar en sus repúblicas las disposiciones hostiles: la primera por saquear, la segunda por dominar.

Esta pasion de avaricia hacia á los Atenienses muy sensibles en las desgracias de sus Generales, y á esta se puede atribuir el par-

tido que tomáron en la guerra de los aliados. Consistia esta en hostilidades entre muchas particulares ciudades; y así pudieron no haberse mezclado los Atenienses; pero creyendo que podian ganar en ella enviáron tropas. El General Timoteo, hijo de Conon, que habia edificado los muros de Atenas, y fue famoso por otras hazañas, no hizo en esta ocasion todo lo que esperaban de su pericia. Probó que no habia podido combatir por causa de una tempestad; y no obstante le condenáron á una multa tan fuerte, que no pudiendo pagarla murió de pena. Perdonáron la mitad á su hijo Conon segundo, y aplicáron el resto á la reparacion de los muros que su padre habia vuelto á construir.

La guerra sagrada (2644) es una prueba de la avaricia que se reprehende en los Atenienses. El motivo de esta guerra fue que los Foceos se habian introducido á labrar algunas tierras que pertenecian al templo de Delfos; y condenados á la multa por los Anfictiones, que eran como el consejo general de la Grecia, no quisieron pagar la multa. Atacáron primero los Beocios que poseian el templo de Delfos, los vencieron los Foceos, y tomáron todas las riquezas del templo. Con

ellas llamaron tropas; y sabiendo los Atenienses que el sueldo era grande concurrieron con ellos. Se llevó muy á mal esta codicia como sacrilega; pero el amor al dinero no era en ellos vicio particular: era el de casi toda la Grecia.

Filipo, Rey de Macedonia, que por este tiempo empezaba á ser conocido, debió toda la influencia á las minas de oro de Tracia, de que se apoderó, y supo ventajosamente beneficiarlas. Tenia en todas las ciudades de importancia, y sobre todo en Atenas, gentes á quienes daba sueldo. Principalmente se valió de este resorte con los que gobernaban el pueblo con sus discursos. Los Persas empleaban tambien los mismos medios; y aun se creyó que el atractivo del oro no les habia sido inútil para con Demóstenes, que por entonces logró con su eloqüencia un prodigioso ascendiente sobre sus conciudadanos.

El talento de orador habia venido á ser un oficio, y así se formaban desde la juventud, y se ensayaban en los tribunales sobre quién llegaria con algun conocimiento de los negocios de estado y con valentía á gobernar las asambleas del pueblo, y á conseguir que se diesen los empleos lucrativos y honoríficos á sus amigos, sin olvidarse de sí mismos; pero

era preciso para esto seguir algun partido, especialmente quando no habia mas mérito que la eloqüencia. Demóstenes se aficionó á los Persas contra Filipo; y empleó contra este Príncipe los movimientos de una eloqüencia enérgica y abundante, que todavia nos admira. Focion, soldado, capitan y estadista, se preciaba menos de ser orador: hablaba con exâctitud, juicio y brevedad: no preferia un partido á otro: solo miraba á las ventajas de sus conciudadanos, á la probidad y á la razon; y así era estimado aun de los de opinion contraria. Rara vez se conformaba con Demóstenes; porque este con su viveza y ardor proponia siempre á la multitud proyectos atrevidos que la sorprehendian. Focion, por el contrario, por ser de un carácter dulce, solo la proponia cosas convenientes y fáciles: rara vez se prestaba al gusto del pueblo; antes bien le censuraba con libertad. Demóstenes, que algunas veces no le perdonaba, admirado de ver su franqueza, que le parecia excesiva, le dixo un dia: „Focion, los Atenienses te han de quitar la vida en alguno de sus arrebatos de locura. Lo mismo, Demóstenes, le respondió, temo que han de hacer contigo si alguna vez vuelven á su juicio.”

Con efecto, debieron alabarle por la sagacidad con que les hacia ver los proyectos ambiciosos de Filipo, y por los buenos consejos que consiguientemente les daba; pero tambien pudieron quejarse de que con el fuego de su eloquencia los empeñó algunas veces en lances aventurados y en ruinosas guerras. Este orador no se hizo honor en las expediciones militares, y aun conociéron que habia huido cobardemente en una batalla que decidia la guerra, que él mismo habia aconsejado. Focion era valiente y alentado, y no rehusaba exhortar á la paz aun en lo fuerte de la guerra. „¿Cómo, le dixo un dia un orador fanfarron, te atreves á apartar de la guerra á los Atenenses ahora que han sacado la espada? Me atrevo sin duda, respondió Focion, aunque sé que en tiempo de guerra te domino, y en tiempo de paz pudieras tú dominarme.” Su conducta en la guerra correspondia á sus pacíficas disposiciones. Los aliados temian á los otros Generales Atenenses, y confiaban enteramente en Focion. Retiraban á los primeros como á ladrones quando iban á socorrerles; pero quando iba Focion le salian al encuentro, y á él y sus soldados los alojaban en sus ciudades.

Las arengas de Demóstenes no impidieron á Filipo que adelantase el proyecto de sujetar la Grecia. Ganó contra los Beocios la famosa batalla de Queronea, quedando Atenas á su discrecion. Se portó con valentía un destacamento de Atenienses: Filipo le hizo prisionero, y le dió libertad. Pidiéron tambien su bagage, y dixo este Príncipe: *Yo creo que estos piensan que los he vencido por chanza.* No obstante, les concedió lo que pedian; y aunque hizo con ellos una especie de paz, por ninguna de las dos partes era sincera. Muerto el Rey de Macedonia se entregáron los Atenienses á una loca alegría, y se coronáron de guirnaldas como si hubieran conseguido una victoria grande. *¡Ay!* les dixo Focion, *que del número que os derrotáron en Queronea no ha faltado mas que un hombre.* Este hombre fue reemplazado con bastante desgracia para los Atenienses; porque Alexandro continuó en estrecharlos como su padre Filipo, hasta reducirlos al punto de pedir humildemente la paz. El jóven vencedor les declaró que no los recibiría en su gracia hasta haberle entregado á Demóstenes y otros siete oradores. Le enviáron algunos sugetos que pretendiesen de Alexandro suavizase estas proposiciones; y los

recibió con desprecio. Enviaron despues á Focion ; y no solo le concedió lo que pedia , sino que le mereció una estimacion de amistad á que jamas faltó.

Mientras Focion se conciliaba con su probidad los respetos , se deshonoraba Demóstenes con su avaricia. Uno de los Generales de Alexandro , llamado Harpalo , culpado en algunas faltas , temiendo el resentimiento de su Príncipe se retiró á Atenas con grandes riquezas , que abriéron los ojos á los oradores ; y no dudando que Alexandro le pediria , fueron á ver á Harpalo para que les dixese en qué podrian servirle y con qué condiciones. Le reclamó Alexandro ; y subiendo Demóstenes á la tribuna aconsejó á los Atenienses que se le enviasen , pues apenas valia Harpalo mas que un ladron , y que seria imprudencia exponer á una guerra á la república por semejante motivo. Harpalo halló medio de hacer que aceptase un grande presente ; y al siguiente dia , quando debia decidirse el negocio , y todos esperaban que Demóstenes sostendria su primera opinion , se presentó este con el cuello envuelto en lienzo y vendas ; y tocándole hablar hizo señas de que estaba ronco. Algunos burlones dixéron , que lo que le habia dado

aquella noche no era esquinencia, sino argirencia ó mal de plata.

Hizo Harpalo quanto pudo para ganar á Focion, ofreciéndole mas á él solo que quanto habia dado á todos ; pero no solo despreció sus presentes, sino que le amenazó que le acusaria si continuaba en querer corromper á los que tenian algun poder sobre el pueblo. Quando le pusieron en justicia, aquellos que habian recibido de él fuéron los primeros que le insultaron por disimular mejor. Focion, por el contrario, se mostró tan sensible á su desgracia, y habló con tanta dulzura, que Harpalo creyó poder todavia ofrecerle dinero ; pero se negó de nuevo á recibirle. Por último, arrojaron los Atenienses á Harpalo de su ciudad, y ordenaron al Areópago que informase contra los que se habian dexado corromper con presentes. Demóstenes fue convencido, condenado á una multa, y á estar en la cárcel hasta pagarla ; pero él se huyó, y se retiró á Egina hasta la muerte de Alexandro.

Este Príncipe, aun desde lejos, tenia de la rienda á los Atenienses de tal suerte, que muriendo causó en Atenas una alegría, cuyo exceso dió que temer á Focion. Los veia prontos á tomar un partido extremo, sin haberse





### Muerte de Demóstenes.

*Viendose Demóstenes expuesto á que sus compatriotas le entregasen á Antipatro, se huyó; pero Antipatro envió á Archias con soldados para que le buscasen y prendiesen, como le consiguieron. Demóstenes conociendose perdido, tomó un veneno que á prevención llevaba consigo, y dixo á Archias: Tu Señor tendrá bien pronto á su disposición el cuerpo de Demóstenes; pero jamas dependerá de su alma...*

asegurado bien del suceso. „Ahora bien, les dixo, supongamos que sea verdad; pero si Alexandro es hoy muerto, tambien lo será mañana y todos los dias siguientes; y así tiempo tendremos para deliberar sobre lo que convenga hacer.”

Libres ya de Alexandro creyéron que podrian atreverse á todo. Se armáron, y tuvieron la imprudencia de medirse con Antípatro, á quien habia dexado encargados los negocios de la Grecia; pero fuéron derrotados, y precisados á recibir duras condiciones. En estas se comprehendia que Demóstenes y Hiperilo, que era otro orador, le fuesen entregados: que el antiguo método de exígir contribuciones fuese restablecido: que recibirian guarnicion en el puerto: que pagarian los gastos de la guerra, y cierta suma de dinero que concertarian. El artículo de la guarnicion era el que mas les pesaba. Hizo Focion quanto pudo con Antípatro para librarlos de este yugo; pero este General le respondió: „Focion, sólo podré negarte lo que directamente se dirija á tu ruina y á la mia.” Demóstenes huyó por no verse entregado á Antípatro; y sabiendo que le perseguian por orden de este General, se envenenó.

El dicho de Antípatro (2692) sobre la necesidad de poner guarnicion de Macedonios para la seguridad de Focion, pareció profecia. Murió Antípatro: Casandro su hijo y Polispercon, regentes del reyno de Macedonia, se disputáron la autoridad. El primero envió á Nicanor, Oficial experimentado, por comandante de la guarnicion de Atenas: era hombre honrado y amigo de Focion. Polispercon, para ganarse la aficion de los Griegos, declaró libres todas las ciudades, y en especial la de Atenas, cuya guarnicion llamó, dando al mismo tiempo orden de restablecer el gobierno democrático. Nicanor no quiso obedecer. Focion aprobó este hecho, y aun le apoyó sin precaverse para las conseqüencias. Polispercon se presentó delante de Atenas; y no pudiendo Nicanor proteger á Focion, que se habia quedado en la ciudad, fue este cargado de prisiones, y llevado con sus amigos á la presencia de Polispercon, el qual les dixo: „Sois unos traidores; pero yo dexo para los Atenienses como pueblo libre el derecho de juzgaros.” Convocáron la asamblea, que se mostró muy tumultuaria, y exclamó Focion: „¿Teneis intencion de juzgarnos segun la forma prescrita por las leyes?” Oyó algunas voces que de-

cian *que sí*. „¿Cómo puede ser eso, replicó, si es imposible oirse unos á otros?” Continuaban los clamores, y entonces pronunció en tono firme estas palabras: „Por lo que á mí toca confieso el delito de que me acusan, y me sujeto á lo que decide la ley en este punto; pero considerad, Atenienses, cuánta injusticia sería envolver en mi calamidad á unos hombres que no tienen parte en mi delito.” Todos son cómplices, y esto basta, exclamó aquel pueblo desenfrenado; y á todos los condenaron á muerte. En algunos llegó la rabia á proponer que se pudiese á Focion en plena asamblea á cuestión de tormento, para que confesase los demas cómplices: otros se coronaron de flores, dando su voto de muerte. Le preguntaron si tenia alguna cosa que ordenar á su hijo. „Sí, respondió, y es, que se olvide del modo con que los Atenienses trataron á su padre.” Algun tiempo despues de su muerte reconocieron su culpa: le hicieron exéquias públicas, y le levantaron una estatua de bronce. Sentenciaron á muerte á sus acusadores, y los principales perecieron en los suplicios.

Lo que resta de la historia de los Atenienses hasta la época de la liga de los Aqi-

vos es un tiempo de delirio, que debiera olvidarse, si se hablára de un particular; pero en una república es un exemplar que debe conservarse. Casandro, con el auxilio de la guarnicion de Macedonia, se hizo dueño de Atenas, y colocó en ella como Gobernador, y en cierto modo como soberano, á Demetrio Falereo, cuyas riquezas, aunque muy grandes, no igualaban todavía á su probidad y virtudes morales. Gobernó á los Atenienses con la suavidad posible: aumentó las rentas de la república: hermoseó á Atenas con nuevos edificios: reparó los que se iban aruinando; y hizo tantos bienes, que por todas partes le levantáron estatuas.

Otro Demetrio, llamado Poliorcetes, conquistador de ciudades, el mejor hombre de su tiempo, hijo de Antígono, que era otro Capitan de Alexandro, pretende sacar á los Atenienses del yugo de Casandro: arroja de la ciudad á Falereo, que se vió en el instante abandonado de todos, y en riesgo de ser asesinado. Recibiéron á Poliorcetes con aclamaciones: le diéron á él y á su padre Antígono el nombre de Reyes que todavia no habian tomado: los llamáron *dioses tutelares*; y determináron que siempre que se enviasen

embaxadores á él ó á su padre, se llamaran *los embaxadores de los dioses*. Nombráron un Sacerdote para su culto, declarando que el año no habia de llamarse con el nombre del Arconte, sino con el de este Sacerdote. En el sitio en donde Demetrio baxó de su carro para entrar en la ciudad erigiéron un altar los Atenienses, y añadieron á sus tribus otras dos nuevas llamadas *la Demetriada* y la *Antigónida*. Tambien diéron á un mes el nombre de Demetriano; y quando ya no sabian que imaginar, volviéron sobre el Falereo, arruináron sus estatuas, y le condenáron á muerte, poniendo precio por su cabeza. Para mejor establecer el gobierno democrático cambiáron de enseñanza, y prohibiéron dar lecciones sin permiso del senado y del pueblo. Sofocles, hombre de letras, fue el que puso á la ciencia estas trabas, que precisáron á Teofrasto, discípulo de Aristoteles, á cerrar su escuela.

Una victoria que Poliorcetes ganó contra Casandro, que amenazaba á los Atenienses, le grangeó nuevos honores. Señaláron para su alojamiento el que estaba detras del templo de Minerva, hasta las habitaciones de las vírgenes consagradas al servicio de esta diosa: lo que fue una escandalosa condescendencia sa-

biendo todos las impuras costumbres de este Príncipe. Por último, para iniciarle en los grandes y pequeños misterios de Ceres se invirtió el orden de los meses. Después de tantas lisonjas partió Poliorcetes al Asia, en donde le esperaban algunas desgracias. Por consecuencia de estas, queriendo volver á su amada Atenas, halló en el camino los Embaxadores, que le dixéron no podia volver á ella, porque habia decretado el pueblo no recibir Rey alguno. Pidió que á lo menos le restituyesen su esposa Desdamia; y se lá enviáron. Hiciéron los Atenienses un decreto ordenando que todos los que propusiesen tratar ó hacer la menor liga con Demetrio serian castigados con la muerte.

Con este nuevo ultraje se cansó su paciencia, y puso sitio á Atenas, la que se entregó á discrecion. Mandó el vencedor que los habitantes se juntasen en el teatro, y le rodeó con gente armada. Esperaban todos con grande susto la sentencia: se presentó el vencedor; y dándoles algunas reprehensiones con suavidad, los perdonó, y aun les prometió un regalo de trigo. Entonces empezáron las adulaciones de nuevo: no hallaban los oradores términos para exáltar su generosidad y bene-

ficencia. Poco tiempo despues pierde Poliorcetes el reyno de Macedonia; y al punto es degradado en Atenas su Sacerdote, arruinando su altar, y vuelven los meses al mismo orden que antes se observaba.

El hijo de Demetrio, llamado Antígono Gonates, castigó el insulto hecho á su padre, y puso guarnicion en la ciudadela de Atenas: Arato, xefe de la liga con los Aquivos, intentó por dos veces echar de allí la guarnicion: no hacia esto por guardar la ciudad, sino para restituirla al estado de libre. Bien lo sabian los Atenienses; y no obstante, sobre la noticia que corria de que habia muerto Arato, se adornáron con guirnaldas. Grande fue despues la felicidad de encontrarle para recobrar la libertad que les procuró, pagando cincuenta talentos, los veinte de su propio dinero, entregados al Gobernador Macedonio, que retiró su guarnicion. De este modo recobró Atenas su libertad con la liga de los Aquivos, que fue tambien la salvaguardia de los Lacedemonios.

#### LACEDEMONIOS.

Ya habia en Lacedemonia gobierno establecido, pues no solo tenia un Monarca, sino

lo que no tiene exemplo en el mundo: se veian dos Reyes sentados en un mismo trono, y mandando con igual autoridad. Sin duda se hallaban otros vicios y otras inconseguencias en la administracion, pues los habitadores de Esparta pidiéron una constitucion á Licurgo. Era este de estirpe real; y muerto su hermano, que era uno de los Reyes, le pertenecia el trono por falta de heredero directo. Su cuñada le envió á decir que estaba en cinta; pero que si la queria por esposa destruiria el fruto de sus entrañas. Licurgo se horrorizó de tal proposicion; pero no obstante, para no exponer el hijo de su hermano al ambicioso furor de aquella madrastra, la dixo, que no queria exponer la vida de la madre con los remedios violentos; que se conservase en cinta, pues en dando á luz el niño, la libreria de él, y se casaria con ella. Estando cerca del término mandó aquella muger, que si era niña la entregasen á las mugeres, y si era varon se le entregasen á Licurgo.

Estaba este muy acompañado y á la mesa quando le llevaron el niño; y dixo á todos: *Aquí teneis vuestro Rey*. Se supo que habia estado en su mano apoderarse del trono; y este desinterés le grangeó infinita hon-

ra; pero no le perdonó su cuñada. No obstante la prueba de moderacion que habia dado Licurgo, consiguió ella persuadir que aspiraba á la corona, y fingia que estaba temblando por la suerte de su hijo. Muchos parecia que pensaban como ella; pero Licurgo, fatigado con tan injustas sospechas, y con las desazones que algunas veces le ocasionaban, quando vió ya criado á su sobrino, y en edad de tomar el cetro, salió á viajar.

Tomó por compañero á Talés el Poeta, que le proporcionó encontrar en Egipto todos los poemas de Homero, pues antes solo tenian parte de ellos. Recorrió la Creta, famosa entonces por sus leyes: fue á la Asia, en donde el regalo de las costumbres era muy diferente de la severidad de los Cretenses: entró en el Egipto, habitacion de las ciencias y la discrecion. Algunos le traen hasta España, Africa y aun la India. No se puede decir en dónde estaba quando los Espartanos le enviáron diputados que le hiciesen volver á arreglar su gobierno.

Sin duda habia formado de antemano su sistema, que era de destruirlo y limpiarlo todo para levantar en su lugar un edificio uniforme y durable. Tuvo modo, pasando por

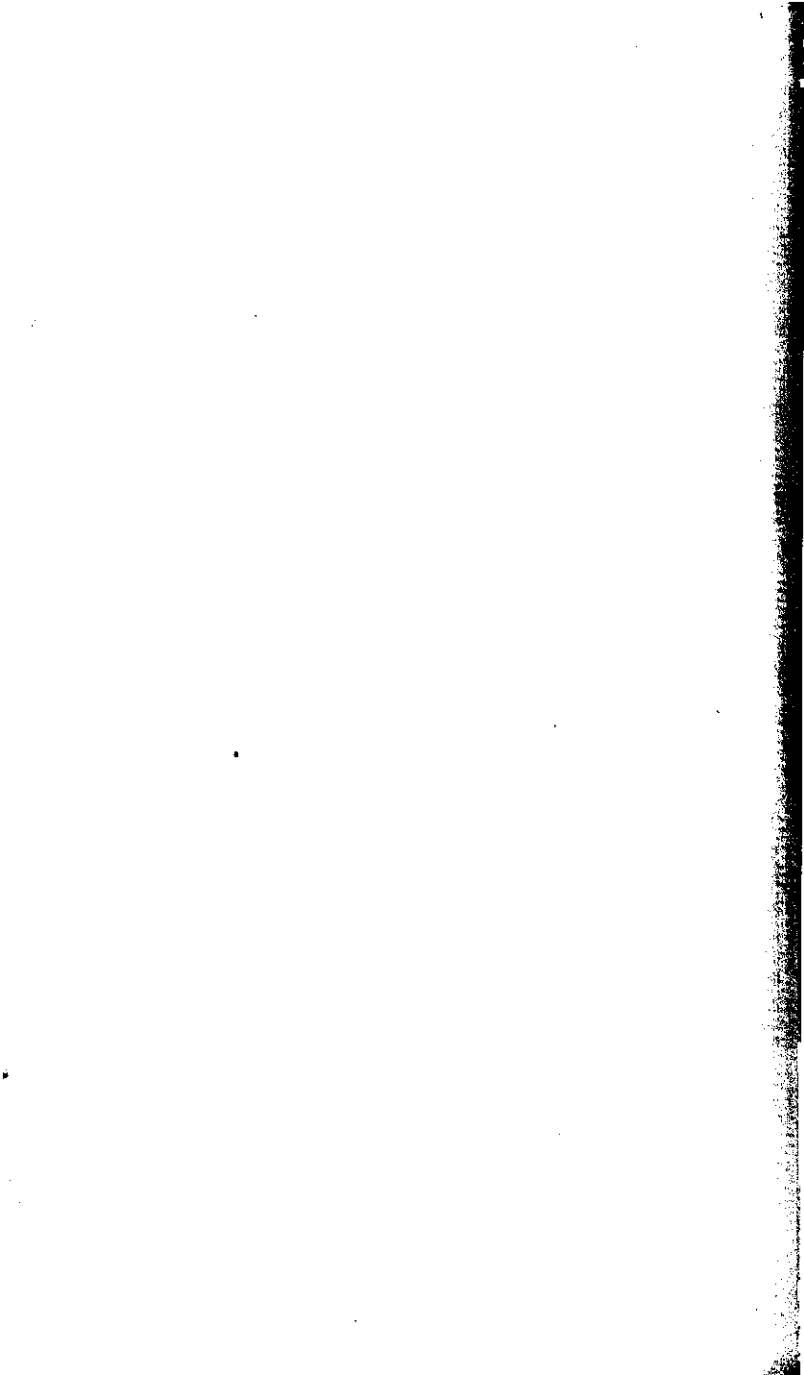
Delfos, de que oyesen un oráculo que no era obscuro ni embrollado como todos los demás. Le llamaba la Sacerdotisa el amigo de los dioses. „Sus leyes, añadía, son perfectamente buenas, y la república que las observare vendrá á ser la mas famosa de la tierra.” Llegando á Esparta conferenció con sus amigos, y conviniéron en las medidas que debían tomarse para ayudar al oráculo y hacerle valer.

En el día señalado para la promulgacion de un cuerpo de leyes, se presentáron por la mañana en la plaza hasta veinte y ocho hombres armados de puñales. Este aparato asustó al jóven Rey Carilao, sobrino de Licurgo, y se refugió en el templo de Minerva. Le traxéron con cariño, y se juntó con la coalicion. Lo primero que se hizo fue establecer un senado que fuese mediador entre los Reyes y el pueblo. Sin duda, los veinte y ocho y sus principales amigos fuéron los primeros senadores, y no sirvió poco para ganar á los Grandes la perspectiva de estas plazas. En quanto al pueblo, para que no se tuviese por olvidado, se le dió el derecho, no de proponer ni de deliberar en la asamblea, sino solamente de aceptar ó rehusar con



### Licurgo en Delfos.

*Habiendo consultado Licurgo en Delfos al Oráculo las leyes que había meditado para su patria, logró que la Sacerdotisa le llamase en público: Amigo de los Dioses, anunciándole, que la República que observase sus leyes sería la mas famosa de la tierra. La opinion que le dió este Oráculo prestó luego á sus maneres políticas toda la fuerza necesaria para sustituir en Esparta la obediencia al desorden.*



la simple fórmula de *sí* ó de *no*. Establecidos estos preliminares, las leyes morales y civiles, algunas de las cuales son muy extravagantes, hicieron de Lacedemonia una república en todo singular. Repartiéronse estas leyes en doce tablas.

El primer lugar le ocupaba la religion. Todos los dioses y diosas deberán representarse armados, para que los Espartanos, que deben ser un pueblo soldado, solo vean modelos de aliento y valor. Los sacrificios y ofrendas serán de poco coste, para que todos puedan dar á los dioses lo que se les debe. Las oraciones serán cortas, pues no ignoran las deidades lo que hemos menester. Los sepulcros estarán, cerca de los templos, para que frecuentándolos se haga familiar la idea de la muerte. No haya magníficas sepulturas, y ni aun inscripciones, sino para los que mueran en la guerra, y para las mugeres que se dedicaren á vida retirada. No se oigan en los funerales gritos ni gemidos; porque serian indignos de la grandeza de alma y de la fortaleza de los Espartanos.

Toda la tierra de Laconia fue dividida en treinta mil porciones iguales, y la ciudad

de Esparta en seis mil. No se podrá cercenar cada porcion, sino que pasará entera á las manos de los herederos, ó de los que debieren adquirirla. Si con el tiempo hubiere mas ciudadanos que los que puedan mantener estas porciones, se formarán colonias.

En naciendo un niño le llevará su padre á una junta de hombres graves de su tribu; y si estos le hallan bien conformado, se le volverán á entregar; pero si no, le arrojarán en una caverna al pie del monte Taygetes. La residencia de los extrangeros en Esparta será limitada, para que no corrompan las costumbres de los ciudadanos; pero el que parezca por sus talentos útil á la república, será adoptado por ciudadano, aunque no podrá gozar de los privilegios de Esparta si no ha pasado por los rigores de su educacion.

En los hombres será el celibato infame. El viejo que lo sea será obligado á pasearse desnudo en el rigor del invierno en la plaza pública, cantando una cancion satírica contra sí mismo, y ni en la vejez se le dará honor alguno. Habia accion en justicia contra el que dexaba pasar la edad señalada para casarse, como tambien contra los que se casaban superior ó inferiormente á su condicion. A los que

tenian tres hijos les moderaban la contribucion : los que tenian quatro nada pagaban. No se daba dote á las hijas para que nada impidiese que cada uno siguiera su inclinacion. La hija debia estar en la flor de su edad , y no podia el esposo en los primeros años del casamiento entrar á verla sino furtivamente , ó como si cometiera algun rapto ; porque la demasiada facilidad pudiera entibiar sus deseos. Era permitido prestar la muger : solo los Reyes no podian hacer esto. Las mugeres de Esparta por lo general no se preciaban de pudor.

Desde la cuna debia la que daba el pecho negársele al niño algunas veces para acostumbrarle á la sobriedad. El Espartano jóven estaba enseñado á quedarse por la noche sin luz , á marchar en la obscuridad , y á vencer las flaquezas ordinarias de la infancia. Ricos y pobres todos se criaban con la misma igualdad en un parage comun , acostados en duras camas , y sin otro baño que la corriente del rio Eurotas. Comian en público , y se hallaban los ancianos á su mesa para exáminarlos é instruirlos. Su gran regalo era la salsa negra , que se componia de sal , vinagre y sangre. No sabia un Lacedemonio lo que era beber por solo gusto. Era infame la embriaguez , y hacian que algunos es-

clavos se embriagasen , para que viéndolos los jóvenes concibiesen horror á semejante torpeza.

Solamente se vestian para defenderse de las injurias del ayre, y no para adornarse. Los vestidos en quanto á la figura y la tela eran iguales en ricos y pobres, pues cada uno se distinguia por la virtud y no por la hermosura del traje. Hasta la edad de doce años llevaban una túnica; y pasada esta se les daba un manto ó capa de estofa tan delgada, que pasó á proverbio decir: vestido lacedemonio. No llevaban zapatos ni cabello quando niños: despues se le dexaban crecer, y jamas le cortaban. No conocia un Lacedemonio quintas esencias ni perfumes; pero en la guerra se presentaban con vestidos de púrpura y coronados de flores antes de cargar al enemigo. Las ropas de las doncellas llegaban á las rodillas: solamente las mugeres de virtud equívoca podian llevar oro, plata, pedrería y otros ornamentos preciosos. Las doncellas se presentaban en público sin velo, y las casadas con él; porque las primeras tenian necesidad de que las viesen, y las otras no. En los gymnasios muchachos y muchachas combatian desnudos. El pensamiento de Licurgo,

quitando el pudor al sexô, fue hacerle menos peligroso, y prevenir con la igualdad del nacimiento y las riquezas los motivos de envidia que suelen perturbar las repúblicas.

La principal obligacion impuesta á los Lacedemonios era la obediencia á las leyes, y una obediencia que ni les permitia exâminar el motivo del mandato. Todos los hijos pertenecian al estado, y así cada ciudadano tenia sobre ellos derecho. Si un anciano no reprehendia á un muchacho por distraccion ó condescendencia, debía sufrir la misma pena que se hubiera impuesto al culpado. Entre los mismos muchachos habia uno que sirviese de cabeza, y este tenia que reprehender y castigar, lo que hacia algunas veces con el mayor rigor. Un jóven de Esparta era reservado, silencioso, y no miraba sino á lo que tenia delante ó al suelo, presentándose siempre en la actitud mas modesta.

Los Lacedemonios estudiaban poco: no cultivaban mucho la escritura, ni se preciaban de hablar correctamente, de lo que nació el proverbio: *Para ser Lacedemonio, habla bastante bien*. No obstante, se estimaba aquella brevedad que llamamos *laconismo*, que ha dado á muchas de sus frases un ayre sentencioso,

que ha sido la causa de conservarlas. Hacian gala de su misma rudeza y de su apego á las máximas de sus mayores. Un Ateniese daba en rostro á un Espartano con su ignorancia alabando las ciencias de su pais. „Todo lo que me dices, respondió el Lacedemonio, podrá ser verdad; pero de ahí nada inferirás sino que nosotros somos los únicos entre los Griegos que no hemos tomado de vosotros ningunas costumbres malas.” No era un Espartano mas que soldado, porque las profesiones de necesidad las exercian los Ilotes. Estos no eran absolutamente esclavos, sino una especie de villanos inferiores. No se sufrían en la ciudad representantes, decidores de la buena aventura, ni oradores y otros charlatanes: solamente se exercitaban en questões útiles, v. gr. „¿En qué consiste el mérito de tal accion? ¿La reputacion de tal heroe tiene buen fundamento?” La chanza, como fuese delicada y no chocante, era alabada como una leccion de que se podia sacar provecho. Gustaban de música, si así pueden llamarse las antiguas canciones, que estimaban con tanto zelo, que no permitian á sus esclavos aprender el tono, ó por lo menos que las cantasen públicamente. Quando se aficionaban á una doncella no habia zelos entre los

rivales, sino mas íntima amistad entre sí, y mas emulacion por agradar á la persona amada.

La caza era la diversion de la juventud, prescrita para dar agilidad al cuerpo. La danza y los ejercicios violentos y guerreros eran comunes á los dos sexos, y se entregaban juntos á ellos. De este modo las mugeres, que venian á ser tan fuertes como los hombres, parian hijos sanos y vigorosos; pero perdian aquella ternura, que es el mas grande encanto de la maternidad. A alguna se la vió mirar con ojos enxutos á sus hijos desgarrados con varas delante de los altares, y alegrarse de ver la fortaleza que ella misma les habia inspirado mientras estos infelices sufrían aquel tormento sin verter una lágrima ni arrojar un suspiro. El hurto se contaba entre los ejercicios: era permitido si se hacia con destreza; pero el ladrón que se dexaba sorprehender era severamente castigado.

Casi todos los mercados se hacian por trueque. No obstante, como se necesitaba moneda para igualar las ventas y cambios, hizo Licurgo una, pero de hierro, y tan pesada, que para llevar una bien corta suma se necesitaban dos caballos. De este modo teniendo todos los Lacedemonios la misma cantidad de tierras,

y no pudiendo atesorar numerario, precisamente permanecian iguales: y con mayor razon, porque no corrian entre ellos monedas de otro pais, ni les era permitido prestar á premio, ó recibir de los extrangeros presente alguno, con lo qual no habia medio para que los unos enriqueciesen mas que los otros.

Estableció Licurgo, que ninguno que no hubiese cumplido treinta años asistiese á oír en los tribunales defendér las causas, para que no se aficionasen á pleytos. No se preguntará la razon de tal ó tal ley, porque la ley suprema es obedecer. Los libertinos ni los pródigos no podrán ser jueces ni magistrados en la república; porque ¿cómo podrán dar sentencia en los intereses agenos los que no supieron gobernar los propios?

En las leyes militares dispuso que la primera y principal fuese la obediencia. No prescribió la valentia, porque esta nacia con los Lacedemonios, se mamaba con la leche, se aumentaba con los exemplos, y se confirmaba con las grandes alabanzas que se daban á los heroes, y los desprecios con que oprimian á los cobardes. „*Vuelve con tu escudo ó sobre tu escudo*, decia una madre espartana á su hijo quando se despedia para ir al ejército.” En

esto le queria decir : *O vencedor , ó muerto ;* porque á los muertos los llevaban tendidos en sus escudos. No se hará guerra por mucho tiempo contra el mismo enemigo , temiendo hacerle aguerrido. No gustaban de marina , porque el comercio con los marineros y con los extraños corrompen las costumbres ; ni de sitiar ciudades , porque no tenian por glorioso vencer murallas , y Lacedemonia no tenia otras que los cuerpos de sus habitantes. Para que desearan la guerra afloxaban , mientras duraba esta , en la austeridad de su vida. En campaña todos dormian armados : la vanguardia no llevaba escudos ; y privados de esta defensa sabian que no tenian que abandonarse al sueño. En todas las expediciones cuidaban mucho de practicar sus ritos religiosos. Por la noche , despues de la cena , cantaban los soldados juntos himnos en alabanza de los dioses. Quando estaban ya para cargar sobre el enemigo ofrecia el Rey sacrificios á las Musas , para que les ayudasen á executar acciones dignas de pasar á la posteridad. Se coronaban los soldados de flores , y se iba adelantando el ejército al sonido de las flautas que tocaban el himno de *Castor*. Solo perseguian al enemigo en quanto se necesitaba para asegurar la victoria : el que

y no pudiendo atesorar numerario, precisamente permanecian iguales: y con mayor razon, porque no corrian entre ellos monedas de otro pais, ni les era permitido prestar á premio, ó recibir de los extrangeros presente alguno, con lo qual no habia medio para que los unos enriqueciesen mas que los otros.

Estableció Licurgo, que ninguno que no hubiese cumplido treinta años asistiese á oír en los tribunales defendér las causas, para que no se aficionasen á pleytos. No se preguntará la razon de tal ó tal ley, porque la ley suprema es obedecer. Los libertinos ni los pródigos no podrán ser jueces ni magistrados en la república; porque ¿cómo podrán dar sentencia en los intereses agenos los que no supieron gobernar los propios?

En las leyes militares dispuso que la primera y principal fuese la obediencia. No prescribió la valentía, porque esta nacia con los Lacedemonios, se mamaba con la leche, se aumentaba con los exemplos, y se confirmaba con las grandes alabanzas que se daban á los heroes, y los desprecios con que oprimian á los cobardes. „*Vuelve con tu escudo ó sobre tu escudo*, decia una madre espartana á su hijo quando se despedia para ir al ejército.” En

esto le queria decir : *O vencedor , ó muerto ;* porque á los muertos los llevaban tendidos en sus escudos. No se hará guerra por mucho tiempo contra el mismo enemigo , temiendo hacerle aguerrido. No gustaban de marina , porque el comercio con los marineros y con los extraños corrompen las costumbres ; ni de sitiar ciudades , porque no tenian por glorioso vencer murallas , y Lacedemonia no tenia otras que los cuerpos de sus habitantes. Para que deseasen la guerra afloxaban , mientras duraba esta , en la austeridad de su vida. En campaña todos dormian armados : la vanguardia no llevaba escudos ; y privados de esta defensa sabian que no tenian que abandonarse al sueño. En todas las expediciones cuidaban mucho de practicar sus ritos religiosos. Por la noche , despues de la cena , cantaban los soldados juntos himnos en alabanza de los dioses. Quando estaban ya para cargar sobre el enemigo ofrecia el Rey sacrificios á las Musas , para que les ayudasen á executar acciones dignas de pasar á la posteridad. Se coronaban los soldados de flores , y se iba adelantando el ejército al sonido de las flautas que tocaban el himno de *Castor*. Solo perseguian al enemigo en quanto se necesitaba para asegurar la victoria : el que

la ganaba por estratagema ofrecia un buey á Marte , y el vencedor á fuerza abierta ofrecia solamente un gallo ; porque la astucia con que se ahorran las vidas de los hombres era mas estimada que el valor que pródigamente las destruye.

No se sabe si fue Licurgo el autor de una precaucion política, muy cruel, con que los Lacedemonios disminuian el número de sus esclavos quando les parecian muchos, y se llamaba criptía, que quiere decir emboscada, y consistia en armar de puñales á los jóvenes mas determinados, dándoles órden de exterminar hasta cierto número de aquellos infelices esclavos, lo que executaban quitándoles de noche la vida, ó sorprehiéndolos de dia empleados en sus ocupaciones. Esto lo hacian á sangre fria sin el menor motivo de queja, y con solo el fin de que los restantes nada pudiesen emprender.

Por mas precauciones que tomó Licurgo no pasáron sus leyes sin contradiccion. Hubo un alboroto, en el qual le hiriéron, y dió motivo á esta ley : „Ninguno vendrá armado á las asambleas del pueblo, ni á las de los magistrados.” Si todavia restaban algunas dificultades se suspendiéron con la esperanza de

la oposicion que el legislador hizo con destreza á los malcontentos. Convocó una junta general, y dixo: „Todavía me resta un objeto importante que comunicaros; mas no lo puedo hacer hasta haber consultado al oráculo de Apolo en Delfos, y así voy allá; pero antes de partir prometedme que mantendreis las leyes que se acaban de establecer hasta que yo vuelva.” Todos hicieron juramento de conservarlas, los dos Reyes, el senado y el pueblo. Habiendo llegado á Delfos envió Licurgo á Lacedemonia esta respuesta: „Las leyes dadas á Esparta son excelentes, y mientras las observe será la ciudad mas gloriosa del mundo.” Oyendo el oráculo supieron los Lacedemonios que su legislador, ofrecido un solemne sacrificio á Apolo, se habia despedido de sus amigos y de su hijo, y se habia dexado morir de hambre; por lo que se creyeron obligados á ser para siempre fieles á las leyes que habian jurado guardar hasta su vuelta. Con efecto, ningun pueblo ha sido mas fiel observador de sus leyes. Sin duda estas convenian al carácter de la nacion, pues la hicieron y la mantuvieron floreciente por tantos años. La historia de Esparta casi no presenta ninguno de aquellos movimientos interiores

que mas interesan en la de Atenas. Ademas de las expediciones militares, cuyas relaciones por muy circunstanciadas se harian fastidiosas, nos ofrecen las vidas de los Reyes de Lacedemonia rasgos heroicos de amor á la patria, reflexiones sentenciosas, dichos de entereza sublime, y una magnanimidad tal vez feroz.

Carilao, sobrino de Licurgo (2095), conservó siempre mucho respeto á su tutor, hizo observar sus leyes; y quejándose uno de que no hubiese hecho mas, dixo: „No necesitan muchas los que apenas hablan.” La primera guerra notable de los Lacedemonios fue contra los Mesenios, y tan cruel como injusta. En vano ofrecieron estos pasar por el arbitrio de los Anfitriones ó del Areópago de Atenas: por tres años guardáron los Espartanos su resentimiento por una bagatela; y dando de improviso sobre la ciudad frontera de los Mesenios, quitáron la vida á todos los habitantes sin distincion de sexó ni edad. Los gobernaba entonces el Rey Nicandro, que mandó ó sufrió aquella barbaridad; pero hacia grande escrúpulo de recibir regalos, y decia: „Si yo los aceptara, no podríamos estar acordes las leyes y yo.”

Esta guerra se continuó con furor; y como los Mesenios fuesen siempre maltratados, consultaron al oráculo, y este respondió: „Que era necesario sacrificar á los dioses una virgen de sangre real.” Quisiéron echar mano de la hija del Rey; pero este se huyó con ella. Aristodemo, pariente del Rey, ofreció la suya; mas un jóven, á quien estaba prometida en casamiento, expuso que le habia consumado, y estaba en cinta. Aristodemo, reputando por infamia de su casa lo que se habia imputado á su hija, la mató con su propia mano, la abrió el vientre, é hizo ver al pueblo quan injustamente la habian culpado de una flaqueza reprehensible. A este precio consiguió Aristodemo la corona; bien que despues la mereció por su sabia y prudente conducta, y aun ganó á sus competidores del trono dándoles los primeros puestos y señales de su mayor confianza.

El ímpetu de los Lacedemonios los hacia terribles en campo raso. Aristodemo los atraía á los desfiladeros, y allí los inquietaba y fatigaba. Fingieron que querian quitar la vida por crimen de traicion á cien hombres, los quales huyeron á Itona, ciudad de los Mesenios, cuyas puertas debian abrir si los re-

cibian dentro. Descubrió Aristodemo su intencion; y tan generoso como valiente volvió á enviar los fingidos delinqüentes sin hacerles daño, con este escrito para los Espartanos: *Vuestra stratagema es muy añeja*. A pesar de los esfuerzos de Aristodemo fuéron vencidos muchas veces los Mesenios. Se apoderó de ellos la cobardía; y desesperado de ver que no podia reanimar su valor, se dexó dominar de una tristeza que le llevó sobre el sepulcro de su desgraciada hija, y allí se dió muerte. Sus vasallos, subyugados por los Lacedemonios, se viéron precisados á dar la mitad del producto de sus tierras; y así los propietarios se quedáron reducidos renteros, y obligados á asistir á los entierros de los Reyes de Esparta vestidos de luto: condiciones onerosas y de abatimiento.

Por este tiempo se estableciéron los Eforos, mas no se sabe con qué ocasion. Eran cinco, elegidos por el pueblo, y entre los del pueblo, y tal vez del mas baxo pueblo; porque todo ciudadano atrevido, alborotador, y que supiese hablar podia aspirar á este empleo. Su destino era refrenar á los Reyes y al senado. Era necesaria la unanimidad entre sí para decidir. Con el tiempo adquiriéron una

autoridad sin límites: presidian á las asambleas generales, declaraban la guerra, hacian la paz, determinaban el número de tropas que se debian levantar, arreglaban los impuestos, y distribuian en nombre del estado premios ó castigos. Despues de esto no se ve qué es lo que restaba que hacer al senado ni á los Reyes, sino mandar los ejércitos. Los Eforos tenían el privilegio de no levantarse en presencia del Rey, de hacer intitular con su nombre al año como los Arcontes de Atenas; y por último, el importante privilegio de censurar la conducta de los Reyes, y pronunciar penas contra ellos.

Esta conducta hubiera sido inútil para unos Reyes que pensasen como Teopompo, que decía: „Para temer lo menos que se pueda, es preciso que un Monarca permita á sus amigos decirle libremente su parecer, y que esté por sí mismo pronto á castigar severamente á los malos.” Este Príncipe, que se conducia con tanta prudencia, sabia tambien apreciar los hombres, y solia decir: „El tiempo aumenta á los medianos, y se lleva á los que son demasiado grandes.

La guerra de Mesenia (2309) fue en Esparta motivo de un movimiento que la pu-

do ser funesto. Se habian empeñado con juramento en no volver á la ciudad hasta haber subyugado á los Mesenios. Duró la expedicion diez años, y en tan largo tiempo se llegaron á cansar las mugeres y las doncellas. Escribiéron las mugeres á sus esposos, que mientras libraban de enemigos á la patria, se descuidaban de otros intereses que no les debian merecer menos amor. Entendiéron los guerreros el sentido de esta queja, y en parte las consoláron. Escogióron aquellos jóvenes que por haber llegado al ejército despues del principio de la expedicion no estaban obligados al juramento, y los enviáron á la ciudad con libertad de sosegar las murmuraciones de las doncellas, y de esto nació una línea de gentes que llamáron Partenianos; esto es, *hijos de las vírgenes*. Como sin duda no fuéron muy regulares estos enlaces, aquellos hijos advirtiéron quando grandes que no podian reclamar padres ni bienes.

Este abandono les dió grande pena, y juntando su despecho con el odio de los Ilo-tes, que siempre estaban prontos á sublevarse contra sus tiranos, resolvieron pedir con mano armada bienes, y la clase que les correspondia, en la primera junta del pueblo.

Habia de ser la señal arrojar un gorro al ayre; y casi en el momento de la execucion prohibieron los Eforos que ninguno arrojase el gorro al ayre en la asamblea del pueblo. Por esta prohibicion conociéron que estaba la conjuracion descubierta. Tratáron de composicion, y los jóvenes con el mismo xefe que ellos se habian escogido fuéron provistos de todo quanto necesitaban para establecer una colonia, y saliendo del pais libráron á la Lacedemonia de inquietudes.

No tardó mucho (2314) en tener otras bien fundadas de parte de Aristómenes, nuevo xefe de los Mesenios. Eran tan duras las condiciones que les habian impuesto, que fácilmente los sublevó: les buscó aliados, y empezó de nuevo una guerra, que con su valor y talentos fue la mas porfiada y peligrosa para los Espartanos. Despues de algunas ventajas, y de haberse hecho temer por las armas, los atacó por la supersticion. Entró una noche disfrazado en Lacedemonia, y tuvo valor para ir á colgar un escudo á la puerta del templo de Minerva, con esta inscripcion: *Aristómenes consagra á la diosa esta parte de los despojos de los Lacedemonios.* Se alborotó toda la ciudad, se consultó al orá-

culo, y respondió: *Hagan venir los Espartanos un xefe de Atenas*. Los Atenienses, que miraban á los Lacedemonios con envidia, y no pensaban en contribuir á su felicidad, les enviáron por General á un cierto Tirteo, maestro de escuela, poeta coxo, y que tenia la reputacion de algo demente. Le recibiéron, y asegurados con su sumision al oráculo, fuéron al combate como á la victoria; pero los derrotáron.

Consternados con esta desgracia pensaban en pedir la paz, quando Tirteo animó su valor con cánticos guerreros, los dirigió con sus consejos, reclutó ejército de algunos hombres escogidos entre los Ilotes, y les hizo continuar la guerra. Aristómenes logró nuevas victorias, y salió herido: venció á los Espartanos, y él fue vencido por sus mugeres: encendió el territorio de Esparta, y vió arder el suyo propio. Herido dos veces, le hiciéron prisionero en la segunda, y le lleváron á Lacedemonia, en donde le curáron con grande cuidado con el fin de tomar una venganza que deshonra á los Espartanos. Le condenáron al suplicio destinado para los delinqüentes mas despreciables del pueblo, y fue precipitarle con sus compañeros en una profunda caver-



Rebato de cadaveres, y a punto de espirar co-  
taba. Aristotamente en la cuesa adonde le habi-  
an arrojado los Espiritus, quando sintiendo ar-  
ca de si timor, aduente que una raposa traia un  
cadaver. Era asi por la cola, y haciendo el an-  
mal la sigue, siempre arde hasta un punto  
per donde perthio los, y abriendose paso por alli  
con sus annas, fero salir, y se juntase a los  
sues, y dar nuevas nidadas a España.

Aristotomes.



na. Pidió el infeliz por gracia conservar sus armas. Se las concedieron, y estuvo tres días en aquella horrible cueva pisando sobre los muertos, y oprimido por los moribundos. Quando ya estaba para espirar de hambre y de infección, oyó un pequeño ruido cerca de sí. Provenia este de una raposa que estaba royendo un cuerpo muerto. La cogió Aristómenes por la cola, quiso el animal huir, él siguió sus movimientos hasta que le llevó á un agujero por donde el animal metió la cabeza. Percibiendo el prisionero cierto resplandor concibió alguna esperanza, y á pesar de su debilidad extrema, se fue abriendo paso con las armas y las uñas, y llegó á Ira, fortaleza de los Mesenios.

Se supo en Esparta su aventura por sus victorias, y por poco no llevó él en persona la noticia: lo que sin duda hubiera hecho á no haberle sido traidor uno de los que debieran favorecerle en el proyecto formado de sorprehender á Lacedemonia mientras el ejército espartano estaba delante de Ira. No desalentó esta desgracia á Aristómenes, y todavía tuvo atrevimiento para exponerse á la crueldad de los Espartanos. Le prendieron estos, y se huyó; porque una doncella com-

padecida le dió un puñal, y con él se desembarazó de siete hombres que le guardaban.

Duró el sitio de Ira once años, y mientras Aristómenes tenia que guardar cama por una herida, sorprendiéron los Lacedemonios á los Mesenios, se atrincheráron estos en la ciudad, estuviéron peleando tres dias y dos noches, mostrando las mugeres tanto valor como los hombres. Pasado este término, y perdida toda esperanza de conservar la ciudad, juntó Aristómenes sus desgraciados compatriotas, colocó las mugeres y los niños en el templo, formó la vanguardia y la retaguardia de la juventud mesenia, dispuso que la mandasen Gorgo su hijo, y Teocles, mesenio valiente. Se puso á la cabeza, hizo abrir la barrera, y blandiendo su lanza marchó derecho al enemigo. El General Lacedemonio, bien fuese prudencia, ó bien compasion, respetó aquellos infelices reducidos á la desesperacion, hizo retirar sus tropas, y Aristómenes entró en la Arcadia mas triunfante que sus vencedores. El Rey que terminó la guerra de los Mesenios se llamaba Euricrates. Le preguntáron por qué no conservaban los Espartanos dinero en el tesoro, y él respondió: „Para que los guardias no

se vean tentados á ser ladrones.”

Como los hechos militares se parecen unos á otros, merecen poco que se emplee en ellos la pluma del Historiador; pero hay algunos que por singulares excitan la admiracion. Tal es la accion del Rey Leonidas, que partiendo con trescientos hombres para oponerse al ejército inmenso de Xerxes, dixo: „Yo salgo á cerrar el paso de Termópilas; pero mi verdadero designio es ir á morir por mi patria.” Quando se despidió de su muger le preguntó esta si tenia que decirle algo en particular. „Nada, la respondió; sino que te cases con hombre de valor, que te dé hijos valientes.” Se llamaba Gorgo, y era hija del Rey Cleomenes. Desde la infancia dió una prueba muy especial de su afecto á la patria. Aristágoras de Mileto queria empeñar á su padre Cleomenes en determinar á los Lacedemonios á llevar la guerra al Asia. Estaba presente á su conferencia Gorgo, que solo tenia ocho años; y diciendo Aristágoras, que mandase salir á su hija para poder hablar con mas libertad: „Bien podeis, replicó Cleomenes, porque es una niña. Empezó Aristágoras ofreciendo al Rey de Esparta una suma considerable si queria empeñar á sus

vasallos. La dobló y la triplicó, y dixo la muchacha: „Huye, padre mio, huye, porque este extranjero te ha de corromper.”

Llegando Leonidas á Termópilas, y extendiendo la vista sobre los trescientos que le acompañaban, advirtió que muchos de ellos apenas habian llegado á la edad viril. Este es el momento que se debe aprovechar para excitar el entusiasmo. Hizo partir algunos de ellos con pretexto de encargarlos mensajes para los Eforos. Uno de los que escogió, penetrando su intento, le dixo: „Señor, yo he venido á servir aquí como soldado, y no como correo.” Otro respondió: „Peleemos primero, y despues iré á llevar la noticia de la batalla.” Los dos murieron en ella.

Pausanias, vencedor de Platea (2508), nos ofrece en su conducta un extraño contraste. Hallándose despues de la victoria en la tienda de Mardonio, General Persa, mandó á sus cocineros que dispusiesen una comida con todas las delicadezas asiáticas. Al mismo tiempo hizo servir una mesa á la espartana, y volviéndose á los Griegos que le rodeaban dixo: „Admirad, amigos, la locura de este Rey de los Medos, que pudiendo vivir en su casa con tanta suntuosidad, se vie-

ne tan lejos á despojar á los Griegos que tan pobremente se regalan." Feliz hubiera sido Pausanias permaneciendo en estos pensamientos; pero se dexó ganar del mismo luxo que habia despreciado. Fue tomando el gusto á las costumbres de los Persas, y se burló de las sencillas de su pais. Estos hábitos voluptuosos que adquirió le reduxéron á escuchar con gusto las proposiciones que le hicieron los Persas de elevarle á ser Soberano de la Grecia.

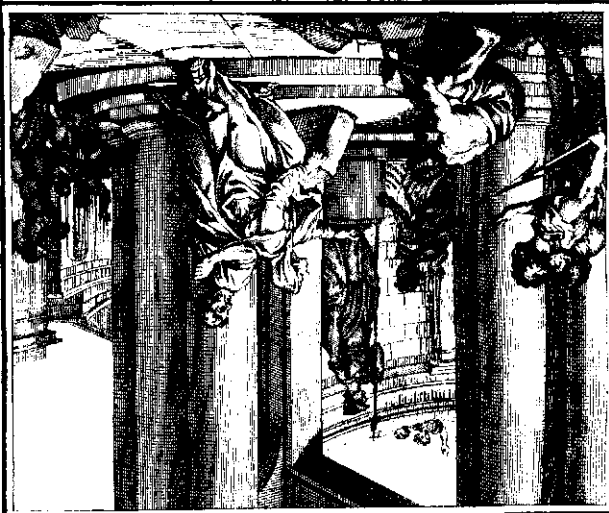
Entre tanto que se lisonjeaba con este proyecto, la inquietud, que siempre acompaña al que medita algun mal, le ocasionó una desgracia que envenenó todo el resto de su vida. Una muger muy hermosa, llamada Cleonice, de la qual estaba enamorado, le habia prometido ir á verle cierta noche, y acercándose á Pausanias hizo un ruido que le despertó sobresaltado. Lleno de la idea de que iban á prenderle echa mano á la espada, y hiere mortalmente á su querida Cleonice. Para aplacar los manes de su enamorada recurrió á los Adivinos: estos evocaron su sombra, y le dixo la fantasma: *Quando estés en Esparta hallarás el fin de tus infortunios.* Con efecto, se descubriéron sus ideas, y que-

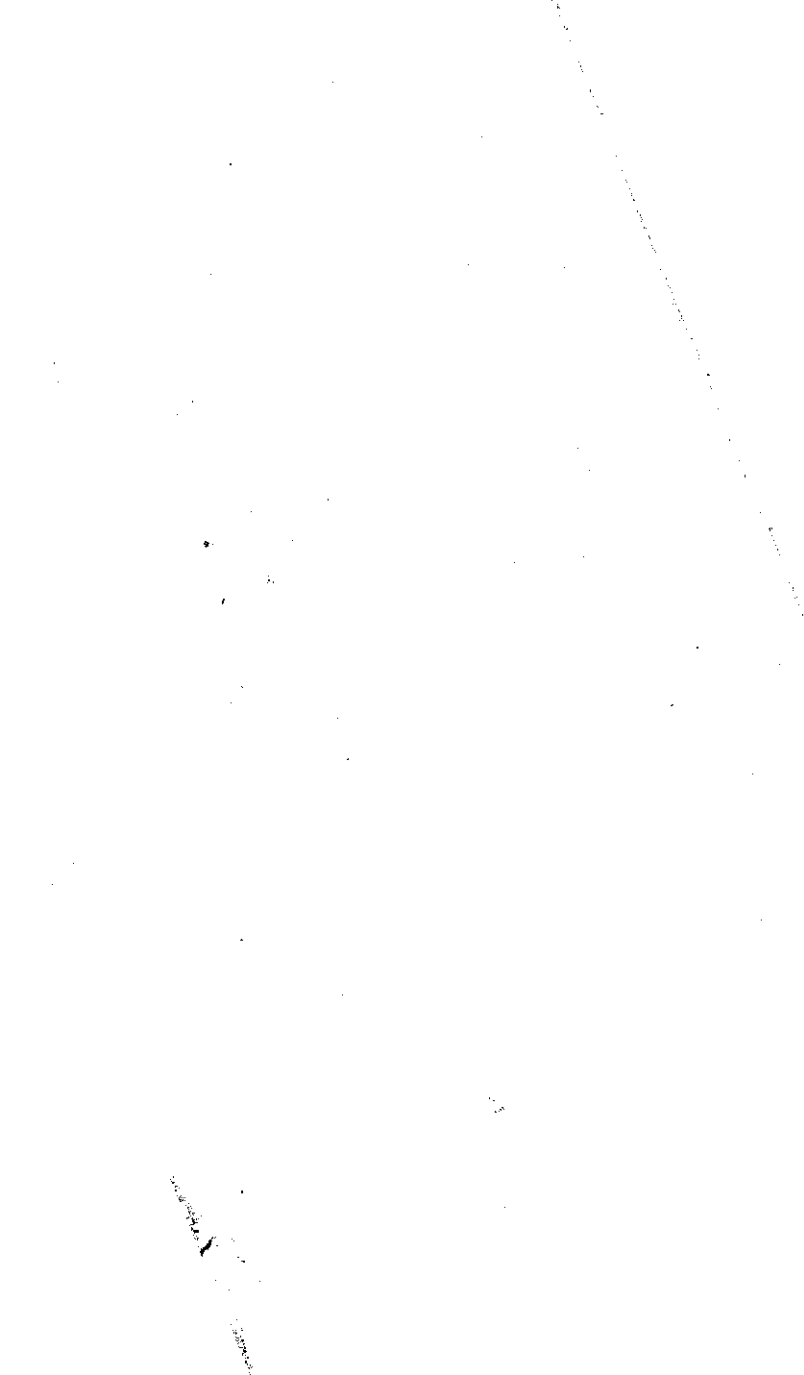
riendo los Eforos arrestarle, se salvó en el templo de Palas, que era para ellos un santuario inviolable, y no sabian como sacarle de allí. Mientras deliberaban tomó su propia madre una grande piedra, y la puso en el umbral del templo, retirándose sin hablar palabra. Hizo lo mismo el pueblo, y de este modo pereció encerrado Pausanias por falta de alimento.

Agis (2331) ha pasado por un grande político. Este decia, *que á los niños los engañaban con juguetes, y á los hombres con juramentos.* De los Eforos de su tiempo se cuenta una accion digna de la máxîma de Agis. Se multiplicaban algunas veces los Ilotes de modo que daban inquietud á la república. En una de estas circunstancias publicáron los Eforos promesa de libertad para los Ilotes que quisiesen servir como voluntarios en una expedicion que se preparaba, y se presentáron hasta dos mil: en esto conociéron quales eran los mas valientes; y de los dos mil quitáron la vida secretamente á mil y trescientos, enviando los demas á la guerra. Conocia Agis las espinas del poder, y decia: „Quando se pretende gobernar á muchos hombres, es preciso combatir contra muchos.”

Castigo de Pausanias.

Refrigido Pausanias en el templo de Minerva  
 ne saltañtos Espiritales come haarte salir de  
 apud esto invidable para aslitar que aspritas  
 rhi adentna de terea: pte mientre los Espiritos  
 dffentan, tomndo la misma madre del re mu  
 am pucha, la puse en el umbral del templo: or  
 harte todos a su ejemplo lo mismo, lo dexa  
 con muerdo hasta que mure por falta de  
 alimento.





En su reynado se viéron dos célebres Generales, Calicrátidas y Lisandro: el primero era desinteresado sobre todo elogio. Ciro, de quien se habian hecho auxiliares los Lacedemonios, quando envió el prest del ejército creyó que era del caso disponer presentes para el General; pero Calicrátidas recibió el dinero de las tropas, y remitió los presentes diciendo: „No es necesario que haya amistad particular entre Ciro y yo. Si él es fiel á su alianza con los Lacedemonios, todos ellos serán sus amigos, y yo seré uno de tantos.” Murió heroycamente como habia vivido. En el momento en que iba á dar una batalla naval le dixo un Adivino, que los Espartanos saldrian victoriosos; pero que moriria en ella su Almirante. Está muy bien, dixo: „Vamos pues á pelear: no perderá mucho Esparta en perderme, y perderia su honor si yo me retirara á la vista de mi enemigo.” Nombró pues sucesor, y murió en el seno de la victoria.

Lisandro tuvo la gloria de sujetar á los Atenienses. Este fue el que les destruyó las murallas, y les quemó los navios, restituyendo á Lacedemonia su armada cargada de inmensas riquezas. Se viéron los Espartanos

muy embarazados, porque estos tesoros eran contra las leyes de Licurgo; y despues de muchos debates decidiéron, que el estado podia servirse del oro y de la plata; pero ningun particular podria poseer estos dos metales pena de la vida.

Muerto Agis, contribuyó mucho Lisandro para poner en el trono á Agesilao, hermano menor del difunto. Reunia este Príncipe unas calidades que parecen incompatibles. Ambicioso y atrevido, era al mismo tiempo dulce y amable. El valor y la valentia se juntaban en él con la bondad. Amaba á su patria hasta preferirla á su propia seguridad y á la tranquilidad de su persona. Sus virtudes asustáron á los Esforos, tanto que le condenáron á una multa porque se grangeaba demasiado el afecto del pueblo. Conocia Agesilao el carácter espantadizo del pueblo, y en quanto podia se guardaba de las sospechas y la envidia, hasta tal punto que no quiso aceptar el mando de un ejército si no le nombraban un consejo de treinta personas: es verdad que era este un ejército que debía decidir de la suerte de la Grecia. Hacia entonces Agesilao el papel de Agamemnon, xefe de la liga griega contra Troya: pues el Rey de

Esparta era xefe de la liga griega contra los Persas. Hallándose en Aulide, la semejanza de su situacion le hizo soñar que los dioses le exhortaban á imitar el sacrificio de Agamemnon, cuyo sucesor era, y no creyó que debia negarse del todo á esta inspiracion; bien que en lugar de una doncella substituyó una cierva, y quiso inmolarla por su augur. Los del pais creyeron que esto era violar sus derechos, y destruyeron el altar y la víctima. Este suceso de tan poca entidad costó á los Espartanos el imperio de la Grecia, porque excitó entre ellos y los Beocios una guerra en que toda la Grecia tomo parte, y que el valor y la habilidad de Epaminondas hizo bien funesta para los Lacedemonios.

Entre Agesilao y Lisandro hubo cierta tibieza nacida de la envidia. Se portó el Rey con alguna dureza respecto del General, usando de la superioridad de su gerarquía. Lisandro cedió sin abatirse, y los dos grandes hombres, que naturalmente no eran enemigos, continuáron obrando de concierto por la gloria de su patria. Lisandro acabó sus dias en esta brillante carrera, porque le matáron peleando contra los Tébanos. Mil ocasiones tuvo de enriquecerse; y dexó tan pocos bie-

nes, que un ciudadano rico que habia dado palabra á sus hijas no quiso casarse con ellas viéndolas sin dote. Le condenáron los Eforos á una multa, motivando así su sentencia: „Porque es hombre de tan baxos pensamientos, que mas quiere tomar esposa en una casa opulenta, que en una casa de virtud.

La guerra contra los Beocios (2628), cuya capital era Tébas, aunque procedia de una causa tan poco importante como hemos visto, se continuaba con vigor. Se rindiéron los Lacedemonios en las llanuras de Leuctres, con una pérdida que no tenia exemplar en la república. Quando llegó la noticia á Esparta, estaban celebrando los juegos Gymnicos, y no quisieron los Eforos interrumpirlos, contentándose con enviar los nombres de los muertos á las casas interesadas. Entonces se vió la grandeza de alma de los Espartanos; porque los padres de los que habian perdido la vida, se abrazaban recíprocamente dándose la enhorabuena, al mismo tiempo que los otros no osaban presentarse; y si era preciso hacerlo, iban con los brazos cruzados y los ojos clavados en la tierra, dando señales del mas doloroso rubor. Los que se habian salvado del combate fueron degradados de sus empleos,

condenados á no salir al público sino con vestidos ridículos, con la barba á medio afeytar, y á sufrir los insultos y golpes del primero que llegase, sin defenderse.

La execucion de esta sentencia, conforme á las leyes de Licurgo, tenia sus inconvenientes, y así nombráron Dictador á Agesilao, con poder para hacer sobre este punto el reglamento que le pareciese. Se presentó en la asamblea del pueblo, y con sola una palabra calmó los sustos de los cobardes, y conservó la autoridad de las instituciones de Licurgo, diciendo: „Duerman por hoy las leyes, y mañana vuelvan á tomar su autoridad.” Alistó despues quantos voluntarios pudo hallar, aun de los ilotes, y resolvió ir en persona á buscar los enemigos; pero estos le ahorráron el camino, porque Epaminondas se presentó delante de la soberbia espartana, que no habia visto el campo enemigo delante de sus muros. Sin embargo, Agesilao los contuvo de modo que se retiráron.

Entre tantas desgracias se descubrió una conspiracion en la ciudad, y se supo que doscientos conjurados se habian apoderado de un puesto importante. Quería el senado que se les atacase, y pasase á cuchillo; pero

Agesilao tuvo por arriesgado el medio de la fuerza, porque ignoraba el número de los complicés. Fue acompañado de un solo criado al parage en donde los rebeldes estaban juntos, y les dixo: „Camaradas, adonde yo os envié no es ahí; y al mismo tiempo les fue señalando diferentes puestos para separarlos. Creyendo ellos que no estaba descubierta la rebelion, se fuéron colocando donde les decia, y así los prendiéron y castigáron.

Tambien tuvo la orgullosa Esparta la pesadumbre de ver que los Tébanos, mandados por Epaminondas, estaban ya para entrar en su ciudad. Mugeres, niños, ancianos, todos fuéron obligados á armarse, y combatir por sus hogares, y así pudiéron arrojar de nuevo á los Tébanos: mas por haberlos perseguido sin ser del caso, tuviéron una pérdida considerable. Tantos reveses sucesivos los pusiéron en la necesidad de recurrir á los Atenenses, á quienes tanto habian humillado. A los últimos del reynado de Agesilao lograron con la muerte de Epaminondas algunas ventajas; mas ya no pudiéron volver al elevado crédito y reputacion que tenian en la Grecia. En este estado de decadencia se negáron á firmar un tratado ventajoso, solo por-

que se comprendian en él sus rivales antiguos los Mesenios. Murió Agesilao de ochenta y quatro años despues de un reynado de quarenta, glorioso por sus guerreras acciones; pero reprehensible por haber empeñado á su patria en unas guerras ruinosas, que con menos obstinacion y orgullo pudiera haber evitado. Le estimaban tambien por su frugalidad y simplicidad de costumbres. No le imitó en ellas Arquidamante su hijo, que gustaba de la libertad y los placeres, y pensaba *que una buena mesa no era incompatible con la virtud*. Y para tenerla sin sujecion y sin riesgo hizo que le diesen comisiones que le alejasen de Esparta.

Arquidamante (2652), hijo de un padre austero, aunque no era severo en su conducta, tuvo un hijo llamado Agis, que practicó las ásperas virtudes de Esparta. Le enviaron, siendo jóven, embaxador á Filipo de Macedonia, á quien los Griegos lisonjeros enviaban numerosas diputaciones en el tiempo de su grande prosperidad. Este Monarca se picó de que solo le enviasen un Lacedemonio por embaxador, y dixo: *¿Qué no viene de Esparta mas que uno solo?* y respondió con valentia el joven Agis: *¿Tampoco me han enviado mas*

*que á uno solo?* Lleno de heridas en una batalla, despidió á los que le querian defender, diciendo: „Reservaos para ser útiles á vuestra patria.” No pudiendo tenerse en pie puso una rodilla en tierra, y cayó sobre los cadáveres de los que él habia sacrificado al morir.

Eudamidas, su hijo, siempre se opuso á la guerra, deseando que probasen los Lacedemonios, debilitados con las expediciones militares, las ventajas de la paz. „Yo la quiero, decia, para que conozcan y experimenten el mal que se han hecho.” Le representaban las ventajas de sus mayores contra los Persas para excitarle contra los Atenenses, que eran de muy inferior número. „¿Os parece, les respondió, que es lo mismo hacer la guerra á cincuenta lobos que á mil carneros?” Entró un dia en la escuela de Xenócrates, y notó que estaba ya muy viejo el filósofo. „¿Qué profesion es la de este hombre?” preguntó; y le respondieron: „Es un sabio que busca la virtud.” „¡Ay pobre! dixo: ¿sí ahora la busca, cuándo ha de hacer uso de ella?”

En tiempo de Areo, su nieto (2672), se vió Lacedemonia en el mayor peligro por parte de Pirro, Rey de Epiro, á quien Cleoni-

mo llevó al pie de la ciudad pretendiendo como hijo de Agis la corona. Pirro se condujo tan bien, que antes que los habitantes supiesen su marcha, ya estaba en las primeras casas. Le aconsejaron que entrase de repente, pero era ya muy tarde; y como estaba su ejército tan cansado, lo dexó para el día siguiente. Viendo los Lacedemonios que se acampaba, concibiéron alguna esperanza, y deliberaron sobre lo que habian de hacer. El primer punto de su resolucion fue embarcar las mugeres para llevarlas á Creta. Con la noticia de esta decision se juntaron las mugeres, y diputaron al senado á una de ellas llamada Arquidamia. Entró esta con la espada en la mano, y dixo: „Senadores, ¿qué concepto habeis formado de las Lacedemonias? ¿Las teneis por tan cobardes que quieran sobrevivir á la pérdida de la libertad de su patria? No teneis que deliberar sobre el lugar de nuestro retiro. En Esparta estamos, y en Esparta debemos morir. Contad con nosotras, porque no hay cosa que no estemos prontas á emprender.”

Con efecto, en los trabajos que se reparatiéron tomáron ellas un tercio por su cuenta; y durante la noche le concluyéron con los ancianos. Durante el asalto se halláron en los

parages mas peligrosos de la batalla. Ellas eran las que retiraban los heridos, y los curaban: volvian despues á animar á los combatientes, y les llevaban de comer y de beber. Hasta en las calles se peleó con igual carnicería. Por dos dias diferentes se renovó el asalto, y al fin les llegó á los Lacedemonios un socorro, que obligó á Pirro á retirarse con el sentimiento de que por la dilacion de algunas horas habia dexado perder tan buena presa. Al retirarse quiso saquear á Argos; y quando ya entraba en la ciudad, viendo una muger anciana desde el tejado de su casa que levantaba este Príncipe la espada contra su hijo que se estaba defendiendo, arrancó una teja, la dirigió á la cabeza del Rey, y le mató.

Con las desgracias resucitaron en Lacedemonia el zelo patriótico, y el amor á las leyes de Licurgo, que estaba muy debilitado. El haber vuelto á los principios antiguos dió lugar á trágicas escenas, cuyos principales personajes debemos dar á conocer para seguir mejor el hilo de la intriga; y son Leonidas, Rey de Esparta, hijo de Cleonimo el rebelde; Agis, su colega, sucesor de su padre Eudamidas; Agesilao, su tio materno, fingido partidario de Leonidas; Lisandro, Eforo y amigo de Agis;

Cleombroto, yerno de Leonidas, enemigo de su suegro; Quelonida, hija de Leonidas, y muger de Cleombroto; Arquidamia, hermana de Leonidas, y madre de Argesistrata; y esta Argesistrata madre de Agis.

Habia pasado Leonidas muchos años en la corte brillante y voluptuosa de Seleuco, y traxo el gusto del luxo. En tiempo de este Rey un Eforo llamado Opitareo creyó que la ocasion era favorable para destruir la ley de Licurgo que prohibia al ciudadano disponer de sus tierras por dádiva, venta ó testamento. La infraccion ya se verificaba, pero sin ley que la autorizase; y como unas cien familias poseian todas las tierras.

Agis, el otro Rey, jóven de grandes esperanzas, benigno y modesto, aunque criado por Arquidamia su abuela y por su madre Argesistrata en la delicadez y esplendor, habia ya renunciado á los placeres á los veinte años de edad: vivia como un antiguo Espartano, y decia: „Que no quisiera ser Rey si con la autoridad que le daba este carácter no esperase restablecer la antigua disciplina.” Le animaba á la empresa Agesilao su tio materno, hombre eloqüente, pero poco virtuoso.

Sobrevino á este partido un refuerzo que

no pudiera esperarse, y fue que le abrazáron Arquidamia y Argesistrata, las mismas que habían dado á Agis una educacion tan distante de las costumbres lacedemonias. Se dexáron persuadir de Agesilao, hermano de la una y tío de la otra, y arrastráron á su opinion á las mugeres mas considerables del estado. El fin de Agesilao no parece que fue otro que el de supplantar á Leonidas, haciéndose un grande partido en el pueblo. Leonidas se valió de los ricos, y se empezó una guerra abierta entre las dos facciones.

A la ley favorable á los ricos, propuesta por el Eforo Opitareo, contradecia otra ley que Lisandro, tambien Eforo, presentó al senado. Los artículos principales eran: que todos los deudores fuesen descargados de sus deudas: que se hiciese nueva distribucion de los campos; y que pues el número de las antiguas familias estaba muy disminuido, se supliese esta falta con una especie de adopcion de vecinos y extrangeros en la flor de su edad, á los que sujetarian, en los exercicios y en la comida, á la disciplina prescrita por Licurgo.

Ya se advierte quanto debia esta ley agradar al pueblo: tampoco fue desagradable á una grande parte del senado, pues no la faltó mas

que un voto. Trabajaron los dos partidos por apoyarse cada uno en su Rey: los pobres en Agis, los ricos en Leonidas. Como este último tenía constancia y aun influencia en el pueblo, no pretendieron desacreditarle; pero el Eforo Lisandro le suscitó una causa por haberse casado con muger extranjera, lo que en un Rey de Lacedemonia era delito de muerte. Se asustó tanto este Príncipe con la acusacion, que buscó asilo en el templo de Minerva. Entonces introduxo Lisandro en la escena á Cleombroto, marido de Quelonida, hija de este Rey, y Príncipe de la sangre real, que en virtud de la caída de su suegro pidió la corona, y la consiguió. Huyó Leonidas, y Quelonida quiso mas acompañar á su desgraciado padre que vivir en el trono con su esposo. Agesilao quiso que quitasen la vida al fugitivo; pero Agis le salvó.

Hallándose los dos Reyes en los mismos principios, estaban ya para hacer pasar la ley en favor de los pobres, quando llegó la época de mudar los Eforos. Los xefes de la faccion opuesta hallaron medio de hacerse elegir, y citaron á su presencia á Lisandro, para que se justificase así él como los otros Eforos sus colegas de haber propuesto contra la ley la

abolición de las deudas. Recurrieron los acusados á los Reyes, y les hicieron presente, que no habiendo sido establecidos los Eforos sino para decidir entre los dos Reyes quando estaban de diferente parecer, siempre que los Reyes estaban de acuerdo venia á ser nulo el poder de estos magistrados. Despues de este razonamiento se presentan los dos Reyes á la asamblea, ordenan á los Eforos que dexen sus asientos, y nombran otros, poniendo á Agesilao á la cabeza de estos.

Este hombre, dotado como hemos visto de mucho espíritu, pero malo y astuto, de todos se burlaba. Habia llegado á persuadir á su sobrino Agis, hombre franco y recto, entusiasta de la libertad, que en todo trabajaba por esta; y á su hermana, á su sobrina la Reyna, y á las principales damas de Esparta, que era muy bueno despojarse de sus riquezas. Por último, hizo creer al pueblo que todo lo hacia por los intereses de este; al mismo tiempo que el falso solo procuraba los suyos propios. Tenia muchas deudas, y poseía un grande y hermoso campo. Viendo que los dos Reyes estaban acordes por la abolición de las deudas y el repartimiento de las tierras, hizo creer á estos dos Príncipes que habia riesgo en hacer á

un mismo tiempo estas dos operaciones.

Le creyeron, hicieron llevar á la plaza pública todas las obligaciones, y las pusieron fuego. El diestro Agesilao, viendo que su campo quedaba libre de sus deudas, halló medio de dilatar la reparticion de tierras con diferentes pretextos. Una guerra que sobrevino obligó á Agis á partir; y durante su ausencia, Agesilao, que gobernaba en calidad de Eforo, cometio las mas injustas violencias; y el pueblo, que ya estaba irritado con sus engaños, le expelió, y llamó de nuevo á Leonidas. Agis, que ya habia vuelto, se refugió en el templo de Minerva, y Cleombroto en el de Neptuno.

Se valió Leonidas de todos los medios posibles para sacar á Agis de su asilo; pero no valiéndole ninguno, apostó asesinos que le matasen. Uno de ellos, llamado Anfares, que tenia interes directo en la muerte del Rey y en la destruccion de su familia, porque habia tomado prestados de su madre una vaxilla de plata y muebles magníficos, contaba con apropiárselos con su muerte. Tres de ellos sorprendieron á Agis, y le llevaron á la cárcel. Fuéron allá nuevos Eforos establecidos por Leonidas, y hubo tambien algunos sena-

dores á quienes habian comprado el voto. Entre otras preguntas le hicieron esta: „¿Has sido forzado por Lisandro y por Agesilao á executar lo que hicistes? Nadie me ha forzado, respondió: yo formé el proyecto con la intencion de restablecer las leyes de Licurgo. ¿Pero no te arrepientes ahora? insistió uno de los jueces. „No, respondió, y la misma muerte que tengo á la vista no podrá hacer que me arrepienta de una accion noble y virtuosa.” Esta respuesta fue su sentencia, y mandáron los Eforos que le degollasen. Con dificultad se halló verdugo; y como los guardias llo-rasen, dixo el Rey á uno de estos: „Amigo, no llores por mí, pues no he merecido el castigo que quieren que sufra. Mas feliz soy yo que los que me han condenado.” Recibió la muerte con una firmeza digna del puesto que habia ocupado.

Anfares, uno de los traidores que le habian arrestado, presidia á la execucion. Saliendo del calabozo encuentra á Agesistrata, madre de Agis, la qual se postró en su presencia: la levantó, y la dixo: „Tu hijo nada tiene que temer; y así puedes verle.” Pidió el mismo permiso para Arquidama, su madre, y se le concedió. Entró ella la primera en el





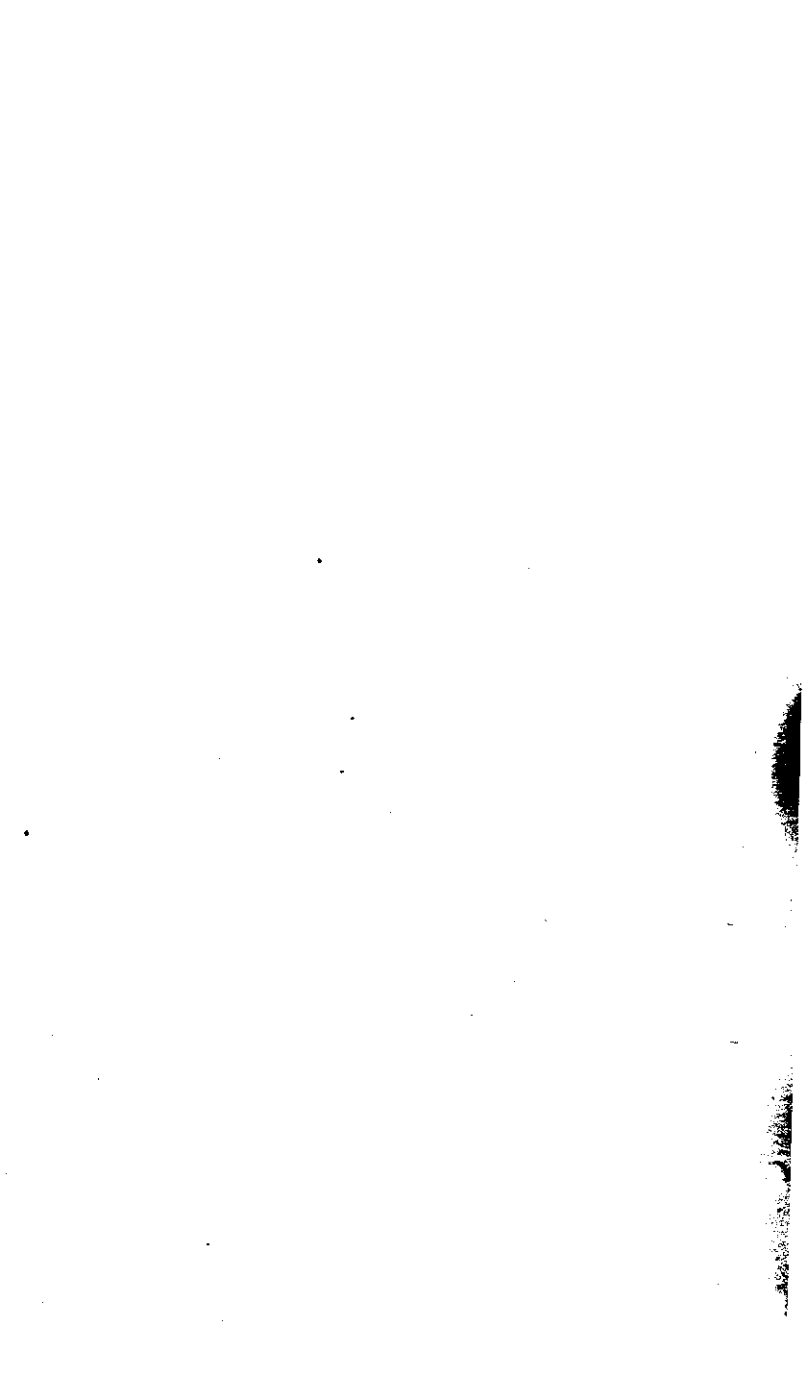
### Muerte de Agesistrata.

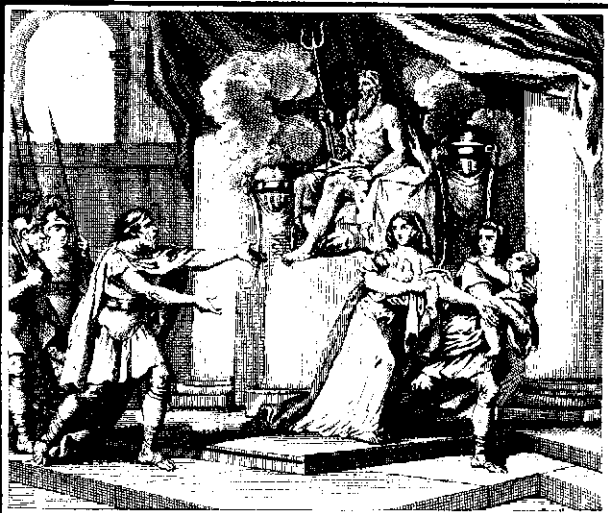
*No satisfecho el traidor Alfaro con haber servido à la injusticia de Leonidas en la muerte del Rey Agis II. se deshizo tambien con la mayor perfidia de Agesistrata y de Anquidamia, madre y abuela del desgraciado joven, haciendolas pasar antes por el dolor de que viesen la una el cadaver de su nieto, y la otra los de su hijo, y su madre. ¿Que horror! Mas insaciable parece la crueldad que la codicia.*

calabozo, y Anfares hizo cerrar la puerta, y conforme á las órdenes dadas la ahorcáron. Quando pensó que estaba hecha la execucion hizo el monstruo que entrase su madre; y vió á su hijo muerto y tendido en tierra, y á su madre colgada del techo. Pasado el primer instante del dolor ayudó ella misma á los executores á descolgar á su madre: la extendió poco á poco al lado del cuerpo de su hijo: la cubrió con un lienzo, y arrojándose sobre el cadáver del hijo le besaba tiernamente diciendo: Hijo mio, tu excesiva bondad nos ha perdido á tí y á todos. Anfares, que estaba á la puerta escuchando, entró furioso y dixo: Supuesto que apruebas las acciones de tu hijo, llevarás tú el mismo premio; y la mandó tambien degollar. „Quieran los dioses, exclamó, que esto ceda en utilidad de Esparta:” y presentando el cuello al verdugo murió.

Leonidas tenia aun mayor deseo de apoderarse de Cleombroto su yerno, y con dificultad se hubiera este librado de su cólera á no haber sido por Quelonida. Ya hemos visto que habia acompañado con valor á Leonidas en la desgracia de su destierro. Se presentó á este padre irritado vestida de luto,

y en ademan de suplicante, con sus dos hijos en los brazos. Este es su discurso, que por ser muy bello merece conservarse. „Estos vestidos lúgubres son reliquias del luto que tomé quando dexaste á Esparta: ahora que te ves restituído á la patria y de nuevo colocado en el trono, ¿será razon que continúe mi vida entre las lágrimas, ó será justo que me vista de ropas magníficas, quando al esposo que me diste le veo ya tan cerca de ser degollado en mis brazos con tus propias manos? Si Cleombroto no te puede aplacar con las lágrimas de su esposa y las de sus hijos, será su castigo mayor que el que merece quando vea morir antes á una esposa que tanto ama: ¿cómo seria posible que yo me conviniere en vivir ni estar entre las otras mugeres de Esparta despues de no haber podido conmovet con mis súplicas á mi esposo para con mi padre, ni á mi padre para con mi esposo? ¡Infeliz de mí, que he nacido para padecer igualmente como esposa y como hija, y de parte de aquellos con quienes estoy unida con los lazos mas fuertes! En quanto á Cleombroto bastante reprehendí su conducta quando le abandoné por seguirte; pero ahora tú mismo le justificarás manifestando al universo, que el deseo de rey-





### Quelónida.

*Si Quelónida supo separarse de su esposa Úlombroto por acompañar á su padre Icenidas en el destierro: trocadas las suertes supo tambien no se lo alegrar de su padre la vida para el ojo se mismo, sino destemarse de nuevo voluntariamente y participar de la desgracia de Úlombroto. Ni este era digno de tal esposa ni Icenidas de tal hija: pero ella será siempre digno exemplo de hija y esposa.*

nar autoriza para quitar la vida á un yerno, y presta insensibilidad hasta el extremo de desatender las súplicas y lágrimas de una hija." Consiguió la gracia; pero así como habia rehusado acompañar á su marido en el trono por seguir á su padre en el destierro, así tambien, participando de la desgracia de su marido, le siguió desterrado, privándose de gozar de la fortuna de su padre. Esta tragedia acabó en un matrimonio. Se vió precisado á huir Arquidamante, hermano de Agis, dexando á su muger recién parida; y como era una heredera rica, la precisó Leonidas á casarse con Cleomenes su hijo: su edad y sus gracias la diéron grande ascendiente sobre este jóven esposo; y le inspiró en punto de gobierno sus pensamientos, que eran muy diferentes de los de Leonidas su padre. Se ignora qué fin tuvo el pérfido Agesilao, verdadera causa de todas estas muertes: no se sabe en qué paró: sin duda vivió en estado tan despreciable, que ni aun mencion ha merecido á la historia.

Muerto Leonidas (2783) subió al trono su hijo Cleomenes con todas las virtudes de los antiguos Espartanos, y con el deseo de restablecerlas. Empezó su reynado por unas

victorias que le hicieron temible á los Eforos. Rezelaban estos que tan brillantes sucesos le grangeasen demasiado crédito para con el pueblo. Cleomenes pensaba que una guerra que obligase á levantar un ejército era el verdadero medio de encaminar su designio á la execucion. A fuerza de dinero empeñó á los Eforos en que volviesen á empezar la guerra, y le confiasen el mando de las tropas. Cratesila su madre, viuda de Leonidas, muy distante de las opiniones de su esposo, apoyaba la reparticion de las tierras. Volvió á casarse para fortificar con algunos de los principales de Esparta el partido de su hijo: se obligó á ceder sus propios bienes en caso de que se hiciese nueva division, é hizo prometer lo mismo á su esposo.

Llevó Cleomenes á la guerra á los que le parecian mas sospechosos; y se señaló con hazañas dignas de un Príncipe Lacedemonio. Estando para volver fatigó su ejército con marchas y contramarchas, de suerte que muchos pidieron quedarse en las conquistas. Tomó consigo solamente los que le convenian para sus intentos; y llegando cerca de Esparta dispuso que le precediese una tropa segura que le desembarazase de los Eforos, cuya resisten-

cia habia experimentado, y aun la temia. De los cinco quitáron la vida á quatro, el quinto se puso en salvo, y así no tuvo quien le estorbase.

Al dia siguiente se presentó Cleomenes en la plaza pública. Ya habia hecho quitar las sillas de los Eforos, dexando una sola, que fue la que él ocupó. Despues de haber dado cuenta al pueblo de su intencion y su conducta, protestó que muy á su pesar se servia de medios violentos; pero que ya no permitiria mas que uno, y era el destierro de ochenta ciudadanos, cuyos nombres hizo fixar públicamente. En seguida fue el primero que puso sus bienes en el comun. Le imitarón sus amigos y su suegro; y en la reparticion señaló una porcion conveniente para cada uno de los desterrados, prometiendo llamarlos quando lo permitiesen las circunstancias. Nombró Rey con él á su hermano Euclides, lo que agradó mucho al pueblo, que temia pretendiese ocupar solo el trono. Renovó las otras leyes de Licurgo, y sobre todo la respectiva á la educacion de los hijos. Para sostener estas mutaciones levantó un cuerpo considerable de tropas bien disciplinado, y armado de un modo nuevo. Tambien dió en quanto al luxo exemplo

de lo mismo que prescribía. No se hallaban en su casa vestidos ni muebles preciosos: todo respiraba la austeridad antigua: solamente no desterró aquella alegría y afabilidad que le eran naturales. Se nota que como amigo de la libertad hasta en su mesa, no quería que hiciesen violentos los placeres instando con porfía á los convidados.

Por desgracia se suscitó una rivalidad entre Cleomenes y Arato, xefe de los Aquivos. A pesar de los esfuerzos y habilidad del Rey de los Lacedemonios, como estaban debilitados por las guerras anteriores, lleváron la peor parte; y Cleomenes, estrechado por el enemigo, recurrió á Tolomeo, Rey de Egipto, que le prometió socorrerle si le enviaba en rehenes á su madre y sus hijos. Esto le detuvo cruelmente, y estuvo mas de una vez por hablar á su madre; mas no se atrevia á resolverse. Por último, ya se declaró, y su madre se puso á reir, diciendo „¿Y qué, eso es lo que no te atrevas á descubrir? ¿por qué no me dispones quanto antes un navío, y me envías á qualquiera parte en donde creas que puede ser mi cuerpo útil á Esparta antes que venga la muerte á destruirle? Estando Cratesila para embarcarse llamó aparte á





### Cratésila.

*Tome Clémence proposer à sa madre Cratésila que Télémaque la pide en rehene: del socorro que ofrece à Esparta; y Cratésila, escuchelo tranquilamente, anima à su hijo à que la envíe, quando interessa su patria en ello. Allora Clémence al despedirse de tan digna madre; y ella, escuchándole como deben sacrificarse al honor los sentimientos, parte à embarcarse, dando el último exemplo de la magnanimidad espartana.*

su hijo, le llevó al templo de Neptuno, allí le abrazó y le bañó en lágrimas; pero viendo correr las de su hijo, le habló así: „Vamos, Rey de Lacedemonia, enxuguemos nuestras lágrimas, para que quando salgamos del templo nadie nos vea llorar, ni hacer cosa alguna indigna de nuestra patria. No somos dueños sino de nuestras acciones, porque los sucesos estan en las manos de los dioses.” Llegada que fue á Egipto le escribió: „Rey de Esparta, haz con valentía quanto te parezca útil ó glorioso á la patria; y no temas á Tolomeo por una vieja y un niño.” Estos son los últimos suspiros de la magnanimidad lacedemonia; porque Cleomenes, vencido por los Macedonios, se vió precisado á abandonar á Esparta, y refugiarse en Egipto. Tolomeo, despues de haberle recibido bien, concibió contra él ciertas sospechas, y le hizo poner en una cárcel con los que le habian seguido. No pudiendo evadirse, se quitáron unos á otros la vida. Tolomeo hizo poner en una cruz el cadáver de Cleomenes á vista de su misma madre, á la qual matáron con el resto de su familia.

Con la fuga de Cleomenes cayéron los de Esparta y la Laconia en poder de los Lacede-

monios. Estos se contentaron con tenerlos en cierta especie de sujecion, dexándoles elegir Reyes, que fueron Agesípólis, hijo de Cleombroto; y Licurgo, que aunque no era de familia real, se hizo reconocer con cierta suma que dió á cada Eforo. Arrojó del trono á Agesípólis; y él mismo se vió precisado á huir amenazado por otros nuevos Eforos. Dexó el trono á Macanidas, que aniquiló el poder de los Eforos, y perdió la vida peleando contra los Aquivos.

Despues de su muerte (2803) gimió la Esparta, oprimida del poder de Nabis, reputado por uno de los mas odiosos tiranos. No se sabe cómo llegó al trono: lo que consta es, que viéndose elevado se mostró enemigo de quantos se distinguian por su nacimiento, mérito ó valor, quitando á unos la vida, y desterrando á otros para hacerlos mas fácilmente asesinar. Inventó una máquina que representaba una muger magníficamente vestida; y cada vez que queria sacar por fuerza dinero, y alguno rehusaba darle, hacia avanzar hácia él la máquina, que estaba guarnecida de puntas de hierro, y abrazaba al infeliz hasta que concedia al tirano quanto este le pedia. En su reynado, aunque tan duro, recobró Esparta

algun esplendor; y sus felicidades precisaron á los Aquivos á llamar en su socorro á los Romanos. Vino como árbitro Tito Quincio, cuya entrada en Grecia, como su marcha contra Lacedemonia, inquietaron mucho á Nabis. Temia este á los enemigos que tenia en Esparta; y para prevenir su sublevacion, al acercarse el General Romano juntó los ciudadanos fuera de la ciudad: hizo que los rodeasen las tropas, y les traxo á la memoria en un discurso estudiado los trabajos que se habia tomado en muchas ocasiones por salvar á Esparta, y que se hallaba en la misma disposicion de exponerse por ellos á todos los peligros; pero, añadió, me veo precisado á pedir una cosa tan necesaria para vuestra seguridad como para la mia. Entre vosotros hay algunos de cuya conducta sospecho, y he resuelto ponerlos en la cárcel, hasta que pasado el peligro tenga yo el gusto de restituirles la libertad. La multitud asustada se quedó inmóvil, y sus satélites prendieron hasta ochenta ciudadanos distinguidos por la reputacion de gentes de honor; y aquel monstruo los hizo degollar á todos en la prision. Tambien hizo azotar hasta derramar sangre y quitar la vida á muchos ilotes de quienes desconfiaba.

El General Romano, segun la política de su nacion, midió qué sucesos serian suficientes para humillar al tirano, y se abstuvo de los que pudieran destruirle, temiendo que las otras partes de Grecia, desembarazadas de Nabis, serian mas difíciles de subyugar. Se formó contra el tirano una grande liga, cuyos xefes eran los Etolios; mas á pesar de las fuerzas reunidas solo pudiéron acabar con él sorprendiéndole. Muerto Nabis, los Espartanos, alentados por Filipomenes, General de los Etolios, recobraron su libertad, y entraron en la liga de los Aquivos.

A tres causas se atribuye la esclavitud de los Lacedemonios baxo los últimos tiranos. Primera: la corrupcion de costumbres, que siempre es el primer paso hácia la servidumbre. Segunda: la proscripcion de las gentes mas distinguidas por sus riquezas, méritos y autoridad, precisadas á abandonar su patria. Tercera: las gentes que en las desgracias por su carácter bondoso se alimentan de esperanzas, y se tienen por libres mientras que la república, aunque esclavizada por sus propios hijos, no sufre un yugo extranjero. De este modo desapareció de entre las potencias la de Lacedemonia, que habia ocupado una clase

distinguida, y ni aun tuvo el honor de figurar con las otras repúblicas Griegas, que por la liga Aquiva se sostuviéron algun tiempo contra los Romanos, no habiendo quedado de Esparta mas que el nombre.

#### LIGA DE LOS AQUIVOS.

La Acaya fue el centro de la mas durable liga que se ha visto. Fue necesario que el genio de sus habitantes y de los de los paises vecinos, como su situacion respectiva, fuesen muy á propósito y favorables para conservar una asociacion; pues empezó desde el tiempo de Giges su último Rey, esto es, desde que se acabáron los tiempos heroycos, y continuó hasta Alexandro: y aun destruida por este conquistador, se reproduxo con el nombre de liga Aquiva, y se sostuvo despues con esplendor hasta el momento en que se rindió al enorme poder de los Romanos.

Desde luego abrazaba esta liga las provincias del continente llamado Grecia, á saber, la Atica, el pais de Megara, la Locride, la Focide, la Beocia, la Etolia y la Doride. Despues se encerró entre la bahia de Corinto, Sicione y la Elide. De bien media-

na consideracion se levantó insensiblemente la Acaya hasta un grado de poder superior al de los grandes estados de la Grecia; y no debió su preponderancia á la poblacion ni al valor de los Aquivos, sino á la sabiduría de sus leyes. Se formáron los Aquivos un plan de gobierno democrático, que adoptáron todas las ciudades de su pequeña república; pero de suerte que formando estas ciudades un solo cuerpo, eran no obstante independientes las unas de las otras. Estaban unidas con alianza estrecha, y gobernadas por las mismas leyes: tenian las mismas monedas, los mismos pesos, los mismos magistrados; en una palabra, habia entre ellas tanta uniformidad que parecia una sola ciudad toda la Acaya. Esto determinó á muchos pueblos vecinos á adoptar su forma de gobierno y acceder á su liga. Las leyes de esta primera asociacion se ignoran, y tal vez no tuviéron otras que la necesidad de ayudarse entre sí contra los que querian sujetarlos; y así quando se levantó una potencia como la de Alexandro, á que no pudieron resistir, cesó la asociacion por sí misma.

Pero los Aquivos, por no haber tenido el tiempo suficiente de olvidar en los de sus sucesores el precio de la libertad, se resol-

viéron á sacudir un yugo tan incómodo como vergonzoso. Los habitantes de Patra y los de Dinia, ciudades muy pequeñas, renováron su antigua alianza; y otras ciudades vecinas, aunque no muy grandes, quitáron la vida á los tiranos que las oprimian, y se juntáron con ellas. El buen órden que reynaba en esta pequeña república, en que se veian unidas la libertad y el amor á la justicia y al bien público, empeñó á otros muchos pueblos en imitar su exemplo; pero su liga no tuvo fuerza para resistir y acometer, hasta que los consejos y hazañas de Arato la diéron alguna consistencia.

Era este Arato hijo de Clinias, uno de los mejores ciudadanos de Sicione, á quien esta ciudad habia escogido por xefe, y vivia feliz con su gobierno quando un tal Abandidas se apoderó de la suprema autoridad, y su primer cuidado fue deshacerse de Clinias y de toda su familia; y aun al mismo Arato, que solo tenia siete años, no le hubiera perdonado, si no hubiera huido á favor del tumulto que la muerte de su padre causó en su misma casa. Despues de haber andado errante al rededor de la ciudad entró casualmente en la casa de la hermana del tirano para ocultarse

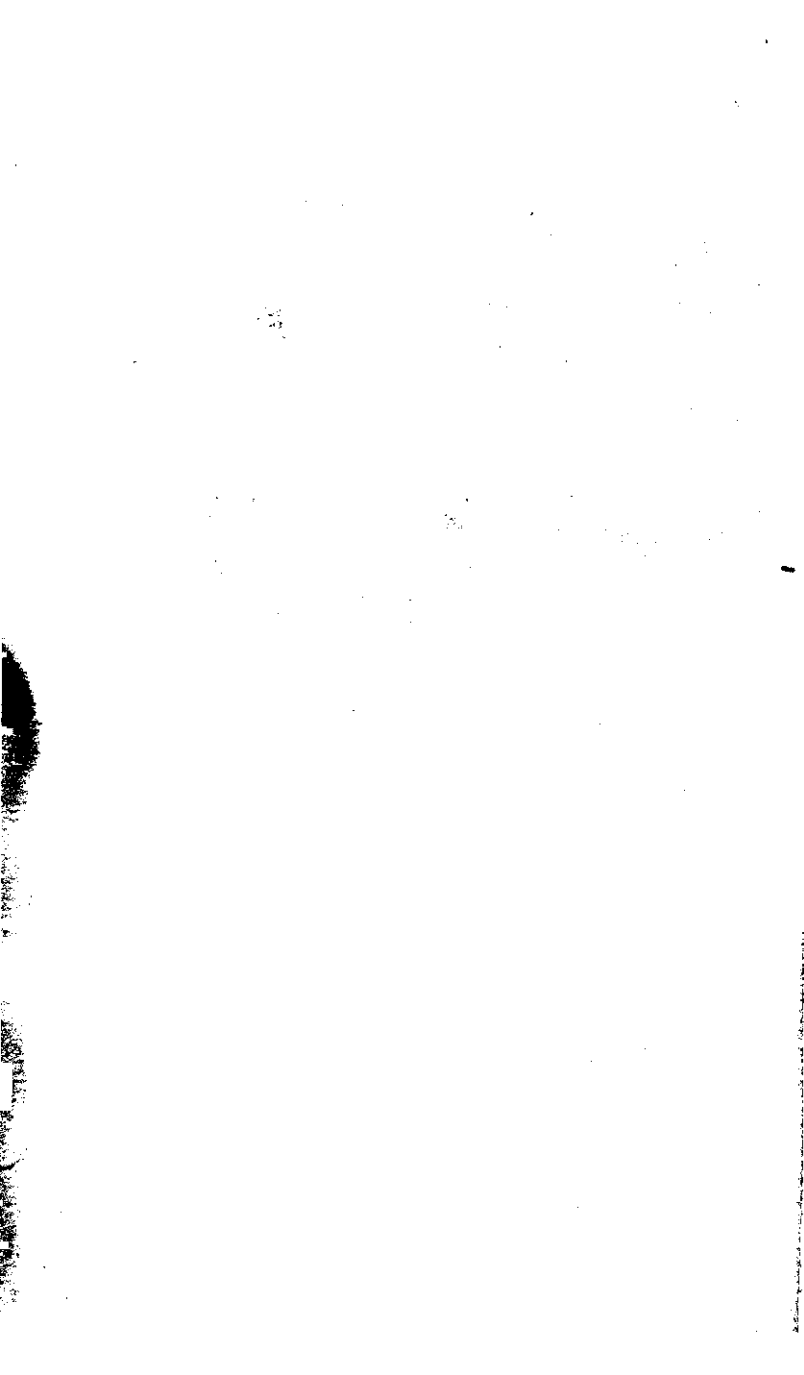
en ella. Esta tuvo por inspiracion el que aquel niño escogiese por asilo su habitacion; y le envió á Argos, donde algunos amigos de su padre le criáron con el cuidado posible.

No pasaba Arato de veinte años quando formó el proyecto de poner á su patria en libertad; y á pesar de la atencion de Nicocles, sucesor de Abandidas, que observaba todos sus pasos, halló modo de levantar tropas. Escaló por la noche los muros de Sicione, y el tirano Nicocles huyó. Despertáron al ruido los habitantes, y se juntáron á tiempo que, presentándose un heraldo, hizo la siguiente proclamacion: „Arato, hijo de Clinias, convida á todos los ciudadanos á restituirse á su antigua libertad.” Estas palabras fuéron recibidas con vivas aclamaciones de gozo, y se hizo la revolucion sin derramar una gota de sangre. Pero Nicocles, que no habia cedido á su poder, recurrió á Antígono, Rey de Macedonia. Arato para resistirle no halló mejor medio que juntar á Sicione con la liga de los Aquivos, que volvía á levantarse, y él la aumentó con la ciudad de Corinto, cuya ciudadela quitó á los Macedonios. Esta ciudadela llegó á ser el punto de apoyo mas importante para la liga; porque se unieron muchas ciudades con-



### Arato.

*Genia Siciene base la tiranía de Nicetas quando de el joven Arato, aunque exiliado, proyectó restituirla su libertad: y burlando toda la vigilancia del tirano, levanta tropas: escala de noche los muros de Siciene: convoca y reúne á los ciudadanos: asusta al tirano: huic este: y Arato, sin que se vierta gota de sangre, logra en pocos instantes la gloria de ver á su patria libre, y de que le declaren su libertad.*



siderables, cuyos Reyes, que entonces tenían el nombre de tiranos, resignáron voluntariamente su autoridad. Desde este tiempo se puede señalar la data poco mas ó menos del establecimiento de las leyes que hizo esta liga.

Todas las ciudades estaban sujetas á un gran consejo, que se juntaba dos veces al año, al qual enviaba cada una cierto número de diputados, elegidos por sus conciudadanos á pluralidad de votos. Este consejo general decidia de la paz y de la guerra, y disponia de las plazas vacantes. Se elegia el Presidente tambien á pluralidad en la general asamblea; y podia reunir la presidencia con el mando de las tropas. Era grande su poder; pero tambien era responsable á todo. Elegíanle un consejo de diez magistrados, llamados Demiurgos, y estos tenían á su cargo la direccion de los negocios en ausencia del Presidente; y aun en caso de urgencia podian juntar el consejo general. Quando alguna de las ciudades no se conformaba con las resoluciones de la liga, ó se negaba á contribuir con su contingente en tiempo de guerra, podía ser precisada con la fuerza de las armas. No habia lugar á incorporarse con la liga sin el consentimiento de los que la componian. Nin-

guna proposicion de los extraños se presentaba á la asamblea sin que antes se hubiese comunicado por escrito al presidente. Se prohibió que los miembros del consejo recibiesen presentes con ningun pretexto. No podia durar la asamblea general mas que tres dias.

La primera guerra importante de la liga (2778) fue la que Cleomenes suscitó contra los Lacedemonios. Era este su Rey, y necesitaba ocupar á sus vasallos: al mismo tiempo la hacia á los Etolios. Las felicidades de estos dos enemigos precisáron á la liga á llamar en su socorro á Antígono con los Macedonios; y estas fuerzas reunidas oprimiéron á Cleomenes. Viéndose los Etolios sin el apoyo de Lacedemonia tuviéron por fuerza que mantenerse tranquilos. Vivian los Etolios en tierra como los corsarios en el mar, esto es, de rapiña. Llegáron á cansarse de la calma que habia sucedido á la guerra de Cleomenes; y fastidiados de una paz que los arruinaba, atacáron á los Mesenios, cuya defensa tomó la liga, por ser de su propio cuerpo; pero Arato, comandante de las tropas aquivas, habiendo tenido una pérdida considerable, aconsejó que llamasen á los Macedonios; y Filipo, sucesor de Antígono, fue á

socorrer á la liga. Mientras él desolaba la Eto-  
lia , saqueaban los Etolios la Macedonia : de  
este modo estaba todo abrasándose en el Pe-  
loponeso.

Una intriga de corte apresuraba ó miti-  
gaba las ruinas y las muertes ; porque Fili-  
po , Príncipe jóven , entregado todo á la glo-  
ria de las armas , descansaba de la direccion de  
los asuntos y negocios en el cuidado de Ape-  
les su Ministro. Este tomó zelos de la esti-  
macion que Filipo mostraba á Arato : hizo  
que adoptasen sus proyectos muchos Gran-  
des ; y formó una faccion que por todos me-  
dios procuraba arruinar el crédito del extran-  
gero. Saliéron mal muchas empresas y pro-  
yectos bien combinados , solo por haberlos  
aconsejado Arato ; mas no por esto era me-  
nor el afecto que Filipo le profesaba. Advir-  
tió el Rey en su Ministro tan claras perfidias  
que determinó castigarlas , y así cayó  
Apeles de su gracia. Volvia este de una ex-  
pedicion que habia salido felizmente , porque  
governándola él mismo , se interesaba en que  
tuviese buen éxito ; y á su llegada se le  
presentáron todos los cortesanos , y le acom-  
pañáron como en triunfo hasta palacio. Sin  
embargo , quando esperaba ser recibido del

Monarca con las señales del mayor favor, le negó la guardia la entrada. Desapareció al punto la tropa de aduladores, y el Ministro se retiró triste á su casa. Como era sugeto de capacidad, despues de este castigo ligero que debiera corregirle, le volvió el Rey á su confianza, y Apeles volvió de nuevo á abusar de ella. Sus maniobras subleváron el ejército por haberle persuadido á que las injusticias cometidas en la reparticion del botin eran inspiradas por Arato. Ya entonces creyó Filipo que era preciso cortar el mal por su raiz; y aunque disimuló todavia por algun tiempo, tomadas bien todas las medidas hizo arrestar á Apeles: le castigó de muerte con uno de sus principales cómplices, y otro de estos se quitó á sí mismo la vida.

Los desastres de estas guerras inspiráron á todos, y al mismo Filipo, el deseo de la paz. En las conferencias que se tuviéron en Naupacta, Agelao, embaxador de los aliados, hizo en presencia del Rey un discurso que el suceso podia hacer se tuviese por profecia. „Debiera desearse, dixo, que los Griegos jamas se hiciesen la guerra: que se diesen todos la mano, y uniesen sus fuerzas para librarse de los bárbaros, de quienes tanto

hay que temer; pero si esta buena inteligencia no puede ser eterna, debemos á lo menos reunirnos en la ocasion presente, y velar sobre la conservacion de nuestra libertad, amenazada por todas partes. El hombre menos instruido en política prevee que los vencedores Cartagineses ó Romanos no limitarán su ambicion al imperio de la Italia y la Sicilia, y que comprehenderán tambien la Grecia. Todos los Griegos, y aun tú, Filipo, debeis considerar el peligro que nos amenaza. Bien podeis libertar á los Griegos si en vez de atacarlos y debilitarlos, como hasta aquí, tomais sus intereses como propios, y cuidais de su defensa. De este modo les ganareis el afecto, y los tendreis fielmente de vuestra parte. Si suspirando por la gloria de vuestras armas pensais en alguna empresa grande, volved al occidente los ojos, y aprovechaos de los sucesos de una guerra en que se abrasa toda la Italia. Sabed aprovecharos de la ocasion, y os prometo el imperio universal. Si por el contrario esperais á que la tempestad que se levanta por el lado del occidente caiga sobre la Grecia, debeis temer que muy presto no estará en vuestra mano hacer la guerra ó la paz, ni arreglar

vuestros negocios como quisierais.”

Con este sabio discurso (2787) se hizo la paz general, pero duró poco tiempo. Empeñó Anibal á Filipo contra los Romanos; y creyó este Príncipe que le convenia hacerse poderoso en Grecia para ser útil al nuevo aliado, y se apoderó de Itoma, plaza fuerte de Mesenia. No estaba por esta conquista Arato, y le dixo: „Si la conservas pierdes tu ciudadela principal, que es el crédito.” No le agradó la franqueza del republicano: este lo advirtió, y se retiró á Sicione con su hijo, jóven todavía, pero ya muy estimado. Temiendo Filipo que los consejos y valentía de los dos se opusiesen á sus proyectos ambiciosos, hizo que diesen al padre un veneno lento, cuyos efectos pudiesen pasar por síntomas de una enfermedad. Arato no se engañó, porque admirándose un amigo suyo de verle escupir sangre, le dixo el enfermo: „Este es el fruto, amigo Cefalion, de la amistad de Filipo.” A su hijo le trataron con mas inhumanidad, pues le diéron uno de aquellos venenos que causan locura, la qual le hizo cometer abominables acciones, que si hubiesen sido voluntarias habrian bastado para desacreditarle. Honraron

los de Sicione las exêquias de su padre con himnos, cánticos y juegos fúnebres, dándole honores divinos. Se le debe mirar como el principal apoyo de la liga aquiva.

Ya se iba cumpliendo el dicho de Age-lao (2796), porque Filipo siempre hallaba Romanos á la cabeza de todos en las ciudades que sitiaba y en los exércitos que atacaba. Empeñó á los Aquivos á juntarse con él contra estos enemigos. Tenia entonces la liga por comandante á Filopemenes, y sus victorias traxéron la paz general, durante la qual lograron los embaxadores Romanos que los Aquivos se uniesen con ellos.

Juntaron sus tropas (2807), y tuvieron tal fortuna que precisaron á Filipo á aceptar la paz con las condiciones que Roma y la liga quisieron imponerle. La principal fue que no tendria en Grecia dominio alguno, y que restituyese todas las ciudades que en ella poseía. Bien quisieran los Romanos reservarse algunas que les pudiesen servir de punto de apoyo; pero Flaminio, su embaxador, creyó que debian manifestar un perfecto desinteres; y así del papel de aliado que representaba, pasó, segun el genio orgulloso de la nacion, al de protector. Tomó ocasion de los juegos

Istmicos, en los cuales se juntaban los diputados de todos los países griegos, para que un heraldo leyese este famoso decreto: „El Senado y Pueblo Romano, y Quincio Flaminio Procónsul, despues de haber vencido á Filipo, y dado la paz á la Lacedemonia, declaran por enteramente libres á los Corintios, los Foceos, los Locrenses, los Eubeos, los Magnesios, los Tésalos, los Perrhebos, los Aqueos y los Fitotes. Vivan todos estos pueblos en estado de independendencia, y gobiérnense por sus propias leyes.”

Con esta libertad general (2801) adquirió la liga aquiva muchos aliados, y entre otros la Lacedemonia, á la que el generoso Filopemenes sacó de la horrible tiranía de Nabis. De los despojos que se halláron en el palacio de este usurpador sacáron los Espartanos una suma considerable, y quisieron presentársela á su libertador; pero era tanta la veneracion de sus virtudes morales, y el rezelo que tenian de desagradarle con esta accion, que quando se trató de ofrecérsela no se halló quien la llevase, y fue preciso mandar por decreto á Timolao, su amigo particular, que cumpliese con esta comision. Dos veces quiso desempeñarla, y dos veces se vió

tan cortado á vista de la austeridad de costumbres de Filopemenes, de su grandeza de alma y de su frugalidad, que no se atrevió á hablarle de ello. Ya por tercera vez, forzado por los Espartanos, se resolvió á hacer su proposicion. Le escuchó Filopemenes con grande sosiego, y juntando los ciudadanos, despues de manifestar el vivo reconocimiento de que estaba penetrado, añadió: „Guardad, Lacedemonios, este dinero para ganar á los que con sus discursos sediciosos perturban vuestra ciudad, para que viéndose pagados porque callen, no causen en ella mas desórdenes, pues vale mas cerrar la boca á un enemigo que á un amigo. Por mi parte contad siempre con mi amistad, que nunca os costará cosa alguna.”

Mientras fue comandante Filopemenes (2820) se sostuvo la liga aquiva, á pesar de las diligencias sordas de los Romanos para minarla y destruirla. Este hombre grande, llamado el último de los Griegos, fue herido y preso en una accion contra los Mesenios, que se habian separado de la liga. Los vencedores estaban divididos en los sentimientos acerca de su prisionero; porque unos no podian sin verter lágrimas ver con grillos á

este heroe de la Grecia, á cuyas órdenes habian pechado y triunfado, y por último los habia librado de la tirania de Nabis. Otros gustaban de ver en él un enemigo humillado, y para gozar á su gusto de este espectáculo, pidieron, que herido como estaba, fuese presentado en el teatro; pero advirtiendo sus enemigos que así se avivaria mas la estimacion y afecto del pueblo, le retiráron con desatencion, y le hiciéron llevar á un calabozo, donde herido, enfermo y fatigado pasó una noche cruel. Al dia siguiente se juntó el pueblo, y pretendia conseguir de los enemigos ventajosas condiciones por cange del prisionero; pero los que habian arrastrado al pueblo á rebelarse contra la liga, temiéndole como á enemigo implacable, conviniéron en que se le quitase la vida. Fue el executor á llevar el veneno á Filopemenes. Quando este le vió entrar con la copa en la mano se incorporó con trabajo, y preguntó con gran sosiego, „si los jóvenes que habian peleado con él, y pudieron salvarse, habian ganado algun lugar seguro.” „Ni uno ha sido muerto ni prisionero” respondió el executor: „pues yo muero contento” le dixo: y tomando la copa se la bebió con un rostro en que es-





### Exéquias de Filopémenes.

*Si hubo viles mercedes que decretaron y llevaron á efecto la muerte de Filopémenes, los valientes capitanes supieron vengarla; y apoderándose de los acorados del héroe, les quitaron la vida, después de haberlo hecho servir en el soberbio triunfo con que llevaron á Megalópolis las cenizas de Filopémenes, accediendo así al mundo para durar en su memoria del reconocimiento de la Grecia.*

taba pintado el contento. Presto quedó vengada su muerte. Embistiéron los Aquivos á Mesenia, y pidiéron que les entregasen los que habian quitado la vida á Filopemenes, en lo que el pueblo no se detuvo. El principal, que era Dinocrates, se mató á sí mismo: los otros sirviéron para la pompa fúnebre de aquel heroe; y la urna de sus cenizas fue llevada en triunfo á Megalópolis, en donde habia nacido. La iba escoltando todo el ejército, y despues seguian los Mesenios culpados en su muerte cargados de cadenas; y por último muriéron apedreados sobre su sepulcro. Pocas ciudades hubo en Grecia que no levantasen algun trofeo en honor de este heroe.

Los Romanos (2836) pusieron grillos, por decirlo así, á la liga aquiva con atenciones políticas, mientras temiéron que diese socorro á Perseo, Rey de Macedonia, á quien hacian guerra mortal; pero vencido este Príncipe cesáron todas sus atenciones y empezáron las injusticias, cuyo plan bien combinado los hizo por último dueños de la Grecia. No solamente excitáron unas ciudades contra otras, sino que en cada una de ellas mantenian, por medio de emisarios, la funes-

ta division. Sus partidarios vivian seguros de ser bien sostenidos por iniquas que fuesen sus pretensiones. Sublevaban á los esclavos contra sus dueños, y pagaban infames delatores. Bien presto llegó á ser delito el no apasionarse por los intereses de los Romanos. Hubo listas de proscripciones, y enviaron comisionados con el encargo de executar sus sentencias secretas. En una asamblea pública de los Aquivos tuviéron descaro para pedir, que los que habian asistido á Perseo fuesen, ante todas cosas, condenados á muerte, y que despues los irian nombrando. „¿Cómo, exclamó la asamblea, despues de la condenacion? ¿Qué justicia es esa? Empiécese por nombrarlos, y que se defiendan; y si no alegan motivo para su justificacion, nosotros prometemos condenarlos. Lo prometeis, replicó el comisario, está muy bien: pues todos vuestros Capitanes generales, y todos los que han tenido algun cargo en vuestra república estan culpados en este delito.” Xenon, hombre de gran crédito, y muy respetado en la liga, se levanta y dice: „Yo he mandado el ejército, y he sido cabeza de la liga, y protesto no haber hecho nada contra los intereses de los Romanos: y si alguno me persigue estoy pron-

to á justificarme ó aquí delante de la asamblea de los Aquivos, ó en Roma á presencia del senado." Tomó el Romano esta última palabra, y dixo: Ya que Xenon ha nombrado al senado, ni él ni los otros acusados pueden apelar á tribunal mas justo. Fue nombrando despues á los acusados, y dispuso que fuesen á Roma para defender su causa. Eran estos mas de mil, y ninguno otro tenia otro delito sino el ser todos hombres de distinguido mérito.

La partida de estos fue la herida mas sensible para la liga aquiva. Así que llegaron á Italia los distribuyéron en diferentes ciudades, en donde permaneciéron encarcelados, como si ya estuvieran condenados á muerte. El consejo de Acaya envió diputados á Roma pidiendo que pudiesen defender su causa. Respondió el senado con una insigne mala fe: „Que los desterrados se habian hallado culpados en Acaya, y solamente habian ido á Roma para intimarles el castigo que se les debía dar." Enviáron de nuevo los Aquivos una solemne embaxada, que hizo parar al senado; pero este respondió, que no le parecia interes de los Aquivos que volviesen los desterrados á su patria; y á otra embaxada que se

abatió hasta los ruegos y súplicas, siempre el senado correspondió inexorable con la misma negativa; y solo ganaron con estas instancias hacer mas dura la esclavitud de los proscriptos. Diez y siete años se pasaron en pretensiones inútiles: ya estaban reducidos como á trescientos, quando Polibio, que era uno de estos infelices, y habia hecho servicios á Paulo Emilio en la educacion de sus hijos, consiguió con su proteccion que se remitiese su asunto al senado. Caton prometió apoyar la demanda por complacer al jóven Escipion. Quando la presentáron se dividiéron las opiniones, y el mayor número no era favorable. Llegando el turno de Caton se levantó este con el ayre mas grave, y dixo: „Quien nos vea disputar con tanto calor sobre si algunos viejos de Grecia se han de enterrar en Italia ó en su propio pais, creerá que nada tenemos que hacer.” Con esta chauza se avergonzó el senado, y concedió la pretension. Quisiera Polibio que se mandase que en llegando fuesen restablecidos en sus cargos y dignidades. Antes de presentar el memorial pidió consejo á Caton, y este le respondió sonriéndose: „Polibio, tú no imitas la prudencia de Ulises: tú quieres entrar otra

vez en la cueva de Polifemo por algunos malos muebles que te dexaste en ella.”

Dos de los mismos diputados, Critolao y Diceo, quando volviéron á su patria con la venganza en sus corazones, se propusieron restituir á la liga su antigua autoridad; mas solo consiguieron precipitar su ruina. No tenían estos ni la prudencia de Arato, ni la fuerza de Filopemenes, y emprendieron una obra, que en tales circunstancias no se hubieran atrevido á imaginar estos heroes. Ya el antiguo patriotismo estaba perdido entre los Grandes, y solo subsistia en el pueblo como una efervescencia pasagera, y así no se podia contar con que hiciese aquellos esfuerzos grandes y durables, tan necesarios contra la destreza y perseverancia de los Romanos. Cometiéron los dos Aqueos el yerro de atacar de frente á los Romanos, y así se declararon altamente contra ellos, desacreditaron sus intenciones, hicieron que el pueblo insultase á sus diputados, y no viéndose sostenidos de sus Grandes, los maltrataron y los denunciaron á la plebe como enemigos de la patria. Les suscitaron tales persecuciones que los hicieron huir. Las tropas de la república se resintiéron de esta falta, y se vió que

se componian de una multitud sin disciplina; pero llena de audacia y presuncion.

Tal era (4857) el ejército que Critolao y Dicoe opusieron á Memmio, General Romano, delante de las murallas de Corinto. Decidió una batalla de la suerte de la república aquiva; y aunque el valor ciego tuvo por algun tiempo indecisa la victoria, al fin la habilidad y experiencia la lograron. Critolao perdió la vida. Dicoe huyó á ríenda suelta á Megalópolis, donde estaba su muger: la mató, puso fuego á su casa, y tomó veneno. Bien pudiera haberse retirado á Corinto, que era una de las plazas mas fuertes de la tierra, y conseguir una capitulacion honrosa. Los Corintios se aturdiéron tanto con esta derrota, que ni aun pensaron en cerrar sus puertas. Por tres dias estuviéron abiertas, y los muros sin defensores. Memmio no se atrevia á entrar temiendo alguna emboscada; pero al fin se aventuró, y asegurado en su posesion, la abandonó al saqueo de los soldados. Los hombres fuéron pasados á cuchillo, y las mugeres y niños vendidos como esclavos.

Los tesoros que allí se halláron son cosa increíble. Excedia Corinto á todas las ciu-

dades así en la cantidad como en la riqueza de los muebles, estatuas y pinturas. Muchas piezas de precio inestimable cayéron en manos de los soldados, que no conociendo la belleza las destruyéron ó vendiéron por casi nada. Entre otras se cita una pintura de Apelles, sobre la qual estuviéron los soldados jugando á los dados, hasta que la trocaron por una mesa mas cómoda: Atalo, Rey de Bér-gamo, la compró por una cantidad que equivaldria á quatrocientos mil reales de nuestra moneda. El General en este punto no tenia mas conocimiento que los soldados: pues habiendo hecho que llevasen á bordo de los navíos muchas estatuas y pinturas para hacerlas servir en su triunfo, amenazó seriamente á los Capitanes de navío con que si echaban á perder algunas de aquellas piezas, les haria aprontar otras.

Despues del saqueo reduxéron á cenizas la ciudad en consecuencia de las órdenes que recibiéron de Roma. El oro, la plata y el bronce que se fundiéron juntamente en el incendio formáron arroyos de un metal compuesto de todos tres, que fue despues muy famoso y muy buscado. Derribáron los muros, y sacáron hasta las piedras de los ci-

mientos. Con la ciudad de Corinto pereció la liga aquiva, de la que era como capital. Los Romanos aboliéron el gobierno popular en todas las ciudades; no obstante, se las permitió gobernarse por sus propias leyes baxo la inspeccion de un Pretor, y de este modo se hizo la Grecia una provincia romana, y quedó sujeta á una contribucion anual.

Neron restituyó á la Grecia sus antiguos privilegios, y cargó sobre la Cerdeña el tributo de la Acaya. Vespasiano la reduxo á su primer estado de sujecion. Nerva y Trajano la concediéron una sombra de libertad. Constantino colocó esta provincia entre las que pertenecian al Emperador del Oriente. En el reynado de Arcadio y Honorio asoláron los Griegos estas provincias baxo el Rey Alarico, y reduxéron á montones de ruinas los mas hermosos edificios. En el siglo décimo el Emperador Manuel dividió el Peloponeso en siete provincias, y las dió á sus hijos. A este país le llamó la Morea, por la semejanza que tiene su figura con la de la hoja del moral. En el siglo trece, quando los Príncipes de Occidente tomáron á Constantinopla, cayó la Morea en poder de los Venecianos. La conquistáron los Mahometanos reynando Maho-

met segundo, y la conserváron hasta mil seiscientos treinta y siete, que volvió á los Venecianos; y en mil setecientos quince recayó en el imperio Otomano, que hoy la posee y gobierna por medio de un Sangiaco á las órdenes del Beglierbey de Grecia, que reside en Modon.

*E T O L I O S.*

A los de la Etolia se les supone haber sido pueblo inquieto, turbulento, que rara vez vivian en paz entre sí, y siempre estaban en guerra con sus vecinos. A esto se añade, que no conocian el honor, y estaban prontos á hacer traicion á los mejores amigos por qualquier ganancia: en una palabra, sus vecinos los miraban como salteadores. Este carácter, segun nos lo pinta Polibio, natural de Acaya, y por consiguiente enemigo de los de Etolia, parece demasiado cargado, por ser el mas infame que se puede pintar: porque no eran ni mas ladrones, ni mas codiciosos de botin, ni mas incómodos á sus vecinos que los otros pueblos de aquellos paises. Como apasionados por la libertad siempre estaban inquietos en las cadenas, y se agitaban por romperlas. Si los atacaban embestian, su reaccion era continua, y

no sabemos que fuesen mas turbulentos que los de Acaya; porque entre estos dos pueblos seria difícil decidir quiénes eran los agresores, ni cuál dió el exemplo de la confederacion que reunió baxo las mismas leyes las ciudades vecinas haciendo entre sí un cuerpo de confederados. Las condiciones de la liga etolia son las mismas que las de la aquiva, á excepcion de que no se empeñaban en precisar con las armas á los que no concurrían á una guerra resuelta por el mayor número: moderacion que hace honor á su justicia, si no se le hace á su política. No tuviéron, por comandantes hombres de tanta reputacion como Arato y Filopemenes, mas no les faltaron sujetos de probidad para el consejo, y Generales hábiles, que executáron cosas grandes con soldados infatigables, intrépidos, tenaces, y de tanta paciencia para sufrir un sitio, como de ardor en una campaña, sobre ser excelentes marinos.

Estos fuéron los primeros que entre los Griegos se dexáron engañar de las pérfidas insinuaciones de los Romanos. Hiciéron con estos alianza para rechazar á Filipo, Rey de Macedonia, de quien se veian amenazados; y quando esperaban que los Romanos los ayu-

darian hasta dar fin á esta guerra, de modo que no tuviesen que temer de parte de los Macedonios, se viéron engañados por estos aliados infieles, que hallando su interes en hacer la paz, la concluyéron sin detenerse en el peligro en que dexaban á los de Etolia, y así aceptáron estos el socorro de Antíoco, Rey de Siria.

Estaba empeñado este Príncipe (2812) por haber dado refugio á Anibal en hacer la guerra á los Romanos. Era preciso determinar si se habia de llevar á Italia, ó si habia de hacerse en la Grecia. Anibal, que siempre creyó que los Romanos no podian ser vencidos sino en su tierra, insistia por el primer partido; pero Antíoco creyó que para contener la ambicion de aquella república bastaria oponer por muralla la Grecia, y mas teniendo á su favor los de Etolia, que sostendrian los primeros esfuerzos. Procuró Antíoco ganarlos, y envió embaxadores á una asamblea general, en donde se exâminase el partido que se debia tomar entre un Rey y una república. Flaminio, General Romano, fue á esta junta.

Los embaxadores de Antíoco hiciéron una larga enumeracion de las naciones que su Señor llevaria para socorrer á la Grecia, señalan-

do con sus propios nombres los diferentes pueblos. Flaminio tomó la palabra, y dixo: „Os quieren asustar con la enumeracion de todos los pueblos que vendrán como un torrente á inundar la Grecia; y esto me trae á la memoria una comida que me dió en Calcis un amigo de humor alegre, y que sabe perfectamente portarse. Me convidó á un festin en tiempo en que la caza era muy rara, no obstante, la mesa estaba cubierta de ella; y admirándome de la abundancia, le pregunté en dónde habia hallado tanta caza. Y él me respondió: Amigo, no es mas que tocino sazonado diversamente y con diferentes salsas. Lo mismo sucede con las tropas del Rey, cuya enumeracion tan pomposa acabais de oir. Los Daes, Medos, Cadusios, Elimcos, nombres desconocidos hasta hoy en Grecia, no son mas que un pueblo, y pueblo de esclavos; y por mas que los disfracen, todos son una misma nacion. „Sea la salsa como quieran, el manjar es el mismo.” Entró despues Flaminio en discursos políticos que hicieron impresion en los de Acaya, que es donde se celebraba la asamblea, y así estos se juntaron con los Romanos, y los de Etolia con Antioco.

No correspondió este Principe á las espe-

ranzas de sus aliados. En una edad mas que madura se caso con una muger muy joven, con cuya compañía se olvido por muchos meses y muy preciosos de Roma, de la Grecia y de la Siria. Fue mayor la desgracia de afebinarse, y descansar quando debiera haberse aprovechado del primer esfuerzo de los Etolios, pueblo temible en el principio de una empresa, y cuya impetuosidad era terrible. Habian manifestado este carácter en una guerra contra Lacedemonia que no pudo resistirlos. Antíoco salió de su letargo con las victorias de los Romanos; pero arrojado de puesto en puesto, despues de una pérdida considerable se vió obligado á embarcarse. Los Etolios abandonados se refugiáron á sus plazas, y las defendiéron con vigor. Naupacta, que era una de las principales, vió caer delante de sus muros el valor de las legiones. Los Etolios se aprovecharon del vislumbre de esperanza, que les daba ver levantar el sitio para pretender en Roma alguna composicion. Hicieron ellos sus proposiciones en tono sumiso, y el senado las recibió con altivez. Obró como solia quando queria quedarse con todo, conservando el honor de una justicia aparente. Esta fue imponerles una alternativa que

no podían aceptar, y era pagar una cantidad enorme, ó sujetarse á quanto los Romanos quisiesen mandar.

La suma era infinitamente superior á los medios de los Etolios. Y así preguntaron qué límites tendria aquella voluntad que les proponian por ley irrefragable. En este particular solo les diéron respuestas muy vagas, por las que viendo que el verdadero designio de los Romanos era tenerlos á discrecion, cayéron de rabia como furiosos sobre los aliados de la república Romana, recorriéron como desesperados la Macedonia, protegida por los Romanos, llevándolo todo á fuego y sangre. Entre tanto iban avanzando los Romanos insensiblemente, y haciendo una guerra prudente con plan, y acompañada siempre de la victoria. Tomáron á Lamia, capital de Etolia, y por último se halláron delante de Ambracia, que era el último recurso de la república Etolia.

Si los Romanos se valiéron contra esta ciudad de todos los medios, ardidés y máquinas imaginadas por el arte en los sitios, no omitiéron los Etolios medio alguno para inutilizarlas. Entre otros se nota una ingeniosa máquina que inventáron para detener el pro-

greso de las minas. Se hacian estas, entonces, socavando el muro, y sosteniéndole con puntales de madera: les ponian fuego, y así caia la muralla, ó abria una brecha mas ó menos ancha, por donde entraban los sitiadores que estaban allí prontos. Se aseguraron los sitiados por los golpes que oian de piquetas que iba avanzando la mina. Contraminaron por su parte, y encontrando á los minadores peleáron unos con otros; pero los sitiadores no abandonaban la mina. Los Ambracianos, para precisarlos, traxéron tambien una máquina que habian construido. Esta era una gran vasija hueca con un fondo de hierro penetrado de muchos agujeros, y guarnecido con muy agudas puntas para que los Romanos no se acercasen. Estaba el enorme vaso lleno de plumas; y poniéndolas fuego arrojaban despues con fuelles todo el humo hácia los sitiadores, obligándolos á salir de la mina por no verse sofocados, y por consiguiente á interrumpir el trabajo. Esto daba tiempo á los Etolios para reparar los cimientos de sus muros.

Capituló Ambracia con duras condiciones, que ya anunciaban las que se dexó imponer toda la nacion, dividida con las intrigas y enredos de los Romanos. Prescribian es-

tas condiciones una veneracion profunda á la magestad del Pueblo Romano: la entrega de los prisioneros y desertores: una grande multa que se debia pagar en parte de contado, y el resto en muchos términos; con mas de quarenta rehenes á eleccion del vencedor. En fin quantas obligaciones pudieran sujetar á un pueblo conquistado.

Despues de condiciones tan duras llevaron á mal los Romanos no ya que tomasen partido algunos Etolios en la guerra de Perseo, sino el que simplemente se inclinasen á este Príncipe. Quantos se halláron sospechosos en este punto se viéron obligados á ir á justificarse á Roma, en donde los tuviéron prisioneros, y de donde no volviéron jamas. Se contáron quinientos y cincuenta de los principales de la nacion, asesinados sin mas delito que el ser sospechosos; y los comisarios enviados por los Romanos declaráron que habian perdido justamente la vida, pues se habian merecido esta desgracia favoreciendo al partido de los Macedonios.

Permaneciéron los Etolios en este estado de estrecha servidumbre hasta la destruccion de la liga aquiva. Entonces participáron de la especie de libertad que se permitió á la

Grecia. La Etolia ya estuvo sujeta al imperio de Oriente, y ya pasó á manos de algunos Príncipes particulares. En el año de 1532 reunió Amurátes segundo todas sus tierras en su dominio. El famoso Jorge Castrioto, llamado Escanderberg, la defendió por mucho tiempo como patrimonio suyo, contra todas las fuerzas del imperio Otomano, dexando una parte á los Venecianos; la que perdieron en tiempo de Mahomet segundo, cuyos sucesores la han conservado hasta ahora.

*ATENAS. (PROVINCIA.)*

Si la historia de las naciones se concluyera en aquel tiempo en que dexan de ser estados políticos, supuesta la destruccion de las ligas aquiva y etolia, nada habria que decir de Atenas, ni de algunas otras repúblicas que se tragó la de Roma; pero en las ruinas de estos edificios se pueden hallar algunos restos de monumentos que acreditan su antigua grandeza, y aun interesan la atencion. La poca libertad que les habia quedado á los Atenienses, destruida la liga de Acaya, excitó la envidia de Filipo, Rey de Macedonia. Los amenazó este Príncipe, y ellos llamáron con-

tra él á Atalo, Rey de Pérgamo, á los de Ródas y á los Romanos. Ya empezaban estos á gustar de las ciencias y las artes, y se honraron de hacer alianza con la ciudad que pasaba con justo título por el centro de los conocimientos agradables, y así la enviaron socorro; y Filipo fue vencido y obligado á la fuga. Este importante servicio (2912), que debiera aficionar inviolablemente los Atenienses á la república Romana, no impidió que el pueblo tomase contra ella el partido de Mitridates, Rey del Ponto. Le excitó para esto un filósofo epicureo, llamado Aristion, muy acreditado en la ciudad. No aprobaban los principales ciudadanos esta nueva alianza; y Aristion, no esperando ganarlos, resolvió echarles cadenas haciéndose dueño de la ciudad. Concertó la execucion de su intento con Arquelao, General de Mitridates: se apoderó este de la isla de Delos, y saqueó el famoso templo de Apolo Delio. En otro tiempo habia sido de Atenas esta isla, y anunció Arquelao que él haria llevar aquel botin á Atenas, como que de derecho la pertenecia. Los Atenienses, encantados con este rasgo de generosidad, no pensaron de modo alguno en la escolta que acompañaba el regalo, y así de-

xáron entrar hasta dos mil hombres; y no bien estuviéron dentro, quando dispuso Aristion de todos los empleos; y así reynó en Atenas con suprema autoridad. Todos los que eran favorables á los Romanos fuéron muertos ó enviados á Mitridates.

Empezáron á hacer la guerra con una crueldad muy semejante á la de las naciones mas bárbaras. Brucio, General Romano, tomó una pequeña isla que habia dado asilo á algunas naves de Mitridates, hizo crucificar á los esclavos, y cortar el brazo derecho á todos los isleños que cayéron en sus manos. Este Brucio precedió á Sila, nombrado para sostener la guerra contra Mitridates. Le pareció á Sila que debia quitar á este Príncipe el recurso de la Grecia, y determinó quitarle á Atenas. Esta ciudad era muy fuerte: se componia de tres partes: primera, la ciudadela: segunda, la ciudad baxa, separada con una gruesa muralla, y ambas rodeadas de un fuerte muro; y la tercera los dos puertos Muniquio y el Pireo, que venian á ser uno, y se juntaban con la ciudad por medio de dos murallas muy altas y gruesas. Se encargó Aristion de la defensa de la ciudad, y Arquelao de la de los puertos.

Se lisonjeaba Sila de tomar por asalto el puerto, y fue rechazado. Determinó pues atacar en toda forma á Atenas. La bloqueo durante el invierno, empleando este tiempo en preparativos, y sobre todo en máquinas. Bosques enteros hubo que cortar, sin perdonar á los sotos y á los árboles del Liceo. Allaná todos los edificios que pudieran estorbarle, ó cuyos escombros pudieran favorecer á los aproches. Por ser el pais bastante estéril por sí mismo, y haber sido además de esto asolado, se empleaban diariamente veinte mil marineros en llevar víveres.

Estos gastos agotaron bien presto la caja militar, y en esta escasez recurrió Sila á los tesoros sagrados. Escribió pues á los Anfictiones, que se hallaban entonces congregados en Delfos, y les suplicó que le enviasen los tesoros de Apolo, obligándose solemnemente á dar á aquel dios, *que él verdaderamente honraba*, el valor de quanto le adelantasen. Un cierto Cafis, natural de Focide, enviado á presentar el memorial, dixo á los Sacerdotes, que habia tomado esta comision á mas no poder. Lloró en su presencia, y les suplicó que consultasen al oráculo. No respondió palabra el dios; pero se oyó en el santuario el so-

nido de su lira. Quando contáron á Sila esta circunstancia le dixo á Cafis: „¿Pues qué no advierten que la música siempre es una expresion de gozo? Marcha, trae los tesoros, y cuenta con que darás gusto al dios.” Dado este primer paso tampoco hizo escrúpulo de tomar las riquezas de Esculapio en su templo de Epidauro. Con estos socorros empezó en primavera á estrechar de muy cerca la ciudad.

Sus principales esfuerzos se dirigieron al Pireo, el qual fue atacado y defendido con igual valor. Sila llevaba á Arquelao la ventaja de saber en cada hora, por las espías que tenia en la plaza sitiada, todos los proyectos del comandante enemigo. Le daban los avisos escritos en bolas de plomo, arrojadas á su campo con las hondas; pero el valor de Arquelao inutilizaba casi siempre la traicion. Sorprehendido y atacado contra toda regla y verisimilitud, como que el enemigo sabia sus intenciones, no por eso dexaba de rechazar á los Romanos. Tres asaltos sufrió en un mismo dia sin que le pudiesen hacer daño alguno.

Mientras se daban estos combates iba apretando mas el hambre en Atenas: ya muchos ciudadanos no comian sino yerbas que iban á arrancar por las fortificaciones y terraplenes. En

tan funesta coyuntura fuéron los senadores y sacerdotes á postrarse á los pies de Aristion, pidiendo que se compadeciese de la ciudad, y se rindiese con las condiciones que le pareciesen soportables; pero en vez de dar oídos los hizo retirar violentamente de su presencia. En medio de la miseria pública pasaban este tirano y sus cómplices las noches y los días regalándose como epicureos, y tenían una mesa cubierta de los mas exquisitos manjares. No obstante, habiendo ya consumido todos los animales, caballos, gatos y perros, llegaron al extremo de sustentarse de los cueros viejos que cocían, y aun de carne humana.

Entonces aparentó Aristion que estaba compadecido del pueblo, y diputó algunos que fuesen á hablar á Sila; pero envió unos declamadores que parláron mucho de Teseo, de los grandes hombres de Atenas, de sus hazañas antiguas contra los Medos, y no se les oyó una sola proposición sobre las circunstancias del día. „Guardad para vosotros, dixo Sila, esas retóricas flores, que á mí no me ha enviado la república para que escuche vuestras proezas antiguas, sino para que castigue vuestra rebelion.” Esperaba el Capitan Romano con tranquilidad á que el hambre excеси-

va ó algun alboroto de los Atenienses le entregase en sus manos la ciudad; pero la casualidad precipitó el negocio y aceleró el momento. Supo que tenia poca guardia un parage muy débil de la plaza: le atacó, abrió brecha, y entraron las tropas. Los soldados rindiéron las armas, y el pueblo pidió gracia; pero como el pueblo maligno é insolente se habia propasado á burlas picantes y á insultantes expresiones, se tomó el vencedor una venganza exemplar. Abandonó á sus tropas el saqueo, y las permitió pasar á cuchillo hasta los niños y mugeres. Fue horrible la carnicería; y el soldado, animado del resentimiento del General, castigó igualmente á los que habian concurrido á la afrenta, y á los que no la habian impedido. Concedió la vida Sila á los que escapáron de su primera furia, y prohibió que se cerrase jamas la brecha por donde habia entrado. Quitó á los ciudadanos el derecho de elegir magistrados; pero á poco tiempo les restituyó este privilegio.

Abrazáron despues el partido de Pompeyo contra César, y sostuviéron contra este un sitio; bien que perdonó á los vivos, como él lo dixo, en obsequio de los muertos; y tomó

baxo su proteccion la ciudad de Atenas. Muerto César se interesaron por Bruto, y sucesivamente por Antonio. Augusto los castigó por haberse declarado por el asesino de César, su bienhechor. Germánico les concedia un Lictor que era señal de soberanía. Vespasiano hizo á la Atica provincia romana, diciendo que los Atenenses no sabian ser libres. Adriano, que por honor ó por otros fines habia sido Arconte de Atenas, se acordó de esto siendo Emperador, y la reintegró en sus privilegios: la dió una suma considerable: la aseguró una renta de trigo, y reparó sus muros; por cuyos beneficios mereció el titulo de segundo fundador. Los dos Antoninos, el Pio y el Filósofo confirmaron estos privilegios: Severo los cercenó; y Valeriano fue mas favorable.

Constantino se declaró protector y amigo de los Atenenses, y dió á su primer magistrado el titulo de Gran Duque. La generosidad de Constancio llegó hasta ponerlos en posesion de muchas islas del Archipiélago. Los Godos los maltrataron cruelmente en tiempo de Arcadio y Honorio, y arruinaron casi todo quanto habia quedado de sus edificios magníficos. En el siglo trece perteneció sucesivamente Atenas á Señores latinos, al imperio

Griego y á los Aragoneses. A estos los quitó la posesion un Florentin llamado Raynerio Acciayoli, el que dexó á Atenas á los Venecianos; y á su hijo natural, llamado Antonio, le dió la Beocia. Quiso este, despues de haber quitado la Atica á los Venecianos, defender sus estados contra los Turcos; pero se los quitáron con la vida. En el año mil seiscientos ochenta y siete volvió á caer Atenas en poder de los Venecianos; y algunos años despues se la tomáron los Turcos, que la conservan al presente. Los estados pequeños, circunvecinos de Atenas, han sufrido las mismas mudanzas que esta famosa ciudad.

Con la expulsion de los Reyes formáron los Beocios una república, á la que presidia un Pretor, que incurria en la pena de muerte si no resignaba su cargo al fin del año; y un consejo de siete, nueve ú once personas, llamadas Beotarcos, moderaba la autoridad del Pretor, y poseian las primeras plazas en el ejército. Los que hacian justicia eran unos magistrados con el nombre de Polemarcos. Habia quatro consejos, y cada uno, segun parece, se componia de los diputados de cada territorio, y se unian para decidir en los negocios generales. Se nota por singular

ridad que en Tébas, capital de la Beocia, entraban en el número de los ciudadanos los artesanos y mercaderes; pero estaban excluidos de los empleos públicos. Una ley que hace honor á su humanidad, prohibia exponer sus propios hijos: y así los que no podian criarlos debian recurrir al magistrado, y este buscaba algun hombre de buena voluntad; y el niño era esclavo del que le habia mantenido.

Por estar los Beocios rodeados de repúblicas mas poderosas, se dexaban llevar del movimiento que estas les imprimian, y así sus llanuras sirviéron muchas veces de campo de batalla á sus enemigos y á sus aliados. Muchas veces tambien hiciéron figura en los combates, porque sus soldados, mas constantes que ímpetuosos, eran muy apreciables. Se reprehende en ellos, que quando la república caminaba á su fin fuéron traidores y asesinos; pero un pueblo no se hace malo de repente y sin causa. Eran muy vexados de los Romanos, tiranos de todos los que no bababan servilmente la cabeza á su imperio. No pudiendo resistirles los Beocios en cuerpo de nacion, se desacian de ellos por partes: y así todo Romano que pasaba por su pais por algun

negocio ó á comerciar, era muerto y arrojado en un lago. Por mucho tiempo no pudo adivinarse la causa de la ausencia de tantos como desaparecian; mas al fin se descubrió. El Procónsul Romano encargado de castigarlos les impuso al principio una grande multa; y despues, mezclando la suavidad con la severidad, fue cortando la parte mas fuerte, y exigió que le entregasen los homicidas mas culpados. Los castigaron con la muerte, y llego la Beocia á ser provincia romana.

#### LOS ACARNANIOS.

La situacion de los de Acarnania los tenia unidos mas que á otros Griegos á los Reyes de Macedonia. No obstante, el Cónsul Flaminio emprendió la resolucion de hacerlos seguir los intereses de Roma contra Filipo, quitando de este modo á este Príncipe sus mas fieles aliados. Los juntó en Corcira, donde se proyectó un tratado, cuya ratificacion se remitió á otra segunda junta, que se verificó en Leucada, capital de Acarnania. En esta, contra la esperanza del negociador romano, se halláron hombres constantes que declamáron altamente contra la especie de in-

famia que pretendian cometiese la nacion violando la fe de los tratados. El pueblo muy preocupado contra los Romanos, declaró que jamas se sujetaria á una república tan imperiosa: y el Pretor, ó xefe de la asamblea, fue depuesto solo porque hizo semejante proposicion. Pero el Cónsul ganó por lo menos con sus intrigas introducir la disension entre los Acarnanios, esperando que su propia division los pondria sin defensa en su poder. Con esta confianza puso sitio á Leucada; pero se admiró mucho al acercarse, de ver las murallas coronadas de soldados, dispuestos á una vigorosa resistencia. Por tres veces atacó Flaminio las fortalezas, y en todas fue rechazado. Pudiera haber durado el sitio algunos años, á no haber sido traidores varios desterrados Italianos, que para conseguir el perdón, introduxéron á los Romanos en la plaza. Con la toma de la capital se asustaron todos de tal suerte, que abandonando á Filipo, se sujetaron á la república romana. Esta dexó á la Acarnania sus leyes, hasta que conquistada la ciudad de Corinto, llegó á ser una de las provincias romanas.

## EPIROTAS.

En los Epirotas tenemos un lastimoso exemplo de la barbarie romana. Esta república desde el seno de sus triunfos y placeres enviaba el incendio y la carnicería á las naciones que se negaban á sus voluntades absolutas, é imponía á sus Generales la necesidad de executar, á pesar suyo, las proscripciones que ella mandaba.

Recibiéron estos pueblos su libertad de Deidamia, nieta de Pirro, que los dió en su muerte por libres de toda dominacion; y ellos establecieron entre sí el gobierno republicano, baxo el mando de magistrados que elegian anualmente en una asamblea general. Los Reyes de Macedonia, sintiendo que se les hubiesen desmembrado los Epirotas, que habian sido sus vasallos, hacian continuas correrías en Epiro. Socorriéron los Romanos á los Epirotas contra Filipo: Perseo tuvo modo de ganarlos, y se interesaron por este contra los Romanos; y esto irritó de tal modo al senado, que envió orden á Paulo Emilio, conquistada la Macedonia, de abandonar el país al pillage, y arrasar sus ciudades hasta los ci-

mientos. ¡Extraño efecto del despotismo de aquella república! Paulo Emilio lloró quando recibió el decreto; pero le puso en execucion. Con pretexto de relevar las guarniciones para que el Epiro gozase de entera libertad, envió á todas las ciudades cuerpos de tropa proporcionados, que fuéron en todas partes recibidos con las mayores demostraciones de alegría. En el dia señalado y á la misma hora dió libertad á los soldados, y estos saqueáron, robáron y asesináron, segun la órden y condiciones prescritas: de suerte, que todo el botin se juntó en comun, y fue distribuido á las tropas por partes iguales. Ademas del dinero, que se puso separado para el tesoro público, fuéron vendidos á favor del fisco y por esclavos ciento y cincuenta mil hombres. A los principales del pais los lleváron á Roma, y los condenáron á perpetua cárcel. Las ciudades que dismanteláron fuéron setenta.

No volvió el Epiro á levantarse despues de esta terrible execucion, y baxo los Romanos era una parte de la provincia de Macedonia. Despues de Constantino perteneció al imperio del Oriente; y tomada Constantinopla por los Latinos, le conserváron algunos Príncipes Grie-

gos. Con las victorias de Escanderberg recibió cierto esplendor pasajero. Por último, le poseen los Emperadores Otomanos con el nombre de la Albania, y de él sacan los mas valientes soldados.

### J O N I A.

Contiene la Jónia muchas ciudades célebres, no tanto por la hermosura de los edificios, quanto por haber sido los teatros de muchos sucesos. Las varias vicisitudes de cada una de estas ciudades harán toda la historia de este país.

Entre las principales se distingue Focca, que ahora es un pequeño lugar llamado Foggia en la ribera del mar cerca de Esmirna. Los Jónios y los Atenenses se disputaban su fundacion, y sus habitantes pasaban por haber sido los primeros Griegos que hicieron largos viages. Navegaron hasta España, y en la bahía de Cadiz hallaron un Rey que los recibió muy favorable. Le hicieron relacion de los temores que tenian de que Ciro les inquietase: les ofreció el Rey generosamente asilo; y no recibéndole, les dió grande cantidad de plata para fortificar su ciudad.

Con efecto, los atacó Harpagino, General de Ciro; y quando ya urgia el peligro, pidieron una tregua de tres dias, que Harpagino, aunque no sabia para que la pedian, les concedió. Los Foccos embarcando sus mugeres, sus hijos y sus riquezas, hicieron vela á la isla de Quio. Se proponian comprar de estos isleños las isletas que eran suyas; pero los de Quio no quisieron por vecinos hombres tan hábiles. Volvieron pues á Focea, sorprendieron á los Persas que allí se habian establecido, y los pasaron á cuchillo; pero temiendo que no podrian sostenerse, no quisieron parar allí; y se obligaron con juramento solemne á no volver hasta que una masa de hierro hecha ascua, que arrojaron en el mar, volviese á salir ardiendo sobre el agua. No obstante, asegurados de una amnistia ó perdon general que los Persas les prometieron, volvió mas de la mitad de las embarcaciones á Focea. Los restantes se emplearon en la piratería por las costas de la Galia, de la Italia y de Cartago, tomando por asilo de sus piraterías á Aleria en Córcega. Arrojados de allí por una liga que formaron contra ellos los pueblos infestados, llevaron sus mugeres y sus hijos á Regio, y los transpor-

táron despues á Pouzac, pequeña ciudad del mar de Toscana, sin que se sepa mas de ellos. Los que se volviéron á Focea, ya dominados por los Persas, ya por sus propios tiranos, exerciéron la piratería en las costas de Fenicia, retiráron sus presas á Sicilia, y desde esta hicieron el corso contra los Cartagineses y Toscanos, sin inquietar jamas á los Griegos. Se declaró Focea contra los Romanos por Antíoco el Grande: la tomaron y la perdonáron; y habiendo reincidido en favor de Atalo, Rey de Pérgamo, estaba decretado el perderlos; pero los de Marsella, colonia de los Foceos, detuviéron la execucion de la sentencia. Les concedió Pompeyo grandes privilegios, con los que Focea en tiempo de los primeros Emperadores fue una de las ciudades mas florecientes del Asia Menor.

Se cree que los Etolios edificáron á Esmirna, y los habitantes de esta ciudad recibiéron afectuosamente á los de Colofon, ciudad de Jónia, echados de sus hogares; pero habiendo salido un dia á celebrar un sacrificio, halláron que los Colofonios les habían cerrado las puertas; y no pudiéron conseguir otra cosa sino que les entregasen sus muebles: con estos se repartiéron por las ciuda-

des de Asia, que los adoptáron por ciudadanos.

La idea quimérica de los Esmirneos era creer que su ciudad, fundada por una Amazona, y reedificada por Alexandro, solo seria destruida por un temblor de tierra. A la verdad los experimenta muy freqüentes; pero su situacion ventajosa para el comercio la hace salir al punto de sus propias ruinas. Esta era *la capital, la primera, la principal ciudad de Asia, y el ornamento de la Jónia*, como se ve en las inscripciones halladas en sus escombros. Tambien se han encontrado muy bellas estatuas, y todavia se ven los restos bien conservados de un teatro de mármol, y los de un circo, baños y templos. Un Autor antiguo dice, que las calles estaban tiradas á cordel, anchas y bien empedradas, que habia una biblioteca pública; y un puerto que se cerraba.

Se distinguió esta ciudad por su afecto á los Romanos aun en los tiempos desgraciados, y en especial entre las mayores felicidades de los Cartagineses. Llegó á tanto la lisonja de los Esmirneos para con Roma su aliada, que edificáron un templo con esta inscripcion: *A Roma diosa*. Pasado el tiempo de

la república romana, la diéron los Emperadores grandes privilegios, y sobre todos se distinguieron en este punto Tiberio y Marco Aurelio. Aun al presente está muy poblada para ser ciudad de Asia; y es el centro de un comercio muy activo, sin embargo de estar baxo el dominio de los Turcos, que le favorecen muy poco.

Clazomene perteneció á los Lidios, despues de estos á los Persas, y por último á Alexandro. Primero estuvo en el continente, despues en una isla, que Alexandro juntó con la tierra firme por medio de una calzada. Siempre tratáron bien á sus habitantes los Romanos, porque su situacion favorecía sus proyectos sobre el Asia, y apoyaba sus conquistas. Estaban declarados por pueblo libre. Augusto hermosteó mucho á esta ciudad; pero actualmente vale poco. Una Sibila daba sus oráculos en Eritrea: Teos fue la cuna de Anacreonte: Priene se gloriaba de que en ella habia nacido el sabio Bias; y Colofon se preciaba de haber producido á Menandro, y aun pretendia haber visto nacer á Homero.

Efeso se creia edificada por las Amazonas en el tiempo de las fábulas; pero despues reconocia por su fundador á Lisímaco.

No le pareció bien el sitio que ocupaba, y así construyó una nueva ciudad en otro sitio mas cómodo; pero no acomodó á los Efesios, que se resistieron á dexar sus antiguos hogares. Lisímaco hizo cerrar, sin que ellos lo supiesen, los canales por donde el agua iba á las lagunas vecinas; y viendo inundada la ciudad en la primera lluvia fuerte, tuvieron por grande fortuna los habitantes hallar la nueva ciudad que Lisímaco les habia preparado.

El templo de Efeso, dedicado á Diana, fue famosísimo, así por su construccion, á que concurrieron todos los estados de la Grecia, como por su incendio quando Erostrato le puso fuego sin otro fin que el de que su nombre pasase á la posteridad. Los Efesios prohibieron que ninguno pronunciase su nombre; y puede ser que sea esta prohibicion la que nos le ha conservado. Se trata á Erostrato de loco porque abrasó un templo; y no hay quien sospeche del juicio de los que por celebrar su nombre han abrasado las provincias y los reynos, sin mas razon que el haber sido mas singular la locura de Erostrato. Construyéron este templo en una laguna para que no estuviese tan expuesto á los temblores de tierra. Canteras enteras se gastaron

en él, y se tardó en edificarle doscientos y veinte años. Ciento veinte y siete Reyes enviaron cada uno su columna de setenta pies de alto. Los canales por donde se desaguaba la laguna todavía subsisten, y los habitantes actualmente los tienen por un laberinto. Las gentes que entienden el arte decidirán si fue medio propio para desecarla el que se dice que emplearon; esto es, haber colocado alternativamente camas de carbon bien molido, y camas de lana. El templo y sus cavernas servían de asilo á grande distancia; y los Sacerdotes eran muy venerados, y les confiaban las doncellas consagradas á la diosa, y á su tiempo las restituían conforme las habían recibido. La grande Diana de Efeso era una estatua pequeña de ébano, hallada en un tronco de un árbol, y decían que Júpiter la había enviado desde el cielo. Al tronco pues, primer santuario de la diosa, substituyéron el famoso templo que se abrasó en el mismo día en que nació Alejandro. Este conquistador propuso hacer todo el gasto de un segundo templo, con la condición de que su nombre se grabaría en el frontispicio, y arriesgaban mucho en no admitir la oferta; pero los de Efeso salie-

ron hábilmente de la dificultad, respondiendo: *No conviene que un dios edifique templo á otro dios.*

Efeso fue por mucho tiempo la principal ciudad de la Jónia, gobernada por Reyes, cuyos descendientes, quando se hizo república, conserváron el privilegio de llevar manto de grana, cetro y corona. Un tirano, llamado Pitágoras, llenó la ciudad de sangre sin respeto al asilo del templo; y sus sucesores fuéron todos ellos poco mas buenos ó mas malos; pero los sostenian los Persas. Al último de estos Reyes le arrojó de Efeso Alexandro, y dió en renta al templo lo que pagaba á los Persas. En la guerra de Mitridates se declaráron los Efesios contra los Romanos, y quitáron la vida á quantos se hallaban en su ciudad. El sanguinario Sila no dió por este delito mas castigo que una multa. Eran muy dados á la magia: y como poseian tan famoso templo tenían quanto podia librar de la supersticion á los que se interesaban en inspirarla á otros. La grande Efeso está reducida en el dia á algunas cabañas habitadas por treinta ó quarenta familias griegas: su puerto, causa de sus riquezas, está cegado; y el templo que las aumentaba absolutamente destruido.

Si hemos de dar fe á algunos Autores, unos dicen que los Milesios fundaron ochenta colonias, y otros que trescientas. Tenia la ciudad de Mileto un templo de Apolo y un oráculo; y cerca estaba el monte Latimo, donde la luna hacia sus visitas secretas á Endimion. Aquí nació Tales, uno de los siete sabios. Se vió agitada con turbaciones domésticas; y no pudiendo terminarlas los habitantes, suplicaron á los Parios que los compusiesen entre sí. Atravesando los campos al rededor de Mileto los diputados de los Parios advirtiéron que casi todos estaban mal cultivados, pidiéron que los considerasen de mas cerca, y bien exâminados dixéron los árbítrios: „Poned la autoridad soberana en aquellos cuyas tierras estan en mejor estado: pues los que gobiernan bien sus propios negocios son los que deben ser elegidos para gobernar los ajenos.”

Sostuvo Mileto con felicidad y con solas sus fuerzas la guerra contra quatro Reyes de Lidia sucesivamente. Los Persas, despues de haber sido amigos de esta ciudad, la destruyéron, y exportaron sus habitantes. A Frínico, poeta dramático, le pareciéron los trabajos de estos infelices asunto propio para

la tragedia. Los Atenienses derramaron lágrimas al oír las desgracias de los Milesios. La memoria de estas, que les renovó el poeta, los hizo prorumpir en sollozos; y como no gustaban de que los entristeciesen, condenaron al poeta á una multa por haberles renovado el dolor, y mandaron que esta pieza no se repitiese mas.

Volviéron los Milesios de su cautividad, y reedificaron su ciudad; mas no pudieron restituirla su primer esplendor, ni aquellas riquezas que la hacian respetar por una de las primeras de la Jónia. Tuvieron la infelicidad de verse muchas veces sujetos á tiranos domésticos. El mas notable de estos fue Trasíbulo, que mantenía la ciudad en grande union y paz. Los de Corinto enviaron á preguntar qual era el secreto que los conservaba en aquella tranquilidad. Trasíbulo lleva al mensajero á un trigo, y se puso á derribar con su espada, como por diversion, las espigas que sobresalian por mas altas. Entendió el Corintio la leccion, y se aprovechó del aviso.

Alexandro dió á los Milesios la libertad, no obstante que no se le rindiéron hasta la última extremidad. Gozaron de grandes privilegios baxo la república romana, y demas

aun en tiempo de los Emperadores.

Todas estas ciudades componian lo que se llama la liga jonica , cuyas leyes no son conocidas ; y si las hubo , no estuviéron en grande vigor. Estas ciudades , á lo que parece , subsistian por sí mismas ; y á vista de algun peligro de parte de los extraños todas se reunian ; pero en pasando el riesgo volvian á quedarse aisladas : tanto amaban la independenciam.

Once ciudades componian la Eólida , en donde estaba la Tróade , el campo en donde estuvo Troya , que era mas famoso que todas las once juntas. Se propone á los profesores de las artes ¿ cómo hacian los habitantes de Pitane los ladrillos que nadaban sobre el agua como si fueran de madera ?

Halicarnaso era la capital de la Dóride , famosa ciudad por el monumento que levantó Artemisa á su marido Mausolo : obra tan admirable que se tuvo por una de las maravillas del mundo. Por su nombre todos los monumentos fúnebres se llaman mausoleos. No se ven ya vestigios de esta obra del arte ; pero de los del entendimiento todavia gozamos en los libros de Herodoto y los de Dionisio Halicarnaseo. En esta ciudad nacióron los dos insignes Poetas Heráclides y Calímaco. Gnido , otra ciudad

célebre, conservaba la Venus de Praxíteles.

Si despues de haber hablado de las principales ciudades de Jónia nos remontamos mas allá de los tiempos en que los Griegos se establecieron en ella, puede creerse que los habitantes que hallaron en ella descendian de Javan, quarto hijo de Jafet; bien que es imposible poner en claro las noticias de tiempos tan remotos: pues no se puede saber de cierto si fuéron Argivos, Mesenios, Ateniensés ú otros los Griegos que fundáron las primeras colonias. Los preferidos son los Ateniensés, pero sin grandes pruebas. La Jónia, en que se comprehenden la Eólida y la Dóride, pasó del gobierno monárquico al republicano con vislumbres mas ó menos notables de democracia; y en este los Jónios, que habian sido valientes, se hicieron voluptuosos, afeminados y supersticiosos. Se les atribuye la invencion de los perfumes, de las coronas de flores en los festines, y el arte de confitar las frutas. Estas eran excelentes en Jónia, uno de los países mas deliciosos del mundo. En esta tierra todo abundaba, así de las producciones indígenas, como de las extrangeras; y todo se transportaba con facilidad en multitud de embarcaciones. Los Jónios ocupaban su lugar en la

pintura de los pueblos mas señalados en el gusto. Los Crotoniates, se decia, gustan de los juegos Olímpicos: los Espartanos de hermosas armas: los Cretenses de la caza: los Sibaritas de magnificos vestidos: los Jónios de bayles lascivos.

Ademas de los golpes particulares (2441) que sufrieron las ciudades de Jónia, como hemos dicho, hubo otros que fueron comunes al cuerpo de la nacion, como vasallos ó como aliados. Se alababan los Jonios del gobierno de Cresos. Suplicaban á Ciro, su vengador, que los tratase tambien favorablemente; pero hacian esta súplica con repugnancia y violencia conocida, y así les respondió con este apólogo. „Un tocador de flauta, viendo en el mar multitud de peces, imaginó que podria atraer con sus sonos muchos de ellos á la ribera, y empezó á tocar. No saliéndole bien este arbitrio, echó la red, y los sacó en grande número. Quando los vio saltar en la ribera, les dixo: Ya que no habeis querido danzar quando yo os convidaba con la música, de poco os servirá danzar ahora.” Con lo que sin duda quiso decir: vosotros no me disteis oidos quando os convidaba con benignidad; y ahora que os he cogido por fuerza no hago caso alguno de vuestra sumision.

Los Jónios fuéron sometidos por los Persas ; pero se levantáron de nuevo , y se viéron aliados de sus vencedores. Los ayudáron contra la Grecia , y en una accion decisiva se juntáron con los Griegos , abandonando á los Persas. Participáron de la libertad que las ligas aquiva y etolia propagáron en sus vecinos. Los Romanos los lisonjeáron , y despues los domináron como á los demas Griegos : bien que ellos , como tambien los otros , detestáron á los Romanos , y los asesináron. Sila quitó la vida á los hombres , se llevó el dinero ; y la Jónia muy gastada , aunque convalació algun tanto baxo los Emperadores , jamas pasó de la salud de un cuerpo mutilado.

*SICILIA.*

Así como la tierra firme ha padecido sus tempestades , así tambien las islas sus alteraciones políticas. La mayor isla del Mediterraneo es la Sicilia : su figura es triangular , y tiene poco mas ó menos doscientas leguas de circunferencia. Su terreno es muy fértil , especialmente en trigo , por lo que la llamaban los antiguos el granero de Roma. Allí se respira un ayre sano y puro , y el mar tiene mucha pesca. Por su situacion y sus puertos no hay

en el mundo país mas proporcionado para el comercio , y tiene minas: el monte Etna arroja fuego , vomita piedras y cenizas , y asusta con sus bramidos á los habitantes. Los terremotos han arruinado ciudades enteras , y cubierto el país de escombros ; pero ninguno otro ha producido hombres mas sabios ni de mayores ingenios. Esquiles , Diodoro de Sicilia , Empédocles , Georgias , Euclides , Arquímedes , Epicarmo y Teócrito todos fuéron nativos de Sicilia.

Por la parte del mar de Toscana estan las islas que llamáron Eolias y Vulcanias ; porque en ellas decian que tenia sus fraguas Vulcano , y Eolo tenia encerrados los vientos , sujetos á su imperio. Es decir , que el silbido de los vientos que salen de sus cavernas , y los fuegos de aquella tierra vulcánica despiertan la idea de las fraguas y de las tempestades. Lípari , que es la principal , es muy fértil , y abunda en alumbre , azufre , betun , y baños termales ó calientes. Estrómbala , que tambien es amena , padece mucho por un volcan muy activo. Muchas islas pequeñas que tiene al rededor estan desiertas. Hay tambien algunos habitantes en las islas Egeas , que caen hácia la otra costa ; pero son poco considerables.

Los Cíclopes y los Lestrigones eran los gigantes descendientes de Jafet, y estos abordaron á Sicilia despues de la confusion de las lenguas; bien que esta historia no tiene mas probabilidad que la fábula, que los hace de enorme estatura, les supone un ojo solo y en la frente, y los sustenta de carne humana. A los Cíclopes, que se destruyéron, no se sabe cómo, sucediéron los Sicanos, que fuéron allá desde las riberas del rio Sicanes en España. Los Troyanos, destruida su ciudad, se agregaron á los Sicanos. Tambien fuéron allá los Sículos arrojados de la Ausonia ó huyendo de la Liguria. Los últimos que pasaron á Sicilia fuéron los Griegos de la Acaya ó de la Dóride. La Italia envió sus colonias; y tambien abordaron á Sicilia los Cretenses, los Ródios y otros muchos isleños. Como cada una de estas naciones edificó su ciudad, resultó el número prodigioso de poblaciones que se veían por todas sus costas.

Tuviéron los Sicanos al principio tantos Reyes quantas eran las ciudades: despues se sujetaron todas á uno solo; y formando un cuerpo de nacion fuéron por mucho tiempo superiores á los pueblos que iban llegando. Las mismas ventajas gozaron los Sículos; pero es-

tas les sirviéron para destruirse entre sí. Los Cartagineses los pusieron en paz sujetándolos; y por último, Siracusa, que debia su origen á un Corintio, se levantó con la soberanía, y fue por largos tiempos la señora de Sicilia.

Estaba Siracusa dividida en quatro partes, consideradas como quatro ciudades: cada una tenia sus fortificaciones, y el todo rodeado de una triple muralla guarnecida de torres. Tenia tambien dos puertos guarnecidos con sus castillos. Su comercio la hacia una de las mas ricas ciudades del universo. A los principios tuvo Reyes, despues fue su gobierno democrático; y en esta alternativa, que duró por siglos, se ofrece sucesivamente el espectáculo de tiranía y libertad, y nunca la idea de monarquía, que es el mejor gobierno.

El primer tirano fue Gelon; y aunque el nombre de tirano suena á opresion en nuestra lengua, Gelon fue benigno, justo y generoso: la historia reconoce en él todas las virtudes morales, y no le reprehende de vicio alguno. No obstante, parece que si no adquirió su autoridad por usurpacion, la consiguió por sorpresa. Se introduxo con maña en Siracusa, ganó al pueblo, y este le confirió el poder absoluto. Algunas guerras que tuvo

con sus vecinos fuéron ventajosas para la capital; porque se llevaba todos los mas ricos á Siracusa, y de este modo fundó el inmenso comercio que hizo á esta ciudad tan opulenta. Mandaba sacar fuera de Sicilia los esclavos que se hacian en la guerra, y generalmente sufría muy pocos en las ciudades, y no queria mucha gente del pueblo baxo: seguia la máxima de que *es mas fácil gobernar á mil ciudadanos ricos, que á uno solo que no tenga que perder.*

De este modo, quando Xerxes hizo su famosa invasion en Grecia pudo ofrecer Gelon á los Griegos doscientas galeras, quatro mil caballos, veinte mil infantes, mil archeros, dos mil fundibularios, y sustentar el ejército griego durante la guerra, con la condicion de que él fuese el comandante en xefe. Su fortuna estuvo en que no le admitiesen estas condiciones; porque quando él pensaba sacar fuera de la isla todas estas fuerzas, los Cartagineses que Xerxes pagaba para que hiciesen alguna diversion, introduxéron en Sicilia un ejército de trescientos mil hombres que habian juntado de todos los paises de Africa, y tenia por comandante á Amilcar. Pusieron en tierra sus embarcaciones, que eran co-

mo cinco mil, y sitiaron la ciudad de Himera. Gelon los observaba con inquietud, y mas quando tenian los Cartagineses sus partidarios en Sicilia, y entre otros á los habitantes de Selinunta. Interceptó Gelon una carta, y supo que al dia siguiente, mientras Amilcar hiciese un sacrificio á Neptuno en un campo ocupado por sus marineros y los soldados que habia sacado á tierra, le llegaria un cuerpo de caballeria de Selinunta. La carta fue por orden de Gelon entregada á Amilcar. Quando celebraba su sacrificio, y mientras no tenia al rededor mas que soldados sin armas, llega la caballeria en el número indicado en la carta, segun la costumbre de los Selinuntinos. Van derechos á Amilcar, y le quitan la vida: dispersan las tropas, y ponen fuego á las embarcaciones. Al mismo tiempo ataca Gelon al otro campo, y con el incendio de los navíos todos se aterran. No tuvieron los Siracusanos mas trabajo que matar y hacer esclavos que llevasen á Siracusa las riquezas del botin. Solamente escaparon ocho embarcaciones que se habian quedado en el mar; pero sumergidas estas por una tempestad, no se halló mas que una chalupa, y fue la que llevó á Cartago la noticia de esta total desgra-

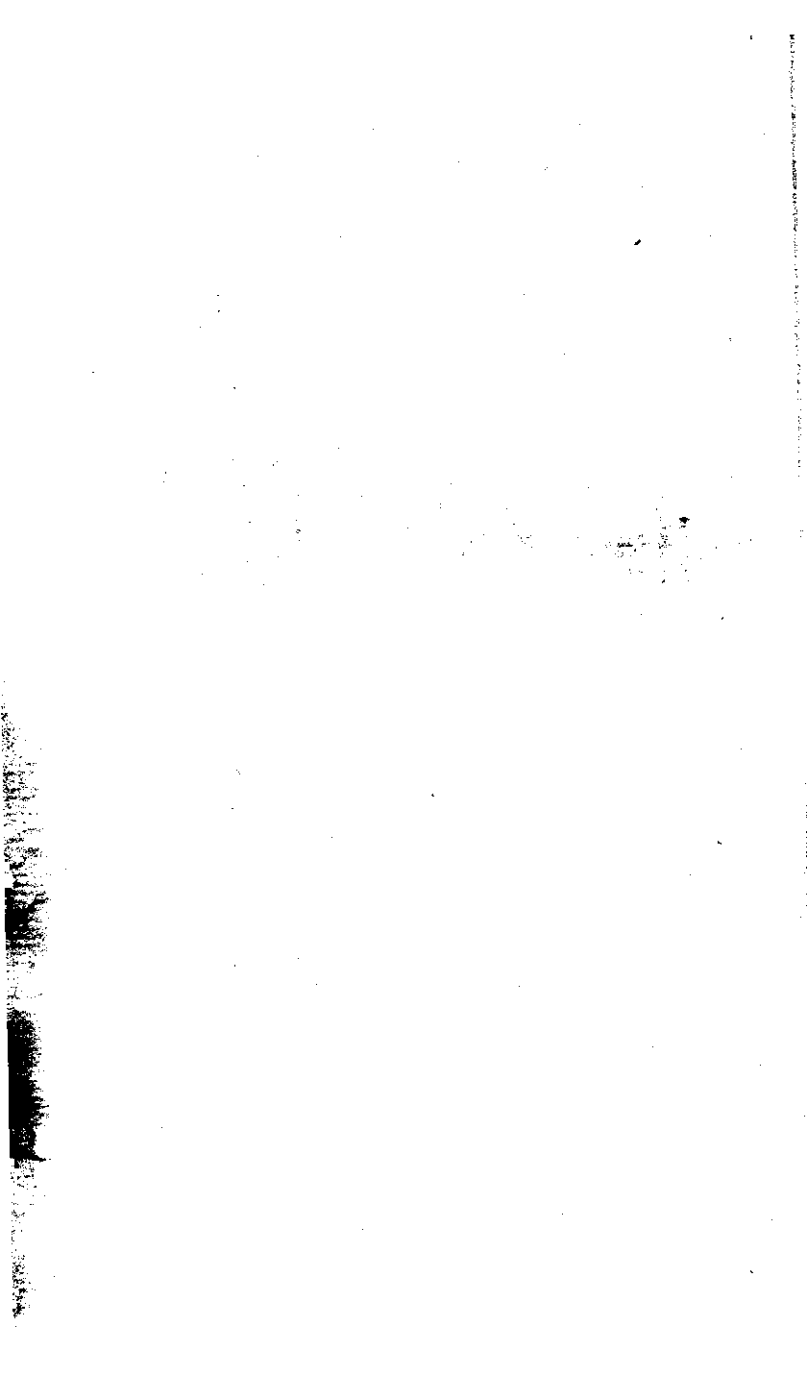
cia. Consternados los Cartagineses, y creyendo que ya veian á las puertas de su ciudad al enemigo, enviaron una diputacion suplicante. La recibió Gelon con mucho afecto, y solo pidió tres condiciones: una suma de dinero por los gastos de la guerra, la construccion de un templo en donde se habia de depositar el tratado, y que para siempre se aboliesen los sacrificios de sangre humana. ¡Qué bien parece usar del poder solamente para imponer semejantes leyes!

Libre Gelon de las guerras, retiró de la ciudad las tropas extranjeras, y publicó una junta general con orden de que todos los ciudadanos concurriesen armados: solo él se presentó sin armas; y dirigiendo sus palabras á aquella multitud admirada hizo una relacion circunstanciada de su conducta, del empleo que habia hecho de las sumas que le habian confiado, y del uso de su autoridad. Jamas, les dixo, he tenido otras miras que el bien público; pero si, esto no obstante, hubiese yo cometido por ignorancia alguna falta, en vuestra mano está castigarme, pues como veis, ni tengo guardia, ni medio alguno de librarne de vosotros que venis armados. La verdad de su relacion, y la confianza que él manifestaba,



### Gelon sin armas.

*Concurren armados los siracusanos de orden de Gelon, y presentándose este sin armas alquinos en la asamblea, les da cuenta de su conducta en el gobierno, y poniendo en manos de ellos su persona y su vida, propone que le castiguen si le hallaren culpado. Las resolvas fueron elevarle á Rey desde Pretor. Este es el fruto de la buena conducta, y esta la conducta de los buenos sucesores.*



de tal modo movió los corazones, que no habiendo tomado Gelon hasta entonces otro título que el modesto de Pretor de Siracusa, resolvieron que se le diese el de Rey, y que este título pasase á Hieron y Trasíbulo sus dos hermanos.

Determinaron tambien los habitantes de Siracusa, que en memoria de la confianza con que se habia presentado sin guardia y desarmado, poniendo su vida en sus manos, se le erigiese una estatua que le representase en el traje de simple ciudadano. Multiplicadas con el tiempo las estatuas de los diferentes tiranos que habian gobernado, uno de estos, deseoso de agradar á sus ciudadanos mas que de mandarlos, no solamente los dexó en su libertad, sino tambien con el objeto de borrar hasta los vestigios de esclavitud, mandó que todas aquellas estatuas se fundiesen en beneficio del público; pero esto no se executó á discrecion del populacho ciego sin órden ni discernimiento. A todas aquellas estatuas, ó por decirlo mejor, á los que representaban, se hizo el proceso como se hace á los delinquentes; y todas fuéron condenadas, á excepcion de la de Gelon, como que era un justo monumento de lo reconocidos que estaban los Siracusanos á tan digno Monarca.

Gelon fue uno de los que mejoraron sus costumbres con su exáltacion al trono. Alabaron su cuidado de no cargar de impuestos : todos le prestaban con buena voluntad , porque pagaba exáctamente. No gustaba de las artes que no tienen otro objeto que el placer , y se declaraba enemigo de todo lo que podía corromper las costumbres. Paseaba muchas veces por el campo , y conversaba con los labradores : de la dignidad de Rey solo se tomaba el trabajo y los cuidados. Mas de una vez se le oyó decir : Quando los Siracusanos me pusieron la corona en la cabeza no pudiéron tener otro fin en un favor tan señalado que el de empeñarme en defender el estado , proteger la inocencia , y dar á mis vasallos con una vida sencilla , modesta y frugal el exemplo de lo que ellos deben practicar. Desempeñó con fidelidad este cargo ; y se nota que sus últimas palabras , estando para morir , fuéron ordenar á su hermano que en sus funerales no se apartase un punto de la simplicidad prescrita. Le pagó el pueblo este respeto á las leyes con su sentimiento y lágrimas , y determinando que se le hiciesen los honores que en aquellos tiempos se tributaban á los heroes ó semidioses.

Aquí tenemos dos retratos muy diferentes de Hieron (2532), hermano de Gelon y sucesor suyo. Diodoro Sículo le representa como un Príncipe avaro, cruel, y muy distante de la sinceridad de Gelon. A esto añade, que por bien simples sospechas procuró deshacerse de su hermano Trasibulo, y que oprimió tanto á sus vasallos, que estos le hubieran depuesto si no se hubiesen contenido por la memoria de la bondad de su hermano Gelon. Eliano dice lo contrario: exalta la justicia la liberalidad y el bellissimo natural de este Príncipe. Nos dice que estaba mas pronto para dar, que los pobres para recibir: que su generosidad no tenia limites: que era el amigo y protector de las ciencias y bellas artes: que no habia cosa igual á su sinceridad y candor, y que vivió en la mas perfecta armonía con sus hermanos.

Estas contrariedades se explican distinguiendo dos épocas en la vida de Hieron. La primera es aquella, en que, lleno de fuerza y vigor, se dexó llevar de su natural selvático y feroz: la segunda es en la que atacado de una enfermedad de languidez, se encerró en su palacio, y allí hizo reflexiones que produxéron una admirable mudanza. Su gusto

principal entonces era conversar con sabios, trayéndolos de todas partes. Entre estos fueron Basilides, Epicarmo, Esquiles, Simónides y Píndaro, tres poetas y dos filósofos cortesanos. Esto basta para cortar el lápiz ó la pluma de la historia de modo que no pueda pintar otra cosa que elogios.

En quanto á Trasíbulo fue cruel y sanguinario; y al ver su orgullo parece que se tenia por de otra naturaleza que la de sus vasallos. Quitaba la vida á quantos le hacian alguna sombra, y sola la riqueza era para él un titulo de proscripcion. Causados los Siracusanos de sus vexaciones tomaron las armas: él se atrincheró en un quartel de la ciudad, y desde alli pidio que fuesen á tratar de composicion. No hubo mas condiciones sino que renunciase y saliese de Sicilia: se sujetó á estas, y fue á pasar en Italia una vida obscura.

Establecieron los Siracusanos una especie de democracia, en la que diéron la magistratura á los ciudadanos principales, con exclusion de los extrangeros, no obstante que Gelson les habia dado los derechos de ciudadanos en atencion á los servicios grandes que habian hecho en la guerra. Aunque se quejaron no fueron oidos: se apoderaron de un quartel de

Siracusa, les cortáron los víveres, se viéron precisados á pelear, y tuviéron que rendirse. Lo mismo sucedió en otras ciudades en donde se halláron extrangeros establecidos por las mismas razones y con los mismos privilegios. Creyéron los Sicilianos que no habiendo extrangeros ya no tenian que temer tiranos: no obstante, se manifestáron de quando en quando personas ricas que parecia aspiraban á la suprema autoridad. Algunos fuéron reprimidos antes de declararse, y otros fuéron castigados despues de romper. Por último, para salir de cuidados hicieron una ley semejante al ostracismo de Atenas, y la llamáron *petalismo*; porque escribian el nombre en una hoja, y esta se dice *pétalos* en Griego. Quando ponian el nombre de alguno que por sus riquezas, su mérito ó su crédito pudiese subir á la suprema autoridad, salia este sin mas exámen desterrado. El rigor de la ley, el uso freqüente de ella obligó á los hombres de mérito á no exponerse, y se retiráron de la ciudad. Se vió la magistratura en los mas despreciables del pueblo, ó en ciudadanos sin mérito, y el mismo abuso llamó al remedio: fue abolido el petalismo, y pusieron las riendas del gobierno en manos capaces de manejarlas.

No es cosa rara ver el espíritu de dominar en las repúblicas (2588). Siracusa, que no había querido obedecer á otras, pretendió sujetar las ciudades vecinas. Estas se unieron contra el comun enemigo; y no hallándose con fuerzas suficientes, apelaron al socorro de Atenas. Los Atenienses, ó codiciosos del botin, ó deseosos de gloria, aspiraban muchos dias há á un establecimiento en Sicilia; y así quando las ciudades coligadas enviaron sus oradores á exponer sus necesidades, apenas se tomaron tiempo para deliberar. Nicias, General prudente, á quien la estimacion pública había destinado á esta expedicion, quiso hacer algunas demostraciones; pero cubrieron su voz los clamores de algunos oficiales jóvenes que no respiraban sino guerra, y el pueblo ya entusiasmado se indignaba con la tardanza. Preguntaron á Nicias, ¿qué era lo que pedía? dixo que cien galeras: al punto las armaron; cinco mil hombres de desembarco: los reclutaron; dinero: y abrieron el tesoro. Llamó el senado los xefes para que recibiesen las últimas órdenes, y dixo, no menos seguro que el pueblo de la victoria: „A los de Siracusa y á los de Selinunta sus aliados los transportareis fuera del pais para venderlos como es-

clavos: los demas pagarán un tributo anual, y recibirán de Atenas la ley.

Al dia siguiente el ejército de siete mil hombres escogidos, con aquel ayre de triunfo que fácilmente toman los militares jóvenes, marcha desde la ciudad al Pireo, en donde la armada le esperaba. Quantos ciudadanos y extrangeros habia todos acudieron al puerto. Se embarcáron pues, desplegaron las velas, y diéron las trompetas la señal de partir. Dirigen á los dioses solemnes súplicas, y los oficiales y soldados, segun la costumbre, brindan en vasos de oro y de plata al feliz éxito de la empresa.

No fue tan fácil esta como lo habian imaginado. Halláron poco recurso en los aliados á quienes fuéron á socorrer, y así cargó sobre ellos casi todo el peso de la guerra. No obstante, diéron principio con brillante modo; porque llegaron á Siracusa, y la sitiáron por mar y por tierra. Ya el hambre, y sobre todo la sed, atormentaba á los sitiados. Hablaban ya de rendirse, quando tuviéron noticia de que habia venido Gilipo, General de los Lacedemonios. En todas partes en donde peleaban se hallaban con los Espartanos. Estos auxiliares diéron nuevo alien-

to á los Siracusanos ya abatidos : lograron tales ventajas , que se vió Nicias precisado á pedir socorro á Atenas.

Por haber concebido tan seguras esperanzas admiró esta peticion de nuevos refuerzos , pero no acobardó. Enviaron los Atenien- ses otra armada , y la mandaba Demóstenes, General atrevido y confiado , con ocho mil hombres , máquinas y muchos víveres. Llegó esta con aparato y ayre de victoria , coronadas las popas de flores , y los mástiles cargados de banderolas. Los ecos de Siracusa sitiada se encontraban con el ruido de las trompetas y gritos que salian del campo y de la armada.

A las tropas que habian llegado de refresco las abrasaba el deseo de señalarse. Demóstenes determinó á Nicias á dar el asalto , pero no fue feliz. Los Atenien- ses que bloqueaban á Siracusa se vieron bloqueados en el puerto. La necesidad de una retirada , que empezaban á conocer como precisa , los empeñó en hacer los últimos esfuerzos para salvar su armada , y esto les ocasionó un combate de los mas terribles que se refieren en las historias. Estaban formados los dos exércitos de tierra sobre la costa : los ciudadanos

guarnecian los muros y los parages mas altos de sus casas que miraban al puerto: las dos armadas se atacaron con un valor que se convirtió muy presto en carnicería: por una y otra parte era horrorosa la matanza: los lamentos de los heridos y de los que perecian en el mar, juntos con los gritos de los dos exércitos que estaban en la ribera, no dexaban oír á los comandantes, y cada uno tomaba consejo de solo su valor. Como se daba esta batalla al pie de los muros de la ciudad eran testigos los padres de la muerte de sus hijos, y las mugeres de las de sus esposos. Veía el amigo á su amigo traspasado de heridas sin poderle socorrer. Despues de algunas horas que habia durado el empeño se sintieron tan cansados los dos exércitos que no podian manejar las armas. No obstante, si algun navío queria acercarse á la costa, no oían los que le montaban mas que reprehensiones amargas. *¿Qué es eso?* decian los Atenienses á sus soldados: *¿quereis volver á Atenas por tierra?* Y aunque cubiertos de heridas los hacian volver al mar. Si algun Siracusano estando para anegarse queria tomar la costa gritaban sus compatriotas: *Si quieres salvar la vida, salta en algun navío ene-*

*migo, ó muere gloriosamente en defensa de la patria.* Duró el combate todo el dia, y fuéron vencidos los Atenienses. El anuncio de la victoria fue un grito de alegría que desde la armada diéron los Siracusanos, al que correspondió el ejército de tierra: los que eran espectadores, ó los que estaban en las murallas, respondieron por su parte con repetidos gritos de contento.

No les quedó á los Atenienses otro recurso que procurar retirarse á alguna ciudad aliada en donde estar esperando el socorro de Atenas ó naves para volverse. Se pusieron en marcha, pero con la consternacion de un ejército precisado á abandonar las municiones y el bagage con incertidumbre de su subsistencia. Se aumentaba su desconsuelo con la vista de los muertos y los moribundos, de los quales unos quedaban expuestos á las fieras, y otros á la venganza del enemigo. Los enfermos y los heridos abrazando á sus amigos y camaradas los suplicaban con lágrimas que los llevasen, otros los seguian arrastrando á la distancia que podian, y quando les faltaban las fuerzas pedian á los cielos venganza de la crueldad con que los abandonaban. Resonaba el ayre en gemidos, y mostraban el camino los cadáveres.

Les perseguía con calor el enemigo sin dexarles tiempo de descansar. Llegando á un río se precipitaron con el ardor de la sed sin orden ni disciplina. Entraron en el mismo río con ellos los Siracusanos haciendo horrible carniceria. Prendieron á los dos Generales. No habia sido esta guerra de la aprobacion de Nicias. Si se prestó á ella fue por saber que en una república es peligroso manifestar una voluntad diferente de la del pueblo. No se atrevió á hacer treguas ni paces aunque veia la necesidad; porque en las repúblicas son los Generales responsables de los sucesos: él á lo menos habia hecho la guerra con atencion y humanidad. El pueblo de Siracusa, á pesar de las reclamaciones de los ciudadanos principales, condenó al General y á su colega á ser públicamente azotados con varas y precipitados. Los soldados fueron metidos en las excavaciones de las canteras, en donde solo les daban un escaso alimento para que conociesen que iban á morir allí, y que infestarian mutuamente con sus cadáveres á los que sobreviviesen, así como á ellos los habian infestado otros muertos.

El que quiera saber hasta donde llega la crueldad de los hombres (2592) debe leer

la expedicion de Anibal á Sicilia. Era este nieto de Amilcar, á quien habian muerto delante de Himera quando iba á socorrer á los de Selinunta. Ahora se habian cambiado sus intereses. No quisieron los de Selinunta recibir una composicion engañosa que los Cartagineses les proponian, y así empezaron estos sus asolaciones por ellos. Los habian llamado á Sicilia por causa de una division de los isleños, que les daban esperanzas de reparar con las riquezas del botin las pérdidas de la primera guerra. Por esto diéron el mando de las tropas á Anibal, que tenia que vengar la muerte de su abuelo. Desembarcó con trescientos mil hombres casi todos africanos, soldados feroces y bárbaros.

Muchas veces fue desgracia de los Sicilianos defenderse como heroes, y quedar vencidos. Así lo experimentaron los habitantes de Selinunta. Disputaron estos sus murallas, y despues las calles, las plazas públicas y sus mismas casas, y en todas partes los oprimia la multitud. Se retiraron como dos mil con el favor de la noche á una ciudad vecina en donde fueron bien recibidos, todos los demas fueron pasados á cuchillo, sin que quedase un hombre vivo, y poniendo fuego á la ciu-

dad echaban los soldados á empellones las mugeres y los niños á las llamas. Se les vió llevar pies, manos y otros miembros colgados de la cintura, y pasear en las puntas de las picas cabezas echando sangre: espantosos trofeos de la mas horrible barbarie.

Los Siracusanos enviaron á sus vecinos socorros, pero muy débiles y aun tarde para impedir sus desastres: ellos mismos no estaban muy unidos entre si. Estaba la ciudad dividida en dos bandos, y parece que estos eran, como sucede comunmente, el de los ricos y el de los pobres. A la cabeza del primero se veia Hermocrates, hombre de mérito, que despues de la derrota de los Atenienses habia mandado contra ellos en Atica las tropas auxiliares que los Siracusanos enviaron á los de Esparta, y habia vuelto muy glorioso. A la cabeza del partido de la plebe se presentaba Diocles, hombre severo, cuya prudencia y probidad eran muy estimadas. Antes de él se nombraban los magistrados en alta voz; pero introduxo la costumbre de elegirlos por escrutinio secreto, que es un método mas favorable á la libertad, y mas propio para hacer buenas elecciones. Tambien hizo pasar la ley de que el que se presentase armado en

medio de la asamblea general perdiese la vida aun quando fuese por descuido. Hubo un ruidoso alarma en las puertas de la ciudad, diciendo que se acercaba el enemigo. Diocles se armó para rechazarle, y sin pensar pasó por el sitio fatal. Le advirtiéron que llevaba la espada ceñida, y por consiguiente violaba la ley. *Yo mismo me castigaré,* dixo, *y se quitó la vida.* Por esta accion le levantáron estatuas.

Quándo sucedió este caso no se sabe; pero en el tiempo de que vamos hablando era antagonista de Hermócrates, y le hizo desterrar como sospechoso de que aspiraba á la suprema autoridad. Por mas que sus amigos hicieron presente que solo su mérito habia hecho que algunos envidiosos animasen contra él la multitud, no pudieron conseguir que le llamasen. Entonces le aconsejaron que se hiciese recibir por fuerza. Juntó Hermócrates un ejército, y por no ser bastante fuerte, él fue vencido y muerto, y todos sus partidarios condenados á destierro perpetuo: entre estos era uno Dionisio, por sobre nombre *el tirano.*

Volviéron los Cartagineses á Sicilia atraídos del botin, y siempre con trescientos mil hombres levantados en Africa, dicen los au-

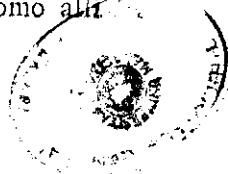
tores, y acometiéron á Agrigento, la ciudad mas opulenta despues de Siracusa. Son muy semejantes entre sí las relaciones de las hazañas de estas familias de bárbaros que entráron en esta isla infeliz: la defensa de los sitiados era mas que humana, y las victorias de los sitiadores, debidas á su multitud, fuéron el cruel placer de hartarse de sangre, por decirlo así; pero en el sitio de Agrigento hubo sucesos diferentes. Al principio hicieron los sitiados una salida, quemáron las máquinas del enemigo, y executáron grande carnicería. Los Cartagineses viéndose sin máquinas demoliéron los sepulcros que habia al rededor de la ciudad, y con sus materiales levantáron terrazos hasta la altura de los muros. Entró en su campo la peste, y es creible que la causáron las exhalaciones de los cadáveres no enterrados; pero los Adivinos dixéron que era un castigo del cielo por haber violado los sepulcros. Empezáron á su modo rogativas en el ejército, y sacrificáron un niño á Saturno: para aplacar á Neptuno arrojáron al mar muchos Sacerdotes: esto ya era faltar en el mismo lugar á la ley que les habia impuesto Gelon de no ofrecer víctimas humanas.

A la peste sucedió el hambre; pero después de haberla sentido los Cartagineses vivamente, se remediaron cogiendo por sorpresa el trigo que iba destinado para los Agrigentinos, y así recayó esta miseria en la ciudad. En la alternativa de perecer de hambre, ó de ir á buscar una muerte cierta en el campo enemigo, abrazó el Consejo un partido medio, pero muy penoso, y fue el de abandonar la ciudad. En el instante en que se hizo pública esta resolución resonaron en todas y cada una de las casas lamentables gritos; y no es posible expresar la opresión y la tristeza que sobrecogió á los ciudadanos viendo que iban á perder en un instante el fruto de sus trabajos, sus haciendas, sus riquezas y su patria. Hubo muchos que no se determinaron á abandonar los ancianos, los enfermos y los débiles, por no dexárselos á discreción á los inhumanos Cartagineses, y se quedaron para emplear á su favor sus últimos cuidados, y morir con ellos. Bien se les cumplió esta tan triste intención, porque los Cartagineses á ninguno perdonaron, ni aun á los que se habían refugiado á los templos. Hallaron riquezas inmensas, y una grande cantidad de pinturas, vasos y estatuas de mano de los mas famo-

sos artífices, con todo quanto se puede imaginar de una ciudad de las mas opulentas, que jamas habia sido saqueada ni aun sitiada.

Habia en Agrigento (2600) tropas siracusanas que protegiéron la salida de los expatriados, y los fuéron acompañando parte hasta Gela y parte á Siracusa, en donde fuéron recibidos con generosidad dándoles los privilegios de ciudadanos. Este favor no fue parte para que no se quejasen altamente de las tropas de Siracusa, en especial de sus Generales y primeros oficiales, pretendiendo que se habian dexado ganar de los Cartagineses. Los apoyaba en estas quejas un jóven llamado Dionisio.

No se sabe si era de familia ilustre ó de baxa esfera; pero es probable que no fuese de obscuro nacimiento, pues le cuentan entre los partidarios de Hermócrates, y aun fue herido en el combate que este tuvo á las puertas de Siracusa; y si le libráron del suplicio, fue porque esparciéron una voz de que habia muerto. No se le permitió volver hasta que tomó partido con la ocasion del sitio de Agrigento. Se señaló Dionisio en la única accion de importancia que se ofreció al pie de los muros de Agrigento; y como allí



habia peleado por los infelices habitantes, defendió su causa. No solamente reprehendió á los Generales, tambien tachó á los magistrados de haberse dexado corromper, y de mantener correspondencia con los Cartagineses para ayudarse mutuamente á concentrar la autoridad suprema y establecer la *oligarquia*, esto es, el poder entre pocos. ¿Qué es lo que no se hará creible al pueblo quando lisonjea sus pasiones, y principalmente aquella envidia que los arrastra naturalmente contra los ricos? Fue tanto lo que recalentó los espíritus el discurso de Dionisio, que depusieron á los xefes de las tropas, y sobre la marcha nombraron otros, de cuyo número fue Dionisio, tan querido por entonces de la plebe como antes habia sido odiado y perseguido. La conducta de este hombre, presentada sin intermedios, ofrece una especie de drama, cuyo personage principal apresura los sucesos, y los precipita hácia su objeto de un modo muy notable.

Por una parte este Dionisio valeroso y eloquente desafia á sus colegas: siempre es en los consejos de contrario parecer: halla que sospechar de sus intenciones; y da á entender que le repugna el servir con gentes que

piensan mas en su particular interes que en el del público. Dice que teme le hagan traicion si comunica con ellos sus planes de ataque ó de defensa. Por otra parte entretiene al pueblo con bellos discursos, y gana tanto su benevolencia, que ya el consejo empieza á temerle, y piensa en prohibir que suba á perorar. Habia una ley que prohibia presentarse á perorar qualquiera que no pagase antes la multa á que le habian condenado: acusáron á Dionisio como perturbador del reposo público, y le impusieron una multa tan fuerte, que le era imposible pagarla; pero un ciudadano muy rico satisfizo por él, y prometió pagar siempre que fuese necesario.

Con el apoyo de sus tesoros vuelve Dionisio á sus discursos. Se trataba de levantar un cuerpo de tropas para aumentar el que habia venido de Agrigento, y de hacer un esfuerzo victorioso contra los Cartagineses, y para esto se hablaba de un impuesto sobre el pueblo, y dixo Dionisio: „¿Para qué se necesita que vengan con mucha costa tropas de Italia y del Peloponeso, teniendo á nuestros compatriotas desterrados por los ricos, pero que suspiran porque se les llame, y aun comprarán su vuelta con un servicio gratuito?” Gus-

tó el expediente: llaman á los desterrados, y se convierten en otros tantos partidarios sacrificados á Dionisio.

Siempre activo, sabe que estan inquietos los de Gela, ciudad importante, y temiendo que los Cartagineses se aprovechen de su division, va allá con un buen cuerpo de tropas: decide que las pretensiones de la nobleza son infundadas: quita la vida á los que condena la multitud, hecha juez en su propia causa: les confisca los bienes, distribuyendo una buena parte á sus soldados, y les promete darles al doble en lo venidero. Sallian del teatro quando él volvia de Siracusa: todos en tropel van á verle, y le preguntan qué noticias traia de los Cartagineses, y él les responde diciendo con cierto ayre triste: „¿De los Cartagineses? Otros enemigos tiene Siracusa mucho mas peligrosos. Vuestros Generales y magistrados, que en lugar de hacer preparativos para defenderos, os divierten con vanos espectáculos, y no asisten á las tropas con lo necesario, convirtiendo su paga en sus particulares provechos. Mucho tiempo ha que yo sospechaba la causa de esta mala conducta; pero ya no son conjeturas. Imilcon, General de los Cartagineses, con el

pretexto de cambiar los prisioneros, me envió un oficial, cuyo verdadero fin era suplicarme que me prestase á las intenciones de mis colegas, ó que á lo menos no exâminase con rigor su conducta. No quiero ya servir con traidores, y así os digo que vengo á hacer la dimision.”

Se juntó el pueblo al día siguiente, y proponiendo los sabios que se exâminase la denuncia de Dionisio contra sus colegas, oyó una voz que decia á gritos: Tiempo hay para hacer este exâmen; lo que mas urge y lo que mas importa es nombrar un buen General contra trescientos mil Cartagineses que nos amenazan: en una ocasion semejante á esta fue Gelon nombrado Generalísimo. Con este exemplar que citáron se determinó la multitud, y proclamáron Generalísimo á Dionisio, el que sobre la marcha hizo decretar doble paga á los soldados. Con pretexto de una expedicion secreta hace publicar una órden á todos los desterrados, y otras gentes de buena voluntad que no pasaban de quarenta años, de que se presentasen en Leonte, ciudad de los Siracusanos, con víveres para treinta dias: él mismo fue tambien allá á la cabeza de los soldados que acababa de enriquecer con do-

ble paga, y se acampó con estas tropas cerca de la ciudad. Se oyó por la noche al redor de las tiendas un ruido extraordinario: Dionisio se salvó en la ciudad con desorden, diciendo á gritos que le querian asesinar: le siguiéron sus soldados y todos los desterrados, con otros muchos que se habian juntado en Leonte: le rodeáron: gritaban generalmente que no se podia dilatar el proveer á la seguridad de una persona tan preciosa. Le nombráron pues seiscientos guardias: él eligió al punto otros mil: mandó á la guarnicion que habia dexado en Gela, y era una parte de sus mejores soldados, que fuesen á juntarse con él. Entra pues en Siracusa con todo este cortejo delante, se apodera de la ciudadela; y se hace proclamar Rey á los veinte y cinco años de su edad. Condena á muerte á sus contrarios principales, y concluye con dos casamientos: uno el suyo con la hija de Hermócrates, cuyos intereses habia defendido en otro tiempo; y otro el de su propia hermana con Polixeno, cuñado de Hermócrates.

Mas trabajo le costó á Dionisio conservarse en la dignidad de Rey que el adquirirla. Capaz es su vida de aterrar á los que intentaren levantar á su ambicion un trono,

sin considerar que hay mil brazos que estan prontos para trastornarle, y que no hay un paso que se dé sin sangre. La primera pérdida que le sucedió con los Cartagineses dió motivo para que publicasen que tenia con ellos inteligencia. El pueblo, aquel pueblo tan inconstante, ya teme: da fe á sus enemigos que le calumnian: se junta con ellos, y le encierra en una parte de la ciudad, en donde tuvo que sostener varios combates. Prolongando así la defensa le llegaron soldados extranjeros, y hasta los mismos Cartagineses parece que le favorecieron aceptando la paz. Otra nueva insurreccion le puso en tanto aprieto que delibero con sus amigos, no ya sobre si moriria, sino sobre qual habia de ser el género de muerte. Uno de ellos le aconseja que viva, que reyne, y que no renuncie á la corona sino con la vida. Este consejo se apoyó con un refuerzo de tropas extranjeras que se abrieron paso hasta él. Desde la parte de la ciudad adonde se habia retirado hizo contra los Siracusanos una salida: mató muchos de ellos, y procuro que fuesen enterrados los muertos: este acto de religion penetra los corazones. Se les cayéron á los habitantes las armas de las manos, por decirlo así, y para

mayor seguridad se las quitó á todos. Solamente no pudo ganar á un cuerpo de caballería que parecia constar de los primeros ciudadanos.

Para tener ocupado al pueblo declaró Dionisio de nuevo la guerra á los Cartagineses, los que por su parte se pusieron en situacion de formidable defensa. Les tomó la ciudad mas importante que tenian en Sicilia; pero los Cartagineses se presentaron delante de Siracusa, y la sitiaron. Destruyeron los sepulcros como lo habian hecho en Agrigento, sirviéndose de los escombros para adelantar los aproches: tambien, como en Agrigento, les entró la peste; pero esta vez se conoció que la causó la infeccion de los cadáveres.

Mientras perecian los Cartagineses se vió Dionisio expuesto al riesgo mayor tal vez que quantos habia corrido. Se hallaba con un destacamento de su armada recogiendo viveres, y en su ausencia habian conseguido los Siracusanos cierta ventaja. Quando volvió Dionisio llamó al pueblo fuera de las puertas para felicitarle, y le prometió finalizar presto la guerra, y librarle de sus enemigos. „Eso en vuestra mano está, respondió Teodoro, un ciudadano muy estimado: consiste en que renun-

ciéis al mando, y nos dexéis en libertad; pues aun quando salgamos victoriosos, ¿de qué nos servirá sino de hacernos esclavos de un tirano doméstico? Si la fortuna se declara por los Carthagineses, nos pedirán un tributo, y nos dexarán vivir segun nuestras leyes; pero si Dionisio queda hecho dueño, saqueará nuestros templos y casas, se apoderará de nuestras tierras, jugará con nuestras vidas y con todo lo que mas estimamos. Deshagámonos de un enemigo que tenemos en nuestro propio seno antes de pensar en retirar un enemigo extraño, que es mucho menos peligroso. ¿Por ventura despues de haber ahuyentado millares de hombres será razon que tengamos miedo de uno solo? Tenemos armas, ¿y contra quién las podremos usar mejor que contra un tirano? Si Dionisio consiente en renunciar, abrámosle las puertas: si no quiere resignar la autoridad que ha usurpado, experimente quanto puede el amor de la libertad en hombres generosos.” Estaba la asamblea suspensa entre el temor y la esperanza: todos pusiéron los ojos en Férácides, que mandaba un cuerpo de Lacedemonios enviados á socorrer á Siracusa. ¿Quién diria que un Espártano no se declararia por la libertad? Pero dixo, que á él le habian enviado para

socorrer á los Siracusanos y á Dionisio, y no á hacer la guerra á Dionisio, ni á destruir su autoridad. Estas palabras lo detuviéron todo. Llegó la guardia del tirano, y se dispersó la asamblea.

Hasta en su propia familia tenia reprobadores de su conducta; pero tampoco en sus venganzas los perdonó mas que á los otros: Polixêno, esposo de Testa, su hermana, se vió en la precision de huir á Italia. Quiso Dionisio reprehender á su hermana porque no se lo habia dicho, y ella le respondió: „¿Me tienes por muger tan vil, que si yo hubiera sabido que mi esposo queria huir no habria hecho lo posible por acompañarle? No supe yo sus intentos: si él me los hubiera comunicado, yo seria su compañera en los peligros y desgracias: yo me tendria por mas feliz, si me llamasen la muger de Polixêno el desterrado, que la hermana de Dionisio el tirano.”

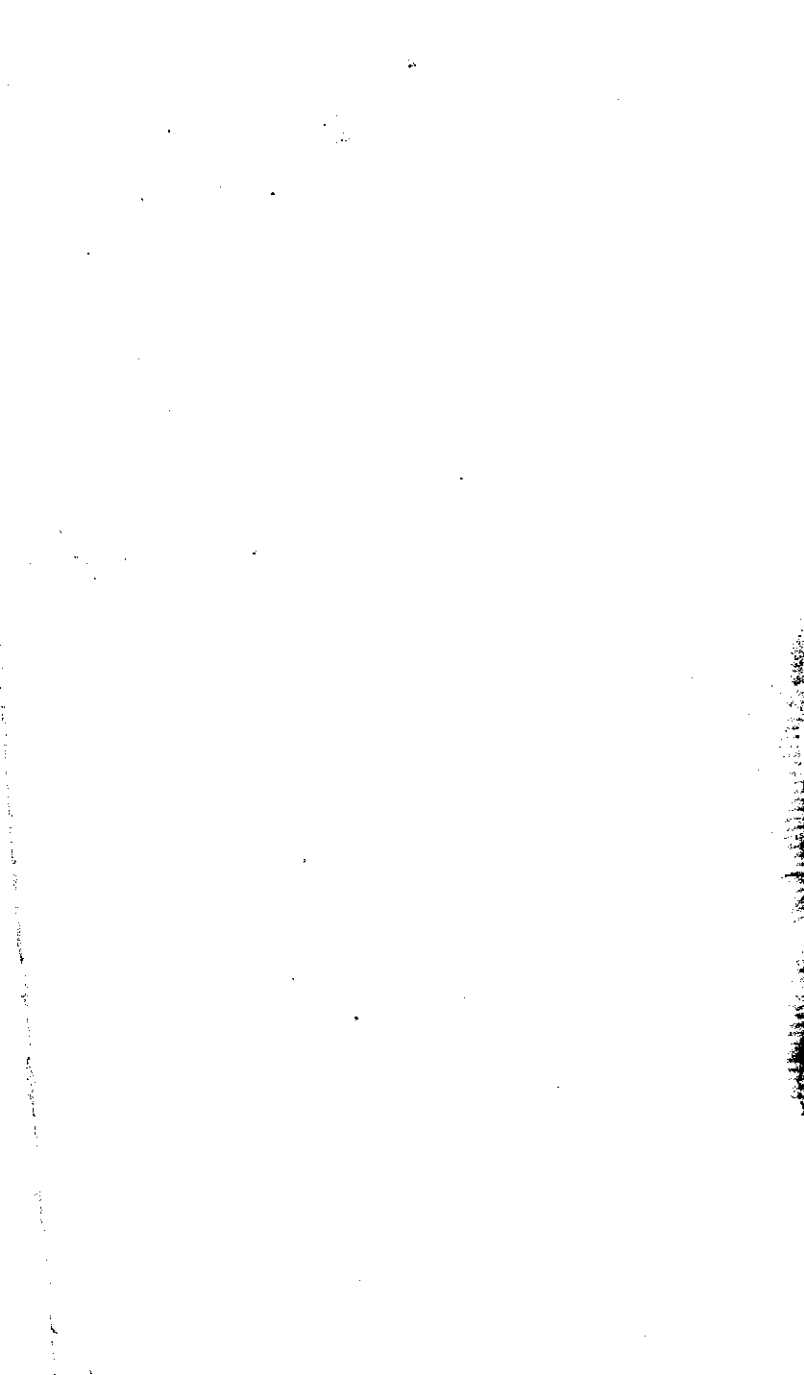
Los Cartagineses, disminuidos con la peste, se viéron en la necesidad de levantar el sitio; y Dionisio, mediante una grande suma de dinero que le diéron, los dexó partir tranquilamente. Sin mas fin que ocupar á los Siracusanos volvió sus armas contra la Italia. Reggio, ciudad fuerte, habia merecido su indig-

nacion por haberle negado para esposa una de sus conciudadanas, con términos descorteses. Resistió la ciudad á sus ataques, pero se rindió al hambre. A todos los habitantes los trató con su ordinaria crueldad; pero se distinguió con Piton, su xefe, porque se defendió con valentia: á su hijo le hizo arrojar al mar: al padre mandó que le atasen á la extremidad de una grande máquina, y que le dixesen que su hijo se habia ahogado el dia antes. Le respondió el desgraciado padre: Bien está: mi hijo ha sido mas afortunado que yo por un dia entero. Le desatáron, y le paseáron por las calles azotándole con varas, y pasando mil ultrajes: iba delante un pregonero gritando: Así se trata al pérfido que ha movido á los habitantes de Regio para que hagan la guerra. Mejor dirias, exclamaba Piton, que me tratan así por no haber querido entregar mi patria al tirano. Conmoyó este espectáculo á los soldados contra la intención de Dionisio; y temiendo que librasen al infeliz hizo prontamente que le arrojasen al mar.

Motivos hay para notar que no se le escapó á Dionisio accion de clemencia, que no fuese por interes. Parecia que la inhumanidad le era natural. No se ve que se complaciese en

los suplicios como un Falaris y otros muchos; pero la vida de los hombres la contaba por nada: mandar matar á un enemigo ó á un hombre de quien sospechaba, y quitar la vida á una multitud ó incendiar una ciudad era como una de aquellas cosas que por comunes no se admiran. No habia al mismo tiempo hombre de mas apego á su propia vida, si hemos de juzgar por las precauciones que empleaba en conservarlas. Si arengaba al pueblo era desde una alta torre, para que nadie se le acercase. Nadie, ni aun sus hermanos ni sus hijos, era admitido á su presencia sin que antes le registrasen, y aun él mismo no entraba en la habitacion de sus mugeres sin que antes lo visitasen todo. Ademas de las cerraduras y cerrojos tenia al rededor un foso con puente levadizo. Con el menor ruido que oia en la calle ó en su palacio se estremecia. El servicio personal de su limpieza y aseo solamente le admitia de sus hijas muy pequeñas. Tanta cautela, y no hay aquí exâgeracion, es una prueba de quan miserable es la vida de aquel que por haber hecho mal á todos, de todos tiene que temer.

Un estado semejante de continuado susto es capaz de envenenar los mas dulces place-





### Damocles.

*Para convencer Dionisio á Damocles de qual era la felicidad que este le envidiaba, mandó servirle una comida espléndida con toda la magnificencia y fausto imaginable: pero quando Damocles, enagenado de placer, sentia solamente que no hubiese de ser la misma siempre su fortuna: vio sobre su cabeza una espada pendiente de un cabello, con lo que aterrado renunció para siempre á tan falsas felicidades.*

res: así se lo probó Dionisio á uno de sus cortesanos, llamado Damocles, que encantado de las prosperidades que el tirano disfrutaba, su poder absoluto, sus riquezas y su palacio magnífico, estaba continuamente alabando su felicidad. ¿Quieres, le dixo, gozarla un dia? Damocles consintió, y el tirano le convidó á comer: le hizo sentar en un lecho dorado, cubierto con un tapiz bordado ricamente: la mesa estaba cargada de los mas exquisitos manjares, rodeada de esclavos hermosísimos magníficamente vestidos, y que atentos á la menor señal que les hacia, le servian prontamente. Estaba el adulador bañándose en alegría, diciendo que se tendría por el hombre mas dichoso si pudiera prometerse siempre la misma felicidad. Pero quando con mayor placer se estaba saboreando advirtió que habia una espada pendiente de un solo cabello, amenazando á caer sobre su cabeza, y le entró un sudor tan frío, que todo menos la espada desapareció de su vista. Pide con ansia que le permitan retirarse, y declara que él renuncia para siempre semejante felicidad.

Esta prueba de Damocles da bien á entender que no estaba Dionisio tan ciego con su estado. Muchas veces procuraba divertir sus

cuidados con la sociedad de hombres entendidos, pero no habia que fiar de sus favores. Llamó á su lado al célebre Platon; y por sola una palabra del filosofo que le desagradó, le hizo vender como esclavo en el mercado público. Se tenia por grande poeta, y recitaba con complacencia sus versos. Filoseno, uno de sus cortesanos, experimentó bien el riesgo de no aplaudirle sus talentos; este se atrevió no solo á escucharle con frialdad, sino tambien á criticarle y Dionisio le envió á las Canteras, que era la cárcel pública; bien que á súplicas de sus amigos le hizo al dia siguiente gracia, y para sellar la reconciliacion le convidó á comer. Persuadido el tirano á que un censor avisado con su accion seria mas condescendiente, empezó á recitarle sus versos, y le dixo: ¿Qué te parecen? Filoseno se volvió muy tranquilo hácia los esclavos, diciendo: „Que me lleven otra vez á las Canteras.” Por esta vez tomó Dionisio la respuesta por chiste, y le perdonó.

No era la poesía en Dionisio solamente gusto, sino pasion. Disputó el premio en Atenas, y manifestó mas satisfaccion de haberle ganado, que de sus mas famosas victorias. Para él ningun género de gloria era indiferente.

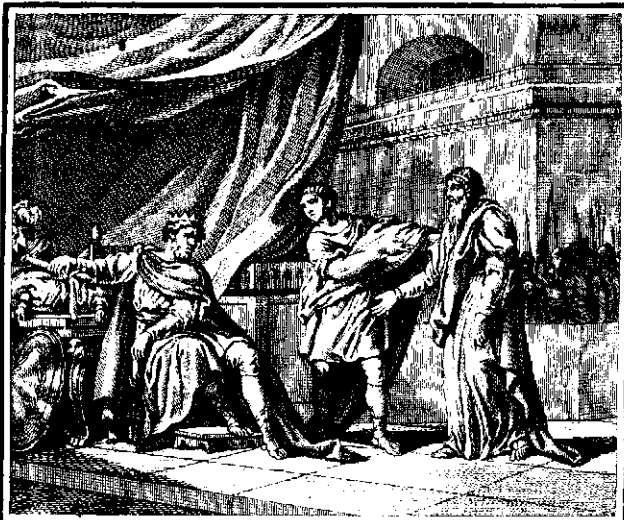
Pretendió con ambicion la corona de los juegos Olimpicos; y el disgusto de no haberla conseguido le sepultó por algun tiempo en una verdadera melancolia. Tenemos algunos chistes, que dixo hablando de sus dioses. Habiendo sido muy feliz una expedicion que emprendió, despues de haber robado el templo de Proserpina, dixo: „Ved como los dioses inmortales favorecen á los sacrílegos.” A una estatua de Júpiter la quitó un manto de oro macizo, diciendo: „Es muy pesado para verano, y muy frio para el invierno.” Muchas estatuas de los dioses tenian en sus manos copas y coronas de oro, y se las tomó diciendo: „No hago mas que recibirlas, y seria buena simpleza pedir continuamente á los dioses bienes que despues negasen, quando ellos estan extendiendo la mano para darlos.” Estos despojos se vendieron por su orden á pública subasta; y al dia siguiente hizo pregonar que los que tuviesen en su casa algunas cosas pertenecientes á los dioses inmortales, las restituyesen: él no volvió el dinero; pero ay de aquellos que las habian comprado.

Murió en su cama Dionisio el tirano. Le llaman Dionisio el anciano para distinguirle de su hijo Dionisio el jóven, que le reempla-

zó; pero á un Rey firme y absoluto le sucedió un Principe débil y sin resolucion. Dos partidos le disputáron su favor, uno aparentando la austeridad de la sabiduria; el otro presentando el cebo de los placeres: y este último se le llevó al principio; porque Dionisio, saliendo de la sujecion en que le tenia un padre asustadizo, se entregó sin freno á la libertad de una vida disoluta; pero del mismo exceso le vino el remedio. Dion, hermano de Aristómaca, muger de Dionisio el anciano, discípulo de Platon, avergonzó al Principe jóven, diciendo, que su conducta era capaz de ocasionar el desprecio de sus vasallos; así le hizo despedir los cómplices de sus desórdenes, llenó el palacio de personas graves, y consiguió que llamase á Platon. Este filósofo, olvidando los malos tratamientos del padre, se resolvió á exponerse á la ingratitude del hijo; pero no tardó en arrepentirse de su condescendencia. Sobre cuentos falsos, imaginados por los cortesanos que habian perdido la gracia por causa de Dion, cayó este de ella, y encerráron á Platon en la ciudadela. Pasados algunos dias se le permitió retirarse.

Entonces se vió explicarse el sistema de toda faccion dominante, que consiste en lle-





### Platon en Siracusa.

*Vendite como esclavo el celebre Platon por Dionisio el anciano; llamado preso, y desterrado despues por Dionisio el joven, fue sin embargo tan fiel á su amistad con Dion, que llamado nuevamente por Dionisio, volvió á Siracusa para interceder por su amigo. Pero esta intercesion pudo más á riesgo su vida, y le costó un nuevo destierro. Era Dionisio aun mas irracionable e injusto que Platon filósofo.*

var las cosas al último extremo hasta hacer á los de su partido irreconciliables con sus contrarios. Persiguiéron á todos los amigos de Dion, y aun quisieran cogerle á él en persona, mas ya se habia retirado á Atenas, adonde fue Platon á verle. Aparentó Dionisio que estaba arrepentido de sus injusticias para con el filósofo, y se valió de sus amigos para que le hiciesen volver. Le ofrecieron la lisonjera esperanza de reconciliar á Dion con Dionisio. A esto no pudo resistir Platon, y así volvió. Quando ya quiso hablar de la especie de empeño que llevaba sobre llamar á su amigo, estaban mudadas las cosas por haber logrado Dionisio una victoria, con la qual no tenia que temer á su tio. Fuéron mal recibidas las instancias de Platon; y ya esta tercera vez, no solo le desterráron de la corte, sino que estuvo su vida en grande riesgo.

Su partida, para la que obtuvo con dificultad el permiso, fué la señal de toda especie de vexaciones contra Dion. Le negáron la renta de sus bienes que Dionisio le habia prometido al despedirse, y le ultrajó de tal modo, que hizo que Areta, muger de Dion, á la que su marido amaba mucho, se casase por fuerza con Timócrates, uno de sus adulado-

res. Con tales provocaciones se irritó Dion, y tal vez sin ellas hubiera permanecido tranquilo con sus amigos en Atenas. Levantó algunas tropas, pocas pero valientes y resueltas: llegó con ellas á Siracusa quando Dionisio estaba ocupado en la guerra de Italia: publicó que no iba á vengarse, sino á sacar del yugo del tirano á Siracusa y la Sicilia. De este modo se apoderó Dion de una parte de la ciudad: las tropas del tirano guardaron la ciudadela: volvió Dionisio, y presentó un combate á Dion, en el que este quedó herido, y estuvo para caer en manos de su enemigo: le salvaron los Siracusanos, pero presto se cansaron del heroe instigados por Heráclidas, uno de los Generales de Dion, el que consiguió quitarle el espíritu del pueblo. Atacó este á su General: no queriendo este defenderse contra los que habia ido á librar, eligió dexar la ciudad con sus tropas. Dionisio por su parte habia ido á buscar socorro á Italia, dexando la ciudadela á su hijo Apolócrates.

Este sufrió en ella las extremidades del hambre con grande constancia, esperando la ocasion de atacar la ciudad; y no tardó en lograrla, por las divisiones que reynaban en ella. Du-





### Dion libéré à Syracuse.

*Abbas Dionisie à Arcto, esposa amante & amada de Dion, se casase con Timócrates; pero no pudiendo resistir Dion á este ultraje, que supo en Atenas, levante tropas, que áunque pocas eran espizadas, & publicando que iba á librar al tirano á Syracuse, se aumente su exercito: con lo qual, despues de varios successos, & mientras Dionifie buscaba en Italia socorro, se apoderó Dion de Syracuse.*

rante los disturbios estaba la disciplina olvidada, y todavía la despreciaron mas los Siracusanos por haber ganado una pequeña victoria. Se aprovechó la guarnicion de una fiesta que celebraban los vencedores: salió de la ciudad con diez mil hombres, pasando á cuchillo quanto encontraba: á todos los habitantes les sobrecogió un espanto inexplicable, y entonces clamaban: *¿En dónde está Dion?* Fuéron á suplicarle que volviese, pues entoaes era tiempo. Nisio, General de la guarnicion, acababa de hacer un ataque cruel: las calles y las plazas públicas estaban llenas de cadáveres, y de las casas salia un torrente de llamas. Detras de esta especie de parapeto estaba la guarnicion, apostada en una brecha del antemuro que defendia la ciudadela, esperando con intrepidez el asalto. Este fue terrible, y despues de larga resistencia capituló la guarnicion, precisada á retirarse á la ciudadela; y entró Dion en ella á la cabeza de sus tropas.

Su hermana Aristómaca, á quien habian encerrado allí, llegó á su presencia, llevando al hijo de Dion y á su muger Areta, tan cruelmente arrancada á su amor. Estaba la infeliz temblando, y esperando su sentencia; pero dixo Aristómaca al presentarla: „¿Cómo te

ha de abrazar? ¿ha de ser como esposo? ¿ó quieres que espire á tus pies, sin haber faltado jamas voluntariamente á la fidelidad que te habia jurado?" La abrazó tiernamente Dion, bañado su rostro en lágrimas: la entregó su hijo, y la recibió en su casa. Dió á los Siracusanos la ciudadela, y despidió sus guardias.

Por entonces pensaba dar á sus conciudadanos una especie de gobierno, y segun su plan debia residir la autoridad suprema en un consejo de sugetos elegidos por el pueblo y la nobleza. Tambien le atravesó Heráclidas este proyecto; y fatigado Dion con los obstáculos que este hombre oponia á sus desig-nios, permitió que le quitasen la vida, y confesó la muerte; pero se sintió castigado con los crueles remordimientos, que le sumergié-ron en una profunda melancolía. Atribuyó á justo castigo de los dioses la desgracia de su hijo, que cayó de un tejado, y se mató; y él mismo experimentó el castigo de su homicidio con una muerte violenta; porque Cálippe, su huésped y su amigo, que aspiraba á la soberanía, le asesinó en su casa, y aun parece que el mismo Dion no quiso evitar esta desgracia, teniendo de ella indicios. Sin duda su virtud severa le hizo considerar como

una debida expiacion el sacrificio de una vida manchada con tan horrible delito. Poco se aprovechó el asesino de su traicion; porque Siracusa, á la que habia sujetado por un momento, le arrojó de si, y paso por algun tiempo una vida errante é infeliz, hasta que por último le degolláron dos amigos de Dion con el mismo cuchillo con que él habia asesinado á su amigo. La infeliz Areta, arrancada primero de los brazos de un esposo amado, y entregada á un himeneo involuntario, restablecida despues en la gracia de su marido, y precisada á llorar la funesta muerte de un hijo, cubierta de luto por la de su esposo, cayó en manos de Ictetas, tirano de Leonte, que era otro pérfido amigo de Dion. Este para deshacerse de una viuda inútil la embarcó, dando orden de matarla y arrojlarla al mar, y así se executó. ; Oh qué de tristes destinos se ven en el mundo!

La muerte de Dion y la fuga de Cálippe llamáron á Dionisio á Siracusa. Los ciudadanos le opusieron aquel Ictetas de quien hemos hablado, contando con servirse á un mismo tiempo de sus talentos y sus fuerzas contra los Cartagineses que de nuevo amenazaban: mas descubriéron que Ictetas, abusando de su

confianza, habia hecho con los Cartagineses un tratado secreto, por el que se empeñaban en hacerle dueño de Siracusa, y él de su parte prometia no oponerse á sus conquistas en Sicilia. Los Siracusanos, aturdidos de ver esta traicion, enviáron á pedir socorro á Corinto, de donde pretendian traer su origen. Fuéron bien recibidos los diputados, y se les concedió su pretension.

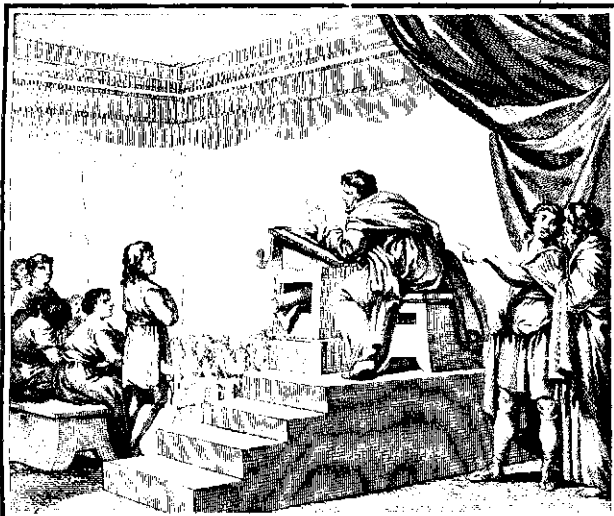
Cerca de Corinto vivia un hombre llamado Timoleon (2658), á quien abrasaba tanto el deseo de la libertad, que le habia hecho cometer un delito atroz contra su hermano. Le amaba tiernamente Timoleon, y aun le habia salvado la vida en una batalla; pero todavia tenia mas amor á su patria. Teniendo indicios muy ciertos de que aspiraba á la soberanía de Corinto, y viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para separarle de su intento, le hizo quitar la vida en su presencia. Los principales ciudadanos alabáron esta accion como un rasgo admirable de heroismo. Otros la condenáron como un crimen detestable, y digno de provocar sobre él y su familia la venganza de los dioses. Su madre, quando fue á consolarla, le echó mil maldiciones, y no le quiso ver. La desesperacion de

su madre le llenó de horror de sí mismo; y contemplándose ya como un delinquente sacrificado á la muerte, tomó Timoleon el partido de abstenerse de todo alimento. Con mucho trabajo consiguiéron sus amigos que dexase una resolucion tan funesta; pero á lo menos se condenó á pasar el resto de sus dias en la soledad. Renunció los empleos públicos, se ausentó de la ciudad, y por veinte años habitó los lugares desiertos entregado siempre á una negra melancolia. Al cabo de este tiempo volvió á Corinto; pero vivia como un simple particular siempre retirado, y sin mezclarse en el gobierno.

Se trataba de librar á Siracusa de un tirano, y tal vez de quitar de otras ciudades de Sicilia los que las dominaban. Creyeron pues que no se podia elegir para esta expedicion mejor hombre que el que habia manifestado tanto horror á la tiranía. Le nombráron los Corintios por xefe de la empresa, mas con tan pocos soldados que parecia contaban con él solo. Al principio le sirvió mas la industria que la fuerza: engañó á los Cartagineses que le cerraban el paso, y sorprendió á Ictas que se lisonjaba de retarle con proposiciones falsas. Era Ictas due-

ño de la ciudad, el Almirante Cartagines de los puertos, y Dionisio de la ciudadela. Hallándose este reducido á la extremidad, se determinó Timoleon á tratar con él mas bien que con los otros. Le dexó llevar parte de sus tesoros, y le hizo escoltar hasta Corinto, que le sirvió de asilo. Se dice que allí se arruinó con comediantes y cantores, hasta verse precisado á abrir escuela para subsistir. Ciceron piensa que escogió este estado para exercer por lo menos en los niños la tirania que no podia con los hombres.

No se encerró Timoleon en la ciudadela, y dexó en ella quatrocientos Corintios baxo un hábil comandante llamado Leon. Ictas y los Cartagineses reunidos le bloqueáron estrechamente; pero quando contaban con vencer á Leon por hambre, sorprehendió este un quartel de la ciudad, y se estableció en él. Al mismo tiempo Timoleon, que habia recibido un refuerzo, se presentó á los aliados en batalla, y tuvo medio de corromper una parte de sus tropas. El General Cartagines asustado de ver esta desercion montó en sus navíos, y huyó. Ictas sostuvo en la ciudad una especie de asalto, es decir, que sus soldados se viéron sobre las murallas y las



### Dionisio Maestro de niños.

*Acordado Dionisio de Sinacara por Timoteo, exiliado en Corinto, y empobrecido por sus desordenes, se reduce, para subsistir, á ser Maestro de niños. ¿Quan justamente excitará la compasión á un qualquiera desventurado Monarca humillado á tanto! Pero quanto la merecían los inocentes niños sujetos á recibir la educación y padecer el trato de un hombre tan perverso y cruel como Dionisio.*



abandonaron. Se retiró pues con ellos, y Timoleon se apoderó de la ciudad.

Al día siguiente convidó al son de las trompetas á los habitantes á que fuesen con instrumentos á demoler la ciudadela, y las demás fortalezas que llamaba él *los nidos de los tiranos*. Acudieron en tropel, arrasaron los muros, los palacios, hasta los sepulcros, y quanto podia suscitar la memoria de la tiranía. En los mismos sitios hizo Timoleon levantar edificios públicos destinados á la administracion de la justicia. Se aplicó despues á repoblar á Siracusa, que con las últimas turbulencias estaba reducida á un estado deplorable. Volvieron á ella los desterrados que venian de todas partes de Sicilia, de Italia y de Grecia. De concierto con dos legisladores que los Corintios le enviaron dió Timoleon nuevas leyes, cuya basa era el gobierno democrático presidido por un magistrado anual.

Resucitada Siracusa, por decirlo así, recorrió Timoleon la Sicilia como vencedor, sujetó los tiranos de muchas ciudades, y los envió á Corinto para que acompañasen á Dionisio. Su última hazaña fue la derrota de los Cartagineses que volvieron á Sicilia; y si no

pudo echarlos de allí, los confinó á una parte de la isla, desde donde no pudieron hacer daño á los Siracusanos. Icetas, el que quitó la vida á la infeliz Areta, muger de Dion, no se escapó de la justa venganza, pues le matáron con su hijo: y su muger y su hija fuéron sacrificadas por los Siracusanos á los manes de Areta.

Si la mayor parte de la vida de Timoleon se pasó en la tristeza, envenenándola la memoria de la muerte de su hermano, gozó en sus últimos años de la mas dulce y gloriosa tranquilidad. Le diéron los Siracusanos, para agradecerle sus servicios, la mejor casa de la ciudad y otra magnífica de campo, á la que se retiró con su muger y sus hijos, á quienes llamó de Corinto. Allí fué en donde pasó el resto de sus dias disfrutando la felicidad de haber conseguido la de tantas ciudades. Perdió en su vejez la vista; pero con esta ocasion le manifestáron los Siracusanos su estimacion y su respeto haciéndole freqüentes visitas. A todos los extranjeros que pasaban por su pais los llevaban á que viesén á su bienhechor y libertador: siempre le consultaban en los asuntos importantes, y seguian su parecer. Por lo comun iba en su

carro, y entraba en la asamblea resonando los gritos de alegría de todo el pueblo, y le volvian á acompañar hasta las puertas con las mismas aclamaciones. Nada faltó á la magnificencia en sus funerales; porque destináron para esto los Siracusanos una suma considerable; pero el mejor ornamento del entierro fuéron las lágrimas mezcladas con las bendiciones con que honráron su memoria todos los ciudadanos. Se decretó que todos los años se hiciese memoria del dia de su muerte con una funcion fúnebre, y que siempre que los Siracusanos tuviesen guerra con los bárbaros pidiesen á Corinto un General.

En una ciudad compuesta de tantas naciones (2652) mas debe admirarse que durase la paz de Timoleon por algun tiempo, que el que esta se rompiese á los veinte años. Esto sucedió con las turbaciones que excitó el tirano mas cruel de Siracusa llamado Agatocles. Era hijo de un alfarero, de extrema hermosura, y bien formado; con la edad adquirió una fuerza prodigiosa, y una valentia correspondiente. No habia soldado que pudiese llevar unas armas tan pesadas como las suyas, ni que fuese en la ocasion tan atrevido. Cayó en gracia á un poderoso de Si-

racusa llamado Demante. Elegido este por jefe de los Agrigentinos no se olvidó de su favorito, y le dió el mando de mil hombres. Sin duda no habia desagradado á la muger de su protector, pues muerto este se casó con ella, y así se hizo dueño de grandes bienes.

Estaba entonces Siracusa sujeta á un tirano llamado Sosítrato, á quien Demante habia sido sospechoso; y por quanto su sucesor no le hacia menos sombra, pretendió que le asesinasen. Se escapó Agatocles con maña, y fue á probar fortuna en otra parte. Se manifestó su ambicion en dos ciudades, y ambas le echáron fuera; bien fuese porque Sosítrato le perseguia aun retirado, ó que la casualidad oponia el uno al otro, hubo entre los dos y sus tropas un combate del que Agatocles salió vencedor. Siguiendo la serie de desgracias arrojáron á Sosítrato de Siracusa con setecientos de los ciudadanos principales, mas que sospechosos de que intentaban sustituir la oligarquía á la democracia. A Sosítrato le favorecian los Cartagineses que amenazaban á Siracusa; pero la victoria que ya habia ganado contra él Agatocles, fue para los Siracusanos una razon poderosa para dar

á este el mando de sus fuerzas. Derrotó las tropas reunidas de Sosítrato y de los Cartagineses, recibiendo en el combate siete heridas. El crédito que le dió para con el pueblo un afecto tan señalado á los intereses de la ciudad, le hizo aventurar algunos actos de soberanía: mas como todavía no estaban bien preparados los espíritus, perdió el puesto de General, y diéron este empleo á un Corintio.

Tomáron tambien las medidas para quitarle la vida; pero él se salvó con tal arte que le tuvieron por muerto. Mientras los Siracusanos vivian en esta firme confianza se presentó delante de sus muros con un ejército fuerte que habia levantado en el corazon de la Sicilia. Empezáron las negociaciones, y consintieron los de Siracusa en recibir á Agatocles si despedia las tropas, y prometía no emprender cosa alguna contra la democracia; y él se obligó con juramento solemne á sostener los intereses del pueblo; lo qual era una especie de obligacion contra el senado, compuesto de seiscientos ciudadanos principales. Despidió Agatocles sus soldados, pero de modo que los pudiera encontrar, y con el pretexto de una guerra con Erbita,

ciudad vecina, se hizo nombrar comandante: autorizado con esto para juntar tropas, se vió muy presto á la cabeza de un ejército, y entonces ya no gastó mas ceremonias.

Antes de volver vuestras armas contra los habitantes de Erbita, dixo á los soldados, pensad en librar á Siracusa de esos seiscientos tiranos mucho mas peligrosos que los Erbitanos y los Cartagineses, pues nunca habrá tranquilidad mientras vivan así ellos como sus partidarios. Esto era autorizar á los soldados, casi todos de lo mas despreciable de la plebe, para que quitasen la vida, al cuerpo de la nobleza. Para alentarlos mas les abandonó al pillage los bienes de los muertos. Despues de esta arenga da la señal Agatocles, y el soldado degüella quanto encuentra sin distincion de clases, edades ni sexôs, y en pocas horas cayéron mas de quatro mil personas al filo de sus espadas.

No era esto lo bastante para Agatocles. Pretendia este no solo exterminar los nobles, sino que solo quedasen con la vida un corto número de ciudadanos acomodados para gobernarlos mas facilmente. Con esta intencion hizo que continuase por dos dias el pillage y la matanza, y despues juntando á los que

habian sobrevivido á tanta carnicería, les dijo: „El mal era grande, y necesitaba de un remedio violento. Mi fin ha sido restablecer la democracia, y sacar la ciudad del yugo de algunos magistrados tiránicos: ahora quiero vivir tranquilo, y me retiro.” Entre los que le oían habia muy pocos que no fuesen cómplices de sus crueldades, y conocian bien que no estaban seguros de la impunidad si no confiaban el supremo poder al primer autor de la matanza. Todos le suplicáron que tomase la autoridad absoluta, y le proclamáron Rey.

La primera ley que publicó fue la abolición de las deudas, y el repartimiento de las tierras por igual entre los pobres y los ricos. De este modo se halláron los nobles á nivel con los mas baxos del pueblo, al que por este medio aficionó constante á su revolución. Establecida esta y asegurada fue Agatocles mas humano, hizo prudentes leyes, y con la conquista de toda la Sicilia, á excepcion de las ciudades de los Cartagineses, hizo mas firme su trono.

Aunque respetaba la propiedad de estos extrangeros, le hacian sombra sus victorias. Enviáron contra él un ejército comandado por

Amilcar, al que se juntaron los malcontentos y enemigos de Agatocles, que eran muchos, y le ganaron una victoria tan completa, que le hicieron encerrarse en Siracusa. Reducido á este extremo concibió un proyecto que otros han imitado despues; pero él tiene la honra de ser el primero que le imaginó. No quiso confiarle á nadie; pero exhortó á los Siracusanos á que sufriesen el sitio con paciencia, mientras él iba á buscar socorros; embarcó pues sus mejores tropas, hizo vela á la Africa, y desembarcó.

Lo que le embarazaba eran sus propios navíos, porque dexar con ellos un cuerpo de guardia era debilitar su ejército, ya poco numeroso para los proyectos que meditaba: abandonarlos sin defensa era entregarlos á los Cartagineses, dueños del mar. En estas dudas tomó con resolucion un partido digno de un genio elevado y atrevido como el suyo, pues así quitaba á los soldados toda esperanza, y les obligaba á vencer ó morir. Los juntó, y prevenidos ya los oficiales dixo: „Quando salimos de Siracusa perseguidos y estrechados de los enemigos, hice voto á Ceres y á Proserpina diosas tutelares de Sicilia, de quemar todos nuestros navíos si nos libraban de

caer en manos de los Cartagineses, y nos hacian abordar en Africa con felicidad. Ayudadme, soldados, á cumplir el voto, que las diosas nos pueden fácilmente desquitar de esta pérdida por hacerla en sacrificio." El fue el primero que arrojó una hacha encendida al navío que le habia llevado, y lo mismo hizo cada capitan. Los torbellinos de llamas se levantan, las trompetas suenan, y toda la ribera resuena con los gritos y alegría; pero llegando la reflexion, y considerando que un vasto mar los tenia separados de su patria, sin medio alguno para salir del pais enemigo en donde estaban, sucedió el desaliento á el exceso del gozo; pero Agatocles los animaba con la vista del delicioso pais que iban á recorrer, y sobre todo con la perspectiva de la soberbia Cartago, cuyos despojos no podian escapar de sus manos.

Grande era el susto de Cartago, no sabiendo qué pensar de aquella repentina irrupcion. ¿Si habrán vencido á Amilcar? ¿Si habrán aniquilado sus tropas? ¿Cómo ha dexado pasar un ejército entero sin dar la batalla? Esperando mas noticias que los instruyesen, sacaron los Cartagineses fuera de los muros un ejército mandado por Bomilcar y Hanon. Aga-

tocles, que tenia su interes en pelear, no tardó en ejecutarlo: murió Hanon en la batalla, y Bomilcar retiró su ala con poca pérdida. Quería reservar sus soldados para llegar en su patria á la suprema autoridad, á la que la muerte de su rival Hanon le allanaba el camino. No debió Agatocles la victoria únicamente al valor de sus tropas, sino á que supo animarlas con un prestigio. Al empezar la accion soltó los buhos que llevaba prevenidos; y como estas aves consagradas á Minerva no pueden volar lejos con la claridad del dia, se colgáron naturalmente de los escudos de los soldados de Agatocles, y así se sintiéron maravillosamente alentados con esta señal de la proteccion de la diosa.

Siracusa permanecia sitiada y aun muy estrechada, quando Amilcar recibió las órdenes con que le mandaban con amenazas que volviese prontamente á su patria para socorrerla. Antes de abandonar una presa que contaba ya que seria muy presto suya, pensó en este arbitrio. Le habian enviado algunos hierros de los navíos siracusanos hallados entre las cenizas. Hizo pasarlos á Siracusa como una prueba de la entera derrota de su Rey. La creyéron muchos, y fue grande el partido de

los que querian rendirse; pero venció la opinion contraria, y aun echáron fuera á los que se inclinaban á la capitulacion, y saliéron como unos ochocientos que Amilcar recibió bien.

Agatocles por su parte envió á Siracusa la cabeza de Hanon, y al verla se animáron los habitantes, y resistiéron con felicidad al último asalto. Despues en una salida derrotáron al ejército cartagines, prendiéron á Amilcar, y enviáron su cabeza á Agatocles. Se hallaba este acampado delante de Cartago, que se habia reforzado; pero el espectáculo de la cabeza de Amilcar les imprimió un terror grande.

De todos modos los perseguia Agatocles: él seducia á sus aliados y les suscitaba enemigos; pero sobre todo deseaba hacerse amigo de Ofelas, Rey de los Cieneos, que tenia un ejército de veinte mil hombres bien disciplinados. Le hizo saber el Siracusano, que teniendo él un reyno tan hermoso como era la Sicilia, no pensaba en establecerse en Cartago, y que le aseguraria este trono si queria juntarse con él para destruir aquella orgullosa república. Ofelas se llegó á engañar con este cebo, y le llevó sus tropas. Así que llegó le hizo matar, y aquel

ejército sin jefe y distante de su país se vio precisado á entregarse al asesino de su Rey.

Como la guerra duraba mucho, Agatocles resolvió con su actividad volver á Sicilia: dio las órdenes necesarias para que nada se perdiese por su ausencia: se embarcó con dos mil hombres escogidos: llegó á Sicilia, y arregló en ella todos los negocios: destruyó una liga que se habia formado entre muchas ciudades para sustraerse de su obediencia, y volvió á partir. Quando llegó á la Africa todo lo halló muy mudado. Arcagato, su hijo, á quien habia dexado el mando, habia perdido una batalla: faltaban los víveres, y el ejército estaba para rebelarse. Todo lo examina Agatocles, no ve recurso alguno; y sin cuidar de los otros, con tal que él se salvase, toma el partido de abandonar el ejército. Se descubre su intencion, le detienen los soldados; pero á favor de un tumulto que sobrevino se escapa al mar y se embarca. Los soldados enfurecidos quitan la vida á Arcagato y á otro hijo que habia dexado Agatocles: eligen jefe, y concluyen la paz: siendo una de las condiciones principales que los Cartagineses los transportasen á Sicilia, y les

dexasen la ciudad de Selinunta para su habitacion.

Agatocles, llegando á Sicilia, ataca á los Egestanos que se habian rebelado, toma por asalto la ciudad, hace pasar á cuchillo los habitantes; pero los nobles no murieron hasta haber sufrido los tormentos mas crueles. El resto de la vida de este tirano no es mas que un conjunto de horribles delitos. Con la noticia de la muerte de sus hijos en Africa ordena á Antandro su hermano, Gobernador de Siracusa, que quite la vida á los que por sangre ó amistad tenian conexiôn con los Siracusanos que le habian acompañado á Cartago. Fue horrible la carnicería, no se pisaba mas que sangre, se pusieron encarnadas las aguas del mar á lo largo de las murallas. Matáron á todos los parientes de los soldados y oficiales que componian el ejército de Africa, desde el bisabuelo hasta el niño de pecho.

Esta barbaridad sublevó todos los espíritus: los enemigos del tirano, que eran muchos, se juntáron todos baxo la conducta de un desterrado llamado Dinócrates, digno adversario de Agatocles por sus vicios. Se vió este reducido á pedir la paz con las condi-

ciones de entregar la soberanía á Dinócrates, y de conservar solamente dos fortalezas en donde pudiese vivir tranquilo. Le despreciaron estas proposiciones; y entonces sacando fuerzas de su desesperacion, ataca al campo de sus enemigos, y los dispersa. Un cuerpo destacado se retiró á una altura, y desde allí se ofreció á capitular. Agatocles les prometió la vida si rendian las armas; y así que las entregaron los hizo rodear por todas partes, y matar hasta el último. Dinócrates, que era un hombre de la comprehension de Agatocles, salvó la vida, fue su amigo, y le empleó en sus negocios.

El tirano se convirtió de Rey en corsario, porque todos los oficios le venian bien con tal que hallase su ganancia. Recorrió las costas de Italia, en donde recogió un grande botin: atacó las islas de Lípari, cuyos habitantes vivian pacíficos, sin meterse en las quimeras de sus vecinos: sacó de ellas una grande suma, y quando ya conoció que los isleños no tenían dinero, saqueó sus templos, se llevó el tesoro sagrado y todos los ornamentos. Tal vez estaria pensando en gozar tranquilamente del fruto de sus delitos, y la venganza del cielo le esperaba en el momento

mas brillante de su prosperidad. Un hombre llamado Menon, á quien habia hecho un cruel ultraje, le castigo de este modo. Habia advertido que Agatocles se limpiaba los dientes despues de comer con una pluma: la mojó Menon en un veneno tan violento, que le consumi6 los dientes y las encías. Todo su cuerpo era una llaga; y quando padecia los dolores mas crueles le llevaron á una hoguera, á la que pusieron fuego estando todavia vivo. Se asegura que en los últimos años de su vida se la habia quitado á mas personas que los tiranos que le habian precedido en todo el curso de sus reynados. Si se reconocen en él algunas calidades estimables, todas quedaron borradas con su bárbara crueldad.

Habia en las tropas de Agatocles un cuerpo de Mamertinos, esto es, *guerreros invencibles*. Estos, quando murió el Rey, ganaron á Mesena, con intencion de embarcarse para ir á Campania su patria. Los de Mesena los recibieron como amigos; pero estos soldados, pareciéndoles bien el pais, la ciudad acomodada por su puerto, y propia para formar una república, mataron á los hombres, y se casaron con las mugeres. Procuraron despues aumentar su poder mientras el de Siracusa declina-

ba : pasó este de las manos de Agatocles á las de Menon que le quito la vida : a Menon le destronó Heractas, tomando el título modesto de Pretor. Estando ausente para sujetar á los Agrigentinos, le quitó Timon la suprema autoridad, y se la disputó Sosítrato, todos xefes de faccion. A estos dos los atacáron los Cartagineses, y llamáron de concierto en su socorro á Pirro, Rey de Epiro, que hacia la guerra á los Romanos.

No le pareció mal á este Príncipe dexar un teatro en el que su gloria, por algun tiempo floreciente, empezaba á marchitarse. Quando llegó, ejército, tesoros, autoridad todo lo pusieron Timon y Sosítrato en sus manos. El pueblo, á quien todavia no habia hecho beneficio alguno, le recibió con las demostraciones mas vivas de contento. Ganó los corazones con su conducta insinuante y con su grande afabilidad. Su actividad en hacer que volviesen á recibir el yugo las ciudades que le habian sacudido lisonjeaba el orgullo de los Siracusanos. Cada ciudad que reunia á la república era como un nuevo diamante que engastaba en su corona. No se cansaban de alabarle ; pero á él, mas politico que condescendiente, se le puso en la cabeza ir á atacar á los

Cartagineses en su casa para librarse de ellos. Bien quisieran los Siracusanos que antes los arrojase de toda la isla, y principalmente de Libeaa, que les ofrecía siempre un puerto cómodo, y así les chocó su apego al proyecto propio, y les desagradaron sus preparativos, en los que hizo entrar sus hombres y sus riquezas. Tomaron las otras ciudades las impresiones de la capital, y en poco tiempo se halló Pirro rodeado de descontentos, cuya disposicion toda era amenazadora. Como se tuvo por feliz quando le convidaron los Sicilianos en dexar la Italia, en donde titubeaba su fortuna, se aprovechó gustoso de la ocasion de corresponder á los deseos de los Italianos que le llamaban.

Dexó á Siracusa en el estado de anarquía deplorable. Se apoderaron las tropas de la autoridad: se diéron á sí mismas comandantes, y estos por las circunstancias venian á ser los xefes de la república. Uno de ellos, que se llamaba Hieron, era de nacimiento distinguido por su padre, pero su madre había sido esclava: su educacion era buena, y llevó las primeras armas sirviendo á Pirro. Una figura amable, una constitucion robusta, una fuerza extraordinaria, y mas que todo esto su valor dis-

tinguido, su mucho espíritu, su benignidad y aplicacion le merecieron las atenciones de Pirro y sus favores. Gozaba ya de grande reputacion quando este Principe dexó la Sicilia, y su moderacion en el exercicio del mando que le habian conferido las tropas ganó los corazones de los ciudadanos; y aunque descontentos de que los soldados usurpasen el derecho de darles dueño, confirmáron su eleccion, y revistiéron á Hieron de todo el poder civil y militar.

No se le pudo reprehender en toda su vida sino de una crueldad, que tal vez hicieron las circunstancias necesaria. Habia una porcion del ejército compuesta de extrangeros, que ni tenia respeto á los comandantes, ni afecto á un estado del que ellos no hacian parte, y así estaban siempre prontos á sublevarse. Tenian tal union entre sí, que en queriendo castigar á los mas culpados todos se irritaban con su castigo. Era preciso pues, ó sufrirles todo, ó deshacerse de ellos de una vez. Para esto halló Hieron el medio. En un lance contra los Mamertinos, soldados feroces y determinados, colocó á los extrangeros á la frente de su ejército, y él se puso en la retaguardia con los Siracusanos. Cargáron los

extrangeros, y los Mamertinos que sostuviéron el choque con su valor acostumbrado no solo los rechazáron, sino que los persiguiéron, y no socorriéndolos los Siracusanos pereciéron todos.

Quando Pirro dexó la Sicilia exclamó: „¡Qué bello campo de batalla dexamos á los Cartagineses y Romanos!” Y á la verdad, estos dos pueblos la hicieron el teatro en donde se disputáron el imperio del mundo. Por algun tiempo balanceó Hieron entre las dos naciones; mas al fin se declaró por los Romanos tan inviolablemente, que los funestos reveses que recibieron en el lago Trasimeno y en Cannas no fueron suficientes para mover su constancia. Les proveyó muchas veces de víveres en abundancia, y les envió gratuitamente á Italia provisiones de trigo. Poseía Hieron el arte de dar con aquella gracia que muchas veces se estima mas que el mismo don. Sospechando que los Romanos podrian ser tan delicados que no admitiesen una suma de dinero aunque la necesitaban, la convirtió en una victoria de oro, y se la regaló. La recibieron ellos como una preciosa señal de amistad, y como un agüero favorable, del que le diéron gracias. Los mismos Cartagineses experimentáron su generosidad en los tiempos de

escasez: por último, envió dinero, muebles y vestidos á los Rodios por haberles arruinado sus casas un temblor de tierra.

Se habla de una galera que hizo construir con veinte órdenes de remos, que contenia quanto podia desearse en un vasto palacio: tres corredores, una sala para los ejercicios, paseos, jardines, cañones de plomo y de barro para el riego, una biblioteca, baños, un grande reservatorio, ocho torres de ataque y de defensa, y una fuerte ballesta: no hablando de las decoraciones exteriores, pinturas, dorados, esculturas, los embutidos de maderas preciosísimas, y de mano de los maestros mas principales. Esta galera era un presente destinado para Tolomeo Filadelfo, Rey de Egipto: la acompañó con sesenta mil modios de trigo, veinte mil quintales de carne salada, diez mil tinajas llenas de pescado salado, y una cantidad inmensa de otras provisiones.

Con ser esta galera tan maravillosa, si la fama no exâgera todavia, no llega al milagro de haber hecho al pueblo de Siracusa dócil, pacífico, y reconocido á la tranquilidad que le procuró. La prudencia de Hieron sofocó hasta las menores semillas de la discordia. Así los soldados como los ciudadanos mas que co-

mo á su soberano le miraban como su protector y su padre. Se aplicó principalmente á dar honra á la agricultura, y no se desdeñó de escribir sobre este punto. Murió á los noventa años, y reynó cincuenta y quatro: fue muy llorado de sus vasallos y aun de los extraños.

Tuvo Hieron ánimo de abolir en su muerte la dignidad de Rey; porque preveia disturbios en el reynado de Hierónimo su nieto que le debia suceder; pero no lo executó por respeto de Demarata, su hija mayor, casada con Andranadoro, un grande Señor en Sicilia. A estos esposos les gustaba la perspectiva de una menor edad, durante la qual se li-onjeaban de que gobernarian ellos con el nombre del sobrino, esperando la ocasion de apoderarse para sí del trono. Otra hija de Hieron, se llamaba Heraclea, casada con Zoipo, otro caballero de un natural tranquilo, y los dos estaban muy distantes de la ambicion. Nombró el Rey anciano para asistir á su nieto un consejo de quince personas con el nombre de tutores, y les encargó entre otras cosas que jamas se separasen de la alianza de los Romanos.

Oyó el pueblo el testamento con bastante frialdad; porque ya habia dos partidos, uno realista y otro republicano. Este se contentó

con no aprobar , y así fue proclamado Hierónimo. A pocos días rompiéron todas las medidas que Hieron habia tomado. Quando nombró quince señores principales por tutores fue su intencion aficionarlos á su nieto y á su poder , del que tenian en algun modo que participar. Pero esto no le convenia á Andranodoro , que deseaba mandar solo. Baxo el pretexto de que ya el Rey podia mandar por sí , despidió al consejo : se retiráron pues estos señores , y solo se quedáron en la corte los dos tios del Rey , y un tal Trason , cortesano adulator ; el que conociendo muy bien los intereses del reyno , hacia pública profesion de ser muy afecto á los Romanos.

El Principe jóven , viéndose sin mas freno que la presencia de las personas que se interesaban en lisonjearle en sus gustos , se entregó á los excesos : se hizo presto despreciable , y despues odioso. Se formó una conjuracion contra él , y el que la descubrió solo pudo indicar un conjurado que se llamaba Teodoro : este puesto en tortura no acusaba á otros que á los amigos del Rey , y entre otros á Trason , á quien quitáron la vida sin exâminar mucho su causa. Lo mas particular fue que estaban los cómplices tan seguros de

la constancia de Teodoro, que mientras este estuvo en el tormento ninguno de ellos juzgo necesario ausentarse.

Dió la muerte de Trason á los Cartagineses en el consejo una superioridad á que nada pudo resistir. Los Romanos hicieron algunas diligencias por apretar los nudos de la antigua alianza; pero el Rey Hierónimo, sabiendo las victorias de Anibal en Italia, los contaba por perdidos, y no solo se negó á tratar con ellos, sino que acompañó su negativa con picantes burlas sobre sus derrotas. No perdonó la soberbia romana á semejante modo de insultar, y le declaró la guerra, y no fue este el mayor mal. Apariencias hay de que el Pretor Romano, que mandaba en Sicilia, se juntó con los conjurados, cuyos nombres habia callado Teodoro entre los tormentos mas crueles. Sea como fuese la trama de esta intriga, el Rey Hierónimo fue asesinado pasando por una calle estrecha; y fue tan poca la sensacion que su muerte hizo en el pueblo, que dexaron podrirse el cadáver en el mismo sitio en donde cayó.

Al primer rumor de este asesinato se apoderó Andranodoro del quartel mas fuerte de la ciudad; y el pueblo se estaba inmóvil y

como pasmado en los otros cuarteles. Los conjurados, á cuya cabeza estaba Teodoro, le sacaron de aquel pasmo prometiéndole los tesoros del Rey, y así se declaró por todas partes á favor de los conjurados, corriendo en tropel para atacar á Andranodoro. Un ciudadano prudente aconsejó que se le hiciesen proposiciones, y él las oyó á pesar de las reclamaciones de su muger, que le traía á la memoria aquel dicho célebre de Dionisio el tirano: *Que ninguno debe baxar del trono hasta que le arranquen por los pies.* Quando Andranodoro se sometio lo hizo así por reservarse para mejores circunstancias. Despidió sus soldados: puso en manos del senado los tesoros de su sobrino, y despues de una felicitacion á los conjurados, que no debiera haber salido de su boca, siendo tio del Rey difunto, dixo: No creais que ya está concluida la empresa de restablecer la libertad, pues no habeis hecho mas que empezar: un populacho indómito es en una república tan peligroso como el mismo tirano.

Esta sumision de Andranodoro le valió que le pusiesen en el número de los nuevos magistrados elegidos por el pueblo con Temisto, esposo de Harmonia, hermana del difun-

to Rey. Los agentes de los Cartagineses, Hipócrates y Epísides, advirtiendo que en esta mutacion no los miraban bien, pidiéron permiso de retirarse, y que se les diese escolta. Consintió el senado en su partida, y se descuidó en fixar el tiempo. De este modo dexáron los Siracusanos vivir entre ellos dos hombres muy hábiles, diestros, políticos, Generales estimados, y propios para gobernar una intriga.

No se puede asegurar que fuesen ellos el alma de la trama que dispuso Andranodoro para subir al trono; pero es muy verisímil que contaba sobre su auxilio. Su muger Demaratta le excitaba sin cesar á que aspirase á la corona de su padre. Todo está tranquilo en Siracusa, le decia; pero los soldados, acostumbrados á recibir la paga del Rey, no se han dispersado todavia, ni han tomado bien el espíritu republicano. Dos grandes Generales, discípulos de Anibal, estan prontos para ponerse á su cabeza: ¿qué esperas pues? ¿ó para qué lo dilatas? Andranodoro tomó sus medidas: se aseguró de los Iberos y Africanos, soldados mercenarios que habian de exterminar los principales ciudadanos de Siracusa, cuyos bienes servirian para recompensar á los ase-

sinos. Confió estas disposiciones á Temisto, ó las hizo de concierto con él. Tuvo este la imprudencia de descubrirse á un comandante llamado Ariston, el que todo lo descubrió al senado; y con su simple deposicion fuéron condenados Andranodoro y Temisto en su ausencia, y muertos al entrar en el senado.

Estas muertes, executadas con tropelía, causáron grande rumor: se juntó el pueblo al rededor de la sala, preguntando quales son los culpados y el delito. Los arrojáron por respuesta los cadáveres, y al mismo tiempo Sapatro, orador vehemente, se acerca al pueblo, y le dice: Reconoced á los que son causa de nuestras desgracias, mucho mas delinquentes que Hierónimo, que no era mas que un muchacho. Estos son los tutores que reynaban con su nombre, y hubiera sido bien hecho destruirlos con el tirano, pues la impunidad los alentó á nuevos delitos. Tuviéron audacia para aspirar á la soberanía; y no pudiendo conseguirla con la fuerza, se valiéron del disimulo y la perfidia: ahí los teneis. Aunque Andranodoro fue nombrado para la primera magistratura entre los libertadores de la patria, ni un favor tan distinguido pudo vencer su mala voluntad. Sus propias mugeres

les inspiraron el desenfrenado deseo de reynar. Estas furias son las causas de nuestras calamidades." A estas palabras se levanto un grito general que decia: Ninguna de ellas merece vivir, es preciso extirpar enteramente la casta de los tiranos.

No bien se pronunció esta sentencia cruel, quando los Pretores, que debieran procurar impedir los primeros efectos del furor del pueblo, mandaron que se executase. Quitáron la vida á Harmonia y Demarata, Princesa de la sangre real: fuéron corriendo á la casa de Heraclea, muger de Zoipo. Esta Princesa era la única que en la familia real no habia tenido parte en la conspiracion. Su esposo, conocido por sus pensamientos republicanos, habia hecho que le nombrasen para la embaxada de Egipto, por no ser testigo de los desórdenes que preveia. Su virtuosa muger, ocupada siempre en la educacion de sus dos hijas, pasaba una vida la mas retirada. Advertida de que venian á su casa, se refugió en el parage mas remoto de ella, en donde estaban sus dioses penates; pero este sagrado asilo no detuvo á los asesinos.

Se presento ella desmelenado el cabello con los ojos bañados en lágrimas, y exclamó

„¿Qué he hecho yo, infeliz de mí! ¿No soy yo también víctima de ese Rey que con tanta razón aborreceis, y que me separo de mi esposo? ¿Qué se puede temer de mí en el estado de abandono y olvido á que me veo reducida? ¿Qué pueden temer de mis hijas, infelices huerfanitas, sin poder y sin apoyo? Desterradme á Alexandria, permitidme ir á buscar mi esposo.” Se arrojó pues á los pies de los asesinos, los suplico que se compadeciesen de aquellas inocentes victimas; pero los feroces é inexórabes verdugos la clavaron el puñal en el seno al lado de sus hijas, que cubiertas de la sangre de su madre fueron como ella degolladas. A tiempo que daban el último suspiro llegó orden del pueblo para suspender la execucion. Quando supieron los Siracusanos que ya era tarde, pasaron de la piedad para con la inocente Heraclea al furor contra los magistrados, que tanto se habian apresurado en la execucion de una sentencia cruel, sin dexar al pueblo tiempo suficiente para conocer la injusticia.

El horror de esta muerte puso á Siracusa en una especie de equilibrio entre el partido de los Romanos y el de los Cartagineses. Los primeros eran republicanos desatinados: los

segundos favorecian al realismo. Esta era la opinion que les inspiraban; pero en el fondo, ni los Romanos se detenian en que el gobierno popular se estableciese en Siracusa, ni los Cartagineses en que fuese real ó aristocrático, con tal que ellos dominasen, y pudiesen excluir á los contrarios. Quando los Siracusanos creian que estas dos naciones rivales se armaban por sus querellas, eran ellos efectivamente el juguete y los instrumentos de dos naciones ambiciosas. Si hubieran tenido la prudencia de no entregarse mas á los Cartagineses que á los Romanos, pudieran vivir tranquilos en perfecta neutralidad. Pero Hipócrates y Episides, aquellos dos hábiles Cartagineses, que por descuido no enviáron á su país, como ellos pedian despues de muerto Hierónimo, se formáron una faccion tan poderosa, que los eligiéron magistrados, y fuéron admitidos en el senado. Inquietáron despues la ciudad con mil rumores falsos, ya de que querian entrar los Romanos en ella, y ya de que degollaban á los que se refugiaban en su campo: á todo esto habian precedido algunas expediciones militares, que les habian servido para mantener un cuerpo de tropas, con el qual, la mitad con maña y la mitad con fuer-

za, se apoderáron al fin de Siracusa. No dudando que el Cónsul Marcelo iria presto á sitiálos, echáron fuera á las personas sospechosas, que eran las mas considerables de la ciudad. En quanto al pueblo presto le ganáron con algunas liberalidades: se procedió pues á nombrar nuevos Pretores, porque á los otros los habian muerto en el tumulto. Hipócrates y Episides hiciéron que se reduxesen á dos, y consiguiéron que recayese la eleccion en ellos. Abriéron las cárceles, diéron libertad á los esclavos haciéndolos soldados, y prometiéron á los desertores de las tropas romanas buena acogida, y tres premios, por lo que se les viniéron en grande número.

Ya estaba Marcelo á las puertas; y antes de empezar las hostilidades envió á los Siracusanos una embaxada, diciendo: Que él no habia venido á privarlos de la libertad, sino al contrario, á sacarlos de la opresion en que gemian, y á vengar la muerte de sus Pretores inhumanamente asesinados. Que si permitian á sus magistrados, los quales habian buscado asilo en su campo, volver á sus casas, y ponian en manos del Cónsul los autores del último asesinato, se obligaba á no cometer la menor violencia; pero que si se negaban á pre-

tensiones tan justas, serian tratados como enemigos. Hipócrates, que recibió la embaxada, respondió con una ironía, y la despidió.

Sitió el Cónsul á Siracusa por mar y por tierra: intentó al principio un asalto general: avanzaban las galeras cargadas de máquinas propias para arrojar dardos: otras tan elevadas como las murallas debian descargar en ellas los soldados. Pero con grande admiracion suya una enorme piedra, mejor diré una roca, arrojada desde las fortificaciones, oprimió la máquina mas fuerte. Baxó una mano de hierro en el cabo de una viga, enganchó una galera cargada de hombres, la levantó en alto, la dexó caer, y la sumergió: tiró de otra, y la despedazó contra las rocas. Se acercan los soldados á los muros para evitar estas máquinas, pero otras los confundian con dardos, piedras y masas de plomo, sin que se pudiesen librar, porque estando colocadas las máquinas detras de las murallas, la mayor parte no se veia. Todo esto era obra de un hábil matemático llamado Arquimedes. Con la fuerza de su ingenio, y sin hacer uso de su espada, un hombre solo tuvo la gloria de rechazar en esta ocasion dos exércitos romanos. No se forma idea clara de unas máquinas que arrojen pie-



dras de doscientas arrobas , que hagan á tanta distancia el efecto de levantar galeras cargadas de soldados , que despidan al ayre multitud de grandes flechas y fuertes picas , haciéndolas dar en el blanco : estas invenciones parecen exâgeradas ; pero sean exâgeradas , ó reducidas á su verdadera proporcion , fuéron suficientes para forzar á Marcelo á levantar el sitio.

Le convirtió pues en bloqueo , y fue haciendo por la isla algunas expediciones contra las ciudades que sujetó : ganó una batalla contra los Cartagineses , que habian enviado un fuerte ejército con elefantes , y volvió despues de muchos meses contra Siracusa. En ella volvió á encontrar á Arquimedes , y decia : ¿ Tendremos que hacer la guerra siempre á estos ingenieros ? ¿ Tendremos que hacerla á ese Briaréo , á ese gigante de cien manos ? A la verdad que era un enemigo que les hacia bien mala obra ; porque así que los soldados veian que salian de las murallas una cuerda ó una viga , ya se tenian por levantados al ayre , y huian sin poderlos hacer volver. Quería Marcelo abrir alguna correspondencia con la ciudad para terminar por negociacion un sitio que con varias interrupciones habia durado dos años ;

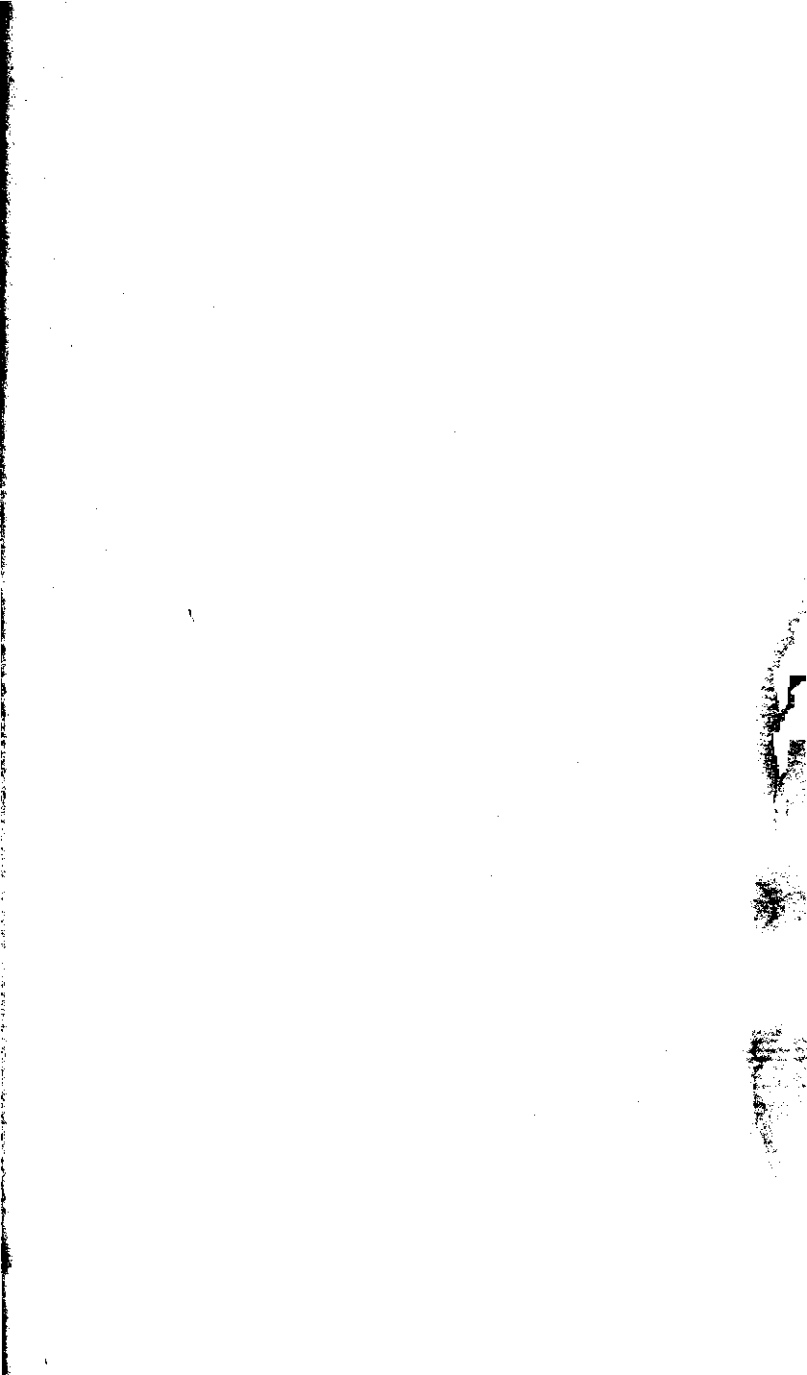
pero fueron inútiles sus diligencias, porque los desertores Romanos, y los que eran culpados en los asesinatos, sabiendo que no habia gracia para ellos, retenian al pueblo por mas cansado que estuviese de cautiverio tan largo.

Una feliz casualidad sirvió á Marcelo. Pasando muchas veces un soldado delante de la muralla, se le antojó contar las piedras, y reconoció que no era tan alta como se pensaba. Con su relacion ordenó el Cónsul escalar el muro, y le salió bien. Quando se vió en la primera cerca, y los Oficiales le daban la enhorabuena de esta ventaja, y las que podia esperar, consideró enternecido aquella ciudad infeliz, y aun se dice que vertió lágrimas sobre la suerte que estaban á punto de experimentar aquellos ciudadanos, en otro tiempo tan ricos y felices. Debe decirse en alabanza de Marcelo, que si no evitó á los Siracusanos todas las desdichas, hizo por lo menos los esfuerzos posibles para disminuirlas. No pudo negar á sus soldados el pillage de la parte de la ciudad tomada por asalto; pero le arregló en lo posible. Nunca otra ciudad fue saqueada con tanto orden y tan poca crueldad. Entraban los soldados en las casas, y tomaban

el oro, la plata, los muebles, provisiones y todo quanto les convenia; pero sin hacer la menor violencia á las personas.

La Arcradina, que era el quartel mas fuerte de la ciudad, aun no se habia tomado, como que encerraba los soldados extrangeros mas escogidos, y los desertores Romanos. No quiso el Cónsul exponer sus tropas contra aquellos desesperados, y así recurrió de nuevo al bloqueo. Sobrevino una peste que hizo grandes estragos en los sitiados y en los sitiadores. Tantas desgracias precisaban al pueblo á recibir las condiciones justas, que siempre proponian los Romanos; pero aquel pueblo no era el que mas podia, y se veía en la necesidad de sufrir y gemir. Esta esclavitud tuvo fin con un asalto que no fue de mucha mortandad, porque habia ganado el Cónsul á un Oficial que le entregó una puerta, y contuvo desde el principio la carnicería, y su humanidad le hizo dar orden para que dexasen escapar á los desertores Romanos.

Estaba Arquimedes en la Arcradina, y se dice, que ocupado en una demostracion matemática no oyó el ruido del asalto. Se hallaba trazando con gran sosiego algunas líneas, quando se le presentó un soldado, y le pu-





so la espada al pecho. Espera un poco, amigo, y quedará resuelto mi problema. Admirado el soldado de ver la tranquilidad de aquel hombre en tan grande peligro, quiso llevarle al Cónsul: ya iba con él; pero tomó antes una caja llena de instrumentos de matemática. En el ansia que el geómetra mostraba por su caja, creyó el soldado que estaba llena de oro, y le riató. Sintió mucho Marcelo este caso, y le hizo magníficos funerales, levantándole un sepulcro.

Trató el Cónsul á los Siracusanos mas como á aliados que como á enemigos. Les dió el derecho de elegir magistrados: los puso en posesion de sus antiguos privilegios: los exhortó á la paz y union, y reparó en quanto pudo aquella ciudad asolada. A pesar de su bondad indulgente le acusáron estos mismos Siracusanos en senado pleno de haber abusado con ellos de su autoridad. Todo fue un enredo de los enemigos de Marcelo, que se valiéron para mortificarle de aquellos ciudadanos. Su justificacion fue noble y sencilla: se arrepintiéron los Siracusanos de su injusticia, y decretáron que siempre que alguno de la familia de Marcelo abordase á Sicilia, fuese el pueblo á recibirle coronado de flores, y se

celebrase aquel día feliz con sacrificios. Toda la isla quedó en la protección de Marcelo, y llegaron los Sicilianos á ser clientes de esta familia.

Tomada Siracusa restaba sujetar algunas ciudades. Los Romanos, que quando llegaron la primera vez á Sicilia solo pidiéron, por decirlo así, que los tolerasen, ahora pretendian que ya no se resistiesen á nada, y castigaban severamente la oposicion á sus voluntades. Negándose Agrigento á recibir el yugo de dueños tan imperiosos, la sitió el Cónsul: vino; y la tomó. Por su órden fuéron los xefes azotados con varas y degollados: el pueblo fue reducido á la esclavitud, y vendido al que mas daba; y el dinero que provino de los despojos aumentó el tesoro de la república. Despues de exemplar tan terrible no se vió mas resistencia, y la Sicilia quedó reducida á provincia romana.

#### R Ó D A S.

La isla de Ródas, vista desde el mar, presenta un aspecto risueño: todo es vergeles y viñas que dan excelente vino: una hermosa ciudad que se eleva en anfiteatro sobre una cues-

ta, con un buen puerto al pie, cerrado con dos rocas, distantes una de otra cincuenta pies, las que servían de basa al célebre Coloso.

Era el Coloso una estatua de cobre erigida en honra de Apolo y del Sol, dios titular de la isla. La dan ciento y cinco pies de alto; de suerte, que pasaban entre sus piernas las naves á velas desplegadas. Cares, que fue el artífice, tardó en hacerla doce años. Sesenta años solamente subsistió de pie el Coloso: le derribó un terremoto, y estuvo ochocientos noventa y quatro años en el sitio en donde habia caído. Los Turcos cargaron del metal del Coloso, despedazándole primero, novecientos camellos; y valuando el peso del cobre por el que lleva cada camello, sube á seiscientos veinte mil libras. Dexemos para los inteligentes cómo pudo fundirse una pieza tan enorme, cómo se juntaron las partes que componían la estatua, si la levantaron entera, y con qué máquinas, cómo la fixaron en sus basas, y cuánto conocimiento de la estática se necesitó para darla su plomo, y ponerla en tal equilibrio que pudo resistir á las tempestades y todos los esfuerzos de la naturaleza, á excepcion del terremoto. Apunto estas investigaciones, porque no sería trabajar por solas su-

posiciones, pues sabemos que el Coloso realmente existió.

Sola una particularidad se sabe de la religion de los habitantes de Rodas. Celebraban todos los años una fiesta, no con bendiciones, sino con imprecaciones; y si á alguno se le escapaba alguna palabra de benevolencia sacaban de esto mal agüero, y era preciso volver á empezar la ceremonia.

Los primeros habitantes fuéron de Creta: se apoderáron de la Caria, y establecieron colonias así en la tierra firme como en las islas. Se les atribuyen los primeros conocimientos de astronomía, y de ellos los tomóron los Egipcios: tambien las emigraciones consiguientes á la guerra de Troya diéron á Ródas habitantes.

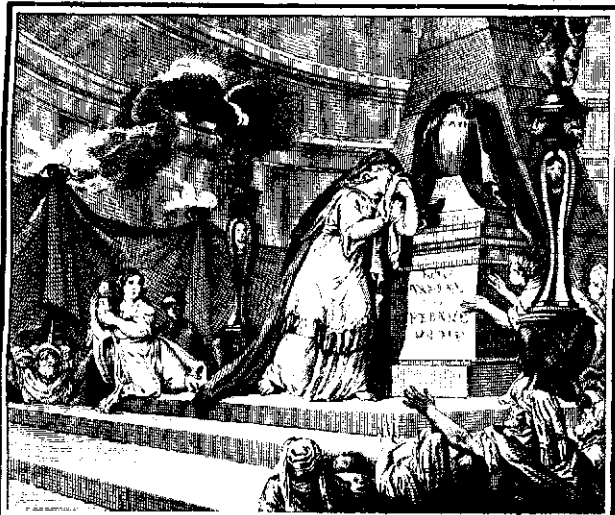
Muy desde luego se aplicáron los Ródios al comercio y á la navegacion, y fuéron por muchos siglos soberanos del mar: sus leyes, conocidas con el nombre de *leyes ródias*, llegaron á ser una especie de código, por el qual se decidian todas las contestaciones relativas á la marina: parecieron tan acertadas, que se incorporáron con las leyes romanas, y se observáron en todas las provincias marítimas del imperio.

El gobierno al principio fue monárquico: todavía sabemos los nombres de muchos Reyes de Ródas anteriores á la guerra de Troya; mas no tenemos noticia de accion que merezca contarse. Despues de esta época se halla un Cleóbulo que va á Egipto en busca de la sabiduría, y se le conoce por uno de los siete sabios de Grecia. Cleobulina, su hija, fue sabia poetisa, filósofa y astróloga; á esta dexó la corona. Diágoras, contemporaneo de Píndaro, fue vencedor en todos los juegos Olímpicos, Istmicos, Nemeos y Argivos, como lo fue tambien su hijo. Todos fuéron celebrados por este poeta, y se lo pagaban bien. Estaba prohibido á las mugeres, sopena de muerte, acercarse á los juegos Olímpicos.

A los Reyes sucedió el estado republicano (2643); mas no se sabe si fue democrático, aristocrático ó mixto; pero de todos modos seria análogo al carácter de los Ródios, que nunca tuviéron grandes inquietudes entre sí, y siempre se les ve unidos así en la paz como en la guerra. Con este gobierno tuviéron una marina militar respetable, hicieron un comercio inmenso, rechazáron gloriosamente de sus murallas á los ene-

migos; y por último, algun tiempo fue su república emulacion de la romana.

Pero de este elogio de los Ródios debe quitarse lo que les sucedió con Artemisa. Era esta aquella Reyna de Caria, famosa por su luto, su sentimiento, y el magnifico sepulcro que levantó á la memoria de su esposo Mausolo. Los habia subyugado este Príncipe, y ellos se vengaron en la viuda asolando su reyno. Supo Artemisa que iban á presentarse ante los muros de Alicarnaso, su ciudad principal: dixo á los habitantes que se mantuviesen en los muros, y en viendo al enemigo explicasen con aclamaciones y palmoteo grande deseo de entregarse. Se engañaron los Ródios con estas demostraciones: desembarcan, los reciben en la plaza, y dexan vacias sus naves. Artemisa, que estaba emboscada, hizo que entrasen en ellas sus soldados y su propia chusma, y así hicieron vela á Ródas. Los habitantes que reconocen sus naves y las ven coronadas de flores, no dudan que Alicarnaso se ha tomado, y que sus compatriotas venian con el botin. Abren pues el puerto, entra la armada, y los Carios se hacen dueños de la ciudad. Hizo Artemisa quitar la vida á los ciudadanos principales por ha-



### Artemisa.

*Si á las cenizas de su esposo consagró Artemisa aquel soberbio monumento cuya idea sola acembra todavía, y en él continuamente desahogaba su amor con lágrimas, su pena: sin embargo no la distraxo tanto que descuidase la defensa de su reino y vasallos. Los Rodios, que intentaron invadir á Alicarnax, experimentaron á su pesar, allí y en la misma Rodas, que Artemisa era tan admirable Reina como habia sido tierna esposa.*



ber sido autores de la expedición á Caria; y en Alicarnaso castigó con la muerte la estúpida confianza de los que entraron en esta ciudad. Levantó la Reyna un trofeo de su victoria con dos estatuas de bronce: una representaba la ciudad de Ródas: otra á Artemisa marcando con un hierro ardiendo la ciudad. No se atrevieron los Ródios á destruir este monumento por estar consagrado á los dioses; pero le rodearon con una pared para ocultar su vergüenza, ya que no podían borrar los vestigios. Ródas recobró la libertad con el auxilio de los Atenenses, no obstante que estaban ofendidos; pero deliberando sobre su petición, traxo Demóstenes á la memoria de sus compatriotas estas máximas que les daban tanta gloria: „Olvidar las injurias, perdonar á los rebelados, y defender á los infelices.”

Uno de los mas célebres sucesos de la antigua Ródas (2698) es el sitio que sostuvo contra Demetrio, hijo de Antígono: bien que no habia merecido la indignacion de este Príncipe, pues todo su delito era haberse quedado neutral entre él y Tolomeo, Rey de Egipto. Quando Demetrio los precisó á escoger, no se detuvieron en declararse por su

antiguo aliado: esto llamó contra Ródas las fuerzas terribles de Antígono mandadas por su hijo Demetrio, por sobrenombre *el conquistador de ciudades*. Estaban todos tan persuadidos á que esta no se le escaparía, que á su armada, en la que iban quatro mil hombres, la seguian en quanto podia extenderse la vista corsarios y mercaderes de esclavos, y todos los infames traficantes que siguen á los exércitos victoriosos.

Tomáron los Ródios las medidas mas prudentes para sostener el sitio: echáron fuera las bocas inútiles. Hecha la enumeracion solo tenian siete mil hombres que pudiesen llevar armas; pero prometiéron la libertad á todo esclavo que hiciese alguna accion generosa: se obligó la ciudad á pagar á sus dueños el precio de los que muriesen ó adquiriesen su libertad: se declaró que la república enterraria con honor á los que muriesen peleando, y proveeria á la subsistencia de sus padres, madres, mugeres y niños: que daria dote á sus hijas, y á los hijos que llegasen á la edad viril se les daria entonces en la solemnidad de los Bacanales una corona y una armadura completa.

Tanto alentarlos con el interes y la glo-

ria encendió la llama del valor increíblemente en todos los órdenes de la ciudad. Iban los ricos en tropel, llevando su dinero para los gastos del sitio: daban á los artífices de gracia quanta madera y metal necesitaban para hacer máquinas ó fabricar armas. Demetrio se hacia terrible en los sitios por su genio inventor principalmente; pero en esta parte no cedió la industria é inteligencia de los Ródios. Si en los asaltos ó combates de cerca, en los muros ó en las minas lograron los soldados de Demetrio algunas ventajas, prontamente fuéron rechazados; y al cabo de un año se tuvo por dichoso este Príncipe de hallar pretexto para levantar sin deshonor el sitio. Quando se retiró hizo un presente de sus máquinas á los Ródios, y del dinero que sacaron de ellas compraron el cobre que fundieron para formar el Coloso.

Protógenes, pintor célebre, tenia su obrador en un arrabal fuera de la ciudad quando la sitiaba Demetrio. Ni la presencia de los enemigos ni el ruido de las armas, que sin cesar resonaba en sus oidos, le hicieron dexar su habitacion ni interrumpir su trabajo. Se admiró el Rey de ver esta tranquilidad; y le preguntó la razon. Le dió Protó-

genes una respuesta digna de que la sepan los Príncipes. *Yo, le dixo, estoy persuadido á que habeis declarado la guerra á los Ródios, y no á las artes.*

El terremoto que arruinó al Coloso ocasionó una qüesta general en favor de los Ródios. Escribiéron por todas partes, y lo que les enviéron puede servir para darnos idea de las producciones y riquezas de cada pais. Les dió el Rey de Egipto dinero, un millon de medidas de trigo, y materiales para construir veinte galeras de cinco órdenes de remos, y otras tantas de tres. Les envió tambien cien albañiles y trescientos peones, prometiendo pagar los artífices mientras los necesitasen. Antígono les dió dinero, diez mil vigas de diez y seis codos de largo, siete mil tablas, tres mil libras de hierro, tres mil de resina, con mil medidas de brea. Una Señora llamada Criseida cien mil medidas de trigo, con tres mil libras de plomo. Antíoco diez galeras, doscientas mil medidas de trigo, y muchos efectos preciosos. Prusias, Mitrídates, y todos los Reyes del Asia, con las naciones Griegas, y los Príncipes de Europa acreditáron su generosidad, y el menor presente fue exêntar los Monarcas de impuestos todas las mercaderías que sus

vasallos llevaban á Ródas. No hubo jamas quësta mas abundante; porque el pretexto era restablecer el Coloso, y este acto de religion animó la liberalidad; pero los Ródios dexáron al ídolo en tierra, y se aplicáron las ofrendas.

Con ocasion de una guerra con Filipo, Rey de Macedonia, hicieron los Ródios alianza con los Romanos. Tratáron de igual á igual, y los embaxadores fuéron recibidos con deferencia por el senado: les dió esta union mucha preponderancia entre los estados vecinos; pero las felicidades les inspiráron orgullo, y hablaban con altivez no solo á las repúblicas de Grecia sus iguales, sino tambien á los mayores Reyes. Los servicios que hicieron á los Romanos en muchos combates de mar les persuadian á que no podia la república pagar con exceso su fidelidad; pero Eumenes, Rey de Pérgamo, fue un competidor, cuyas pretensiones se oyéron con mas gusto en Roma.

Los dos competidores (2825), derrotado Antíoco, pidiéron á los Romanos algunos estados de los conquistados á este Príncipe, que les venian bien. Eumenes logró mejor con grande sentimiento de los Ródios, á quienes dié-

ron sola la Licia. Aunque idólatras de la libertad, oprimiéron cruelmente estos republicanos á los Licios, los que halláron en sus quejas proteccion en los Romanos. Escribió el senado á los Ródios una carta que respiraba superioridad, y picados los Ródios tratáron todavía con mayor dureza á sus nuevos vasallos. Se rebeláron los Licios, y fuéron vencidos. Los Ródios pasáron de la dureza á la crueldad, y los oprimidos recurriéron á Roma. Envió esta comisarios encargados de componer esta diferencia: no los recibiéron con las señales regulares de afecto, aunque cediéron y tratáron mejor á los Licios.

No hay que admirarse de que la conducta de los Romanos, imperiosa en algunos puntos, picase á los Ródios, y que estos no sintiesen ver humillados á aquellos republicanos soberbios. En estas disposiciones debiéron manifestar inclinacion á Perseo, que por entonces estaba en guerra con los Romanos. Con esta sospecha los obligáron á justificarse en senado pleno; pero lo hicieron con tan mal gesto y poca gracia, que fuéron pasos perdidos, y así no les dió el senado mas respuesta que leer delante de ellos el decreto que les quitaba la Licia. En el primer momento de su

orgullo herido, se declararon los Ródios neutrales entre los Romanos y Perseo, y recogieron las naves que tenían en la armada romana; bien que, para no romper del todo, enviaron embaxadores á Roma con el encargo de exhortar al senado á la paz.

¡ Desgraciada ocasion! Llegaron al mismo tiempo que la noticia de la entera derrota de Perseo. Quisieron hablar, y dixo el Cónsul: Volved, traidores, á decir á vuestra república, que son ya fuera de tiempo sus cuidados por los intereses de Perseo. Entonces fue quando los Ródios se humillaron. Astímedes, cabeza de la embaxada, lo hizo de un modo que precisamente le seria sensible: confesó que la vanidad era el carácter dominante de sus paisanos. ¿ Pero podreis mirar este rasgo de imperfeccion nacional como delito que solo puede expiarse con la ruina total de nuestro pais? Habló despues de los servicios que los Ródios habian hecho á la república, y añadió: Si hemos cesado en la asistencia á los Romanos, á lo menos no hemos cometido jamas contra ellos hostilidades; y desde ahora declaro que nos sujetaremos enteramente á lo que disponga Roma, y que hemos resuelto no oponer resistencia alguna en caso de ataque.

Llegaron á los votos , y opinando muchos por declarar la guerra á los Ródios , tomó Caton la palabra , y exclamó : „¿Queremos, ó dioses inmortales usurpar vuestros derechos? ¿Iremos á penetrar los corazones de los hombres para hallar allí enemigos? Yo creo que la derrota y cautividad de Perseo han causado verdadero sentimiento á los Ródios, y aun diré que su compasion venia de algun motivo de intereses; ¿pero desde cuándo acá se ha prohibido amar su libertad á cada uno? Roma es una potencia formidable , y en estado de subyugar todo el Oriente : la Macedonia, ya sujeta , no podia detener el progreso de sus armas : ¿qué admiracion hay en que el peligro próximo cause los sustos mas vivos? ¿Creeis que los Ródios os aborrecen? No , pero se aman á sí mismos. ¿Hay acaso entre nosotros quien viese un vecino tan temible con buenos ojos? ¿Qué no haríamos por recobrarle? A excepcion de la violencia todos los medios son en este punto legítimos , y este es el caso de los Ródios. Deseaban que no arruinasen á Perseo , y que subsistiese la barrera que los separaba de nosotros. ¿Qué delito hay en esto? Ademas , de que se castigan los simples deseos. Me direis que el orgullo de los Ródios se ha visto en

sus discursos; y á la verdad uno de sus embajadores produjo algunas expresiones arrogantes. ¿Pero qué se puede inferir de aquí sino que hay un pueblo que es mas altivo y mas imperioso que nosotros? ¿Es una palabra de poca moderacion un atentado que solo puede expiarse con arroyos de sangre? ¿Qué efectos produciria una severidad injusta, sino sentimientos de odio, ó á lo menos de desconfianza de parte de nuestros aliados? Las naciones extranjeras nos temerán mas, pero nos amarán menos. Sobre todo, no ha llegado la ingratitude de los Ródios á tan alto punto. Perseo, en su mayor esplendor, no los pudo empeñar en tomar las armas contra vosotros; y así pienso que se debe dexar á los Ródios la posesion de su isla." Este parecer fue el que venció, y ya no se trató de guerra: solo pidió el senado que desterrasen á los que se habian mostrado partidarios de Perseo. Obedecieron pues, y esta condescendencia agradó al senado de tal modo, que declaró á los Ródios aliados de la república.

Desde este tiempo trató Roma á Ródas como á hermana; pero como á hermana menor, cuyas atenciones recibia la mayor como una deuda. Se halló Ródas empeñada en una

guerra de Caria, sin haber podido pedir á Roma su consentimiento antes de las hostilidades. Salió victoriosa, y envió sus laureles á los pies de los senadores, como un homenaje ó una excusa de haber vencido sin su licencia. Se dignó el senado de darla gracias por esta deferencia. Redobló Ródas sus respetuosas atenciones, suplicando que se la permitiese colocar en Roma en el templo de Minerva una estatua de esta diosa de treinta codos de alta: sin duda se media la dignidad de la ofrenda por la altura. Se concedió esta gracia, y se añadió la restitucion de la Lidia, que la república romana habia quitado á su hermana menor estando enojada.

Se miraban los Romanos en Rodas como una familia. Allí se juntáron quando Mitrídates, Rey del Ponto, los arrojaba del Asia, y hubiera hecho este Príncipe ilustres prisioneros, si la hubiera podido rendir quando la puso sitio; pero halló la mas porfiada resistencia de parte de los habitantes y de los refugiados, que peleaban como si fuera su patria comun.

Esta especie de fraternidad fue perniciosa para los Rodios, porque no les permitió ser neutrales en las turbaciones domésticas de su

aliada. Estuviéron por Pompeyo, despues por César, y se defendiéron con valor contra Casio. Diéron dos combates, y perdiéron la mayor parte de sus navíos. La ciudad fue entregada por traicion á Casio, el que la despojó de sus adornos: quitó la vida á los principales ciudadanos, y exigió fuertes contribuciones. Marco Antonio la restituyó sus privilegios, y la dió como propiedades las islas adyacentes. Los Ródios, tan zelosos de la libertad, oprimiéron con exâcciones de tal modo aquellos paises, que se vió precisado el Dictador á quitárselos. Vespasiano impuso á Rodas un tributo, y de soberana se quedó en ser solamente la capital de las islas del Mediterráneo sujetas á Roma. Ya veremos cómo recobró despues su independendia, y que al fin se la quitó el poder otomano.

#### C R E T A.

Creta, que ahora se llama Candia, es una de las islas mayores del Mediterráneo, mucho mas larga que ancha. La dan casi doscientas leguas de boxeo ó alrededor. Está bien regada, y da buenos vinos: su terreno es fértil, y goza de excelentes ayres. Cien ciudades tuvo en

otro tiempo, y todavía permanecen vestigios que presentan notables curiosidades, con haberse llevado los Venecianos la mayor parte quando la poseian. Se ven allí columnas istriadas y salomónicas de mármol granito, y de diez y ocho pies de circunferencia; piezas maestras del arte que nosotros apenas podríamos executar. El monte principal es el Ida desde donde se goza la vista de todos los mares al rededor.

En este monte y en sus cercanías viviéron los primeros habitantes de Creta: los Dáctilos, que enseñaron á encender fuego, á fundir el cobre y el hierro, y los usos que se podian hacer de estos metales, enseñaron tambien la poesía, la música y las ceremonias sagradas. Vivian en las cavernas de los montes, ó baxo grandes árboles; y siendo tan hábiles en cosas menos útiles, ignoraban el arte de edificar. Sin duda le aprendiéron quando reunieron los hombres en sociedad, y los industriaron en custodiar ganados, domar caballos, en cazar, baylar, y en fabricar espadas y capacetes, con otras muchas cosas atribuidas á los Curetes. Los Titanes, otra casta indígena, no fueron menos útiles al género humano. Tan lejos estuviéron los de Creta de creer que hi-

ciéron guerra á los dioses, que tomaron de ellos las deidades Saturno, Júpiter, Neptuno, Rea, Tétis, Mnemosine, Latona y Céres, y de estos dioses decian que descendia Minos el primer legislador de Creta.

Se saben, ó se cree que se saben, los nombres de los antiguos Reyes de Creta hasta Minos. Este Príncipe fue el primero que equipó una armada, y se hizo temible en el mar; pero debe su principal reputacion á sus leyes, que sirviéron despues de modelo á Licurgo para las de Lacedemonia. En ellas se encuentran las comidas en comun, el respeto á los ancianos, las penas contra el luxo y la pereza, los ejercicios militares, la vida dura, recomendada para la infancia, las conversaciones políticas de los viejos despues de la comida pública. Todas son leyes de los Espartanos.

Otra ley, imitada de los Romanos, era la obligacion de los dueños de servir á sus esclavos en ciertos dias de fiesta instituidos con este fin. Otro establecimiento de Minos, admirado de Platon, fue inspirar desde luego á los jóvenes un respeto grande á las máximas, costumbres y leyes del pais: prohibirles poner en cuestión ni dudar de la sabiduría de su institucion, pues debian mirarlas no como dictadas

por hombres, sino por los mismos dioses: bien observadas estas dos constituciones podian contribuir mucho á la pública tranquilidad. Este mismo Minos fue el que impuso á los Atenienses el cruel tributo de siete muchachos y otras tantas doncellas para que las devorase el Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro. Si esta barbaridad se puede creer, da lugar á pensar que los que hacen leyes para algunos tendrian tal vez necesidad de que otros las hiciesen para ellos.

La fábula de Pasifae, enamorada de un toro, se reduce, segun la historia, á una Princesa que se enamoró de un cortesano llamado Taurus. El Laberinto, Dédalo é Icaro, que salió de la torre con alas, esto es, en una nave con sus velas, todos son adornos de esta historia. Se notará que los Cretenses, que tuvieron tan bellas leyes, fuéron despues los hombres mas desordenados, y que á qualquiera que se le llamase Cretense lo recibia como injuria.

Deucalion, hijo y sucesor de Minos, fue padre de Fedra, cuyo amor incestuoso con Hipólito, su yerno, se ha trasladado á nuestros teatros. Idómeneo, quitando á su hijo primogénito la vida para cumplir un voto, y reducido á la razon con las lecciones de Men-

tor en los muros de Salento, dió un episodio instructivo al autor del Telémaco. Pudiera tambien enternecernos algun poeta trágico sobre la suerte de la desventurada Fromina, calumniada por su madrastra, y condenada por Eteargo, su padre y último Rey de Creta, á perecer en las olas, de las cuales escapó para pasar una vida indigna de su clase.

Al gobierno monárquico sucedió el republicano, y no se sabe cuándo ni por que un senado de treinta tenia la suprema autoridad; mas no tenian sus decisiones fuerza de leyes hasta que el pueblo las admitia. Habia diez *Cosmos*, hombres, que tenian á su cargo mantener el buen órden del estado. Los elegian como á los *Eforos* de Esparta de entre el pueblo, y hasta los ínfimos de esta clase podian ser electos. De entre ellos se tomaban los senadores, y mientras eran *cosmos*, de nada eran responsables; pero lo eran al punto que tomaban asiento en el senado. Se balanceaban bien estas magistraturas entre sí: no se sabe quanto tiempo duraban, ni si las habia en cada ciudad, ni qual era el lazo que unia las ciudades para hacer un cuerpo político.

Apariencias hay de que despues que se abolió la monarquía no hubo jamas entre los

Cretenses union federativa. Se atribuye á las perpetuas guerras que tenian entre sí su grande habilidad en el manejo del arco y de la honda. Pocas eran las potencias beligerantes que no atraxesen á su servicio honderos y archeros cretenses. Una prueba de que no tenian union entre sí como cuerpo de nacion es el no verlos apenas en guerra nacional con los otros isleños, y que quando salian de su isla para atacar ó defenderse iban en navíos sueltos, y no en armada naval, como les convendria si estuviesen unidos con intereses comunes.

Los Cretenses (2929) preferian á toda otra guerra la de corsarios, y así turbaban la navegacion, infestando el Mediterráneo hasta las costas de Italia. Esta conducta fue el pretexto que los Romanos tomaron para atacar á Creta, que siempre habia sido independiente; pero la verdadera razon del senado era la situacion de esta isla muy cómoda en qualquiera de las partes del mundo que tuviesen guerra los Romanos. Estos mudáron su gobierno, les impusieron un tributo, y los hicieron provincia del imperio. Los Mahometanos, que en casi todas las islas de estos mares han sucedido á los Romanos despues de los Griegos, se apoderáron de Candia quitándosela á los Ve-

necianos, y no sin grande trabajo, como se verá en su lugar.

CIPRE Ó CHIPRE.

Cipre ó Venus, formada de la espuma del mar, abordó á esta isla sobre una concha marina, escoltada de las risas y los amores. Tambien era favorecida de Baco. Daba y da todavía excelentes vinos, miel aceyte y suficiente trigo. El cobre de Chipre era muy estimado, y corria por sí mismo derretido quando pusieron fuego á los bosques de la isla para poder cultivarla.

Se cree que los primeros que la descubrieron fueron los Fenicios; y que enviando á ella una colonia, esta la pobló. Muchas naciones, como los Atenienses, Macedonios, Arcadios y aun Etiopes abordaron á esta isla, é introduxéron sus diferentes costumbres. Esta mezcla no pudo contribuir á su pureza. Por esta confusion de usos y principios, ó en memoria de Venus, su diosa tutelar, eran las chipriotas mas que *galantes*. Se cuenta que llegando Pigmaleon á Chipre, no dicen de donde, ni por que motivo, le pareció tan mal la conducta de las mugeres, que se resolvió á no

casarse. Siendo hábil escultor se divirtió en hacer una estatua de marfil, y salió tan hermosa que se enamoró de ella. Prometió casarse si Venus le proporcionaba una muger tan bella como su estatua. Animó pues la diosa á la misma estatua, y tuvo en ella Pigmaleon; un hijo, que fue el primer Rey de Chipre. Desde entonces fue su gobierno monárquico, pero dividido en muchos reynos, tanto que casi cada ciudad tenia su Rey. Algunas veces, aunque pocas, se reuniéron estos reynos, y formáron de toda la isla una sola monarquía, que despues se desmembró. Las naciones vecinas subyugáron fácilmente cada parte distinta. Los Persas, á lo que parece, fuéron los que mas se aprovecharon de esta division. Estuviéron dominando tranquilamente hasta que un Rey de Salamina, llamado Onesilo, formó una confederacion de todos los xefes de la isla, que antes eran como vasallos de los Persas, y á la cabeza de estas fuerzas reunidas se hizo temible á los opresores.

Dos Reyes (2499), sus colegas, le hicieron traicion, le abandonáron, y murió en un combate. Sus sucesores lleváron con paciencia el yugo de los Persas, y le sacudiéron con la proteccion de los Griegos, que los aban-

donáron del todo en la paz de Antalcida.

Habia entonces nueve Reyes (2662) en la isla. Ebágoras, segundo Rey de Salamina, se cansó de ser tributario de los Persas. Auxiliado de las grandes riquezas que habia juntado, levantó un ejército fuerte, equipó una armada, le socorriéron poderosamente los Atenienses, y aun así, solo consiguió la paz, sujetándose á un tributo. En tiempo de los sucesores de Alexandro pasó Chipre de las manos de Antígono á los Reyes de Egipto. Nicocles, uno de los Reyecillos de esta isla, se hizo sospechoso al Monarca Egipcio; y sin mas ceremonias envió este asesinos á Chipre, los que rodeáron á Nicocles de suerte, que no teniendo por donde escapar se quitó la vida. Axíatea, su muger, sabiendo la suerte de su marido, mató á sus hijas por su propia mano, y despues se atravesó con un puñal. Con la noticia de estas muertes fue tanto el dolor de los hermanos de Nicocles, que todos pusieron fuego á su palacio, y perecieron en la llama con su familia.

Se esperaba que al fin la república romana (2941) se tragaria la isla de Chipre, mas no fue por conquista, porque mas quiso valerse del derecho de sucesion, bien ó mal fun-

dada. Un tal Alexandro, arrojado del trono de Egipto que habia usurpado, estaba retirado en Chipre, que correspondia al dominio egipcio: tambien le expeliéron los dos hermanos Tolomeos de esta parte de su reyno, tomando el uno el cetro de Egipto, y el otro el de Chipre. Viéndose Alexandro despojado, nombró al morir á los Romanos por herederos, deseoso de vengarse. La hora no era favorable para que los Romanos se valiesen del derecho que les daba esta disposicion, y así dexáron tranquilos á los Tolomeos cada uno en su trono, y aun hicieron alianza con ellos. El Tolomeo chipriota tuvo la desatencion de no querer dar dincro al Tribuno Clodio en un caso urgente, y el magistrado Romano pensó en resucitar el derecho del testamento casi olvidado. Quando se le presentó al pueblo procuró que supiesen que habria que repartir muchas riquezas. Esta consideracion era muy poderosa para con los ciudadanos que vivian en Roma de los despojos de las naciones. Les pareció muy justo que la isla de Chipre, tan opulenta, perteneciese á la república, y con ser así que reconocian al Tolomeo reynante por aliado y amigo de Roma, y nunca habia merecido el odio de la imperiosa república, se

declaró con decreto que su reyno pertenecía al pueblo romano.

Tres ventajas halló Clodio en este decreto: la primera vengarse: la segunda agradar al pueblo, al que necesitaba: la tercera retirar á Caton, cuya presencia le estorbaba para sus fines ambiciosos. Sin que Caton lo supiese hizo Clodio que le diesen el departamento de Chipre, y le intimó la decision del senado en estos términos: „El vicio reyna en Chipre, y tiene manchado al mismo trono: Roma ha elegido un hombre de conducta irreprehensible para que allí establezca el imperio de la virtud. Id pues, Caton, y haced respetar la pureza de las leyes romanas en una isla infamada con la depravacion de las costumbres.” Advirtió Caton el lazo, y respondió: „Está nuestra misma patria expuesta á muchas mayores desgracias, y así no puedo dexarla.” „Supuesto, le dixo Clodio, que resistis á la solicitud de vuestros amigos, será preciso obligaros.” Sobre la marcha hizo juntar el senado, y recibió Caton la orden de partir al instante á destronar al Rey.

Sin armas y sin guardias se embarcó Caton en la primera nave que halló: llegó á Ródas, escribió al débil Rey, exhortándole

á retirarse pacíficamente; y para reintegrarle en la pérdida de una corona le ofreció la suprema sacrificatura del templo de Venus en Pafos, que era empleo de grandes rentas. Asustado el Monarca de solo imaginar una guerra con los Romanos, embarcó todas sus riquezas consigo, y partió con la intencion de dar un barreno á la nave, y perecer con todos sus tesoros; pero el ver que se las tragaba el mar era un espectáculo superior á sus fuerzas. Volvió pues á tierra, encerró sus queridas riquezas en los cofres, y tomó veneno. Tomó Caton la posesion de la isla á nombre de la república, y se apoderó de los tesoros del Rey, que subian á casi treinta millones.

Concluida la pretura de Clodio, propuso Ciceron anular los decretos dados durante su magistratura: á esto se opuso Caton, diciendo que seria preciso restituir á los chipriotas los tesoros que se habian traído de su isla. De este modo aquel Caton, de virtud tan severa, opinó como codicioso republicano, que convendria no dar la libertad á Chipre para poder guardar á favor de Roma su dinero. Todavía tentó Chipre la codicia de los nuevos republicanos, tan poco delicados en punto de justicia como los antiguos.

## S A M O S.

Samos tiene como treinta leguas de bo-xeo, su terreno es fértil y el ayre sano: en otro tiempo se hacia loza exquisita, y en el dia permanecen ruinas que dan testimonio de la hermosura de algunas ciudades, y entre otras la de Samos capital. Cerca de esta habia un templo soberbio dedicado á Juno, diosa tutelar de la isla: un aqüeducto que atravesaba una montaña para llevar á la ciudad aguas sanas: un muelle de cien pies de alto, que entraba dos estadios en la mar. Una obra tan extraordinaria hecha en tiempos tan remotos prueba el gusto de los Samios en la navegacion. Se dice que fuéron los primeros que construyéron naves que pudiesen transportar la caballería.

Los Carios y otros isleños vecinos fuéron los primeros habitantes de Samos, isla que fue de la confederacion de Jónia. El gobierno fue monárquico, despues republicano, con senado democrático, oligárquico, y muchas veces anárquico, pues tuviéron turbaciones domésticas. La guerra civil mas notable fue ocasionada por unos nobles llama-

dos *Géomoros*, que quitáron al pueblo las tierras, y las repartieron entre sí. En una guerra que sobrevino diéron el mando de las tropas á nueve Generales, de cuyas disposiciones sin duda no tenían experiencia; porque estos comandantes viéndose á la cabeza de las tropas, pasáron á cuchillo á los *Géomoros*, y restablecieron la democracia. A esta sucedió la tiranía de un tal *Silason*, que sacando al pueblo de la ciudad con pretexto de una procesion, no le dexó entrar en sus casas sino desarmado y sometido: volvió el pueblo á tomar el mando, y al fin le impuso el yugo *Polícrates*, famoso tirano de *Samos*.

Consiguió *Polícrates* (2431) el poder supremo por una composicion que habia hecho con sus hermanos, prometiendo repartir con ellos la autoridad. Se dice que empezáron la empresa con solo diez hombres que se apoderáron de la ciudadela, y sostuvieron los primeros esfuerzos de los *Samios*. El tirano de *Naxôs*, isla vecina, envió á tiempo socorros á estos hermanos. Subió *Polícrates* al trono, y para no tener compañeros se deshizo de sus hermanos, matando unos y desterrando otros: lo mismo executó con los *Grandes* que le habian sido contrarios. De

este modo se hizo dueño en su casa, y bien presto lo fue en la de los otros. Se sabe el dicho de Amasis, Rey de Egipto, y su aliado, que le aconsejó se procurase alguna desgracia que interrumpiese el curso de una prosperidad demasiado constante, pues temia que diese una funesta vuelta. No pudo Polícrates procurar la desgracia necesaria á su prosperidad. Llegó á verse conquistador temido de sus vecinos. Todos buscaban su alianza; y si experimentaba algunas pequeñas pérdidas, difinitivamente contribuian á su gloria; pero la excesiva confianza le perdió. Acostumbrado á salir bien de todas sus empresas, cayó en el lazo que le preparó un Gobernador persiano, picado de verse obscurecido por el Rey de una isleta como Samos. Le atraxo al país de su gobierno, y le hizo crucificar. A excepcion del título de tirano fue Polícrates un gran Príncipe, buen General, y hábil político: nunca Samos estuvo tan floreciente como en su reynado. Vivía en su tiempo Anacreon, y una corte que gustaba de este poeta, y en la que él estaba contento, no debia estar muy destituida de placeres.

A Polícrates sucedió Meandro, su Secretario y Ministro (2476). Este quiso restituir la

libertad á los Samios , y haciendo la proposicion en la asamblea del pueblo , se levantó Telescarco , uno de los principales habitantes , y le dixo que lo mejor seria empezar dando cuenta del dinero público que habia manejado. Al oir esto , dixo Meandro para sí : Si ahora que tengo la autoridad en mi mano me hablan así , qué harán si la dexo : conservó pues su corona , mas no la tuvo mucho tiempo , porque se la quitó uno de los hermanos de Polícrates , á quien este desterró. Reynáron muchos sucesores , unos poco conocidos , otros con alguna reputacion protegidos de los Persas , y aliados ya de los Atenienses , y ya de los Lacedemonios. Este estado que habia degenerado , entró en otro peor baxo los Reyes de Macedonia , los de Siria y los de Pérgamo. Los Samios pues , que sin que nadie lo notase vivian en grandes revoluciones , cayéron tambien en la república romana , como parte de los estados de Eumenes , que los habia legado á esta. Augusto les restituyó la libertad y el uso de sus leyes , que habian gozado por un momento durante su alianza con Atenas ; pero Vespasiano envolvió á Samos con las islas griegas , haciendo de ellas una provincia romana.

## TABLA GEOGRAFICA,

Y DE LAS MATERIAS DEL TOMO SEGUNDO.

<b>F</b> RIGIA BAXA, Ó TROADA. <i>Entre la Propóntide, el mar Egeo, la Misia menor y el Helesponto</i> .....	3
Troyanos.....	id.
Costumbres, religion, comercio.....	4
Reyes.....	id.
Teucro.....	id.
Dárdano.....	id.
Ericton.....	id.
Tros.....	id.
Ganimedes.....	id.
Ilo.....	5
Laomedonte.....	id.
Príamo.....	6
Toma de Troya.....	8
<b>MISIA.</b> <i>Entre la Propóntide, la Lidia, la Frigia y la Bitinia</i> .....	9
Misios.....	id.
Cícico.....	10
Pérgamo.....	id.
Lampsaco.....	11
<b>LIDIA.</b> <i>Entre la Misia, la Caria, la</i>	

<i>Frigia y la Jónia.....</i>	12
<i>Lidios.....</i>	<i>id.</i>
<i>Antigüedad, costumbres, comercio y reli- gion.....</i>	<i>id.</i>
<i>Reyes.....</i>	13
<i>Manes.....</i>	<i>id.</i>
<i>Caneble.....</i>	14
<i>Candaule.....</i>	<i>id.</i>
<i>Aliates.....</i>	<i>id.</i>
<i>Creso.....</i>	15
LICIA. <i>Entre la Caria, la Panfilia, la Frigia y el Mediterráneo.....</i>	17
<i>Licios.....</i>	<i>id.</i>
<i>Xanto.....</i>	<i>id.</i>
<i>Quimera.....</i>	18
<i>Costumbres.....</i>	<i>id.</i>
<i>Hijos de los Licios.....</i>	19
CILICIA. <i>Entre la Siria, la Panfilia, la Capadocia y el Mediterráneo.....</i>	<i>id.</i>
<i>Cilicianos.....</i>	20
<i>Alexandreta.....</i>	21
GRECIA. <i>Entre la Macedonia, la Tracia, el mar Egeo, el mar Jónico y el mar de Creta.....</i>	<i>id.</i>
<i>Griegos.....</i>	<i>id.</i>
<i>Costumbres.....</i>	22
SICIONE. <i>Entre el Peloponeso y la Aca-</i>	

	375
ya.....	24
ARGÓLIDE. <i>Entre las bahías de Páros y de Argos, Sicione, la Arcadia y la Laconia</i> .....	25
Argos.....	id.
Particularidades.....	id.
Reyes.....	26
Tripode.....	id.
Danao.....	27
Furor de Baco.....	28
Perseo.....	29
LA ÁTICA. <i>Entre la Beocia, el estrecho de Negroponto y el mar Egeo</i> .....	30
ATENAS. Reyno.....	31
Reyes.....	32
Teseo.....	33
BEOCIA. <i>Entre la Atica, la Fócide, los estrechos de Negroponto y de Corinto</i> ...	35
Reyes.....	id.
Cadmo.....	id.
ARCADIA. <i>Entre la Elide, la Argólide, la Laconia y Corinto</i> .....	37
TESALIA. <i>Entre el Epiro, la Macedonia y la Grecia</i> .....	id.
FÓCIDE. <i>Entre la Tesalia y el mar de Corinto</i> .....	id.
Argonautas.....	41

<i>Aquiles</i> .....	43
<i>Delfos</i> .....	44
CORINTO. <i>Entre el Peloponeso y el mar</i> ...	45
LACONIA Ó LACEDEMONIA. <i>Entre el Peloponeso, la Arcadia, la Mesenia y el Mediterráneo</i> .....	48
<i>Reyes</i> .....	49
<i>Amicleo</i> .....	<i>id.</i>
<i>Sou</i> .....	50
ÉLIDE. <i>Entre el Peloponeso, el mar Jónico, la Arcadia y la Acaya</i> .....	51
ETOLIA. <i>Entre la Locria, la Fócide, la Acarnania y la bahía de Corinto</i> .....	52
LA LOCRIA. <i>Cerca de la Fócide</i> .....	<i>id.</i>
LA DÓRIDE. <i>Entre la Tesalia, la Fócide y la Etolia</i> .....	<i>id.</i>
LA ACAYA. <i>Entre Sicione, la Elide, la Arcadia y Corinto</i> .....	53
ATENIENSES. <i>República</i> .....	54
<i>Arcontes</i> .....	<i>id.</i>
<i>Dracon</i> .....	<i>id.</i>
<i>Solon</i> .....	56
<i>Atenas</i> .....	<i>id.</i>
<i>Pisístrato</i> .....	68
<i>Batalla de Maraton</i> .....	77
<i>Arístides</i> .....	80
<i>Temístocles</i> .....	81

	377
<i>Ostracismo</i> .....	82
<i>Salamina</i> .....	86
<i>Cimon</i> .....	95
<i>Pericles</i> .....	96
<i>Guerra del Peloponeso</i> .....	107
<i>Los treinta tiranos</i> .....	126
<i>Sócrates</i> .....	132
<i>Paz de Antálcida</i> .....	134
<i>Guerra de los aliados</i> .....	136
<i>Guerra sagrada</i> .....	<i>id.</i>
<i>Filipo Rey de Macedonia</i> .....	157
<i>Demóstenes</i> .....	<i>id.</i>
<i>Focion</i> .....	158
<i>Demetrio Falereo</i> .....	146
LACEDEMONIOS.....	149
<i>Licurgo</i> .....	150
<i>Religion</i> .....	153
<i>Distribucion de las tierras</i> .....	<i>id.</i>
<i>Leyes domésticas</i> .....	154
<i>Casamientos</i> .....	<i>id.</i>
<i>Lactancia de los niños</i> .....	155
<i>Vestidos</i> .....	156
<i>Ordenanzas generales</i> .....	157
<i>Estudios y ciencias</i> .....	<i>id.</i>
<i>Exercicios</i> .....	159
<i>Moneda</i> .....	<i>id.</i>
<i>Justicia</i> .....	160

<i>Leyes militares</i> .....	<i>id.</i>
<i>Criptia</i> .....	162
<i>Guerra de Mesenia</i> .....	164
<i>Aristódemo</i> .....	165
<i>Eforos</i> .....	166
<i>Partenianos</i> .....	168
<i>Aristómenes</i> .....	169
<i>Leonidas</i> .....	173
<i>Pausanias</i> .....	174
<i>Agis primero</i> .....	176
<i>Calicrátidas</i> .....	177
<i>Lisandro</i> .....	<i>id.</i>
<i>Agesilao</i> .....	178
<i>Batalla de Leuctres</i> .....	180
<i>Arquidamante</i> .....	183
<i>Agis segundo</i> .....	<i>id.</i>
<i>Eudamias</i> .....	184
<i>Sitio de Esparta</i> .....	185
<i>Cleomenes</i> .....	195
<i>Nabis</i> .....	200
<i>Liga de los Aquivos</i> .....	203
<i>Arato</i> .....	205
<i>Pronóstico de Agelao</i> .....	210
<i>Muerte de Arato</i> .....	212
<i>Grecia declarada libre</i> .....	214
<i>Desinteres de Filopémenes</i> .....	215
<i>Su muerte</i> .....	216

	379
<i>Injusticias de los Romanos</i> .....	217
<i>Toma de Corinto</i> .....	222
ETOLIA, ó LA PEQUEÑA GRECIA. <i>Entre</i> <i>la Locria, la Acarnania, el Epiro y</i> <i>la bahía de Corinto</i> .....	225
<i>Etolios</i> .....	<i>id.</i>
<i>Acciones de los Etolios</i> .....	226
<i>Antíoco</i> .....	227
<i>Flaminio</i> .....	<i>id.</i>
<i>Sitio de Ambracia</i> .....	230
ATENAS. <i>Provincia</i> .....	233
<i>Sitio de Atenas</i> .....	235
BEOCIA. <i>Entre la Atica, la Fócide y Co-</i> <i>rinto</i> .....	241
<i>Beocios</i> .....	<i>id.</i>
ACARNANIA. <i>Entre la Etolia y el Epi-</i> <i>ro</i> .....	243
<i>Acarnanios</i> .....	<i>id.</i>
EPIRO. <i>Entre la Etolia, el mar Adriá-</i> <i>tico, la Macedonia, la Tenaria y el</i> <i>mar Jónio</i> .....	245
<i>Epirotas</i> .....	<i>id.</i>
JÓNIA. <i>Entre la Etolia, el mar Egeo,</i> <i>la Caria y la Lidia</i> .....	247
<i>Foceá</i> .....	<i>id.</i>
<i>Esmirna</i> .....	249
<i>Clazomene</i> .....	251

<i>Eritrea y otras ciudades.....</i>	<i>id.</i>
<i>Efeso.....</i>	<i>id.</i>
<i>Mileto.....</i>	255
<i>EÓLIDE. Entre la Jónia y la Propón-</i> <i>tide.....</i>	257
<i>DORIDE. Promontorio de la Caria.....</i>	<i>id.</i>
<i>Orígen de los Somienos.....</i>	258
<i>Gobierno, religion, costumbres y comer-</i> <i>cio.....</i>	<i>id.</i>
<i>Historia.....</i>	259
<i>SICILIA. Isla del Mediterráneo, entre la</i> <i>Italia y el Africa.....</i>	260
<i>Orígen.....</i>	262
<i>Siracusa.....</i>	263
<i>Gelon.....</i>	<i>id.</i>
<i>Hieron.....</i>	269
<i>Trasíbulo.....</i>	270
<i>Petalismo.....</i>	271
<i>Guerra contra los Atenienses.....</i>	272
<i>Segunda guerra contra los Cartagine-</i> <i>ses.....</i>	277
<i>Hermócrates.....</i>	279
<i>Diocles.....</i>	<i>id.</i>
<i>Agrigento.....</i>	281
<i>Dionisio.....</i>	283
<i>Dionisio el jóven.....</i>	297
<i>Dion.....</i>	298

	381
<i>Timoleon</i> .....	304
<i>Agatocles</i> .....	309
<i>Muerte de Agatocles</i> .....	321
<i>Pirro</i> .....	322
<i>Hieron</i> .....	323
<i>Hierónimo</i> .....	328
<i>Sitio de Siracusa</i> .....	334
RÓDAS. <i>En el Mediterráneo, enfrente de la Caria y de la Licia</i> .....	342
<i>Coloso</i> .....	343
<i>Religion</i> .....	344
<i>Habitantes</i> .....	id.
<i>Comercio</i> .....	id.
<i>Gobierno</i> .....	345
<i>Artemisa</i> .....	346
<i>Sitio de Ródas</i> .....	347
<i>Disension con los Romanos</i> .....	352
CRETA Ó CANDIA. <i>Primera isla del Ar- chipiélago al sud-este</i> .....	357
<i>Habitantes</i> .....	358
<i>Gobierno</i> .....	359
<i>Minos</i> .....	id.
<i>República</i> .....	361
CHIPRE. <i>Enfrente de la costa de Cili- cia</i> .....	363
<i>Habitantes</i> .....	id.
<i>Gobierno</i> .....	364

<i>Reyes</i> .....	<i>id.</i>
<i>SAMOS. Entre el continènte de la Asia é</i>	
<i>Icaria</i> .....	569
<i>Habitantes</i> .....	<i>id.</i>
<i>Gobierno</i> .....	<i>id.</i>
<i>Polícrates</i> .....	370
<i>Meandro</i> .....	371











